

DIARIO DEL AMAZONAS

ROGER CASEMENT



FUNDACIÓN
M. J. Bustamante de la Fuente
Lima - Perú



Diario del Amazonas

ROGER CASEMENT

DIARIO
DEL
AMAZONAS

Septiembre – diciembre 1910
(selección de fragmentos)

Introducción y traducción
de Cristina Oñoro y Stella Ramos

Lima, 2014



FUNDACIÓN
M. J. Bustamante de la Fuente
Lima - Perú



Primera edición: marzo de 2011

Segunda edición: abril de 2014

Título original: *The 1910 Diary*

- © de la traducción y de la introducción, Cristina Oñoro, 2011
- © de la traducción y de la introducción, Stella Ramos, 2011
- © de la primera edición: Editorial Funambulista, 2011
c/ Alberto Aguilera, 8 28015 Madrid (España)
www.funambulista.net
- © de la segunda edición: Fundación Manuel J. Bustamante de la Fuente
Francisco Masías N° 370 San Isidro
Telf. (51-1) 422-5258
correo-e: fundacionbustamante@lapositiva.com.pe
Universidad Científica del Perú (UCP)
Av. José Abelardo Quiñones, Km. 2.5 San Juan Bautista - Loreto
Teléfonos: (065) 26-1088, (065) 26-1092, (065) 26-1072
www.ucp.edu.pe

Centro de Estudios Teológicos de la Amazonía (CETA)
Putumayo 355, Iquitos-Loreto
Teléfono: 065 - 241487, Fax: 065 - 233190
E-mail: ceta.iquitos@gmail.com
www.ceta.org.pe

ISBN: 978-612-45872-9-0

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú: N° 2014-05844

Edición a cargo de: Ileana Vegas de Cáceres

Diseño y diagramación: Tarea Asociación Gráfica Educativa

Motivo de la cubierta: *Diario del Amazonas*

Impresión: Tarea Asociación Gráfica Educativa

Psje. María Auxiliadora 156, Lima 5 - Perú

Impreso en Perú

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Presentación

La Fundación Manuel J. Bustamante de la Fuente conjuntamente con el Centro de Estudios Teológicos de la Amazonía y la Universidad Científica del Perú, continuando con su esfuerzo de promover el conocimiento de nuestra historia, han acordado la publicación del Diario de Roger Casement, enviado especial por la Corona Inglesa para investigar las iniquidades que se produjeron en la explotación del caucho en nuestra Amazonía y que diera lugar a la novela “El Sueño del Celta” de nuestro laureado novelista Mario Vargas Llosa, en cuanto constituye un referente histórico trascendente y valioso aporte vivencial.

Lima, abril de 2014

Manuel Bustamante Olivares
Presidente

Prólogo

Los libros nos siguen persiguiendo

Llevo un tiempo en que el libro, grande o pequeño, antiguo o actual, me sigue buscando, como si fuera un ratón. Se ha convertido en una obsesión. Esta vez fue un anónimo, llegado de tierras tan lejanas como España. Los padres de una de las traductoras, llamó a las puertas de la Biblioteca Amazónica. En vano. Ellos se empeñaron en que aquella joya quedara por derecho en Iquitos. Y no les faltaba razón. Se perdieron en la marabunta de esta atormentada ciudad y no les quedó más remedio que recurrir al Cónsul. Él me lo pasó y lo abrí. Me encontré con la sorpresa de la primera página manuscrita decía en un lenguaje mágico: "Al traducir los "Diarios" de Roger Casement, pudimos viajar al Perú: fue un viaje fascinante del que ya nunca regresaremos." Y agregaban como hablando desde lo profundo de sus sueños hasta entonces no realizados. "Es un honor para nosotras, decían, hacer entrega de este libro a la Biblioteca Amazónica de Iquitos, donde transcurrieron gran parte de las investigaciones de Casement." Y, desde esta lejana maraña de distancias, laberínticos bosques y sinuosos ríos, sentí el poder de un espejismo que había ayudado a las fieles intérpretes a estar en la fantasía donde jamás habían puesto los pies e imaginarse este lejano mundo, de inmenso cielo azul. El resto ha sido perfilar un detallado relato que hizo que en escaso tiempo hayamos llegado a definir los contratos con la editorial y firmado un acuerdo definitivo.

Creemos que este aporte es uno de los principales que se han hecho durante aquellos años al tema del caucho y sus mártires desde una perspectiva apasionadamente crítica, no solamente del diario en sí, cuanto de la introducción con que la han enriquecido las Dras. Cristina Oñoro y Stella Ramos. El recorrido con Casement de la mano por los escenarios de tan

cruelles masacres, seguido del recorrido por la ciudad de Iquitos, entonces de poco más de una década de habitantes, cubierta de calles polvorientas bajo el calor tropical de diciembre, y cuyas avenidas centrales estaban cercadas de suntuosos edificios en cuyas paredes, cubiertas de brillantes azulejos venidos de le lejana Europa, se estrellaba el sol.

En 1907 Benjamín Saldaña Roca denunciaría en los periódicos *La Felpa* y *La Sanción* los crímenes de la Casa Arana. William Hardenburg recorrería el Putumayo y daría fe de la inmolación de los indígenas, que en 1912 editaría bajo el título *El Putumayo: el paraíso del diablo*.

Tan cercano es el relato a lo sucedido que incluye la horca después de haberle considerado un traidor a la Corona británica y haber sido capturado en el viaje submarino donde se transportaban las armas para la liberación de Irlanda, el país de origen de Casement, en el año 1916, a pesar de la solicitud de clemencia de Conan Doyle, Yeats y Bernard Shaw. El año anterior, 1915, el juez Carlos A. Valcárcel publicaría el libro que más ha marcado el relato trágico de los sucesos de aquel tiempo *El proceso del Putumayo*.

Éste fue el origen inspirador de la novela de Vargas Llosa *El Sueño del Celta* dada a la luz pocos días más tarde de la declaración del Premio Nobel. En ella ha plasmado paso a paso la trayectoria histórica y novelada de Casement que tanto en el trágico Congo como en la extracción de la sangre de los árboles de la cuenca del río Putumayo, no se podría entender sin la sangre de los pueblos indígenas mártires que sirvieron para abaratar el oro de la época, ni Irlanda su pueblo sometido que buscaba su independencia.

Queremos agradecer a la Editorial Funambulista la generosidad de que ha hecho gala permitiéndonos editar en castellano esta obra, y hacemos votos para que esta relación en temas de interés común continúe de modo constante.

Joaquín García Sánchez

CETA

ROGER CASEMENT

Diario del Amazonas



Roger Casement

Diario del Amazonas

Septiembre – diciembre 1910

(selección de fragmentos)

Introducción y traducción
de Cristina Oñoro y Stella Ramos

INTRODUCCIÓN

Iluminar las tinieblas de nuevo:

El diario de Sir Roger Casement

Roger Casement: de cónsul británico a traidor de la Corona y mártir de la independencia irlandesa

Sir Roger Casement nació en Sandycove, población situada en la costa este de Irlanda, en 1864. Aunque su padre era protestante, su madre profesaba la fe católica y consiguió bautizarlo secretamente. Quedó huérfano muy joven y su educación, al igual que la de sus hermanos, corrió a cargo de unos familiares. Entre 1883 y 1892 trabajó en el Estado Libre del Congo —propiedad personal de Leopoldo II, rey de los belgas— para distintas empresas y allí conoció tanto al explorador Henry Morton Stanley como al escritor Joseph Conrad —por entonces un joven marino—, quien años después escribiría *El corazón de las tinieblas*. En 1892 Casement comenzó a trabajar para el Foreign Office —ministerio del Gobierno británico que se ocupa de la política exterior— y vivió en distintos países africanos. Desde muy pronto le impresionó la explotación colonial de los europeos y denunció los maltratos y las prácticas esclavistas. En 1903, la Cámara de los Comunes de Londres aprobó una resolución sobre la situación en el Congo y encargó a Casement que investigara los hechos. El resultado fue un célebre informe, que tuvo gran impacto en la opinión pública y por el que recibió numerosos honores.¹ Tras los años africanos, Casement vivió en Brasil, donde continuó trabajando como diplomático británico.

En 1909 el Foreign Office encargó a Casement que investigara las atrocidades que la *Peruvian Amazon Company* —de capital británico— estaba cometiendo en el Putumayo. Éstas habían salido a la luz gracias a un artículo que el ingeniero Walter Hardenburg había publicado en el periódico *Truth* ese mismo año. La selección de fragmentos que publicamos

¹ El *Congo Report* recientemente se ha traducido al español e incluido en *La tragedia del Congo* de VV. AA., Ediciones del Viento, 2010.

aquí procede de las anotaciones que realizó Casement en su diario durante este viaje, que tuvo lugar entre los meses de septiembre y diciembre de 1910. El texto —a cuya escritura dedicaba numerosas horas diarias— es la base del informe oficial que realizó después, en el que corroboró que las denuncias de Hardenburg eran ciertas.²

Casement se retiró del servicio diplomático en 1913. Desde ese momento, pasó a dedicar sus esfuerzos a la lucha por la independencia de Irlanda. Al estallar la Primera Guerra Mundial, buscó la complicidad y el apoyo de los alemanes, quienes, a pesar de mirar a Casement con ojos un tanto escépticos, ofrecieron armas y munición a los irlandeses. No obstante, Casement no formaba parte de la *Irish Republican Brotherhood*, organización secreta y revolucionaria, razón por la que quedó al margen del Alzamiento de Pascua, rebelión irlandesa contra la autoridad británica.

El barco alemán con armas no llegó a desembarcar en Irlanda —fue interceptado por los británicos— y el propio Casement —quien salió de Alemania en un submarino— fue apresado en la costas de Kerry el 21 de abril de 1916, tres días antes del alzamiento irlandés. Lo acusaron de traición, espionaje y sabotaje contra la Corona británica. Condenado a muerte, tras un polémico proceso judicial y varias peticiones de clemencia, fue ahorcado en Londres el 3 de agosto de 1916.

En noviembre de 2010, el Premio Nobel de Literatura peruano, Mario Vargas Llosa, publicó *El sueño del celta*, novela basada en la vida de Roger Casement en la que numerosos episodios están directamente inspirados en el diario que aquí publicamos.

Julio César Arana y la Peruvian Amazon Company

Cuando Roger Casement llegó al Putumayo en 1910, Julio César Arana había logrado que la suya fuera una gran compañía internacional al convertir la empresa familiar Arana y Hermanos, que había creado en asociación con su cuñado, Pablo Zumaeta, en la *Peruvian Amazon Company*, empresa cauchera registrada en Londres. Desde sus comienzos en el río Yurimaguas, Arana había ido extendiendo paulatinamente sus negocios hasta abarcar, entre otros, los ríos Yavarí y Purús. También había conseguido asentarse en Iquitos, centro del comercio cauchero, y, con la ayuda del colombiano Benjamín Larrañaga, se había hecho con el control total del Putumayo. Por otro lado, un viaje a la isla de Barbados

² El *Putumayo Report (Blue Book)* fue publicado en 1912.

le sirvió para reclutar capataces que controlaran su principal mano de obra: la población indígena.

Así pues, Arana era un hombre de éxito que se había hecho a sí mismo, poseía cargos públicos —fue alcalde de Iquitos en 1902— e influencia política. Había enviado a su familia a vivir a Europa y él se ocupaba principalmente de sus negocios londinenses. Pero esta imagen pública escondía la corrupción, el abuso de poder, el maltrato y el asesinato de indígenas, prácticas todas ellas que eran moneda corriente entre los hombres de confianza de Arana, en cuyas manos había dejado la gestión de las actividades comerciales de la Compañía en el Putumayo.

Como consecuencia del informe que Roger Casement presentó ante el Foreign Office, Julio César Arana tuvo que comparecer ante la Cámara de los Comunes de Londres, donde se defendió de las graves acusaciones que se habían dirigido contra él presentándose como un civilizador de tribus salvajes y antropófagas. Los ingleses, no satisfechos con sus explicaciones, decidieron liquidar la Compañía en 1911, pero los delitos acabaron prescribiendo y nadie recibió castigo por ellos. En 1913, Arana publicó en Barcelona *Las cuestiones del Putumayo*, donde presentaba los argumentos en su defensa.

Aunque el negocio del caucho estaba en franca decadencia ya en ese momento, Arana logró poner de nuevo en marcha la empresa, llegó a convertirse en senador y muchos lo consideraron un defensor de la soberanía peruana en el Putumayo cuando en 1921 se mostró contrario al tratado Salomón-Lozano, que definía los límites entre Colombia y el Perú. En virtud de este tratado, el Perú renunciaba a la orilla izquierda del Putumayo, donde Arana tenía propiedades, por lo que no dudó en obligar a la población indígena a emigrar en masa a la orilla peruana. Murió en Lima en 1952.

La Comisión británica y las investigaciones del Putumayo

Si en 1909 el Foreign Office británico tomó cartas en el asunto de la explotación de los indios en el río Putumayo —había recibido denuncias, como la de Hardenburg, a través de la prensa internacional—, fue con el pretexto de que había súbditos británicos barbadenses³ al servicio de la Compañía. En efecto, era necesario un pretexto, pues los Estados Unidos habían puesto freno a la política exterior de las potencias europeas con la

³ Recordemos que Barbados fue colonia británica desde el siglo XVII hasta 1966.

doctrina Monroe, sobre la que tanto oiremos quejarse a Casement en su diario: ésta proclamaba que los asuntos de América incumbían únicamente a los americanos. Los barbadenses al servicio de la compañía trabajaban como capataces y desempeñaban los más variados oficios, como cocinero o panadero, pero Roger Casement descubrió que también se veían obligados a cometer actos delictivos. Un sistema que convertía a los barbadenses en criminales ponía al Gobierno inglés en una incómoda situación.

Cuando la propia *Peruvian Amazon* decidió mandar una Comisión al Putumayo —supuestamente para investigar las posibilidades comerciales de la zona—, el secretario de asuntos exteriores Sir Edward Grey aprovechó la situación y envió también a su propio representante, Roger Casement, cónsul en Río de Janeiro, quien, como decíamos, tan sólo unos años antes había investigado hechos similares en el Congo. A la cabeza de la Comisión enviada por la Compañía estaba el coronel Reginald Bertie, que también tenía experiencia en este tipo de asuntos, pues había realizado una investigación sobre la masacre de soldados en Creta en 1898. Enfermo de disentería, Bertie tuvo que abandonar la expedición al llegar a Manaos. Los demás componentes de la comisión eran: Louis Harding Barnes, un ingeniero agrónomo que había trabajado en Mozambique y que asumió el mando tras la baja del coronel; Walter Fox, especialista en plantaciones de caucho; Seymour Bell, un economista con experiencia en cuestiones de desarrollo, y Henry Gielgud, el único que había estado en el Putumayo previamente, concretamente un año antes, por un encargo de la Compañía. Gracias a sus favorables informes económicos, lo habían contratado.

En el Putumayo no siempre estuvieron de acuerdo sobre la naturaleza de los hechos que allí ocurrieron. Entre los jefes de las estaciones —los encargados de tratar diariamente con la realidad del caucho—, algunos, como Normand, eran auténticos reyezuelos que decidían sobre la vida y la muerte y administraban cruelmente el patrimonio —material y humano— a su cargo. Otros, como O'Donnell o Tizón, se aliaron con la causa que Roger Casement defendía. Tanto las alianzas como las fricciones entre los protagonistas de estos acontecimientos se vieron notablemente influidas por el escenario en que tenían lugar, una zona fronteriza entre Colombia y el Perú. En efecto, las cuestiones nacionales tuvieron un gran peso tanto en el desarrollo de las investigaciones como en la postura que adoptaron quienes estaban directamente implicados. Por estas razones, el Gobierno peruano acabó enviando una comisión propia al Putumayo y emprendió un proceso judicial contra los culpables, recogido por el juez Carlos A. Valcárcel en el libro *El proceso del Putumayo. Sus secretos inauditos*. A su vez, Colombia encargó un nuevo informe al inglés Norman Thomson, que

se publicó en Londres en 1913, coincidiendo con la celebración del juicio contra Arana, bajo el título *El libro rojo del Putumayo*.

El caucho: las entrañas de un pueblo

La llamada «fiebre del caucho» se desarrolló entre 1879 y 1912 debido a la gran demanda de Inglaterra, Francia y Estados Unidos, principalmente. El caucho se destinaba a la fabricación de neumáticos para bicicletas y automóviles, de cables para las modernas telecomunicaciones y a la impermeabilización del calzado, entre otras aplicaciones. Hasta entonces, el Amazonas había permanecido relativamente aislado.

El uso industrial del caucho causó un verdadero delirio y tuvo enormes consecuencias políticas y sociales en países como Brasil, el Perú o Colombia. Ciudades como Iquitos, Manaus o Belém do Pará se modernizaron, su población aumentó considerablemente y tuvieron a su disposición cosas hasta entonces impensables, como telégrafos, teatros de la ópera, palacios o tranvías. Pero el caucho también fue responsable de la desgracia de la población indígena, que trabajaba en condiciones de esclavitud, y de las múltiples disputas fronterizas entre los países productores.

El final de la fiebre llegó cuando los ingleses lograron sacar furtivamente del Amazonas 70 000 plantas de *Hevea brasiliensis* y establecieron plantaciones en Malasia, Ceilán y el África subsahariana. Por esta razón, no han faltado las voces que han denunciado que la intervención inglesa en el Putumayo, lejos de ser una labor humanitaria desinteresada, fue más bien una maniobra para acabar con la hegemonía de los caucheros peruanos del Amazonas como Arana y así dejar vía libre al comercio del caucho que producían las propias colonias inglesas. Éstas eran más productivas y rentables y los precios del caucho en Iquitos no pudieron competir, especialmente después del escándalo que se produjo a nivel internacional y que hizo correr ríos de tinta, como hemos visto. Miles de trabajadores se quedaron sin sustento: el telégrafo y la ópera desaparecieron tan rápido como habían llegado, dejando de nuevo a las poblaciones a merced de un futuro incierto.

El río, la escritura y las tinieblas del alma humana

El Putumayo es un río fronterizo. Atraviesa Colombia, Ecuador, el Perú y Brasil. Nace en la Laguna de la Cocha, en los Andes colombianos, y desemboca en el Amazonas. Se trata de un río navegable con una importancia clave para el desarrollo de todo el entramado comercial de la zona, ya que

por él se transportaban personas y mercancías, como el caucho. Belém, Manaus o Iquitos se encuentran situadas a orillas del Amazonas, y por eso se vieron favorecidas por el negocio del caucho.

El viaje por el río —profundo y caudaloso— es una imagen muy querida por el imaginario occidental y ésta ha azuzado desde tiempos del Renacimiento las mentes de un sinnúmero de comerciantes, emprendedores, exploradores y misioneros. La encontramos presente en el diario de Casement, pero también en otras muchas obras, como *El corazón de las tinieblas*, la famosa novela de Joseph Conrad, o *The River*, el documental que realizó Pare Lorentz sobre el Mississippi, subvencionado por la *Farm Security Administration*, en la década de los años treinta. Cargada de simbolismo, se trata de una imagen que está intensamente asociada los «actos de voluntad y dominio occidental» sobre los que escribe Edward Said en *Cultura e imperialismo*.

Esta imagen del viaje por el río como acto de voluntad ilumina también el modo en el que los escritores de comienzos del siglo xx entendían la actividad literaria. En efecto, para autores como James Joyce o el propio Joseph Conrad, escribir era como navegar por un caudaloso río: la profundidad de la conciencia. Un viaje que, con esfuerzo y voluntad, conducía al corazón del alma humana: un mundo de tinieblas en el que sólo el artista —explorador del espíritu de los hombres— podía adentrarse.

Aunque Roger Casement no escribió su diario con idea de publicarlo, éste no es en absoluto un simple registro de nimios acontecimientos cotidianos. Por el contrario, en sus páginas leemos una auténtica *narración* —casi epopéyica— del viaje por el Amazonas y, en este sentido, nos encontramos ante un texto de valor e interés excepcionales: el diario es un testimonio desgarrador de todos los horrores cometidos contra los indios, pero, como comprobará el lector que esté atento a la política y la estética del texto, también es un obra en la que alienta la ideología liberal e imperial dominante en aquellos años. Así, por paradójico que resulte —¿o tal vez no tanto?—, Roger Casement se revela en su diario como un protector de los indios pero, al mismo tiempo, como un fiel defensor de los valores capitalistas liberales que están en la base —en la «racionalidad política» diría Foucault— del propio imperialismo colonial. El párrafo en el que se percibe más claramente esta conexión ideológica entre estética y política imperialista es el siguiente, anotado en una de las últimas entradas del diario, la que está fechada el 21 de noviembre, en la que Casement no sólo encomia la misión civilizadora europea, sino que, además, quiere entregar el Amazonas a los alemanes:

«Este poderoso río, y más allá las orillas de este gran continente, esperan la mano de la civilización: cuatrocientos años con los españoles en su nacimiento y trescientos con los portugueses en su desembocadura lo han convertido primero en un infierno y después en un desierto. Ninguna visión sería más agradable que la bandera de la civilización teutona avanzando a través de su selva. Los americanos han conseguido su parte de América y les costará todo su tiempo civilizarse a sí mismos. Alemania, con sus 70 000 000 de hombres vigorosos, tiene mucho que hacer por la humanidad aparte de proporcionarnos música y espectáculos militares. Dejémosla desatar sus energías reprimidas en este continente y que Dios se apiade de las ratas que lo han roído durante tanto tiempo. En ese momento, la ley y el orden encontrarán un sentido y la justicia y el trabajo, en su avance por este poderoso río, dominarán la selva, fundarán ciudades...».

Por otro lado, la relación de Casement con la propia escritura del diario era muy semejante a la de sus contemporáneos, pues también para él *escribir* era un modo de iluminar las tinieblas. Así, éste aparece como un *letraherido* que no dejará de escribir compulsivamente hasta haber cumplido con su objetivo de llegar al fondo de las cosas. Para Casement, en definitiva, *escribir* era también un acto de voluntad y dominio occidentales: como el viaje por el río de aguas profundas y caudalosas.

A propósito de este aspecto, cabe mencionar que el diario que Casement escribió durante su viaje al Amazonas tiene un hermano gemelo, el polémico *Black Diary* o *Diario negro*. Se trata de un texto muy controvertido, que utilizaron en contra de él durante el proceso judicial, de contenido muy diferente al que aquí publicamos: las entradas, mucho más escuetas, recogen sus aventuras homosexuales. Estos diarios «oscuros» le granjearon una fama que sus enemigos aprovecharon para dañar su imagen de hombre público, humanitario y civilizador de los pueblos indígenas.

Afinidades y desencuentros: Conrad, Casement y la maquinaria imperial

Conviene que nos detengamos un poco más en la interpretación de *El corazón de las tinieblas* que hace Edward Said, pues ésta posee una importancia clave para entender la obra que el lector tiene entre manos. Como señala este crítico, aunque Conrad denunció las tiranías y los abusos del hombre blanco, la estética y la política de su obra son todavía imperialistas. O, dicho en otras palabras, Conrad fue incapaz de pensar

fuera de los límites del mundo colonial. De hecho, ésta es la trágica limitación que le aprisionaba: su condición de outsider —no olvidemos que no era de origen británico sino polaco— le permitió comprender cómo funcionaba la máquina imperialista, pero, al mismo tiempo, no pudo imaginar el porvenir de los pueblos colonizados sin el dominio del hombre blanco.

Esta interpretación de *El corazón de las tinieblas* que hace Said es perfectamente aplicable al diario de Casement. Al igual que Conrad, su condición de *outsider* del sistema imperial —aunque cónsul británico, Casement era un irlandés católico y nacionalista— le permitió entender el funcionamiento de toda la maquinaria colonial y denunciarla. No obstante, muchas de las anotaciones que leemos en el diario —como la que citábamos— demuestran que Casement padecía la misma trágica limitación que Conrad: era completamente incapaz de pensar el porvenir de los indios fuera de la política —y la estética— imperialista. En este sentido, no deben sorprendernos la cantidad de comentarios que Casement anotó relacionados con la ausencia de «leyes», «contratos» y «acuerdos de consentimiento» que regulasen la relación comercial entre los indios y la Compañía. Y es que, por momentos, el lector del diario tendrá la impresión de que Casement quería abolir la esclavitud, pero para sustituirla, inmediatamente, por un capitalismo de corte liberal.

El motor de la Historia

Cuando el etnólogo Konrad Theodor Preuss estudió a los indios huitotos, éstos le dijeron: «No olvidamos esta tradición: trabajamos para bailar juntos». Por el contrario, los representantes de la compañía *Peruvian Amazon* pensaban que estos bailes perjudicaban la productividad de sus estaciones, y por eso los prohibieron o los redujeron drásticamente.

El discurso colonial ve a los indígenas como seres pasivos, cuando no perezosos. A veces, con mirada condescendiente, el observador occidental interpreta esta inactividad como un rasgo propio del «buen salvaje» (quizás, incluso, un recuerdo del paraíso perdido), pero siempre se percibe como la pareja dialéctica que se opone al gran esfuerzo que el colonizador se ve obligado a realizar para civilizar, educar y, sobre todo, traer el progreso a las gentes primitivas. ¡El propio Casement echa de menos la laboriosidad de los chinos y el vigor de los alemanes ante la riqueza de las tierras amazónicas!

Así, mediante prejuicios culturales, la Historia avanza y el espíritu europeo, probablemente renqueante y cansado a principios del siglo xx, encuentra una nueva vida en tierras exóticas. Los indígenas aprenden a trabajar —¿pero no era trabajar lo que hacían antes de bailar?—, a desear cosas bonitas y la vida en la ciudad.

Pero el progreso causa estragos entre aquellos que se ven confinados a la subterránea sala de motores de la Historia: bien vio Roger Casement que el verdadero tesoro del Putumayo no era el caucho, sino los indios que lo trabajaban. «¡Pero es por una buena causa!», se oye que grita el *gentleman* a los indios desde un elegante salón londinense. Atareados con la maquinaria y conscientes de que tras la dura jornada laboral no habrá baile, éstos piensan que los colonialistas se equivocan: para ellos, la dialéctica no se establece entre los términos activo o pasivo, sino entre obedecer o ser destruido.

La construcción de lo exótico

Tras su viaje al Putumayo, Roger Casement se llevó a Londres a dos muchachos indios, Omarino y Arédomi (a este último también se le conoce por los nombres de Pedro o Ricudo). Como él mismo anotó en la entrada fechada el 30 de octubre de 1910, una de las razones que le movieron para llevárselos a casa es que deseaba pedirle a su amigo el escultor Herbert Ward, especializado en temas africanos, que hiciera una figura en bronce del desnudo de un «indio del Putumayo» para que la opinión pública se interesara por los crímenes que tenían lugar en las explotaciones caucheras. Así, planeó presentarlos en sociedad de manera que el público europeo pudiera asimilarlos, y para ello decidió disfrazarlos de lo que en realidad ya eran: indios.

En Europa se habían celebrado numerosas exposiciones universales desde mediados del siglo xix, proliferaban los museos etnográficos y Gauguin ya había intentado convertirse en un primitivo al marcharse a Tahití. Estas manifestaciones culturales eran el marco de interpretación en el que se movían los burgueses: por una parte, la modernidad parecía provenir de culturas premodernas, pero por otra, un indio no podía ser sólo un indio, también tenía que parecerlo, ajustarse a las representaciones ya vistas, como una pintoresca curiosidad que hubiera conservado intacta su pureza en una jaula de cristal o en uno de los pabellones de las exposiciones universales. Las ficciones también conforman nuestro acercamiento a la realidad y, en ese momento, poco importaba que en el Putumayo muchos indios se vistieran ya con pantalones y camisa.

Un alma de Sherlock Holmes

El afán cuantificador y clasificador que se percibe tras las páginas del diario es una de las cosas que más llamará la atención del lector. Casement —quien por cierto era virgo, un signo que adora las clasificaciones y las listas— registró la hora exacta a la que se produjeron los acontecimientos, las distancias, el peso de las cargas de caucho que los indios se veían obligados a transportar y el de los propios indios, e incluso se atrevió con la antropometría. No es de extrañar que él mismo se comparase con Sherlock Holmes, creación literaria de su amigo Arthur Conan Doyle, y el lector no podrá sino sonreír pensando que la sencillez y la complicidad de Bishop, su fiel compañero en el Putumayo, se asemeja a la de un Watson barbadense.

Como apunta Estrella de Diego en *Contra el mapa*, la pasión por ordenar el mundo responde en última instancia a la necesidad de dominarlo: esa vieja aspiración de Occidente. Mapas, inventarios y catálogos aparecen en el diario de Casement para documentar las atrocidades de la Casa Arana, pero no dejan de ser los mismos instrumentos de control que han empleado los europeos para ejercer su dominio sobre el mundo durante los últimos siglos. Un mundo que a orillas del Putumayo no era desde luego homogéneo —¡por eso Casement necesita un catálogo!— y así lo prueban las numerosas «naciones» con costumbres e idiomas distintos que aparecen a lo largo de las páginas del diario. Parece natural que una de las grandes pasiones de Casement fuera la de coleccionar mariposas, a las que vemos a menudo cruzar las páginas del diario: la colección que reunió durante su viaje se conserva en el Museo Zoológico de Dublín. Ahora bien, con la excusa de adoptar una actitud científica y poner orden, ¿el coleccionista de mariposas no busca someter lo desconocido a través de lo ya conocido, domar el caos y reducir las diferencias?

Por otro lado, esta racionalidad occidental —que se considera a sí misma objetiva, universal y científica— parece ajena a la mentalidad de los indios, y en las páginas del diario se suceden numerosas anécdotas sobre su incapacidad para calcular cuál es el precio «justo» de las cosas, como ocurre, por ejemplo, cuando están dispuestos a dar todo su sueldo por unos mugrientos pantalones y una gorra ridícula. «Los indios no saben de precios y cantidades», anota Casement en el diario con preocupación por las consecuencias que esto podía acarrear. Sin embargo, quizá ellos tenían algo que enseñar a Roger Casement, pero él, presa de la pasión por la objetividad y las clasificaciones, no se dio cuenta: que fuera necesario instruir a los indios en los misterios del libre mercado ponía al descubierto el carácter artificial del mismo.

La piel fetichizada

Esta pasión por lo objetivo tiene una deriva peligrosa, que se hace patente al aplicarla en otros contextos, como el color de la piel. Decimos que pretende ser un discurso objetivo porque se plantea a sí mismo como realista: se refiere a la realidad como si ésta fuera intemporal y eterna —por eso adopta una forma similar a la de la definición («los indios son...», «los mestizos son...»)—, transmitiendo la idea de repetición y vigor. El *otro*, ya sea el africano, el indio o el mestizo, es siempre lo ya conocido. El estereotipo se presenta a sí mismo como un modo ambivalente de conocimiento y poder: Casement no esconde su simpatía por los indios del Putumayo, pero incluso al elogiar la nobleza de los barbadenses, de raza negra, o la pulcritud de la piel de los indios boras, no hace sino reforzar los estereotipos que justifican la superioridad del hombre blanco y europeo para gobernar y administrar territorios más allá de sus fronteras.

La aventura de un fotógrafo

En un cuento incluido en *Los amores difíciles*, Italo Calvino escribe sobre las personas que piensan que todo lo que no se fotografía se pierde y que lo que no haya sido inmortalizado por una imagen es —casi— como si no hubiera existido nunca; para que las cosas sean verdaderamente auténticas hay que poseer una prueba que lo avale. Como señala Roland Barthes, la esencia de la fotografía es, precisamente, hacer que algo que conocemos sólo vagamente parezca irrefutable. Y, como escribe Susan Sontag, una foto se considera una prueba incontrovertible de que algo determinado sucedió.

El viaje de Casement al Putumayo es la aventura de un fotógrafo. Por tierra firme o surcando los ríos, lo vemos cargar con su máquina de hacer fotografías, unas veces para documentar visualmente las atrocidades de la Casa Arana y otras para retratar cosas exóticas que va encontrando por el camino: tribus, atuendos típicos, cabañas indias, animales exóticos... Inventada el siglo anterior, la fotografía fue por tanto la gran aliada de nuestro cónsul para cumplir con su misión cuantificadora y clasificadora.

En todo caso, como advierte Calvino en su relato, el peligro que corren aquellos que confían demasiado en la objetividad de las imágenes y lo fotografían todo es que acaban viviendo de la manera más fotografiable que pueda darse. Casement padecerá esta enfermedad contemporánea tan en boga en nuestros días. Así, deseará sacarle fotos a Arédomi, pero vistiéndole con los imaginativos trajes de los yaguas —una tribu a la que

no pertenece y cuyo atuendo le es tan ajeno como le sería a un valenciano un traje tirolés—, o se lamentará porque sólo ha conseguido fotografiar a muchachos grandes en lugar de a los niños que ha visto pasar unos minutos antes portando el caucho al borde de la extenuación.

La mujer de Arédomi

Una de las cosas que más impresionó a Roger Casement durante su viaje al Putumayo fue la situación de las mujeres indias. En efecto, en los diarios leemos múltiples anotaciones sobre el terrible destino al que estaban condenadas estas «criaturas de la selva», último eslabón de la cadena en el sistema de esclavitud instaurado por la Casa Arana: además de trabajar a golpe de látigo («un animal masculino para dirigir y la mujer para trabajar», escribe Casement), debían hacer la colada de los hombres, las condiciones en las que vivían —puntualiza Casement varias veces— son *todavía* peores que las de los hombres y en cualquier momento los explotadores podían «robárselas» a sus esposos indios para «regalárselas» a uno de los encargados de las estaciones caucheras. Casement ayudó a estas «desdichadas criaturitas» en numerosas ocasiones, salvándolas en las largas caminatas u ofreciéndoles sus propios víveres.

No obstante, es precisamente esta «conciencia de género» que Casement demuestra tener —no olvidemos que tuvo grandes amigas, como la intelectual Alice Stopford Green— lo que hace aún menos comprensible su forma de actuar con las mujeres indias en la última parte del viaje, cuando llega la hora de partir. Para indios y barbadenses este viaje era sinónimo de libertad, pero sólo pudieron acompañar a Casement de regreso a Iquitos los barbadenses —les había jurado que los sacaría de allí, pues eran súbditos británicos y su seguridad peligraba tras las declaraciones que habían presentado contra la Compañía— y los dos indios a los que escogió para llevarse a Europa: Omarino y Arédomi. En cuanto a las mujeres, sólo podían ir con ellos las indias que *realmente* estuvieran casadas con los barbadenses y ninguna más. Así, de la lista de pasajeros que salieron con él, contamos 24 hombres, 5 niños y 5 mujeres. En el diario queda registrado cómo la mujer de Arédomi le ruega que no la abandone y deje que vaya con ellos —«es un engorro horrible que añadir a la colección que me llevo río abajo», anota Casement en el diario—, así como el episodio protagonizado por la mujer de Dyall, un barbadense, quien llega llorando para suplicarles que la lleven con ellos e, incluso, trata de subirse al barco —«intentó subirse en el barco, pero la pararon en la plataforma y la obligaron a desembarcar», leemos en la entrada fechada el 15 de

noviembre—. Al igual que Ariadna —a quien Teseo abandona en la isla de Naxos—, la mujer de Arédomi, la de Dyll, y tantas otras, se quedaron en el borde del embarcadero, viendo desaparecer en el horizonte el barco que se llevaba a sus esposos y con ellos su libertad. ¿Fue porque ellas no eran súbditos británicos? ¿O tenían razón Tizón y Casement y fue porque carecían de recursos con los que mantenerse? ¿O fue tal vez porque nadie se acuerda nunca —tampoco los cónsules europeos— del último eslabón de la cadena, el que pone en marcha la maquinaria capitalista?

El porvenir de los pueblos indígenas

¿Quién era en realidad Roger Casement? ¿El cónsul británico o el nacionalista irlandés? ¿El defensor de los derechos humanos que fascina a Vargas Llosa o el liberal que deseaba convertir el Amazonas en uno de los «graneros más grandes del mundo»? ¿El justiciero con alma de Sherlock Holmes? ¿El emancipador de los indios? ¿O era más bien la pieza imprescindible de la maquinaria imperialista? Lo cierto es que en la figura de Casement se superponen todos estos personajes y de ahí la riqueza y complejidad tanto de su vida como de sus escritos. Como hemos visto, éstos se encuentran atravesados por numerosas contradicciones, como también lo estaba —lo sigue estando— la ideología liberal de la que sin querer se volvió portavoz en la selva.

Roger Casement termina su diario del Amazonas preguntándose por el futuro de los pueblos «nativos». En su opinión, Europa —madre de todas las naciones— debía desafiar la doctrina Monroe y «derramarse» en el continente americano. La Compañía tendría que eliminar sus métodos esclavistas pero *no* debería desaparecer, pues para él representaba la única salvación de los indios:

«Si la Compañía desaparece, como será el caso según me temo, entonces todo está perdido. La última esperanza de estos pobres desaparecerá para siempre y harán mejor en volver a la selva y contemplar una vez más, para siempre, sus verdes árboles, su cielo azul, la corriente de sus ríos, la espesura ilimitada y, después, pausada y tiernamente, darse muerte unos a otros. ¡Mucho mejor así! Morir de una vez y acabar con todo. [...] Con los indios muertos y enterrados, estas selvas carecerán de provecho; estas miles de millas de los afluentes del alto Amazonas volverán a ser para las bestias salvajes...».

Sin embargo, como señala Edward Said, esos indios —ese mundo no europeo que en los albores del siglo xx todavía se resistía al imperialismo—

tenían un porvenir que ni Casement ni Conrad pudieron vislumbrar: en lugar de darse muerte o restaurar las tinieblas, como éstos afirmaban de forma reduccionista, un día lograrían conquistar la libertad, la soberanía y la independencia.

Cristina Oñoro y Stella Ramos
Luxemburgo-Madrid, otoño de 2010



Roger Casement

Foto: Richard Collier. Jaque al Barón. Lima: CAAAP, 1981



En el Putumayo: Henry Gielgud tercero de la izquierda, y Sir Roger Casement, extrema derecha. (Colección de Richard Collier)

DIARIO DEL AMAZONAS

Septiembre - diciembre 1910

(selección de fragmentos)

En La Chorrera,
Viernes 23 de septiembre de 1910, 14:15

Hoy le he preguntado al capitán Camino Reigado¹ si podía dar permiso a uno de sus hombres, Stanley S. Lewis, para que venga conmigo y la Comisión como criado. Él se opuso enseguida (me pareció que estaba preocupado y receloso), arguyendo que el reglamento del puerto de Iquitos le obligaba, so pena de multa, a regresar con todos y cada uno de los miembros de su tripulación. Le pregunté de qué tipo de multa se trataba y me respondió que iría a buscar su libro de reglamentos. Yo le expliqué que, por supuesto, mi petición dependía únicamente de su competencia para ceder a este hombre, así como de su buena voluntad para dejar que se marchara —rechazaría llevármelo si sus servicios a bordo fueran muy necesarios—. Asimismo, si el reglamento del puerto de Iquitos era tal y como él decía, entonces, daríamos el asunto por zanjado.

Al referirle estos hechos a Bishop (y a los señores Barnes y Fox), me dijo que el *señor*² Macedo había estado actuando a nuestras espaldas y que esta mañana, cuando por intermediación de un obrero barbadense yo estaba hablando con una multitud de indios que se encontraban en la puerta de un almacén para conseguir sus raciones, el *señor* Macedo había

¹ En los diarios de Roger Casement encontramos los mismos nombres escritos de distintas maneras en numerosas ocasiones (Reigada en vez de Reigado, Crichley en lugar de Crichlow o Levine donde debería decir Leavine). Para facilitar la lectura, en esta edición hemos optado por unificarlos, eligiendo el nombre real de personas y lugares siempre que nos ha sido posible identificarlo. (Salvo que se indique lo contrario, todas las notas son de las traductoras).

² La cursiva marca las palabras que aparecen en español en el original.

mandado a Lawrence, el cocinero, que se pusiera detrás y escuchara lo que yo decía. Mis preguntas habían sido de lo más inocente —las formulé en voz alta y en términos generales—, como las que cualquier viajero haría sobre las costumbres y hábitos de un pueblo que no conoce.

A propósito de esto, el barbadense con el que estaba hablando señaló a un joven indio, posiblemente un *muchacho de confianza*, que, según él, «había matado ya a un montón de hombres», ¡pero «aún no estaba civilizado»!

El señor Fox estuvo allí sin hacer nada durante todo el tiempo que hablamos y el propio *señor* Macedo también se acercó y se mantuvo al margen sonriendo abiertamente, aunque sin entender los comentarios, ¡de ahí que necesitara al cocinero!

Bishop continuó diciéndome que, tal y como me había contado en Iquitos, después de que él se hubiera ido de Último Retiro, un tal señor Rutter, un joven empleado inglés de la Compañía, le había pedido que le diera detalles sobre los malos tratos que Montt cometió contra Dyall hace ya tiempo. Él escribió los hechos para este señor Rutter, tal y como me los relató a mí, y después se marchó de La Chorrera hacia Iquitos. Gracias a los barbadenses que se encuentran aquí, ahora Bishop ha averiguado que, después de que se hubiera marchado el Liberal, de alguna manera el *señor* Macedo se había enterado de la existencia de estos escritos sobre Dyall y, amenazándoles, les había interrogado a todos.³ Todos ellos negaron que supieran algo del documento, así que les dijo: «En ese caso, sólo queda Bishop, y se ha marchado»; después, los había amenazado a todos con dispararles si decían algo en contra de él. Les había dicho: «No os dispararé yo mismo, pero puedo conseguir fácilmente que os maten», y también les había amenazado con el *cepo*. Esto ocurrió el pasado agosto, hace unas cinco semanas.

Bishop dice que todos los hombres querrían venirse conmigo, que no creen que estén a salvo una vez que yo me haya ido. Les he dicho a los *señores* Tizón y Macedo que, si lo estimaban conveniente, hoy querría hablar con todos los barbadenses de la estación. Se han mostrado de acuerdo y me enviarán a los hombres a las 15:00 en punto. Inmediatamente después de que sucediera esto, vi que Macedo mantenía una conversación seria a bordo del Liberal con el capitán, quien, por supuesto, le había hablado de mi entrevista con Lewis y Clarke.

³ *Nota al margen de R. C.*: El señor Rutter ha vuelto a casa; tenía la intención de hacerlo en el Liberal esta vez, pero Barnes me ha dicho que se había asustado y quería largarse.

Bishop dice que a uno de los barbadenses —Donald Francis, el hombre con el que casualmente hablé en la puerta de la tienda— le gustaría mucho irse y venir con nosotros; como de costumbre, le han encomendado tareas horribles y está harto de ellas, y además tiene una «esposa» india a punto de dar a luz un niño y está deseando sacarla de aquí también a ella. Yo le he dicho que, en cualquier caso, mi intención era solicitar que me dejaran llevarme a este joven —pues los señores Barnes y Fox me habían pedido que les trajera a un barbadense, ya que el intérprete está enfermo y Garrido también se queja y puede que no continúe— y que yo pensaba que este joven podría ser un buen criado.⁴ Bishop dice que todos querrían irse ahora —están asustados— ¡y añade que el *señor* Macedo está aún más asustado! ¡Vaya situación! Aquí, desde el principio, nos enfrentamos cara a cara con graves dificultades y parece que no hay salida. Cualquier interrogatorio fiel a la verdad que se haga a estos cinco barbadenses aquí en La Chorrera forzosamente sacará a la luz una situación que no puede tolerarse abiertamente, por lo que Tizón y Macedo harán creer enseguida que las pruebas sobre irregularidades (de las que ellos no tendrían conocimiento) son tan graves que un tribunal peruano debería investigar los cargos. Si, por el contrario, yo les insinúo a los barbadenses que sólo voy a hacer una investigación superficial, sobre si son felices, si sienten que les tratan bien o si están angustiados, etc., ellos podrían responder sinceramente, pero así nada real saldría a la luz, lo que pondría fin a las pruebas que tienen para llevar a cabo cualquier intento de reforma útil. Si, en cambio, incito a los hombres a que digan lo que realmente piensan, bajo la promesa de protegerlos, es evidente que Macedo se vería implicado en las acusaciones y sin duda muchos otros que se encuentran en las secciones en este momento, y yo no podría fingir que mi investigación había sido del todo grata. Además, puede que Tizón o Macedo quieran estar presentes, y yo he pensado desde el principio que uno u otro debería estar presente, en cuyo caso empezaría los problemas al instante y estos barbadenses se verían prácticamente bajo arresto o amenazas veladas —tal vez incluso algo peor—, a menos que me lleve a todos conmigo, e incluso en ese caso existe un auténtico peligro de que Tizón o Macedo escriban a Iquitos para que se realice desde allí «una investigación» y tomen declaración a todos los hombres cuando lleguen.

⁴ *Nota al margen de R. C.:* Le dije a Bishop que quizá me fuera posible llevarme al hombre y al otro barbadense cuando me marchara, pero que no estaba en absoluto seguro de lo que podría hacer por la «esposa» india; los agentes de aquí podrían quedarse con ella, ya que es peruana y yo no puedo hacer nada por este asunto.

De hecho, una cosa está clara: ¿de qué clase de «investigación» se trataría? Obviamente, una dirigida exclusivamente a proteger a Macedo y compañía y que por tanto inculpe a los barbadenses. Ellos serían los chivos expiatorios, tanto para justificar a Macedo como para exculpar a las autoridades peruanas, y también para destruir cualquier prueba existente de los crímenes masivos que se han consentido durante años en esta triste región.

Uno está rodeado de criminales por todos lados: el anfitrión que preside la mesa es un cobarde asesino, también los chicos que te atienden y todos los demás. Continuar por este distrito finjiendo que a uno lo han engañado y dando por bueno el significado que supuestamente tienen las cosas que uno ve, acabará en saco roto, pues después no podremos presentar como prueba digna de confianza los cuentos y las historias que nos han contado de manera confidencial mientras unos hombres vigilaban que no hubiera espías y nos comportábamos como si nosotros fuéramos los criminales que tienen miedo de que los descubran. Y, sin embargo, si no obramos así, muy pronto estaremos en un callejón sin salida, pues es evidente que estos hombres, culpables y malvados como ellos mismos saben que son, no van a sentarse de brazos cruzados al ver cómo crecen sin cesar los cargos horribles que tenemos contra ellos. Actuarán para protegerse a sí mismos y esta maniobra claramente adoptará una forma única, a saber, la «acusación» de los barbadenses, o se dirá que como se inculpa de cargos tan importantes a la Comisión —y a mí mismo— es la obligación de un tribunal peruano de investigación esclarecer estas acusaciones, cosa que nos llevaría de nuevo al mismo punto.

Se embaucará y aterrorizará a los barbadenses para que lo desmientan todo; de hecho, bastaría con que los encerraran en Iquitos para demostrar mi entera incapacidad para protegerlos de que el tribunal de investigación los obligue a decir lo que quiera.

Así que aquí me encuentro, con el reloj que marca las 15:00, mientras espero que llegue el momento de interrogar a los trabajadores barbadenses de este bastión de maldad. ¿Cómo será? ¿Un auténtico interrogatorio en el que se traten sus relaciones con la Compañía y las tareas que les han encomendado, o una simple farsa que me permita «salvar el tipo» y asegurarle a Tizón que los hombres «parecen contentos, y todos dicen que se les trata bien y que les pagan como es debido» etc.?

Decir esto último, o algo semejante, sería irrevocable. Por otro lado, yo no puedo guardar completo silencio, ni tampoco los propios hombres, al menos no todos ellos. Uno u otro, quizás el cocinero («que tiene 200 £ en su haber») le dirá a Macedo qué clase de preguntas les hace el cónsul;

y todavía me queda la duda de si sería lo correcto, en sentido amplio, que invite a Macedo o a Tizón para que estén presentes, tal y como voy a invitar a Barnes.

En La Chorrera, 23 de septiembre, 1910

18:00 - Después de mi entrevista con los cinco barbadenses, en presencia de Barnes y Tizón.

19:00 - Decidí invitar al señor Tizón y que fuera él quien estuviese presente cuando entrevisté a los barbadenses: era el mal menor. Consulté también al señor Barnes y, así reunidos, los hice entrar de uno en uno. La habitación tenía la puerta abierta a la galería principal del edificio. El *señor* Macedo vino y se plantó en la puerta durante un rato, pero, como no hice ningún gesto para invitarle a entrar, se tuvo que marchar y estuvo paseando por la galería, arriba y abajo, durante la mayor parte del tiempo.

Los barbadenses que estuvieron presentes fueron los siguientes:

Nº. 1. Un mentiroso: Donald Francis, contratado en 1905. Mintió de principio a fin.

Nº. 2. Uno que no dijo nada: Philip Bertie Lawrence (jamaicano), contratado por Juan B. Vega como criado cocinero en La Chorrera. Ha estado en La Chorrera todo el tiempo.

Nº. 3. Uno que había visto poco: Seaford Greenidge. Panadero en La Chorrera. Contratado en 1904. Recibe buen trato y es un hombre de confianza. Ha ahorrado más de 100 £. Sólo estuvo una vez fuera de La Chorrera y esto fue a finales de 1904 y a comienzos de 1905, cuando estuvo en Matanzas. Allí vio a Cyril Atkins disparar a la mujer india. Desde entonces siempre ha estado en La Chorrera.

Nº. 4. Uno que había visto mucho y así lo contó: James Chase. Contratado en 1904. En secciones y habitualmente en comisiones. Testigo de azotes y asesinatos hasta hace muy poco tiempo.

Nº. 5. Uno que había visto mucho y así lo contó: Stanley Sealy (o Sily). Contratado en 1905. Habitualmente en comisiones y ha recibido él mismo azotes por no traer caucho.

Si el *señor* Tizón no hubiera estado presente, estoy seguro de que habrían hablado mucho más, especialmente Francis, el primer testigo.

Bishop me asegura que este hombre sabe muchas cosas y está claro que no ha podido estar en Matanzas, una de las peores estaciones, durante un año y nueve meses «plantando *yuca*» simplemente y «protegiéndose de los malvados indios salvajes». Se marcha en diciembre.

Bertie Lawrence, el cocinero, parecía un muchacho decente y, como ha estado todo el tiempo aquí en La Chorrera, puede ser que haya visto muy pocas cosas, aunque es obvio que incluso aquí se ha azotado a los indios y el *cepo* ha podido verse hasta no hace mucho tiempo. Se marcha en diciembre.

Estaba claro que el panadero no dijo toda la verdad. Intentó responder a las preguntas de la manera más escueta posible. Es evidente que ha recibido buen trato, que ha ganado dinero con su trabajo y que quiere marcharse en diciembre con todas sus ganancias, sin problemas o retrasos por posibles investigaciones en Iquitos o en cualquier otro lugar.

Los dos últimos testigos, Chase y Sealy, hablaron claro, y este último afirmó —con una timidez tal que hasta daba pena y lo hacía incluso más creíble— que había visto indios asesinados a tiros y azotados hasta la muerte —que en realidad no morían en el momento, pero sí muy poco tiempo después de recibir los latigazos— y a los que habían disparado, tanto después de los latigazos como sin haber recibido los azotes. Aunque el *señor* Tizón interrumpió varias veces durante esta parte, el hombre se mantuvo bastante firme en sus declaraciones y cuando le preguntamos si actualmente se azotaba a los indios en Abisinia, dijo que sí, y para satisfacer al *señor* Tizón, que intervino, manifestó que las cosas «no estaban tan mal» como antes, pero que aun así él había visto azotar a indios hasta hacía muy poco, y siempre por el mismo delito: no traer caucho o no traer suficiente.

En mi opinión, su testimonio fue muy convincente, y también lo fue para Barnes, aunque él piense que no decía la verdad cuando dijo que él mismo nunca había azotado a nadie. Estoy de acuerdo con él. Creo que es muy probable que él haya tenido que azotar a indios, pero se avergüenza de confesarlo. Esto ya llegará. No debemos olvidar que este hombre se encuentra en una situación muy difícil. No tiene dinero, incluso puede que deba dinero a la Compañía, ahora está enfermo, lleva los pies vendados, y acaba de llegar de una sección en la que el clima moral es uno de los peores de toda esta tierra de crimen.

El quinto y último testigo, Sealy, habló de principio a fin como un auténtico hombre y su cara de negro feo se granjeó la simpatía de mi corazón; se movía de un lado para otro, enlazando y desenlazando los dedos de las manos, pero la cruda verdad salió de su boca. Sí, él mismo ha azotado a indios —muchas veces, muchísimas veces— en Abisinia; en Sabana lo hacía siempre porque se lo ordenaba el jefe, que era quien decidía a qué indio se debía azotar. Siempre era por no traer caucho: algunos recibían 25 latigazos, otros 12, otros 6, e incluso algunos sólo 2; dependía de si el caucho era «poco». Los indios «se tumban» y reciben los azotes. «Como los perros, ¿eh?», añadí yo. Se les hería la espalda, o más bien las nalgas, a menudo con cortes importantes. Así es como la espantosa historia iba saliendo a la luz. Los indios no estaban contentos y traían el caucho porque tenían miedo. Obtenían comida «en las secciones», pero no cuando recogían el caucho en la selva. Él había visto mujeres a las que habían azotado como a los hombres y en Sabana a un niño al que también habían azotado.

Cuando este último testigo se marchó, le dije al *señor* Tizón casi todo lo que pensaba sobre lo que había contado y él tuvo que admitir que era horrible e ignominioso y que debía erradicarse, pero que no todas las estaciones eran como Sabana y Abisinia.

En La Chorrera,

24 de septiembre de 1910, 8:00

Bishop me dice que el tal Dyall, al que se hace referencia en la declaración de John Brown al gobernador de Barbados, llegó anoche. Le he pedido a Bishop que le haga venir a mi habitación esta mañana, así podré hablar con él, si es posible, antes de que Macedo haya estado con él. De todos modos, espero que Macedo no le haya visto desde hace tiempo o, si el panadero le ha puesto sobre aviso, veré a un testigo condicionado. Aquí uno se mueve abiertamente por una atmósfera de crimen, sospecha, mentira y recelo, mientras que en un segundo plano están estos repugnantes y cobardes asesinatos de indios indefensos. Si alguna vez ha habido personas indefensas sobre la faz de la tierra, son estos desnudos salvajes de la selva. No son más que unos niños grandes. Sus propias armas muestran la falta de vivacidad de sus tímidas mentes y la suavidad de su carácter.

Dyall vino a las 8:00 o las 8:30 y yo traje a Barnes para que escuchara su declaración, una de las más indignantes. Este hombre es un bruto, pero ha sido empleado por brutos aún mayores.

Sus afirmaciones son tan graves —reconoció haber asesinado a cinco indios con sus propias manos: dos por disparos, dos golpeados hasta la muerte «destrozando sus testículos» con una vara, obedeciendo órdenes de Normand y con su ayuda, y otro azotado hasta la muerte—, que pensé que sería sensato que me expusiera su testimonio completo a mí antes que a la Comisión y al *señor* Tizón. En consecuencia, le pedí a Tizón que nos encontráramos todos en mi habitación a mediodía, donde tenía un grave testimonio que leerle. Dyall vino; yo leí su declaración —su exposición, más bien— y él la confirmó. Después hice que F. Bishop y Stanley S. Lewis se pusieran de pie y los dos testificaron sobre los hechos que habían presenciado, los actos ilegales que habían cometido ellos mismos bajo las órdenes de sus jefes de sección y las características del sistema de «comercio» que debían hacer que los indios cumplieran forzosamente.

Sus testimonios, especialmente el de Bishop, eran argumentos capaces de convencer a cualquier persona imparcial en la que yo pudiera pensar de que aquello en lo que había estado trabajando no podría llamarse correctamente «comercio» o «negocio» en ningún sentido civilizado o aceptado del término.

Uno de los castigos descritos por Dyall, que se destinaba a los indios que no cumplían con la cantidad de caucho que Normand les exigía, era levantarlos del suelo con una cadena al cuello y después dejarlos caer de repente, de manera que quedaban inconscientes y tenían que despertarlos tirándoles de los brazos como nos mostró.

(Bishop ya me había contado que ocurría exactamente lo mismo en las secciones en las que había trabajado y me describió el caso de un indio al que habían subido tanto que, cuando cayó, se desmayó y se cortó la lengua con los dientes. Se ha ofrecido voluntario para declarar y «probar» este testimonio en cualquier lugar y ante quien haga falta).

El *señor* Tizón trató en vano de menoscabar las afirmaciones de estos tres hombres, pero estos no las variaron ni las retiraron. Yo les dije, tanto a él como a la Comisión, que podían plantear las preguntas que quisieran y que, por mi parte, a menos que se desmintieran, estaba decidido a aceptar estas declaraciones; quizás no en todos sus detalles, pero sí en general, en cuanto constituían un síntoma muy grave del conjunto del sistema y

revelaban un estado de cosas completamente incorrecto que no se podía permitir que continuara. Me negué a admitir que se tolerara, ni por un momento, que los indios que no habían conseguido la cantidad de caucho que les exigían recibieran azotes, ni siquiera aquellos que hubieran «aceptado» bienes en anticipo. Dije que en mi opinión la forma de tratar a los indios que se había descrito era esclavitud.

Era irrelevante quién hubiera empezado, si los colombianos o los peruanos: la Compañía era una institución civilizada que había heredado las reivindicaciones de quienes habían instaurado su método y tenía que eliminar este sistema y establecer un método de relación lícito, civilizado y humano.

Respecto a los barbadenses, se acusaron a sí mismos, lo que en gran parte vino a demostrar la verdad de sus declaraciones. No podía ver qué motivo podría inducir a un hombre a acusarse a sí mismo de graves y cobardes crímenes, como había hecho Dyall, a menos que se tratara de una confesión.

Si estos hombres eran culpables de actos criminales, como yo creía que lo eran, no eran tanto ellos mismos los criminales como los hombres que les habían ordenado realizarlos, y si se planteaba la cuestión de sancionar a alguien, yo trataría de defender a estos hombres y buscaría consejo y ayuda legal.

Tizón estaba enormemente avergonzado y, más tarde, confesó que estaba dispuesto a aceptar en su mayor parte las acusaciones de esos hombres y que no quería que se enfrentaran a los hombres a los que acusaban.

Dijo que nada bueno podría venir de acusar a Fonseca, Montt, etc. a la cara y que no éramos un cuerpo judicial: no había nadie en el Putumayo autorizado para investigar actos criminales, ya que el Perú no había ejercido un gobierno real en el pasado debido a la disputa con Colombia sobre la frontera, y estos hechos deplorables se habían cometido con impunidad.

Posteriormente, esa tarde, en el curso de una larga conversación conmigo, casi tiró la toalla y dijo que el sistema era esclavista, que continuaría y que esos criminales, que eran hombres peligrosos capaces de cualquier cosa con sus armas, sus *muchachos* y su autoridad local, podrían armar a los indios salvajes y hacer cualquier cosa. [...]

Comienza el 28 de septiembre de 1910

Notas en Occidente

Llegamos aquí aproximadamente a las 9:00 y nos recibió Fidel Velarde, el jefe de la sección, Manuel Torrico, su segundo, y Rodríguez y Acosta, a quienes dejamos a las 18:00 la pasada tarde en Naimenes. Se han acercado esta mañana; evidentemente no está lejos por tierra, como la propia La Chorrera está a sólo 7 horas, o posiblemente 8, por tierra.

Velarde parece un tipo totalmente repugnante, peor, si es posible, que Miguel Flores, quien me dejó una malísima impresión en La Chorrera. Tengo que buscar los «antecedentes penales» de Velarde. He estado tumbado toda la noche sobre un tablón que ni siquiera estaba muy nivelado, y además ha llovido; he dormido muy poco esta noche, por lo que nada más llegar me he acostado en la mejor habitación de invitados sobre una magnífica cama de hierro, amablemente puesta a mi disposición por Tizón. He dormido la mayor parte del día. La Comisión eligió la ruta que proponen que tomemos desde aquí y también lo que haremos mientras dure nuestra estancia. No me uní a estas deliberaciones ya que sólo concernían a los asuntos de la Compañía, pero vi a Velarde sentado allí con el aspecto de un criminal al que han declarado culpable. Posteriormente, miembros de la Comisión me han dicho que el interrogatorio que le han hecho les ha producido la peor de las impresiones. Creían que estaba mintiendo y así se lo han dicho a Tizón. Él no ha sido capaz de serles de ayuda en su misión «económica y mercantil». Les ha dicho que él tenía 530 recolectores de caucho o «trabajadores» en su listado de empleados, sin incluir a los muchachos y a los «criados domésticos». Los primeros son los chicos indios armados que tienen en cada baluarte; los segundos sirven principalmente para relaciones sexuales y para traer agua del río. No expresé ninguna opinión sobre la afirmación de que la estación de Occidente tenga 530 «trabajadores» simplemente porque no tengo «ninguna opinión» al respecto. Es mentira. Hay indudablemente 530 indios inscritos, cuya ocupación es conseguir cada tres meses unos 30 kilos de caucho so pena de azotes, asesinato o muerte repentina si no lo hacen, pero debo probarlo para satisfacción de la Comisión antes de cuestionar abiertamente los «hechos» que ellos creen estar obteniendo. Entiendo que Velarde les dijo, como también Gielgud, que esta estación produce 50 toneladas de caucho cada año. Veamos cómo resulta todo. Si 30 kilos por hombre y trimestre dan 120 kilos al año, 530 «trabajadores» producirían 63 600 kilos. La cantidad real recolectada por cada hombre tiene que ser,

en consecuencia, menos de 30 kilos al trimestre. Sin embargo, hoy en el almacén he pesado uno de los fardos individuales que se guardan allí y ha resultado que pesa 33,5 kilos; me han dicho que no representaba la cantidad total de un *fábrico* o plazo de recolección. El *cepo* está también en este almacén de caucho. No hay nada más. Ocupa todo el suelo de este gran edificio y los dos lados largos están cubiertos por baldas en las que se coloca el caucho de acuerdo con lo que cada «trabajador» indio trae cada diez o quince días. Para ser precisos, no lo trae, me dicen. Aunque es recolector, él mismo es recolectado cuando se reclama el caucho. Los 530 «trabajadores» están dispersos por la sección del *señor* Velarde y podríamos decir que las bandas armadas de *muchachos* bajo su dirección o la de Rodríguez o Acosta los recolectan también a ellos cada quince días. Los obligan a caminar hasta la estación, cada hombre (o familia) con su fardo de caucho, que se pesa aquí. Si es correcto, el hombre escapa de nuevo a la selva para volver a empezar, casi inmediatamente, a recolectar de nuevo. Si no llega al peso mínimo, le azotan o le ponen en el *cepo*. En eso consiste, dicho suavemente, el sistema. Al final del *fábrico*, que está formado por cinco de estas recolecciones, no le pagan por los 30 kilos, o la cantidad exacta que haya logrado reunir, sino con un anticipo de cara al siguiente *fábrico*, es decir, le inscriben en «los registros» de este establecimiento comercial como un deudor de la empresa. No le preguntan si desea un anticipo o qué desea; él simplemente está muy feliz de poder escapar ileso o con su mujer y su hija.

No he reunido esta información a través de la Comisión. Ellos simplemente me dijeron que estaban convencidos de que Velarde mentía. Estoy escribiendo lo que creo que es el sistema, tal y como he leído y me han descrito que es varios hombres de Barbados que he interrogado (basta con leer alguna de sus declaraciones). Espero convencer a la Comisión del funcionamiento global del sistema antes de irnos, pero lo encuentro muy difícil, ya que no puedo preguntar a nadie salvo a los barbadenses y ellos no pueden preguntar a nadie salvo a los representantes de la Compañía, quienes tienen un interés evidente en mentir. Nadie va a interrogar a los indios —los mejores testigos de cómo funciona el sistema— porque eso lo alteraría todo. Además, el único intérprete de la Comisión es el barbadense, Chase, quien nos acompaña únicamente porque yo se lo pedí.

Velarde ha repartido invitaciones para un gran baile indio en nuestro honor. Desde hace tiempo estaban al tanto de nuestra llegada. El *manguaré*, o tambor indio, ha estado sonando casi todo el tiempo en la casa de los *muchachos*, exactamente como los tambores de los nativos del Alto Congo.

El mismo sistema, diría. Los golpes y el estruendo venían a decir: «Venid al baile, venid al baile»; durante la noche el redoble se prolongaba durante largos periodos.

Me quedé tarde por la noche localizando los antecedentes de este Velarde en mis noticias policiales. No conseguí dormir hasta las 3:00, pues tuve que revisar 240 páginas de un documento mecanografiado. En sus extraordinarios antecedentes penales descubro que es uno de los «principales criminales» del Putumayo. No le atribuyen muchos casos, pero varios testigos han dado su nombre en las listas de los jefes maltratadores que han encontrado en la región. También tengo que localizar los antecedentes de Rodríguez, pero lo haré otro día.

Jueves, 29 de septiembre

Desde las 11:00 de la mañana han empezado a llegar los indios para el baile. Hombres, mujeres, chicos, chicas y niños «a la espalda», no en brazos; las mujeres están a menudo completamente desnudas y generalmente pintadas, a veces de manera bastante artística en amarillo y rojo, con plumas que se mueven en sus piernas. Los hombres son todos de talla pequeña, algunos son casi un esqueleto o al menos están desnutridos, y tienen unos brazos y piernas deplorables; algunos llevaban sólo el *fono*,⁵ su indumentaria de trabajo nativa, pero otros vinieron en «traje de gala», es decir, con una estropeada camisa de franela y un par de pantalones de cuadros, ambos por un valor de unos 3/6d.

Los hombres desnudos con *fono* están mucho mejor, en mi opinión, que los pobres especímenes en camisa y pantalón. El baile empezó sin que hubiera continuidad en grupos y desfiles y, gradualmente, se extendió y fue transformándose. Nosotros, Gielgud y yo, fotografiamos a muchos. Visitamos la casa de los indios (la casa de los *muchachos*), donde los indios estuvieron bailando toda la tarde. Vi a muchos hombres, y chicos también, cubiertos de cicatrices; a menudo llamé la atención de los otros sobre este hecho, pero ellos lo estaban viendo por sí mismos. Algunos hombres tenían profundamente grabada en las nalgas desnudas y en la parte superior de

⁵ Taparrabos.

los muslos la firma de «Casa Arana»;⁶ un niño pequeño de diez años estaba marcado. Llamé a Bishop y ambos lo verificamos; traté de fotografiarlo. Un chico tenía en la espalda rojos verdugones bastante recientes. La Comisión estaba convencida más que nunca de que ayer Velarde les había mentado. Él había declarado que en Occidente no se había azotado a nadie desde que él tomó su cargo el pasado enero y que sólo un «trabajador» (es decir, un indio de la selva) había huido. Los indios bailaron toda la noche hasta las 5:00 de la madrugada. Podían oírse sus cantos. No les dieron más comida que algunos regalos esporádicos de sardinas y salmón. Muchos indios trajeron pájaros como regalo, aves de caza que ellos habían matado, fruta e incluso una pequeña *paca*⁷ viva. Presentaron estas piezas muy cortésmente a Velarde y a los demás caballeros según iban llegando. No había tocados de plumas; se han acabado, si es que los huitotos alguna vez los poseyeron. Tizón me aseguró que planeaba cerrar Abisinia y Matanzas, las peores estaciones, y simplemente abrir allí almacenes comerciales con el caucho como divisa. Lo aprobé calurosamente. Los almacenes debían protegerse, naturalmente. Dijo que lo había decidido antes de que yo llegara, pero la decisión se estaba precipitando, ya que la necesidad de un cambio y lo apremiante del mismo eran demasiado evidentes. Le dije que pensaba que sus planes eran excelentes. En esas dos secciones, donde posiblemente se habían cometido los peores crímenes contra los indios durante este largo periodo de falta de leyes y anarquía, él aboliría totalmente la coacción y daría libertad a los indios para que acudieran o no a las estaciones. Si, como él espera, ellos ahora desean cosas, tratarán de obtenerlas trayendo caucho y el acuerdo será una verdadera transacción comercial. Los bienes tendrán un precio fijo y el caucho un valor local fijo. Dije que se necesitarían «buenos representantes» y que él debería cuidar de que los artículos que se eligieran para dicho trueque fueran más útiles y civilizados que los que yo había visto hasta ese momento. Las estúpidas «gorras» con el ancla dorada que costaban 6d. como máximo, los pantalones y las camisas que no tenían valor alguno y no les cubrían adecuadamente el cuerpo, podrían reemplazarse por artículos más útiles y duraderos. El sistema actual no es

⁶ Roger Casement se refiere a la propia Compañía, fundada bajo el nombre de «Casa Arana y Hermanos» en 1903 por el comerciante peruano Julio César Arana. En 1907 cambió su razón social por *Peruvian Amazon Company*, con sede en Londres. Aunque en esta traducción hemos tratado de unificar los nombres para facilitar la lectura, en sus diarios Casement emplea indistintamente «Casa Arana», «Arana Bros.» o «*Peruvian Amazon Company*». La Casa Arana perduró hasta finales de los años treinta.

⁷ Roedor que vive en la proximidad de los ríos de los bosques tropicales.

simplemente esclavitud sino exterminio. Los esclavos estaban bien atendidos y alimentados para que, en buenas condiciones físicas, pudieran realizar el trabajo de su amo. Pero estos pobres siervos indios no tenían un amo que cuidara de ellos o los alimentase, estaban aquí sin más, obligados a golpe de látigo y pistola a conseguir caucho.

Nuestra gran estatura suscitó muchos comentarios durante el baile y nos vimos rodeados con frecuencia por grupos de chicos y hombres mirones y sonrientes. De hecho, a Barnes, que (casi) llega a 6'44", le midió un indio anciano con una varilla delgada que había traído de la selva (para utilizarla como vara mágica en el baile). Rompió la punta de ésta a la altura de Barnes y logró obtener la medida del hombre más alto, blanco o de otra clase, que probablemente haya estado nunca en el Putumayo. También nos midió a Gielgud y a mí —los dos medimos menos que Barnes— y tras esto volvió con él y juzgó que su estatura era sin duda como había pensado.

Creo que los indios se están dando cuenta de que algo pasa. Este es un *baile* muy diferente a cualquiera de los que han celebrado. Todos son amables con ellos, incluso Velarde y «los otros», algo a lo que seguramente no estén acostumbrados. Nos rodeaban una y otra vez mirándonos y sonriéndonos. Fox es muy popular, baila con ellos, recuerda los pasos y juega con los niños. El regocijo crece. Bishop me asegura que este **no** es un baile normal. Dice que ha visto en estos bailes, que sólo están permitidos una vez por cada *fábrico* —lo que significa menos de 4 veces al año—, indios a los que esposaron y patearon, y que supo que los *blancos* salen por la noche, excitados por la bebida, y hacen orgías abominables con mujeres y niñas a las que obligan por la fuerza, e incluso las violan cuando están apresadas en el *cepo*. Creo que se ruboriza de vergüenza y ciertamente lloró el otro día cuando me contó una de estas indecentes historias de crimen. Tal y como hice yo, debo admitir, cuando escuché el relato que hizo Dyall de sus propios actos atroces. Bishop me cuenta que, en más de una ocasión, el jefe de su sección le ha sacado de la cama en medio de la noche y lo ha enviado a una casa de indios cerca de la estación donde había baile para que le pusiera fin. Yo pensé que se debía a que molestaban al jefe y no había podido dormir. «No, señor —me dijo—, me enviaba para que parase el baile porque, según él, al día siguiente no podrían trabajar el caucho si habían bailado». ¡Pobres indios! Todo aquello que aman, todo lo que la vida significa para ellos, como la dicha que esta selva oscura en el fin del mundo puede proporcionar a un pueblo perdido, no es suyo, sino que pertenece a esta panda de mestizos salvajes. Sus mujeres e hijos son los entretenimientos y los juguetes de estos villanos. A ellos, padres

de familia, les obligan a caminar, vigilados por rufianes armados, para que les azoten el cuerpo desnudo delante de los ojos aterrorizados de sus mujeres e hijos. Aquí todo está delante de nuestros ojos, hombres, esposos y padres que llevan las marcas imborrables del látigo en las nalgas y los muslos. ¿Administrados para qué y por quién? Por no traer la cuota de caucho, infame y fuera de la ley, que se les impone, no por un gobierno, como en el caso del saqueo en el Congo, sino por un grupo de bandoleros, la escoria del Perú y Colombia, que han sido congregados aquí por la Casa Arana y después contratados por una compañía inglesa con un conjunto de caballeros ingleses embrutecidos —imbéciles o algo todavía peor— a la cabeza.

Y el encantador Lizardo Arana me dice en Iquitos que aquí voy a encontrar «indios maravillosos de verdad» y que ¡está seguro de que el resultado de mi viaje al Putumayo será excelente para la Compañía! Sí, si fuera por mí, lo que sería excelente serían los castigos. Juro por Dios que, si pudiera, ahorcaría a toda esa panda de desgraciados con mis propias manos; y lo haría con auténtico placer. Nunca me gustó jugar a disparar y, de hecho, dejé de hacerlo porque no me gustaba pensar que me cobraba vidas. Nunca he dado la vida por nadie y mi celibato me ha hecho ser frugal en vidas humanas, pero dispararía o exterminaría a estos infames sinvergüenzas con mucho más gusto del que me daría disparar a un cocodrilo o matar a una serpiente. [...]

Notas en Occidente, 30 de septiembre de 1910

Tengo que acordarme de señalarle a la Comisión que, aunque haya muchas estaciones «muy buenas» en el Cara Paraná en las que los indios son felices, etc., como afirma el señor Tizón, es necesario recordar que los colombianos estaban allí primero y que la *Peruvian Amazon* tan sólo se ha «hecho» con los establecimientos recientemente. Si, como también se afirma, los colombianos eran tan malos —unos demonios e incluso unos «tigres» (ésas fueron las palabras de Tizón)—, ¿por qué dejaron tras de sí esta felicidad y paz? ¿O debemos creer que estas felices circunstancias son únicamente la consecuencia de los asesinatos de Serrano, González, etc., en 1908 —los últimos colombianos que fueron brutalmente asesinados por los representantes de la *Peruvian Amazon Company* en enero de

1908—? Además, si los colombianos eran tan malos con los indios, ¿por qué la Compañía ha empleado a tantos?

Aquí en Occidente tenemos a uno, Rodríguez; en Sabana a otro, Ocaña, y unas millas más allá a Aquileo Torres en Último Retiro, aunque hace algunos años Normand capturó a este último y Velarde, nuestro propio anfitrión, lo mantuvo prisionero con una cadena alrededor de su cuello. ¿Lo estaba civilizando para que entrara al servicio de la Compañía? También para domarlo, como los horribles Jiménez o Agüero doman a los boras y los indios del Caquetá. Ya basta de considerar a los colombianos como «los malos del lugar». Ante los accionistas, se podía inferir que Arana lo hacía, el prefecto de Loreto lo hizo abiertamente ante mí en Iquitos, y Tizón lo ha hecho también muchas veces. Por ejemplo, en La Chorrera, al condenar el sistema malvado que los colombianos habían establecido —sobre el que Arana se había visto obligado a modelar, más o menos, sus métodos más «humanos»—, Tizón dijo que los dos primeros *conquistadores* de la región, Crisóstomo Hernández y Benjamín Larrañaga (dos colombianos a los que Arana involucró más tarde), habían cometido «crímenes» atroces y que Hernández era un «tigre». Asimismo, cuando Dyall el barbadense narró su primer viaje a Matanzas en 1904 con Normand y Román Sánchez, Tizón dijo de repente: «Pero Sánchez era colombiano». Sin embargo, Arana contrató a los barbadenses como «trabajadores agrícolas» o «trabajadores» y Arana los puso en manos de «criminales» colombianos, cuyas «propiedades» al completo él ha adquirido desde entonces y cuyo sistema ha mantenido, quizás incluso desarrollado. No puedo concluir sino que él es tan culpable como los «rufianes» de los colombianos y que él es el único responsable ante el Gobierno británico del empleo que se les ha dado a estos trabajadores, contratados en una colonia británica.

Esto nos lleva de nuevo al Cara Paraná, donde Tizón asegura que se encuentran las estaciones más felices y las mejores de la Compañía y donde, según dice, viaja durante días totalmente desarmado. Los colombianos las fundaron casi todas y trabajaron en ellas durante años, mientras que aquellas estaciones que se reconoce que son las peores —como Abisinia, que ahora Tizón propone que sea eliminada debido a su infamia— creo que fueron creadas y trabajadas desde el principio por Arana.

Esta mañana Bishop vino a verme a las 7:30 para decirme que durante la noche algunos capitanes indios habían ido a rogarle que intercediera o que me dijera lo mal que los trataban. El jefe de todos ellos era un hombre anciano, un capitán al que el personal llama «Francisco», pero cuyo nombre indio es Caimanabesa.

Bishop aseguraba que este hombre y otro que me señaló le habían dicho que los latigazos a causa del caucho no habían cesado, sino que habían continuado hasta no hace mucho y que recientemente los estaban sustituyendo por golpes en los hombros y la espalda con el canto plano de los *machetes*. Esta última forma de tortura, aunque era muy dolorosa, no dejaba marcas. Ahora los estaban sometiendo a una nueva forma de castigo: mientras estaban en la orilla del río lavando el caucho, uno de los *racionales*⁸ (menudo nombre) los supervisaba y después, ayudado por sus *muchachos*, mantenía a los hombres bajo el agua hasta que casi se ahogaban. Mencionaron específicamente a Acosta como el agente de esta nueva «disciplina» y Francisco dijo que en los últimos meses Acosta había ahogado de esta manera a un indio, cuyo nombre dijo que era Feraze Pinaima, de la nación inonia de los huitotos, cuyo capitán era Friappo-naima. Se lo conté a Barnes y Bell enseguida y les rogué que interrogaran a este indio. Bell estaba vestido, pero Barnes no. Se apresuró a vestirse y yo fui a entretener a los otros para evitar que vieran que Barnes y Bell interrogaban a Francisco. Enseguida vi que Francisco se iba —debían de ser las 9:00— y que los indios se estaban yendo y regresaban a sus casas en la selva. Llamé a Bishop y le dije que fingiera irse «hacia los arbustos», que siguiera a Francisco e hiciera que se quedara, sin que le vieran en la estación, hasta que llegaran Barnes y Bell.

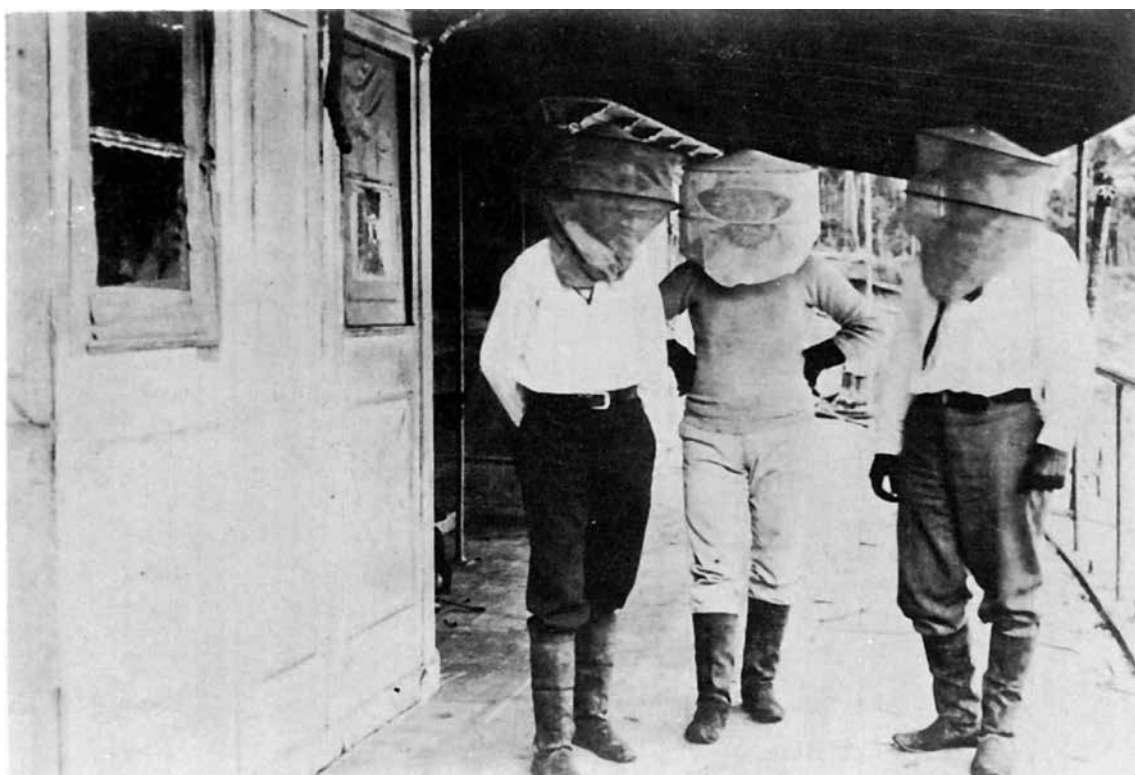
A continuación les pedí a ambos que se apresuraran a seguirles y usaran a Bishop como intérprete, ya que habla huitoto, mientras yo me quedaba atrás y mantenía ocupados a los «otros». Fui donde estaban Tizón, Velarde, etc., y les pedí que organizaran grupos de indios para que yo los fotografiara. Barnes y Bell regresaron pronto y habían tomado notas de la declaración de Francisco. Después de almorzar, Tizón me habló en la galería y me contó sus esperanzas y miedos, entre los que prevalecían las primeras, pues sería justo que tuviera éxito. Le aseguré que tendría todo mi apoyo personal y que allí donde tuviera poder para influir beneficiosamente, lo pondría en práctica al máximo para él, de manera que su lucha contra este sistema malvado pudiera verse fortalecida. A continuación le hablé del incidente de Francisco y le pedí que se entrevistara con Barnes y Bell. Así lo hizo, y decidió mandar a buscar a Francisco para interrogarle en privado con un intérprete de confianza que tenía (su hombre de Iquitos).

⁸ Nombre que recibían los empleados de la Compañía que sabían leer y escribir. Los *muchachos* y los *racionales* eran los capataces.

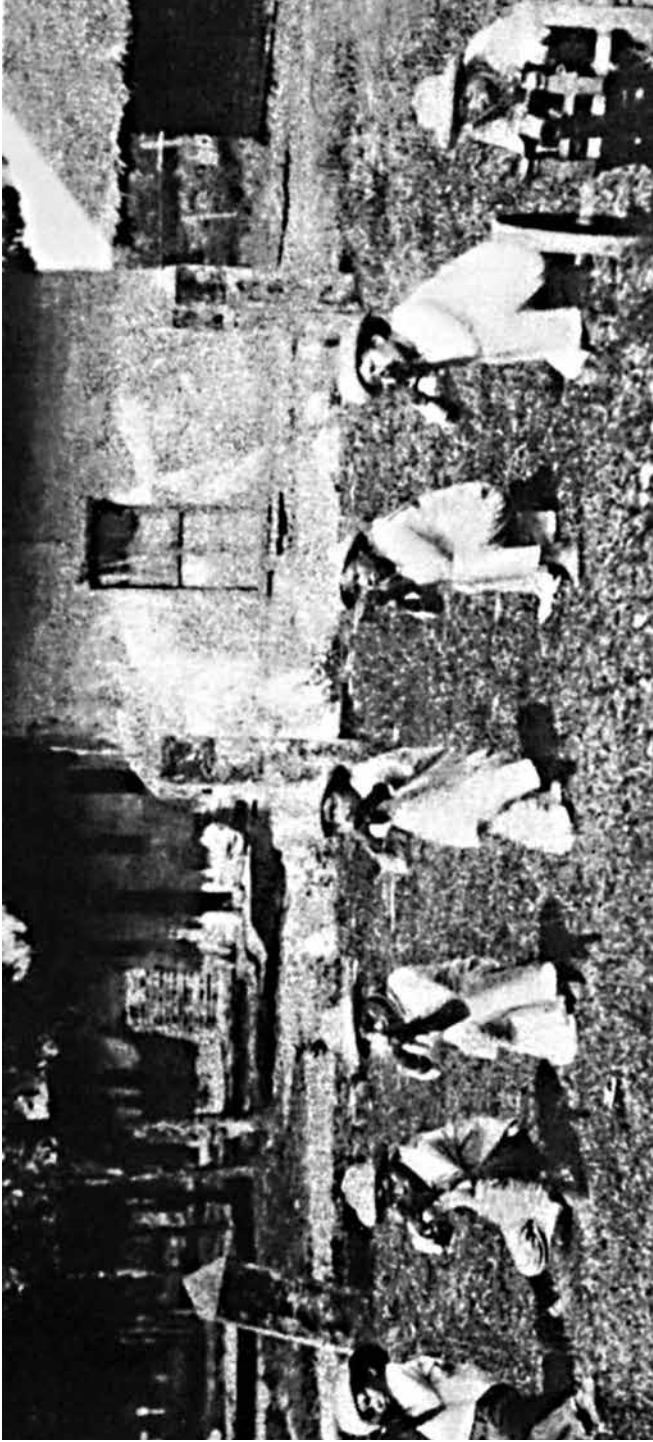
Lo hizo más tarde, pues creo que Francisco volvió voluntariamente a la estación, y les dijo a Barnes y Bell que se admitían los golpes con los *machetes* y las pistolas, pero existían dudas acerca de que Acosta ahogara al indio premeditadamente. El interrogatorio que le hizo a Francisco le había llevado a pensar que, por lo que parecía, Acosta había ahogado a un indio al empujarle al río. Por supuesto, no es una conclusión satisfactoria. Puede que el intérprete de Tizón sea mejor que Bishop, pero en un caso que acarrea sin lugar a dudas la muerte de un indio debido a la actuación de alguien que está al servicio de la Compañía (que a veces está a cargo de una sub-estación, la de Naimenes, sin nadie que supervise sus actos), es a todas luces aconsejable una investigación más completa e interrogar a más testigos, no sólo a este hombre, Francisco. Se dice que varios indios estaban presentes mientras se lavaba el caucho y que presenciaron la muerte. Aunque puede haber muchos testimonios, el asunto se liquida tras dos interrogatorios clandestinos. ¡Como si nosotros tuviéramos miedo de que nos descubrieran! Cuando Barnes y Bell me lo contaron, comenté que la primera versión estaba probablemente más cerca de la verdad, pues un indio al que simplemente hubieran empujado al río podría haber escapado fácilmente a nado. Todos ellos nadan muy bien, pero si lo mantuvieron bajo el agua durante cierto tiempo para asustarlo, mientras luchaba y probablemente ingería agua durante esta inmersión forzosa, pudo suceder muy bien que, al escapar de las manos que lo sujetaban, se ahogara, por muy buen nadador que fuera. Se habría ahogado por el agotamiento causado por el esfuerzo, por el agotamiento unido al susto y a la necesidad de respirar. Como comentó Barnes, en cualquier caso no había duda de que un indio —uno de los supuestos «trabajadores» y por tanto un valor comercial— se había ahogado en esta estación recientemente, por un acto cometido por un *racional* a las órdenes del *señor* Velarde, y todavía no se le había prestado atención ni se había informado a La Chorrera de esta muerte. La información ha llegado hasta Tizón sólo porque Bishop, mi criado, ha sido capaz de inspirar confianza a los indios en nuestra capacidad (o buena voluntad) para ser sus amigos. Barnes y Bell le pidieron a Bishop que le dijera al *capitán* que le transmitiera a su pueblo que, si se azotaba o maltrataba a alguno de ellos, debían buscar a la Comisión allá donde estuviera en el siguiente mes o dos, y exponer ante ella los hechos.

Por la tarde un *capitán* indio vino y me abrazó, poniendo su cabeza en mi pecho y su brazo alrededor de mi cintura. Hizo lo mismo con Barnes, que estaba presente. Los dos nos quedamos turbados. Supe muy bien lo que quería decir.

Me bañé en el río y «Andokes» y Barnes cogieron mariposas. Hoy no estuve bien, y me acosté sin cenar.



Durante la construcción del ferrocarril de Farquhar, grupos de médicos, equipados contra la fiebre amarilla, combatían contra 39 enfermedades tropicales distintas. (Colección de Richard Collier)



Entre los guardianes huitoto, existían unos 400 jóvenes a quienes se les enseñaba a matar desde la infancia. (Colección Richard Collier)

Lunes, 3 de octubre de 1910

Envié a Bishop a La Chorrera en lancha, diciéndole que trajera provisiones, mantuviera la boca cerrada y descubriera si habían convocado a algún otro barbadense y dónde se encontraba Batson. La lancha partió a las 8:00. Después les pregunté a Tizón y a la Comisión si podían reunirse conmigo, pues deseaba plantearles más hechos. Era complicado que nos encontráramos en la casa: allí nos vigilan por todas partes, pues todas las habitaciones están abiertas y se habría escuchado todo lo que dijera. Por otro lado, ver a los dos barbadenses, Chase y Sealy, exculpándose a sí mismos de la incursión al Caquetá, seguidos de Garrido, habría hablado por sí mismo ante los ojos de cualquiera, y la repetición continua del nombre de Jiménez habría sido una pista que revelaría el objeto de nuestra investigación. Por eso, propuse que fuéramos a la casa de los indios de la parte de atrás de la estación y deambulamos por allí fingiendo que observábamos las plantas, la caña de azúcar, etc., pertrechados con redes para cazar mariposas, la cámara de fotos, etc., como si simplemente hubiéramos salido a dar un paseo. Éste es el modo en que la Comisión que la Compañía ha enviado y los principales representantes de la misma están obligados a celebrar una reunión en una de las estaciones más importantes. Les dije a Sealy y a Chase que vinieran como criados y Bell le pidió a Garrido que, después de que los barbadenses hubieran contado su historia, expusiera su testimonio para convencer a Tizón de la reciente situación de El Encanto y La Chorrera, pues lo creímos necesario.

Enseguida llamé a Chase y Sealy y le pedí al primero que contara las actividades de la «comisión» que fue al Caquetá en mayo o junio de 1908 bajo la dirección de Jiménez. Narró la historia con bastante sencillez, quizá con menos detalle que cuando me la contó a mí por primera vez en mi habitación. Chase la corroboró y dejamos que se fueran después de que respondieran a algunas objeciones que expuso Gielgud.

Entonces Bell presentó a Garrido, que se retractó prácticamente de todo lo que había relatado ante la Comisión, ante el señor Cazes y yo mismo en Iquitos en septiembre. No dijo prácticamente nada y dio una imagen despreciable; es un bellaco deleznable. Está claro que «lo han sobornado». Continuamos con la discusión —despachamos a Garrido, pues estaba esperando por ahí sin hacer nada— y, después de que expusiera mi postura muy claramente, conseguí de nuevo que el señor Tizón y la Comisión estuvieran totalmente de acuerdo conmigo —con la excepción de Gielgud, quien más tarde accedió como los demás— en que debíamos

mantener esta acusación contra Jiménez y que, puesto que no podíamos emprender ninguna acción para demostrarla ni para enfrentarnos a él, los representantes de la Compañía deberían considerarla punible y despedir a Jiménez. Tizón se reafirmó de nuevo en que su intención era «despedirlos a todos».

Yo señalé que mi postura era simplemente [...] que, como la Compañía no podía tomar ninguna medida para desmentir estas acusaciones contra uno de sus representantes —incluso se había negado—, debía considerar válido el testimonio de los barbadenses y llegar a una conclusión «independiente e imparcial» sobre las relaciones existentes entre los súbditos británicos y los representantes de la Compañía, como se me ordenó, a través del único testimonio disponible, a saber, el de estos mismos súbditos británicos. Se me había prohibido hacer preguntas a otros empleados de la Compañía e intentar verificar por mi cuenta las acusaciones. Desmentirlas es algo que recae sobre los representantes de la Compañía, si lo que desean es convencerme de que estos súbditos británicos no le dijeron la verdad al cónsul que habían enviado para que investigara una situación que afectaba a estos hombres y sus relaciones con la Compañía.

La única conclusión a la que puedo llegar es que una organización sin leyes —sin ninguna ley en absoluto— controlaba a estos hombres, que se les había obligado a trabajar de manera completamente ilegal y se les había convertido deliberadamente en criminales; que mi deber es diferente al de la Comisión, pues estoy aquí para hacer una única cosa y sólo con los medios que estén a mi disposición, a saber, interrogar a los súbditos británicos que encuentro al servicio de la Compañía, a lo que estoy autorizado, y basar mis conclusiones en ello, pues se trata de los únicos testimonios que me han proporcionado. Se podría sumar lo que yo mismo he visto y pienso.

El señor Barnes, como jefe de la Comisión, se mostró completamente de acuerdo y señaló que la Comisión estaba en deuda conmigo y con el testimonio de mis testigos, ya que había proporcionado la mayor parte de la información; que los representantes de la Compañía (siempre con la excepción, por supuesto, del señor Tizón) habían ocultado asuntos y también habían mentado intencionadamente, como había hecho Velarde en esta misma estación, particularmente en el caso del capitán Francisco, cuyas acusaciones contra Acosta —haber ahogado a un indio recientemente, azotar a los indios y haber golpeado en la espalda con machetes y «encañonado con armas» al propio Francisco— habían llegado a sus oídos sólo a través de mí y de Bishop.

Le di al señor Tizón la nota a lápiz de Jeremías Guzmán que Bishop me había hecho llegar anoche a las 21:00;⁹ le expliqué cómo la había conseguido y la declaración que la acompañaba. No le dije que esta circunstancia —a saber, que uno de los empleados peruanos de la estación, a quien yo ni siquiera había llegado a saludar con un movimiento de cabeza y a quien no conocía ni de vista, salvo por la descripción que me habían dado, había preferido mandarme sus quejas a mí, un cónsul extranjero, en vez de al jefe de la Compañía para la que trabajaba— era quizá uno de los hechos más nocivos de los que había tenido noticia, pero sí se lo dije más tarde a Barnes y Bell, mientras comentábamos estas cuestiones.

Simplemente le comenté al señor Tizón que él, como peruano (que había tenido un alto cargo al servicio de su país), debía darse cuenta del peligro extremo que representaba una situación como ésta, a lo que enseguida asintió. «Este hombre es un bandido», comentó. Más tarde, cuando habíamos acabado con el relato apremiante de la incursión de Jiménez al Caquetá —que, en lo que se refiere a la reunión, acabó con la aceptación generalizada de la historia de los dos barbadenses y el despido de Jiménez por parte de Tizón— se planteó el asunto de Francisco, el *capitán* local de una de las tribus de indios. Pienso que fue Barnes quien lo sacó a relucir como prueba de que, en las últimas semanas, aquí, en esta misma estación, Acosta, uno de los *racionales*, ahogó a un indio y Velarde, el jefe, no consideró que valiera la pena informar sobre ello. Y tampoco sobre si el hombre había sido ahogado a propósito o no. Barnes presentó el mismo argumento que yo planteé. Cuando Tizón expresó sus dudas sobre que Acosta hubiera ahogado al indio deliberadamente —pues le habían contado que éste simplemente le había dado un empujón mientras los indios lavaban el caucho en la ribera del río—, yo le dije que, admitiendo (y era obvio) que todos estos indios sabían nadar desde pequeños, para que se ahogara un indio al que arrojaran al río (aquí muy estrecho), éste debía estar realmente agotado. La historia, tal y como primero la contó Francisco, había sido que la medida de castigo que ahora había sustituido a los azotes (prohibidos por Tizón en circulares aparentemente sinceras) era «mantenerlos bajo el agua» mientras lavaban el caucho y que este indio en concreto, luchando por escapar de Acosta, que lo mantenía bajo el agua, se había escapado y se había ahogado. Mi comentario había sido que esta explicación parecía intrínsecamente más probable, ya que, si el hombre

⁹ La nota dice (en español en el original): *Alfredo Montt tiene indios en cadena y les está pegando porque elevan muy poco caucho, los indios están con el culo roto todo rajados, lo mismo las mujeres de los muchachos están todas flageladas.*

no estaba agotado y aturdido por la inmersión, no me explicaba cómo podría haberse ahogado por el mero hecho de que le hubieran empujado al agua en la que estaba acostumbrado a nadar desde su temprana niñez.

No obstante, Gielgud (y Fox) enseguida acogieron esta historia de Francisco que presentó Barnes con la siguiente consideración: «¿Por qué no se nos ha dicho nada de esto? Es la primera noticia que tenemos». Barnes y Bell les explicaron las razones de por qué no habían sido informados antes y, al comprenderlas, Gielgud dijo: «Considero que esto es mucho más importante que nada de lo que hayan presentado los barbadenses. Aquí tenemos información de primera mano». Calmadamente le dije: «Perdóneme, pero la otra también es información de primera mano, son las declaraciones de un testigo ocular. La única diferencia es la fecha». Se calló la boca.

Están de acuerdo. La cuestión sólo tiene una explicación: el reino del terror que impera y la absoluta ignorancia en la que se ha mantenido a Tizón. Le rogué que fuera muy prudente en su investigación, tal y como Guzmán le había rogado a Bishop que, cuando me diera la nota a lápiz, no dejara en ningún caso que «los otros» supieran que había hablado. «Los otros» eran Fidel Velarde, Rodríguez, Acosta y, seguramente, los otros *racionales* de la estación. Según las *planillas de sueldos*¹⁰ de septiembre, el otro día vi que el personal *racional* de Occidente estaba formado por Velarde (a quien se pagaba por resultados: 2 soles por *arroba* del peso bruto de caucho y el 7%), Manuel Torrico, Eugenio Acosta, Apolinario Atravea y Agustín Pena; este último es el criado *cholo* de los Andes, que atiende en la mesa. Es casi un indio puro, como los soldados en Iquitos, y es un hombre joven, bien parecido y robusto, de unos 27 años; yo diría que en manos de un amo y mentor decente podría ser un criado fiel y leal. Aquí, en una atmósfera como ésta, sin duda hace lo mismo que el resto. Acosta se ha ido de nuevo, imagino que ha regresado a Naimenes. El nombre de Guzmán no figura, pero un tal Jeremías Guzmán aparece en la lista de Atenas.

Después de que más o menos se admitiera la prueba contra Jiménez, la discusión de hoy en casa de los indios adoptó por momentos un tono bastante severo. El propio Gielgud es una especie de *advocatus diaboli*.¹¹ También al principio, en la historia de los barbadenses, intervino de la misma manera. Cuando Sealy llegó a la parte en la que Jiménez había

¹⁰ Las nóminas.

¹¹ Abogado del diablo.

cruzado el Caquetá (hacia la República de Colombia) con hombres armados en busca de «indios», Gielgud interrumpió para preguntarle «de quién» eran esos indios. ¿Se trataba de hombres que vivían al otro lado del río o fugitivos que habían huido de la «sección»? Sealy dijo: «Él dijo que eran indios de este lado. No lo sé. Eso creo». Desde cualquier punto de vista civilizado, el habitat de los indios era bastante irrelevante. El punto que se estableció claramente fue que Jiménez, al servicio de esta Compañía inglesa, estaba liderando una redada armada con los criados de la Compañía en pos de seres humanos en el territorio de un Estado vecino de América del Sur. El pensamiento del señor Gielgud parecía basarse, por justificarlo de alguna manera, en que los indios podían ser fugitivos del territorio de la Compañía, como si una compañía inglesa que indignamente niega la existencia de trabajo forzado, que a nuestro Gobierno le habla de relaciones puramente «comerciales» con estos indios peruanos, «que están protegidos por una administración eficaz, etc.» pudiera decir que posee indios como si hablara de árboles de caucho. Dejé pasar en silencio la afirmación de Gielgud, pero Barnes, con toda la razón, enseguida señaló: «Eso no hace al caso, la Compañía no posee a los indios, dice que son libres».

Como no quería «restregárselo por las narices», no añadí que «esta declaración mucho más convincente» que se había hecho tenía el mismo origen que cada fragmento de las pruebas que hasta ahora se habían presentado a la Comisión en esa misma habitación, a saber: yo mismo. No era al *señor* Tizón de la Comisión a quien le habían presentado la queja de Francisco, sino a mí mismo por intermediación de Bishop. Fui yo quien se lo dijo a los señores Barnes y Bell, fui yo quien envió a Bishop para que parase a Francisco, y fui también yo quien ese mismo día se lo dijo al *señor* Tizón, y le pedí que le preguntara a Barnes y Bell. De nuevo, durante la discusión, yo dije que, más allá del asesinato y maltrato de indios, para mí estaba meridianamente claro que el Putumayo no estaba vigilado y administrado por un poder civilizado, como la Compañía afirmó ante el Foreign Office, sino que aquí imperaba la no-ley, la total ausencia de ley. Los miembros de la Comisión (exceptuando a Gielgud) estuvieron de acuerdo y también el señor Tizón. Gielgud exclamó que, en ausencia de autoridades locales, ¡los representantes locales de la Compañía habían tenido que inventar y aplicar una ley!

Señalé de nuevo que ésa era la misma objeción que el Gobierno de Su Majestad había planteado por primera vez en su correspondencia con la Compañía, objeción a la que se había respondido, de manera indignante, con la afirmación, carente por completo de garantías, de que el Gobierno

peruano mantenía un control completo y eficaz, tanto civil como militar. Gielgud volvió a callarse y el pobre Tizón dijo: «La presencia del ejército servía únicamente a intereses políticos relacionados con la frontera en litigio con Colombia».

[...] Era evidente que, después de todo, yo no era el invitado de Tizón, sino del jefe local de la estación, a pesar del intento de Tizón por asegurarme lo contrario. Aquí en Occidente duermo en la cama de Velarde; las sábanas, las fundas de las almohadas, etc. están marcadas con sus iniciales. Una divertida prueba de esto tuvo lugar poco después de nuestro encuentro.

Sealy trajo mi colada. Le pregunté cómo podía pagar por ello: a qué mujer, de las muchas que se ven por aquí entre el personal doméstico, podría darle un regalo a modo de pago. Él simplemente dijo: «Señor, la mujer del jefe es quien lava la ropa». Le respondí: «¡Ah, te refieres a la señora Velarde! Apenas puedo darle una lata de carne. ¿La lava ella misma?». A continuación, las facciones del taciturno barbadense se estiraron en una simpática sonrisa: «Él tiene cuatro o cinco mujeres, señor»; ambos nos reímos a carcajadas. Lo hice muy abiertamente, y también Sealy, a quien, dos días antes, yo había obligado, de manera embarazosa, a que me informara sobre sus relaciones conyugales en el Putumayo. De todos modos Sealy no había tenido más de una mujer cada vez. Está reservado a los jefes de sección y a los más altos representantes de este establecimiento comercial tomarse su matrimonio como hacen con el caucho: como una cuota sobre el «producto bruto» de la región. Aquí tenemos a Fidel Velarde, quien consigue sólo «2 soles por *arroba*», junto a una simple bagatela de «cuatro o cinco mujeres» —una de las cuales amablemente lava mi colada—, mientras que Normand, en la lejana Matanzas, con su 20% del *peso bruto*, tendrá un harén de al menos un centenar de hacendosas criadas. Se lo conté a Barnes y a Bell —ellos se rieron estruendosamente—, pero su colada pasa por los mismos intermediarios. No podemos escapar de aquello que nos rodea, y dije que estaba muy bien que Tizón dijera que yo era su invitado o el invitado de la Compañía: en realidad yo era el invitado de los desgraciados indios. Ellos lo pagaron todo; la comida que comimos, el vino que bebimos, las casas en las que nos alojamos y las barcas que nos llevan río arriba: todo venía de esos cuerpos consumidos, medio muertos y bien azotados. No hay forma de huir de eso, somos simplemente los invitados de un baluarte pirata, donde los *winchesters*, el cepo y los látigos sustituyen el intercambio de bienes y una esclavitud sin límites reemplaza las transacciones comerciales, por no hablar de los atroces crímenes que son el telón de fondo.

[...] Sin duda, estoy poniéndome enfermo. Mi pesadilla la pasada noche consistía en una criatura compuesta de todos estos criminales, una especie de Velarde-Jiménez-Agüero-Flores indescriptible, de ojos nublados, que estaba sentada en la puerta de mi habitación y me esperaba. Eso era todo. Simplemente esperaba. ¡No es de extrañar que chillara durante mi horroroso sueño y despertara a toda la casa!

Por la tarde, mientras los demás dormían, todos nosotros nos encontrábamos cansados, preocupados y alterados; visité el cepo con Sealy y lo medimos, mientras él me explicaba su mecanismo y su método de funcionamiento. [...]

Martes, 4 de octubre

[...] Las cosas siguen igual, en todas partes. Allá donde se dirijan en busca de información —han sido enviados por la Compañía para que ayuden y aconsejen— dicen que se encuentran con ocultaciones, falsos testimonios o una ausencia total de cualquier evidencia documental que puedan reclamar y que debería estar disponible inmediatamente. Aquí no hay libros de registros, dicen, nada más que *blancos* repantingados en hamacas, *muchachos* ociosos (a menudo ensimismados), que van y vienen de la selva armados, pero no se hace absolutamente nada en esta supuesta fábrica. Nadie trabaja. Incluso los meseros se van a sus hamacas a las 9:00 y se tumban para jugar entre ellos. [...]

Cuando acabaron la partida de *bridge* y las personas allí reunidas se retiraron a dormir, yo estaba fuera, caminando arriba y abajo; Barnes y Bell vinieron y se quedaron conmigo. Eran las 23:30 y estábamos en silencio, alejados de posibles fisgones; les hablé del miedo que los últimos incidentes del día habían despertado en mi mente. Mi razonamiento fue el siguiente.

Aquí estamos a tientas en la oscuridad. Hasta ahora, la única «prueba» directa y abierta la habíamos obtenido del barbadense y me la había confiado a mí, su cónsul, con la esperanza puesta en mi autoridad y capacidad para protegerlos. Yo era responsable de la seguridad de aquellos hombres. Habían confiado en mi lógico derecho a pedirles que dijeran la verdad, en la medida en que supieran cómo hacerlo. Más de una vez, habían mostrado y expresado un terror enorme hacia las consecuencias que pudiera tener para ellos mismos, y habían sido su fe y su creencia en mí lo que en primer lugar les había llevado a hablar, a ofrecerse para

plantar cara a sus jefes de sección, incluso directamente, y, finalmente, a acompañarnos al norte del país. Pero yo carecía de poder para protegerles, pues no había ley ni autoridad de ningún tipo en este país; ellos mismos vieron que la carta del prefecto a las «autoridades» era una farsa. Bell dijo que ahora todo su valor residía en que era una «pieza rara». [...]

Miércoles, 5 de octubre

En Occidente

Nos fuimos a dormir pasada la medianoche, tras haberles hecho prometer por su honor y buena fe que se mantendrían fieles a su actual actitud frente a este régimen execrable de caza al hombre. No dormí mucho. Aquí estoy, a las 5:30 de la madrugada, nuevamente en pie y redactando un «acuerdo».

La lancha no ha vuelto aún de La Chorrera. Esto también me provoca cierto desasosiego. Ha podido suceder alguna desgracia allí abajo y Bishop está solo, rodeado de esos canallas; ¿quién sabe lo que pueden llegar a intentar? Podrían emborracharle y sonsacarle y así tomar su «testimonio» contra todos nosotros —o más bien contra mí— y tratar de causar problemas en Iquitos con él. Es obvio que esos rufianes no se detendrán ante nada. Si, como es bastante probable, ahora están seguros de que Tizón es un hombre honesto, de que ha adoptado nuestro punto de vista y está de nuestro lado, ellos deben de saber que el mantenimiento de sus lucrativos empleos depende de que se trame una conspiración —y que tenga éxito— contra él. Para hacerlo, deberán perjudicar de alguna manera al objeto principal de sus miedos: yo mismo. La verdad sólo ha salido a la luz gracias a mí y a la lealtad y confianza que tienen hacia su cónsul estos tres o cuatro negros ignorantes. La pasada noche, nosotros tres estuvimos de acuerdo en que la situación era realmente inconcebible, tanto que nadie podría creerla. Bell, que era escéptico al principio, no para de reírse por este aspecto del asunto: ellos, una Comisión de expertos enviados por una poderosa Compañía inglesa para potenciar sus intereses, se verán forzados a actuar como hombres culpables, a ocultar sus pensamientos y a abstenerse de hacer las preguntas más necesarias; se verán forzados a declarar que, entre todos los representantes de la Compañía que han conocido, sólo este hombre, Tizón, parece honesto. (Torrico no cuenta.

Nosotros consideramos que es mejor que los demás, pero realmente no sabemos nada de él).

Son las 9:00 y no hay señal de la lancha; ha pasado más de dos días fuera y debería haber vuelto ayer. Tizón dice que dio órdenes claras sobre su regreso inmediato. O ha tenido un accidente (muy posiblemente) o se ha retrasado en La Chorrera debido a algún ardid de Macedo.

Me dicen que dejarán a Garrido aquí. Su resignación libera a la Comisión de la dificultad de despedirle y ofrecerle sus razones. Volverá a Iquitos en el Liberal y Barnes va a escribir a Cazes. Tanto Barnes como Bell dicen que no necesitan más pruebas de cuál es la verdadera situación. Les he convencido completamente y puedo dejarles con la seguridad de que nada podrá inducirles a modificar esta opinión. Dado que yo también estoy convencido, me parece que continuar buscando pruebas en las condiciones de peligro que nos rodean sólo puede traernos graves problemas a todos. Ir a Matanzas, donde está el archi-asesino Normand, sería una locura. Según Bell, Torrico le dijo que las estaciones que se encuentran hacia la zona de los boras, Sabana, Matanzas, etc. ya se han convertido en «fuertes». No hay nada abierto en su parte inferior y ¡todo está rodeado por una galería de 10 o 12 metros que custodian día y noche unos guardias armados! Allí nadie se atreve a ir a la selva, salvo con un grupo numeroso y bien armado.

¡Cómo me gustaría ver estas cosas con mis propios ojos, ser capaz de documentar los métodos que se usan allí en esta «reclamación comercial e industrial» de los indios! Pero, ¿cómo podría? Los de la Comisión dicen que difícilmente irían a Matanzas o a Abisinia; los caminos son largos y están llenos de agua. Personalmente, para mí sería un auténtico placer, pero estoy profundamente asustado por el resultado que implique. Puede suponer que asesinen a los barbadenses, casi ante nuestros ojos. Por supuesto, los culpables de ello serían los «caníbales» o los «salvajes» o quizá el «marido injuriado» o algo por el estilo. No habría prueba alguna del crimen. Además, nunca se ha castigado a estos hombres por los más espantosos crímenes contra la humanidad. Ni siquiera a uno de ellos. Han estado años aquí, cometiendo los crímenes más infernales —algo que ahora todos creemos—, y hace tres años los denunciaron abiertamente en Iquitos, cuando muchos testigos marcharon por las calles de esa capital pidiendo que los llevaran ante un tribunal. ¿Qué pasó después? Nada, absolutamente nada. O se han retirado con una pequeña fortuna, como el señor Rodríguez de Iquitos, o están aún en activo como representantes de la Compañía y perciben salarios muy generosos de sus secciones. Barnes dice que cree que este hombre, Velarde, por el que ninguna empresa pagaría

ni 5 £ al año, gana por lo menos 600 £ al año y consigue 4 o 5 «esposas» gratis, una casa construida por los indios, criados e indios que le hacen la colada, cultivan el jardín y la plantación; salvo el abastecimiento que viene de Europa, todo se recauda de la indefensa población de los alrededores a través del crimen.

Mientras escribo, los demás están fuera, disparando a una diana de un soldado austriaco. Está bien guardar las apariencias: lo hacemos bastante correctamente, aunque el hecho de que yo esté constantemente escribiendo en mi habitación levanta sospechas. No puedo evitarlo. Trato de hacerlo por la noche, pero en este clima uno se cansa mucho y a veces me doy por vencido y me voy a dormir. El pobre Barnes está enfermo. Toma diariamente 40 granos de quinina y tiene un aspecto dolorosamente delgado y demacrado. Gielgud, que tiene menos de 30 años, tiene buen aspecto. De todas maneras, temo que sería inútil para cualquier propósito serio. Esta cuestión no le atañe muy seriamente, me imagino.

Me levanté a las 5:15. Primero, cerca de mí, en la misma galería, vi salir del dormitorio de Torrico a una chica. Al verme en la puerta, ella se marchó corriendo. Yo permanecí en la galería y vi salir a cuatro chicas o mujeres de la casa de Velarde —donde duermen él, Rodríguez, y concluyo que también Aquileo Torres— y, a su vez, cuatro porteadoras de agua aparecieron en nuestra galería para recoger bidones vacíos y bajar al río. Además, vi a algunas mujeres en las puertas de las habitaciones de los criados, a lo largo del otro lado de esta ala.

Aquí tenemos a un séquito femenino considerablemente grande, ninguna de ellas se ocupa de trabajos útiles, salvo esas pobres chicas del agua, que empiezan a trabajar a las 5:30 de la mañana y a menudo portean agua hasta las 20:00. Ellas, o algunas de estas esclavas, lavan nuestra ropa. La pasada tarde, Sealy trajo la colada de Gielgud y la de Tizón y le pregunté a Gielgud (a propósito) cómo pagaba aquí por su colada. «¡Oh! —dijo—. Yo no pago. Lo considero una de las cosas que la Compañía proporciona». Asentí con la cabeza e inocentemente le pregunté cómo pagaba la Compañía a estas mujeres. «Oh —dijo— obtienen comida. No les pagan. Les dan regalos y latas de sardinas, entre otras cosas». «Ya veo —respondí— pero si son criadas de la Compañía y están empleadas como tales, seguramente habrá alguna regla o escala salarial». No me respondió. Esto sucedió delante de Tizón y de todos los demás, justo antes de cenar y ¡esto es lo que a él le parece «tan bien»!

Justo ahora (a las 10:00), Sealy está en mi habitación limpiando. Le dije que, cuando dejáramos este lugar para ir a Último Retiro, deseaba que

los tres hombres durmieran cerca de nuestra habitación y le expliqué que no debían producirse intentos de forzar la moral de las chicas indias, que era peligroso y para mí también incorrecto, y que si les imputaban cargos por este motivo, o cosas peores, no sólo yo no podría protestar, sino que entonces todos sus testimonios podrían desestimarse y eso significaría sin lugar a dudas que ellos me habrían «contado mentiras». Así que aquella tarde les pedí que fueran castos y que me prestaran lealtad y honor a mí y a su Gobierno. En este entorno abominable es un placer sentir que estos simples e ignorantes africanos conservan aún la suficiente hombria como para entender cuándo se requiere su honor y su corazón. ¡Dios bendiga sus negras caras! Sealy balanceó su cabeza de lado a lado como hacía cuando se emocionaba y dijo: «Está bien, señor. Lo sé. Lo sé». Entonces volvió a asegurarme que ayer Chase no había intentado nada malo con la chica y que solamente había hablado con ella sobre el bidón de agua de Gielgud, pero Rodríguez había convertido ese episodio en un pretexto para acusarle. Dijo que, recientemente, Rodríguez de verdad había intentado robarle su propia «esposa» en La Chorrera, la misma que ahora espera su regreso; eso le contó ella misma. Rodríguez le había pedido a ella que huyera con él. Continuó diciendo que «ellos estaban ahogando indios aquí». Le dije que había oído algo acerca de un caso, pero que lo habían negado. Él dijo de repente: «Dos, señor. James Mapp estaba aquí entonces y lo vio; me lo contó hace relativamente poco cuando bajó a La Chorrera. Él está en Santa Catalina ahora. Lo oiré cuando lleguemos allí. Ataron a esos dos indios. Es la manera en que los castigan ahora: los sujetan bajo el agua hasta que están medio ahogados para asustarlos, y esos dos hombres murieron». Le dije de nuevo que había oído hablar de uno, pero que se había llegado a la conclusión de que Acosta tan sólo lo había empujado al agua. Sealy dijo: «Miente, señor. Les atan las manos y los sujetan bajo el agua. Espere a que lleguemos a Santa Catalina». Ahí lo dejé. Así, el cuento aterrador continúa; cosas como ésta salen a la luz sin buscarlas y de manera insospechada: ¡cuando simplemente estaba hablando de los peligros de que todos los hombres duerman *en garçon*¹² en esas habitaciones de Circe! ¿Debería decírselo a Barnes y Bell? Para qué. La otra noche dijeron que ellos lo creían **todo**, que no necesitaban más testimonios sobre este régimen atroz y que en consecuencia, por su parte, no tratarían de realizar ninguna investigación, puesto que ya estaban convencidos; dijeron que yo había cumplido ampliamente con mi parte y que no les quedaba ni un rastro de duda.

¹² Todos juntos.

Estoy convirtiéndome en la *bête noire* del espectáculo. Cada vez que me acerco a estos pobres caballeros lo hago con un nuevo crimen en los labios o en los ojos. Y no puedo evitarlo. Si no digo nada a nadie y más adelante han de hacerse públicos estos asuntos (quién sabe), la Comisión podría decir perfectamente: «Pero si estábamos con el señor Casement todo el tiempo, dormíamos puerta con puerta, nos veíamos constantemente, comíamos y cenábamos y jugábamos al *brigde* juntos... Aunque estaba al tanto de estas acusaciones horribles, nunca dijo una palabra y, ahora, dice que les daba crédito». En cualquier caso, nada de esto puede plantearse ahora. Ellos dicen que están seguros de que he cumplido con mi deber hacia ellos al mostrarme totalmente favorable a que examinen las declaraciones de estos hombres.

La persona más insoportable de la Comisión es Gielgud. En gran medida está involucrado en esta situación demoníaca y busca cualquier oportunidad para defenderla. Sin duda, él diría que está defendiendo a la Compañía, pero en realidad defiende un sistema que, a ojos de cualquiera, es indefendible. Por supuesto que en este mundo existen muchas personas que defenderían cualquier cosa que exista —por el simple hecho de existir— pues están tan condicionadas que no pueden imaginar otro estado de cosas. Si olvidamos que las circunstancias son en gran parte una invención humana, esta misma forma de pensar es aplicable a estas circunstancias: lo que aquí ocurre, y lo que ha estado ocurriendo durante muchos años, quizás no esté bien o no sea lo mejor, pero es lo mejor dadas las circunstancias: ¿por qué no sacar provecho de ello? Por lo que he podido entender, éste es en gran medida el punto de vista de Gielgud, si es que en realidad tiene algún punto de vista firme. Su capacidad de observación no es aguda en absoluto y, según he podido comprobar, no puede discernir con mucha claridad. Puede que no sea de mal corazón, pero sus capacidades mentales resultan claramente deficientes cuando se trata de un problema humano de esta clase, ya que corazón y cabeza deben estar equilibrados. En este sentido, él y Fox han estado hoy, antes del almuerzo, intentando encontrar aspectos positivos en este sistema de esclavitud. Dicen que es esclavitud y, a renglón seguido, que se trata de una «transacción económica» y que los indios «deben» dinero a la Compañía. Y dicen esto a pesar de todos los latigazos y cicatrices, por no mencionar los asesinatos, que hemos presenciado durante los últimos días o sobre los que nos han informado directamente. Gielgud pasó por este distrito hace un año, durmió en la misma habitación en la que me encuentro ahora, y le pareció que todo estaba «bien»; quizás era rudimentario, pero bastante apropiado para el entorno. Mañana mismo volvería a mostrar esta actitud si disminuyen los descubrimientos que

hago cada día; y ¿quién los hará en mi lugar cuando yo me vaya? Por esta razón, ayer a medianoche le dije a Barnes que nunca le perdonaré si se retracta completamente de su promesa de condenar la situación al volver a casa. Él me dijo que, aunque no pudiera contar con nadie más, con él sí que podía y que su forma de pensar era tan firme como la mía. Lo que sucede en este entorno va más allá de la capacidad de comprensión de Fox; se trata de un hombre con un corazón lleno de amabilidad y compasión humana, pero sin la comprensión necesaria para una situación compleja como ésta. Él puede ver un poco, pero no lo suficiente. Así, aunque esté horrorizado por las historia de Jiménez y la quema de la «anciana» de Sealy, o por la decapitación del niño pequeño, cree que se trata de «atentados individuales» —es lo que yo he logrado entender—, ya que puede ver indios que bailan, cantan y sonríen como niños, prueba de que son felices y de que no todos reciben «malos tratos».

Se trata otra vez del problema del Congo, de nuevo los mismos defensores de la negligencia y la aberración. Una cosa no puede ser esclavitud y, al mismo tiempo, un contrato voluntario. Él se opuso cuando en esta conversación de hoy con Gielgud y Fox me manifesté en contra de que, por ejemplo, el acuerdo según el cual se «paga» a los indios por adelantado después de cada *fábrico* se considerase comercio legítimo o que ofreciese cualquier pretexto, dentro o fuera de la ley, para después flagelar a un indio que hubiera cogido esos bienes por no cumplir con el «precio» que tenían. No defendió los azotes, pero sí el «contrato». Dije que no existía tal contrato y que no había ninguna prueba de que los indios aceptasen voluntariamente dichos bienes o que de buen grado contrajesen la obligación de pagar por ellos 30 kilos de caucho o cualquier otra cosa. Tanto él como Gielgud enseguida dijeron que «yo estaba suponiendo tal cosa» y que, por tanto, mis razonamientos se basaban en presuposiciones. Yo dije que mi razonamiento era la pura verdad, pero que incluso cuando, como ahora, se reclamaba éste u otro tipo de prueba, se nos había dicho que preguntar a los indios e intentar probar casi cualquier declaración que les afectara alteraría todo el escenario y desataría el «caos». Por esta razón, los latigazos no iban a probarse preguntando directamente a los hombres cuyas espaldas escarificadas podíamos ver, pues esto supondría la «acusación» de los hombres blancos locales y también exponer a los indios a su venganza después de que nos hubiéramos ido. Allá donde miráramos, era patente la misma desconfianza a la hora de probarlo de la única manera que estaba a nuestro alcance. Uno ve algo cuya razón y principios, así como su sentido común, ponen en duda, pero se le impide plantear tal cuestión. Nada sería tan sencillo como probar este asunto del «pago» de los indios; en este sentido, ¿estaban ellos dispuestos, y el señor

Gielgud, a que se probara? En el próximo *fábrico*, por ejemplo, ¿me dejaría preguntarles, o les preguntaría él mismo, si querían un «adelanto» o pago, o si preferirían no tenerlo y así verse liberados de la obligación de traer el caucho? (Este adelanto se llama de las dos maneras de forma indiferente, dependiendo del razonamiento que se presente para su defensa; a veces es un pago por el caucho que se ha entregado e incluso «vendido». Pero, cuando se señala la evidencia del látigo o el *cepo*, e incluso del asesinato, se convierte en un adelanto con el que no se ha cumplido, y los latigazos, bastante brutales y demás, son la manera más rápida de tratar con un acreedor moroso. Éstas no fueron exactamente sus palabras, pero ésta es la teoría que con toda claridad ellos exponen como defensa). Están de acuerdo en que se trata de un mal sistema, que son esclavos, y, a renglón seguido, dicen que en realidad no todo está mal; que condenarlo de forma generalizada, como yo hago, parece una exageración, pues lo hago sin «pruebas» y basándome en «presuposiciones». «De acuerdo entonces, estoy dispuesto a probar mis presuposiciones cuando quieran, pero ustedes se oponen a tal cosa por dos motivos: primero, porque esto es “el Perú” y, segundo, porque esto no es “el Perú” y no hay ninguna autoridad que pueda investigar nada de este tipo; pues, como su investigación acarrearía acusaciones criminales —de hecho, necesariamente debe terminar en acusaciones criminales—, ustedes deben abstenerse de realizarla, pues no hay nadie que pueda arrestar al criminal o castigar el crimen que ustedes puedan sacar a la luz. Qué razonamiento más delicioso, si es que se puede llamar razonamiento». Realmente es una pérdida de tiempo y aliento intentar convencer a esta «Comisión», al margen de Barnes, que ya está convencido, y Bell. Este último todavía se aferra hasta cierto punto al lado «comercial» del argumento y a la obligación de «hacer que el indio trabaje» (por su propio bien, por supuesto, es siempre por su bien por lo que se esclaviza a un hombre. Esto no lo dice Bell sino yo mismo). Creo que no obstante él está convencido de que este sistema es pura y simplemente «esclavista» y espero que lo denuncie como tal.

No le reprocho del todo a Gielgud que trate de defender la Compañía, esto es leal y está bien, pero un hombre inglés que ha sido educado en una universidad inglesa debería saber distinguir lo que está bien de lo que no, en casos de este tipo. Lo que encontramos aquí es carroña —una pestilencia—, un crimen contra la humanidad, y el hombre que lo defienda se sitúa, consciente o inconscientemente, en la parte más baja de la escala de la humanidad y propaga una enfermedad moral que la religión, la conciencia y todo lo que hay de honrado en nosotros debería denunciar de manera inflexible. Creo que Tizón, el ex-oficial peruano que ignoraba

muchas cosas hasta que llegamos a La Chorrera, es mucho más compasivo, humano y noble, que este producto de una universidad inglesa.

La batalla empieza de nuevo cada día y cuando creo que he ganado y establecido de una vez por todas el principio que debe guiar su investigación, me encuentro con que uno u otro miembro de la Comisión (no es el caso de Barnes, quien ahora, y desde que estuvimos en Iquitos, está de mi lado) se desvincula y se remonta a los argumentos leopoldianos:¹³ la conveniencia de «la única manera», «el comienzo de las cosas», etc. Así lo hizo ayer Bell con la explicación de Torrico sobre cómo traen el caucho, cómo se transporta a La Chorrera (y se construyen las casas) y cómo las mujeres indias hacen otra *chácara*, así se llaman aquí a las plantaciones. Su descripción fue una auténtica definición de esclavitud y aun así a él le parece «bien». Así fue como él nos lo describió a Barnes y a mí, pues tenía fresca la versión de Torrico, y yo ofrezco la versión de Torrico en palabras de Bell. Después, hoy supe que Fox y Gielgud suponen que mi condena se basa en «presuposiciones» —que es incluso «exagerada»— y que, dejando a un lado las atrocidades particulares, la situación «no es tan mala». Tiene sus cosas malas (y éstas deberían eliminarse), pero también sus cosas buenas. Decir que no es todo malo, como hace Fox, que en todo esto hay algo bueno, es casi lo mismo que decir que la naturaleza humana no es enteramente mala. Por supuesto que no. Pero no se debe perdonar a un criminal o intentar perpetuar un crimen, o cualquier aspecto de éste, porque el criminal sea un ser humano y tenga un corazón humano. Lo que aquí vemos es bueno o malo; correcto o incorrecto; defendible o indefendible. Nos enfrentamos con los principios primordiales del Bien y el Mal; todo argumento a favor de este asunto detestable se encuentra, en su origen, inspirado por la codicia, y sólo se puede sostener si se ocultan los hechos.

Aquí nos enfrentamos con el ocultamiento a cada paso. Cuando dije que los indios eran esclavos, Gielgud (como le llamaré ahora) y Fox se opusieron y querían «pruebas». Yo le respondí: «Lo voy a probar muy pronto, si ustedes, es decir la Compañía, permiten que lo examine». ¡Me dijo que la petición debería enviarse al Gobierno del Perú! Se remontó

¹³ Roger Casement se refiere a Leopoldo II, rey de los belgas y propietario del Estado Libre del Congo. Gracias a la brutal colonización y explotación cauchera del Congo, Leopoldo II hizo de Bélgica una potencia imperial y él mismo se convirtió en multimillonario. Roger Casement lo conoció el 18 de octubre de 1900 y, durante la conversación privada que mantuvieron, el rey intentó desacreditar las acusaciones sobre las atrocidades que su administración cometía en el Congo. En 1903, Casement viajó al Congo para investigar los hechos y, un año más tarde, se publicó su informe, que tuvo gran impacto en la opinión pública.

enseguida a la vieja y falsa historia que se contó al Foreign Office. Yo dije: «Pero admiten que aquí no hay Gobierno —ni del Perú ni de otro Estado— y que esto se ha presentado más de una vez como la razón para **no** adoptar medida alguna o para no someter a una investigación las acusaciones de los barbadenses. Por consiguiente, no pueden desempeñar ningún papel. Nuestra prueba depende de los indios, los “acreedores” de la Compañía, tal y como ustedes afirmaron. En el siguiente *fábrico*, déjenme preguntarles (encontraré intérpretes) uno por uno si quieren llevarse la gorra y los pantalones, o cualquier cosa que ustedes les den para que suministren más caucho, o si preferirían verse libres de esta obligación. Es un examen muy sencillo. Si son libres están en pleno derecho de rechazar las cosas que les ofrecen por valor de 3/- o 7/- d. o cualquiera de los bienes de los que se trate. Pero ¿ustedes les preguntan? Saben que no. Ustedes les obligan a coger estas cosas sin plantearles o preguntarles nada. No tiene importancia si ellos las escogen o si ustedes se las conceden. Y después, cuando se han marchado a sus casas —pobres diablos escarificados—, ustedes les siguen y se entrometen en su vida privada y les obligan a traerles caucho a una tasa de cambio que ustedes fijan; si no quedan satisfechos, les azotan, como el trasero de casi cualquier varón del distrito podría probar. Y ustedes cuestionan mi condena de estos hechos y dicen que mis argumentos se basan en presuposiciones. ¿Por qué, si ésta es la prueba más fácil del mundo, ustedes no la hacen? Pongan a los indios en fila delante de mí o de cualquiera de nosotros para que se les diga que no necesitan traer más caucho a menos de que ellos quieran, que ustedes no les “pedirán” amablemente que cojan un par de pantalones baratos, una gorra de 6d. y una camisa de franela para el siguiente plazo, y veamos quién está razonando por presuposiciones realmente.

«Existe una prueba todavía más sencilla. Yo podría querer regresar a pie a Iquitos. Éste es un país libre, nos dicen. Los nativos son ciudadanos del Perú, nos dicen. Bien. No hay nada que me impida emplear tantos indios porteadores como quiera para llevar mis cosas a Iquitos. ¿Puedo hacerlo? Ustedes saben perfectamente que no puedo y no debo. Su Compañía no lo permitiría. Estos indios luego se convierten en los “trabajadores” en la lista de la agencia local y han recibido un “adelanto de bienes” de la Compañía, y por ello no pueden irse, y así sucesivamente. De acuerdo. Aceptaré incluso esto. Hagan el balance del contrato con estos trabajadores. Yo pagaré su deuda, incluso la pagaré con un 100% de más. ¿Ustedes accederían? No, no lo harían, y lo saben. No quieren ni la “deuda” ni esa bazofia de objetos baratos e inútiles que sólo valen unos pocos chelines. Ustedes quieren los 30 Kg. de caucho indio, que a 5/- por libra o puede que 4/- por libra les reportan unas 15 £. Su contrato es nulo

a todos los efectos, pues no está hecho entre dos hombres, por un valor acreditado y aceptado, sino que cada día se viola su existencia por el uso de la fuerza, el castigo de la ley (de la que no hay magistrados), las huellas del látigo, las invasiones del domicilio y captura por la fuerza, arrestos en cepos y celdas y todos los expedientes detestables que hemos estado escuchando desde el comienzo del último mes. Es el propio sistema lo que es criminal, no quien lo administra, y ustedes, cuando se convierten en algo demostrablemente indefendible, esgrimen el argumento de que no es responsabilidad de esta Compañía inglesa, pues el Gobierno del Perú es cruel, indiferente, se encuentra ausente o no existe». No les dije todo esto a Fox y Gielgud, pero sí una buena parte, e incluso mucho más de lo que puedo acordarme o anotar, pues el discurso de los hombres a veces es fluido y dije muchas cosas y ellos también. Para escribir todo habría que taquigrafiar en todas las ocasiones y todo el tiempo, e incluso en ese caso se cuelan muchas cosas irrelevantes de los dos lados. Ahora presento esto sólo como parte de mi argumento que «según ellos» se basa en «presuposiciones»; el argumento principal e incuestionable consiste en que ellos no se atreven a darme permiso para que pruebe ninguna de mis afirmaciones y en que ellos —quiero decir la Compañía— dicen a todo que no, pero no demuestran nada. Todo lo que cualquier hombre sensato y de pensamiento decente contempla aquí debe valer para condenar este sistema que ellos han tratado de defender. Hasta donde lleguen mis fuerzas, los condenaré.

No me gustaría ser injusto con Gielgud ni siquiera en mis pensamientos y por eso a veces intento provocar discusiones para permitirle recuperar el terreno perdido, pero es una tarea dura y descorazonadora. Quizás soy demasiado agresivo. Intento ser cauteloso e incluso inquisitivo.

En relación con los «bienes» que adelantan, debería hacerse un sencillo examen en el lugar de los hechos sobre el valor real que tienen para los indios y el valor relativo que poseen respecto a los bienes que los indios forzosamente deben suministrar en lo que se supone que es un intercambio. Esta estación recibe 50 toneladas de caucho al año (más o menos) que valen, digamos, 10 000 £. Díganme dónde está el almacén de estos bienes y muéstrenme los que tienen en depósito para satisfacer el próximo *fábrico* de, digamos, $\frac{1}{4}$ de esta cantidad anual, es decir, la entrega de caucho por valor de 2500 £. (En realidad no existe tal almacén de bienes. Hay un pequeño cuarto, donde Garece, el encargado de su administración, y Garrido duermen en hamacas, que contiene el surtido más pequeño de chatarra que he visto en mi vida. Cualquier almacén del Congo, Bula Matadi o

el *domaine de la Couronne*¹⁴ le da mil vueltas. En estos momentos no hay nada en este almacén por lo que un nativo del Congo estuviera dispuesto a dar una cabra. Se trata de una «despensa» en la que la comida de mesa, mantequilla y cosas para la limpieza de la casa se encuentran mezcladas con unos pocos artículos, muy pocos, como hamacas o piezas de algodón. Por lo que he visto, el valor europeo total —comida incluida— de todo lo que ahora hay en el almacén ni siquiera alcanza las 5 £).

Ayer les pedí a Barnes y a Bell que, como jefes de la Comisión, hicieran un inventario de esos artículos. Se negaron, creo que por pereza. Bell dijo que siempre podrían descubrir qué bienes llegaban a Occidente al consultar los «registros» de La Chorrera. La tarea de hacer este inventario no nos llevaría ni media hora. He visitado el almacén más de una vez, pero yo no puedo ir y hacer el inventario. Constituiría una gran infracción y enseguida podrían preguntarme: «¿Qué está haciendo usted aquí?». La Comisión podría hacerlo si quisiera, cosa que debería. Una inspección de este tipo, junto a una «remuneración» palpable de estos «530 trabajadores» por el suministro de caucho de 75 días, disiparía muchas dudas y probaría quién ha estado exagerando o basando sus razonamientos en presuposiciones. Pero aquí, de nuevo, se niega u oculta cualquier prueba. No puedo tener un altercado con la Comisión. Es mi deseo, ferviente e inamovible, convencerles, pero es muy duro estar solo, ser el único con la constante y absorbente aspiración de llegar al fondo de toda esta cuestión. Es una gran decepción encontrar, en un asunto asqueroso, a un inglés como Gielgud, más interesado, me temo, en defender que en reformar, más rápido en encontrar lo bueno que lo malo. Aquí, un hombre que adopte una postura defensiva se convierte en cierta medida en un *particeps criminis*.¹⁵ [...] No hay un jefe de la Comisión propiamente dicho y cada uno va a lo suyo; más allá de cierto punto no hay una investigación conjunta y hasta esto se debe en gran medida al ruido que he causado y a mi insistencia en una línea de investigación concreta.

Me reí cuando lo leí hace un año en *Truth*, pero esta esclavitud del Putumayo es, sin lugar a dudas, un crimen mayor que el del Congo, como

¹⁴ Zona del Estado Libre del Congo que estaba bajo dominio directo de Leopoldo II, rey de los belgas: los beneficios que generaba no eran del Estado, sino del propio rey.

¹⁵ Cómplice.

dijo Hardenburg¹⁶, aunque se comete en un escenario mucho menor y afecta sólo a unos miles de seres humanos, mientras que el del Congo afecta a millones.

Esta última es una esclavitud sometida a una ley, con jueces, ejército, policía y funcionarios, a menudo incluso hombres de bien, que ejecutan un sistema malvado investido por la autoridad de la monarquía y en cierto sentido dirigido a fines públicos o supuestamente públicos. Estaba mal, sumamente mal, y, pese a todas esas supuestas garantías, ha sido condenado y está en proceso de desaparecer o erradicarse.

Pero lo que hay aquí es una esclavitud sin ley, en la que los esclavistas son villanos cobardes, delincuentes, y no hay ni rastro de autoridad en 1200 millas ni medios para castigar ningún delito, por vil que sea. A veces la justicia congoleña intervenía y condenaba a un villano al que se había pillado con las manos en la masa, pero aquí no hay cárcel, ni juez, ni ley. Cada jefe de sección es juez y ley a la vez y cada sección es sólo una gran cárcel con una rueda de molino que mueven los indios y en la que los criminales son los carceleros. Como Barnes y Bell dijeron la otra noche, es «inconcebible». Y, sin embargo, aquí tenemos a dos bondadosos ingleses que no lo defienden —no diré eso—, pero buscan disculparlo en alguna medida y se muestran verdaderamente incapaces de captar su verdadera importancia o entender su atroz significado. [...] Empiezo a pensar que el mundo —que es el mundo del hombre blanco— se compone de dos categorías de hombres: los hombres de negocios y los irlandeses. Podría añadir a los negros. Gracias a Dios que soy irlandés y no temo «aceptar» que me tachen de «exagerado». Dejémoslo estar. Conseguiré llevar el barco a buen puerto y estos indios del Putumayo, infelices y enormemente ultrajados, por fin encontrarán un alivio a su dura carga; sucederá gracias a los irlandeses de la tierra, los Edward Greys, los Harris, los Tyrrells e incluso los Hardenburgs y los Whiffens.¹⁷ Los «extorsionadores» son mucho mejores hombres que los promotores de la Compañía. Tizón habló con el corazón la pasada noche, cuando dijo: «Yo, que he actuado con el corazón, también borraría del mapa a

¹⁶ Walter Hardenburg fue un ingeniero ferroviario norteamericano que presenció los crímenes contra los indios que la Casa Arana cometía en el Putumayo. En 1909 publicó un artículo llamado «The Devil's Paradise» (El paraíso del Diablo) en el periódico *Truth* de Londres, en el que denunciaba estos hechos.

¹⁷ El capitán Thomas William Whiffen había llevado a cabo una expedición al Putumayo, la primera que había podido confirmar las acusaciones de Hardenburg en *Truth*.

la Compañía y echaría a los Arana y a esos hombres de la vida pública y social de mi país».

Bell me ha explicado por qué escasea cualquier cosa que se parezca a un artículo comercial en el almacén. Hoy volví a la carga con Barnes —Bell estaba presente— sobre lo de hacer un inventario de los «artículos comerciales» de esta agencia comercial. En ese momento, Bell no dijo nada y Barnes no se movió. Les acababa de contar, en privado, que inesperadamente Sealy me había confirmado la declaración de Francisco sobre el ahogamiento, al informarme del testimonio que James Mapp le había ofrecido acerca de los dos indios que se habían ahogado aquí. Les conté estas declaraciones, pero no propuse hacer nada más; ellos me habían dicho la noche anterior que no necesitaban más pruebas criminales y que estaban convencidos. Además, ya teníamos abundantes pruebas de la futilidad de seguir discutiendo estos aspectos de la situación, ya que nada podía hacerse. Nadie podía tomar ninguna iniciativa para verificar el testimonio; no podría haber «acusados» ni procesamiento ni mucho menos una defensa. Todo había desaparecido por la insistencia con la que Tizón había asegurado que lo aceptaba todo, sin entrar en detalles, y que actuaría como si las acusaciones estuvieran probadas.

Ellos se conformaban con esto y yo no era un fiscal. Como se daban por satisfechos, no hacía falta decir más. Barnes comentó que cuando llegaran a Santa Catalina podrían interrogar a James Mapp. Yo no dije nada, porque es obvio que la interrogación terminaría donde empezó. En el extraordinario estado de cosas que nos rodea, es bastante ridículo llamar a esto Comisión de nada, tanto como lo es llamar compañía comercial a esta Compañía. Aquí, en una de sus principales estaciones comerciales, no hay suficientes artículos de comercio como para hacer frente a la demanda de un almacén bengalí de tercera categoría o, por ejemplo, de la bahía de Delagoa. Su almacén de caucho, por otra parte, es enorme. Ocupa completamente el sótano de la parte más grande de la casa —realmente la más grande—, mientras que la habitación en la que están los artículos (y los dos criados) es un cuadrado de 12 pies aproximadamente, y todos los artículos de comercio que contiene podrían caber fácilmente en un baúl.¹⁸

La explicación que Bell me ha dado es ésta (según me dicen, se la ha dado Torrico): cuando el *fábrico* se completa, es decir, cuando los

¹⁸ *Nota al margen de R. C.:* Fox me ha contado lo que le dijo Garrido. Aquileo Torres pasó por aquí y se fue enseguida.

indios entregan la última recolección de caucho del periodo (75 días) por el que se les ha pagado, todos lo llevan a la casa de la sección. Se envía a La Chorrera en lancha y aquí en Occidente se pide a los indios que han proporcionado el caucho que expongan lo que quieren como anticipo para el siguiente periodo o *fábrico*. Vuelven a sus *chácaras* a trabajar en sus huertos de *yuca* o mandioca bajo la supervisión y la dirección del personal, que visita los distintos asentamientos en los bosques para forzarles a cultivar y así tener asegurado el suministro de comida, mientras que se retiene a sus mujeres en la estación para limpiar sus «plantaciones», como las de caña de azúcar, sucias y desatendidas, que vemos a nuestro alrededor. Los bienes que los indios han pedido llegan en la lancha a su vuelta de La Chorrera y en última instancia se los entregan a los indios como un anticipo (no como pago, atención a la diferencia) por el que ellos se comprometen obligatoriamente a traer una determinada cantidad de caucho.

Éste es, brevemente, el testimonio de Torrico —no todo— que Barnes cuenta. Además, Torrico afirmó que, aquí en Occidente y en todas las secciones, los indios llegaron con el caucho por su propio pie y no se les reunió como describió Sealy. En cada ocasión, se juntaron voluntariamente bajo la dirección de sus propios *capitanes* y trajeron el caucho a la estación; no hubo que mandar bandas armadas a por ellos, ni aquí ni en ninguna otra estación. Sin duda, Torrico ha estado al servicio de la Compañía durante más de un año, ya que el señor Gielgud afirma que él ya estaba aquí cuando hizo su última visita el año pasado. A mi llegada a Occidente, casualmente, me dijeron que Torrico llevaba sólo dos meses aquí y que había venido de Pará: Barnes y yo mismo aceptamos que ése era el tiempo que llevaba al servicio de la Compañía; ahora descubrimos que nos equivocamos. [...]

Aquí, si la situación no fuera tan extraordinaria, no haría falta una coacción como ésta, excepcional y arbitraria. La «justificación» que se propone para esta incursión en la vida privada de los indios constituye efectivamente la condena de la Compañía y, sin embargo, Fox, Bell y Gielgud están dispuestos a tragársela. Barnes no, supongo, pero presta tan poca atención a cualquier cosa —es evidente que está enfermo y no está hecho para esta tarea— que es el que menos cuenta de todos para las decisiones, aunque cuento más con él en casa, cuando todo esté cerrado y haya que recapitular. [...]

Viernes, 7 de octubre de 1910

Último Retiro

De Puerto Peruano a Último Retiro en el Veloz. Día de mariposas; llegué hasta la ribera de Último Retiro. Creo que no era Jiménez, sino el *muchacho* jefe, un joven indio bien parecido, con la cara pintada de rojo, camisa negra, el pelo aún más negro y pantalones cortos blancos. Pero llegó el temible héroe que decapitó a un chico, quemó a una mujer y a un hombre durante la incursión al Caquetá de junio de 1908: un corpulento y joven rufián, entre 26 y 30 años, robusto, fornido, con ese toque distante de los negros que se ve en ciertos hombres peruanos del nivel más bajo; no tanto como Dublé, pero aun así con ese toque. Rodríguez, con su boca cruel y sus brillantes ojos, también lo tenía. Tizón nos presentó y, para sentirnos mejor, comenzamos una minuciosa caza de mariposas aquí y allá, en la arenosa orilla del río. Había magníficos especímenes y encendían la tierra alas brillantes, negras y amarillas de extraordinario tamaño, azules y blancas gloriosas, y enjambres de un naranja rojizo, amarillo ocre, gamboge y azufre. Fox atrapó una espléndida, negra, verde y amarilla.

Aquí el río es estrecho, mide unas 30 yardas y está flanqueado por bancos despejados. La casa de la estación se alza, como una fortaleza sólidamente cercada, sobre la cima del terreno, que alcanza los 50 o 60 pies sobre el nivel del agua. Está construida como una embarcación, con la proa orientada hacia el río —una proa en pico y alta, en empalizada—, donde está el comedor, que se encuentra abierto por todos los lados. El extremo de las estacas forma un baluarte que sobrepasa la galería unos 2 pies. Las habitaciones miden 13' x 13' como mucho; lo mediré para asegurarme. Una de ellas, con una portezuela que da al exterior, es el almacén, donde se guarda un surtido de bienes todavía más limitado que el mísero de Occidente. Conté 13 «bidones» y tapas con esmalte Fauver (John Bull las habría llamado baratijas). ¡Todo por traer la civilización al alto Igarapará! También había algunos frascos de pólvora, cuatro o cinco hamacas, unos cuantos cachivaches y para de contar. Trataré de hacer un inventario mirando a través de la ventana. Es una habitación diminuta, más pequeña que las demás. El personal se encontraba agrupado en el centro de la galería, alrededor del *cepo* —saltaba a la vista que era el objeto principal— y se inclinaron ante nosotros con un «Buenos días, señores» mientras subíamos por la tosca escalera. Todos tenían aspecto de ser unos canallas redomados. Entre ellos había un barbadense, Crichlow, según me dijo Bishop. El canalla con peor pinta era un joven peruano grandote que tenía ojos

de bestia salvaje; Bishop dice que se llama Zancorra. Conseguiré la lista completa más adelante. Aquí los indios son mejores que en Occidente: más grandes, generalmente con extremidades robustas y rostros más alegres. Había muchos por todas partes. La casa de los indios es una estructura bastante pequeña, una plataforma abierta que se levanta a unos 9 pies del suelo, en la que hay mujeres, etc. En el suelo que hay debajo hay muchos más indios, en su mayoría mujeres y niños. Las mujeres son mucho más numerosas. Están por todas partes. Conté 7 concubinas de una vez en el exterior, tres junto a la galería, donde reside el personal. Éste es el plano de la casa;¹⁹ o del barco, del barco pirata.

Sábado, 8 de octubre de 1910

En Último Retiro

Mientras escribo durante esta mañana del día 8, la Comisión está interrogando a Jiménez sobre los métodos «comerciales» que se emplean aquí. Fox es el único que hace preguntas; son preguntas sensatas. Tizón las plantea y traduce las respuestas de Jiménez; éstas, en cambio, son cuestionables. Si Fox sigue adelante e interroga a otros (indios de aquí y allá), destapará la verdad, pero no la obtendrá de este hombre. Fox le pregunta sobre el «pago» a los indios —que Dios nos perdone— y el tratamiento que se da a los indios enfermos, los casos de viruela y demás. Los segrejan y los propios indios hacen lo mismo, así nos lo ha traducido Tizón. (Este viernes, con los casos de sarampión de Atenas, vimos algo de esto en la orilla del río).

No sé qué impresión se lleva la Comisión del interrogatorio que le han hecho a Jiménez. Éste se alargó 1/2 hora aproximadamente y, por lo que pude oír, aunque en algunos momentos no entendí lo que decían y no estaba escuchando, no fue nada revelador. Fox hizo la mayoría de las preguntas; Tizón y algunas veces también Bell tradujeron las respuestas de Jiménez. Escuché que Fox preguntaba cómo recogían el caucho y la contestación de Jiménez fue que los *blancos* salían hacia casa de los *capitanes*, les «informaban» sobre cuándo se necesitaba el caucho y se lo llevaban

¹⁹ El plano no se ha conservado.

a ellos —esto dos veces por *fábrico*—, excepto Parvenir, cuyo caucho iba directamente a Occidente.

El «pago» era un «adelanto». Los indios decían qué artículos querían y éstos llegaban después desde La Chorrera. Fox preguntó cómo se fijaban los «precios». Por ejemplo, ¿qué cantidad de caucho se pedía por un arma? Jiménez dijo que los indios no sabían de precios y cantidades; traían lo que él les decía. Él era quien los fijaba y decidía la cantidad requerida de acuerdo con el «adelanto». No se hizo pregunta alguna sobre el pago de otras prestaciones, como la construcción de los edificios que veíamos o el desbroce de los caminos, y todos los servicios que esta gente realiza continuamente.

Bishop ha venido a decirme que Crichlow, el barbadense, le dijo la otra noche que A. Montt había mandado poner en otro sitio los huesos de los cuatro *muchachos* que fueron asesinados el pasado enero cuando se enteró de nuestra llegada. También dijo que, hace unos días, un hombre llamado Solar vino desde La Chorrera con una carta de Macedo para Jiménez y que Jiménez le había llamado a él, Crichlow, y le había dicho que si no le decía nada al cónsul, aumentaría sus honorarios. Mandaron a este hombre a Atenas para que avisara a Montt. Esto se lo confió a Bishop la pasada noche. Le pregunté a Bishop si Crichlow contaría la verdad cuando yo le interrogase o si haría como Francisco y mentiría para no perder el soborno que recibía. Bishop dijo que Crichlow no quería hablar y que estaba ansioso por hacer algún dinero; le habían prometido una buena «gratificación» por su silencio y él estaba deseando regresar a Barbados con algo de dinero. Le dije que ya me ocuparía de eso y que, en cualquier caso, su deber era contarme la verdad costara lo que costara.

Estoy decidido a decirle a Crichlow que, a no ser que me diga la verdad al responder a mis preguntas, no podrá permanecer al servicio de la Compañía; está obligado a responder con la verdad a las preguntas que le plantea un cónsul británico y si le sorprendo mintiéndome le pediré al *señor* Tizón que le despidan. En La Chorrera, Tizón se ha ofrecido para echar a los barbadenses si lo deseo. Considero que eso sería totalmente correcto y justo. El representante jefe de la Compañía le está sobornando para que mienta al funcionario consular enviado para ayudar a estos hombres; estoy plenamente justificado para resolver esta vergonzosa situación y privar a este hombre del soborno y de su puesto de trabajo, que le proporcionan unos elevados honorarios con los que cuenta como pago por su falsedad. Es su deber responder con sinceridad y si no lo hace es debido al aliciente del dinero, así que le privaré del pago por su corrupción y conseguiré que le despidan y le envíen a Iquitos en el siguiente barco de vapor. Si dice la

verdad podré pedir que lo retengan y le advertiré que es ilegal que azote o maltrate a los indios, lo ordene quien lo ordene, y que él no debe obedecer, sino informar inmediatamente al *señor* Tizón.

Le he dicho a Bishop que le cuente a Crichlow que he decidido que si me responde con falsedades —y lo descubriré—, pediré que lo despidan inmediatamente. Su deber es decir la verdad al oficial que se ha enviado a este país y si no lo hace para no perder el soborno, éste será una pobre recompensa por su deshonestidad. Bishop entiende la situación y acaba de volver para decirme que, tal y como le dije, ha advertido a Crichlow; este último ha dicho que en principio no pensaba decirme la verdad, pero que ahora lo hará, y que cuando le mande venir responderá con sinceridad a mis preguntas. Por ahora todo va bien.

Me tomé un momento y mandé a Andokes con la red a cazar los preciosos seres que infestan esta fétida playa. Fuimos hacia los «aseos», que Gielgud dice que se han construido recientemente con motivo de nuestra llegada. Uno de los *racionales* dirigía la instalación de unos leños para construir escalones a lo largo de la cuesta que iba hasta su casa, un edificio achaparrado bajo el que pasa un arroyo. [...]

Había dieciocho mujeres agachadas limpiando el terreno con *machetes*, dos de ellas adultas y completamente desnudas; la tercera, una chica también desnuda como un recién nacido, y las quince restantes (mujeres de los *muchachos* o de la selva) vestidas con la falda *cushma*, con tiras de cuentas o monedas. ¿Cómo las retribuyen? Con nada que salga de este almacén, seguramente. Nueve de los indios varones tienen una caña o una ramita atravesándoles el cartílago de la nariz. Todos llevan *fonos*, aunque algunos niños pequeños están desnudos. Durante la cena de anoche, once *capitanes* y *muchachos* se sentaron alrededor del baluarte para ver cómo comíamos. Estaban risueños y no parecían temer a Jiménez; Bishop dijo que ha hecho más con los indios desde que Montt se fue. Escuché a Tizón decir que el lugar había estado «en desorden» cuando Montt estaba aquí, pero Montt está en Atenas.

He realizado el inventario del almacén lo mejor que he podido. La Comisión acudió después de haber interrogado a Jiménez y yo me mantuve en la puerta y estuve observando. Sólo echaron un vistazo a las armas, tocaron una o dos, y se fueron, pero mi ojo escrutador y mi alma de Sherlock Holmes hicieron el resto. No llevaría ni 5 minutos anotar cada artículo e informar de ellos. Aparte de las armas, el valor de las cosas no suma ni 5 £ ni nada parecido.

Aquí está el inventario:

- 27 «revólveres» y rifles Winchester.
- 13 viejos cargadores Sniders y Muzzle (6 con bayonetas).
(Alrededor de) 140 cartuchos Winchester.
- 15 recámaras de hierro esmaltado, 13 con tapa, 2 en uso.
- 3 tulipas para quinqué.
(Alrededor de) 10 platos de hierro esmaltado.
- 1 jarra de hierro esmaltado.
- 1 olla de hierro esmaltado.
(Alrededor de) 50 ¼ libras de frascos de pólvora.
- (Alrededor de) 75 paquetes de cerillas.
(Alrededor de) 12 hamacas de algodón.
- Algunos medicamentos de diferentes tipos, una o dos latas y paquetes de papel.
- 3 rollos pequeños de algodón para mechas de lámpara.

Todo lo anterior debe cubrir las necesidades diarias y semanales de la estación, fundada hace ya muchos años, que emplea a unas cincuenta o sesenta personas entre unas cosas y otras, y no hay nada en más de 100 acres a la redonda, con tres casas y sólo el diablo sabe cuántas concubinas. Hay seguramente más concubinas que artículos que se puedan vender en este almacén, pero supongo que esas damas no son vendibles. Todo lo que dan, como la virtud, no tiene precio.

Ahora la Comisión está «inspeccionando» fuera y Gielgud toma alegres fotografías de interesantes nativos con la cara pintada y astillas en la nariz. Lo que me gustaría es una foto de todo el personal femenino del establecimiento, así como sus nombres, capacidades, salarios, y el coste que supone para la Compañía, o de la población india de los alrededores. No es algo difícil de hacer. Están como en una jaula, pero no se hará.

En cuanto sea posible, querría que se examinara públicamente el *cepo*. Se trata del mismo cepo en el que Montt recluyó a Dyall durante toda la noche. Tiene diecinueve agujeros, muy pequeños, y estoy seguro de que meter ahí las piernas de un hombre grande, sentado en la pesada viga, y luego cerrarlo sobre él es una auténtica tortura, como dijo Dyall, y las profundas marcas de las piernas mostraban. ¡Me meteré yo mismo e intentaré meter a Bishop y Sealy! [...]

He oído que la Comisión ha decidido marcharse el martes de vuelta a Puerto Peruano en lancha, después a pie (7 horas) y después en Entre Ríos a «la zona a cargo de O'Donnell». ¡Y pensar que un gran nombre como éste acabe tan por los suelos! Y que un bandido peruano, cuyo objetivo no es otro que acosar a estos indios desgraciados, «conciudadanos» suyos, y robarles sus posesiones para hacer dinero con su sangre, lleve un nombre irlandés de valor, coraje y altura de espíritu... La única cosa buena es que este Andrés O'Donnell tiene la mejor fama del grupo, pues es el que figura como menos canalla. No es mucho decir, pero en el reino de los ciegos el tuerto es el rey y aquí ya es algo que digan que «O'Donnell no mató a los indios con sus propias manos, cosa que sí hicieron todos los demás».

Fui al cepo hacia las 10:30 y lo probé con Sealy. Casi no se ajustaba a sus piernas, pues la medida interna creo que es menos de 3", más bien de 2 ½". Metimos a un indio robusto y le quedaba justo. Podía mover un poco los pies hacia arriba y abajo, y eso que la pierna era delgada alrededor del tobillo. [...]

Pienso seriamente que la bestia parda de Montt debería pagar caro haber metido al desdichado Dyall en esta cámara de tortura durante toda una noche con las piernas laceradas y haberle colgado con una cadena de la viga de arriba, tal y como Bishop, que estuvo presente, nos contó a todos nosotros de viva voz. La situación se estaba poniendo embarazosa. El *señor* Tizón, pobre hombre, vino y yo me alejé.

Otra queja de los barbadenses sobre la comida. Bishop me pidió que le permitiera dar una de mis latas de carne a una niña pequeña muy delgada que había visto trabajando fuera. Yo dije que claro que sí, pero él la perdió de vista; pobre criaturita.

Durante el almuerzo vimos a un grupo de mujeres —a las que llevaban del otro lado del río— que, bajo las órdenes de estos sinvergüenzas, empezaba a preparar el camino que tomará mañana la Comisión, pues tiene intención de visitar algunas localidades cercanas. Casi todas ellas eran mujeres y el hombre iba armado: un animal masculino para dirigir y la mujer para trabajar; ¡y estos cochinos infernales incluso les reprochan a los indios que los hombres no trabajen sus plantaciones! Estos cerdos, que se repantigan en las hamacas y esperan que les traigan el caucho, que nunca mueven un dedo y que no podrían ganar más de 6d. al día en ninguna comunidad decente, son los amos y señores de este pueblo infeliz —de sus cuerpos y almas— y, en nombre de una gran Compañía inglesa, ejercen algo peor que la tiranía feudal sobre una gran extensión de un país habitado por estos seres dulces y tímidos que nos rodean,

hambrientos y azotados, humildes como perros que lamen la mano que los golpea.

Después de comer llamé a Edward Crichlow y le pedí a Barnes y Fox que estuvieran presentes mientras le hacía preguntas. Edward habló: las órdenes que di por la mañana habían funcionado.

Los detalles que nos ofreció sobre la brutalidad con la que Fidel Velarde y Aurelio Rodríguez azotaban a los indios —hombres, mujeres y niños— eran horribles; después Rodríguez los tendía en un *cepo* doble, uno para las piernas y otro para la cabeza y los brazos, que se movía hacia arriba y abajo, de tal manera que podía ajustarse a la altura de los niños. Me alegro de que Fox estuviera presente. No escuchó la última parte de las declaraciones de Crichlow; volví a llamarlo más tarde y lo interrogué sobre la expedición al Caquetá, entre marzo y mayo de este año, en la que Jiménez hizo una incursión a Colombia y trajo 21 indios prisioneros y 3 hombres blancos colombianos. [...]

Ahora me encuentro muy cansado después de un largo día de trabajo casi ininterrumpido, con mucho calor, y muy indignado por la presencia del bestia de Jiménez en la mesa y la obligación de ser educado con él y con toda esta pandilla de sucios cobardes. Bruce bromeó con que había sido azotado por no traer caucho: fue una de las exhibiciones de bellaquería más egoístas que he visto hasta ahora. Es enfermizo, pálido, cojo desde la juventud, se ruboriza con facilidad y tiene una piel demacrada y un perfil de nariz igual que Lefroy,²⁰ el asesino de mi infancia. He estado dándole vueltas a quién se parecía: ahora lo sé.

Sealy vino para decirme que en Occidente yo le había pedido que, cuando llegáramos al Último Retiro, me indicara quién era el otro hombre que solía dar latigazos en Sabana cuando él estaba allí. «Ahí está —me dijo— es el cocinero que está ahí, Zumarán». Miré hacia la cocina y vi a este subalterno de talla pequeña, que iba con un pijama azul y era miembro de la banda de la que Bell dijo ayer que parecían «todos unos matones». Éste era antes el verdugo que iba con Sealy y ahora es nuestro cocinero. Al contemplar el rostro de Sealy, negro, honrado y afable —su semblante oscuro es realmente magnífico— y al ver que está encantado, con una sonrisa de oreja a oreja, cuando reprendo en público a estos cobardes, como hoy en

²⁰ Thomas Langlois Lefroy (1776-1869) fue un político y juez irlandés. Probablemente, la antipatía de R.C. hacia él se deba a que Lefroy juzgó por sedición al activista irlandés John Mitchel y lo condenó a la deportación. En 1864 se publicó en Irlanda el *Jail Journal* (Diario de la cárcel) de Mitchel.

el *cepo*, me pregunto cómo ha podido salvarse de no caer completamente en el estado animal de su entorno.

Hoy tuvo lugar una reunión bastante poco convencional y divertida en el *cepo*. Empezamos por encerrar a Sealy en él, o más bien lo intentamos: las piernas se hinchaban en los agujeros e, hiciéramos lo que hiciéramos, el *cepo* no se cerraba sobre ellas de ninguna manera. Estaba claro que la historia de Dyall acerca del hombre que se sentó sobre el *cepo* para que cayera con más fuerza sobre él y el relato de su agonía eran ciertos. Dije de manera que todos pudieran oírlo: «Esto no se concibió como un lugar de arresto, sino de tortura». Los agujeros sólo podrían cobijar las escuálidas piernas de estos pobres huitotos, a quienes incluso las tribus cercanas les llaman «piernas de mosquito». Se llegó a esta conclusión antes de que termináramos, al introducir la pierna derecha del hombre anciano y ver que estaba muy apretada; no podía moverla más que dos o tres pulgadas arriba y abajo. Cuando le liberamos, se revolvió contra el *cepo*, mostrando los latigazos que le cubrían, y su semblante manifestaba sus protestas tanto como sus palabras.

A los barbadenses les gustó: ¡por fin una prueba de primera mano de un indio atreviéndose realmente a hablar! Era evidente que el hombre captó la situación. Todos se reían, pero de manera distinta. Yo sonreía con placer al ver cómo este esqueleto valiente—y el muchacho de cara inocente junto a él— habían encontrado voz y exhibían en la cara de la Comisión los traseros con la firma de «Casa Arana». No dejaban lugar a dudas.

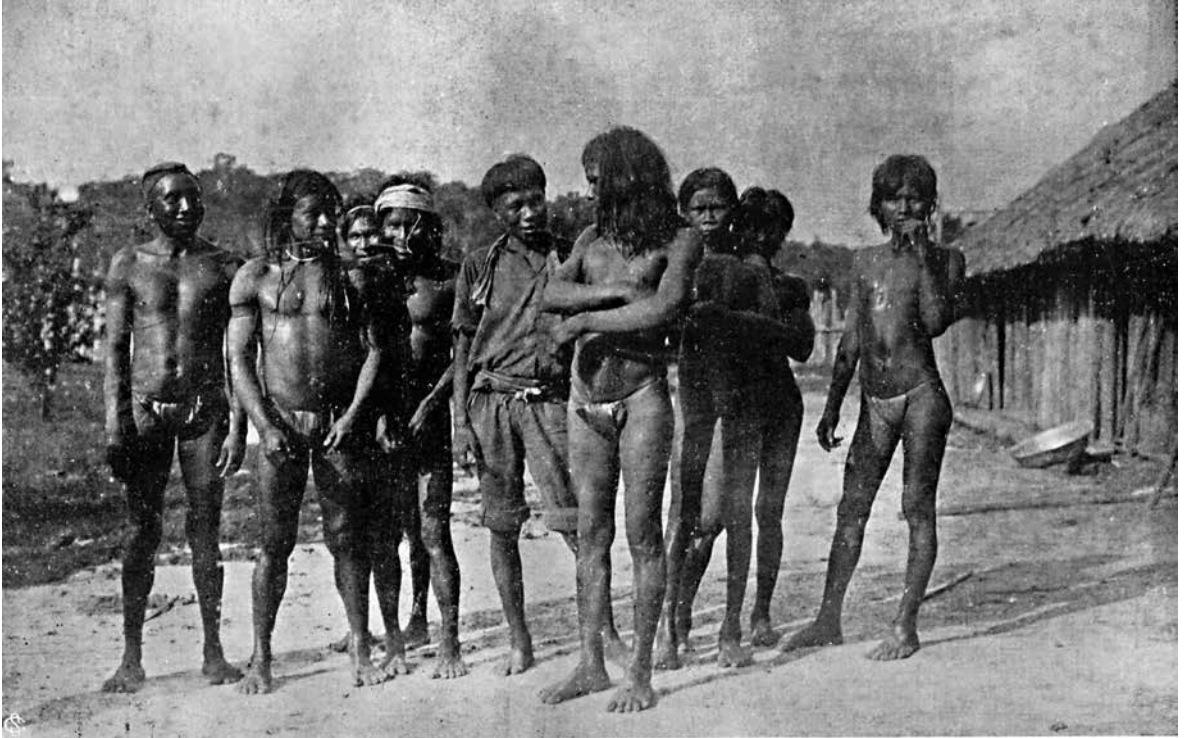
Mientras medía con mis dedos la profundidad necesaria, le dije (a Chase) en voz alta: «Dile que la próxima vez que no traiga suficiente caucho y le vayan a azotar, que extienda una pulgada²¹ sobre su espalda y sus piernas y ¡que les deje continuar!». Todos se rieron a carcajadas, pero se hizo evidente lo esencial. Delante del ídolo sobre el que se habían hecho bromas de manera vergonzosa —también ante los indios que habían temblado durante tanto tiempo en las garras de esta máquina monstruosa—, el personal no sabía si sonreír o protestar al ver este desdén hacia el *cepo*. Los indios no se atrevieron, así que también rieron. Después dije: «Ya que estamos hablando de este instrumento de tortura —allí estaba el agujero de bloqueo que usaban cuando querían detener hombres— yo sugeriría —quizás era una intromisión impertinente— que la Comisión debería quemarlo públicamente como símbolo de su visita al Último

²¹ Nota de R. C.: a saber, del propio caucho indio extendido en sus extremidades y trasero.

Retiro». Todos tenían una apariencia solemne, pero sólo el viejo Fox mostró su aprobación y, de hecho, se lo volvió a plantear a los miembros como una propuesta oficial, pero ellos pensaban que era «más sabio» no hacer nada que fuera tan llamativo como quemar el *cepo*. Podía provocar una hoguera. Bell dijo que se haría, y desaparecería, y que debían estar contentos por ello. Todavía no he descrito el agujero de bloqueo, pero lo haré. Se encuentra cerca del cepo, pero ahora tengo que volver a lo que Sealy dijo a continuación. Tras contarme que Zumarán era el otro que azotaba en Sabana, cuando él se encontraba allí como verdugo, después de mi interrogatorio me dijo que Jiménez había llamado a Crichlow a su lado esa tarde y había hablado con él a solas, pero Crichlow no les iba a contar lo que éste había dicho. Le pregunté a Bishop si era así realmente y me contestó que Crichlow había dicho que Jiménez le había pedido que no dijera nada en su contra y que éste siempre le había tratado bien, lo que era cierto. Después se habían puesto a hablar de las mujeres de la estación y le había dicho a Crichlow que se mantuviera muy vigilante; que «no les quitase el ojo de encima para asegurarse de que nadie se inmiscuía en sus asuntos». Esto era exactamente lo que me esperaba. Le dije a Bishop que él y los otros dos hombres tenían que dormir aparte como fuera, pero todos juntos en la misma habitación. El resto de lo que Jiménez le había dicho a Crichlow ni siquiera había querido contárselo a Bishop. Admitió que Jiménez había hablado más, pero se negó a decir de qué.

Hemos tenido otro paréntesis por un problema con tigres justo antes de cenar. Tres *muchachos*, o indios, dos de ellos con pistolas, entraron en el comedor para ver a Jiménez. Tenían un aspecto de extrañas y pequeñas criaturas (uno pálido y delgado, con pelo negro largo cubriéndole la delgada cara de momia) y una forma de hablar a lo indio muy entrecortada, cada palabra comiéndose la siguiente. Parecían los fantasmas en una ópera.

Muy agitados, empezaron a contarle a Jiménez lo que habían estado haciendo y éste se rio y nos dijo que otro «tigre» les había dado un susto. El chico que estaba al mando se encontraba acechando a un pavo y le estaba apuntando desde un árbol cuando le asaltó un jaguar por la espalda. Se incorporó con un grito, disparó al aire y saltó después. El jaguar se había marchado en una dirección y él en otra, así que aquí estaba felizmente para contarlo. Mañana vamos a ir todos a la selva — pasaremos dos horas y media fuera — con armas para intentar cazar uno de esos numerosos jaguares o panteras a los que, por supuesto, aquí llaman «tigres». El pobre «Andokes» (el *camareiro mayor*, como le llamo) se cayó hoy de la barca y



Indios nonuyas. "En el Putumayo" y sus afluentes, pág. 57



Campamento cauchero. Foto Silvino Santos. Libro Azul Británico. Lima: CAAAP/IWGIA, 2012

casi se pierde cuando navegaba río arriba con la Comisión para visitar la *chácara*. Sin embargo, salió a la superficie y le recogieron, pero esta noche se encuentra mal. Dicen que está enfadado consigo mismo.

Me acosté pronto, muy cansado por la larga jornada, e intenté dormir a pesar de las pisadas del centinela en el pasillo durante toda la noche. Creo que el centinela es Zamora, uno que tiene pinta de delincuente especialmente y el peor tipo de rostro con el que nos hayamos topado por ahora en esta colección de criminales digna de una cámara de los horrores.

Domingo, 9 de octubre de 1910

En Último Retiro

Nos fuimos a la que llaman la «nación» de los indios meretas para ver los árboles de caucho. Toda la Comisión, Tizón, Jiménez, Bruce y un tren de criados, el cocinero y los *empleados*, además de una gran cantidad de indios reclutados forzosamente, se fueron antes. Tuvimos que andar 2 horas y $\frac{1}{2}$ a través de la selva; el sendero por el que se va habitualmente se allanó ayer gracias a la acción de las mujeres y de unos cuantos hombres a los que vimos salir a la hora de la comida.

Cuando embarcamos en el *batalón*²² para cruzar el río, dos indios ancianos —estaban desnudos salvo por el estrecho *fono* de corteza blanqueada— bajaron con más equipamiento de acampada para nosotros. Sus posaderas estaban marcadas terriblemente por cicatrices, de hecho las anchas marcas en las nalgas de uno de ellos parecían quemaduras. Eran las cicatrices de un corte especialmente profundo del látigo. Todos nosotros lo vimos, pero fui yo quien rompió el silencio y dijo para que todos lo oyeran: «Se trata de dos quemaduras irrefutables». Estos instructivos traseros subieron, se pusieron en cuclillas junto a nosotros y sus ancianos dueños me pidieron un cigarrillo: «*Chigarro, Chigarro*» se ha convertido en el saludo que recibimos todos nosotros allá donde vayamos, pero especialmente yo, ya que ofrezco cigarros con mano generosa. Los pobres, jóvenes y viejos, los adoran y, Dios lo sabe, obtienen poco

²² Embarcación típica del río Amazonas.

placer. Siempre que les das un regalo, te estrechan la mano o te acarician el hombro cariñosamente y dicen: «Bigara, bigara» (Bueno, bueno). Ahora lo usan para todo y nos llaman constantemente con gritos de «Bigara», por lo que les he bautizado como «los begorrahs». Suena exactamente como la palabra irlandesa «begorrah». El nombre ha tenido éxito: Barnes y los demás hablan de nuestros pobres anfitriones indios como los begorrahs y hemos hecho muchas bromas con la palabra durante el día.

Mientras caminábamos a lo largo del sendero, encontramos numerosos indicios del trabajo que realizaron ayer para beneficio nuestro: los baches se habían suavizado y, al darnos cuenta, dije, dándome golpecitos en la cadera: «Lo hacen a costa de que sus lugares llanos se hayan llenado de baches, me temo». Me estoy convirtiendo en el *enfant terrible* de la Comisión, desde luego, pero quería restregarles en la cara estos reverses altamente instructivos hasta que admitieran que es el látigo que tienen detrás, y no la perspectiva del «anticipo», lo que les hace recolectar cada *fábrico* de caucho.

Vaya que si habían allanado el sendero para nosotros: habían talado los árboles, los árboles jóvenes, y los troncos se extendían sobre los lugares húmedos, y habían construido puentes con pasamanos de cuerdas de liana a los que agarrarse sobre muchos arroyos. Encontramos árboles muy grandes talados que cruzaban tres puntos de un río grande y profundo, un afluente del Igaraparaná, y un sólido puente, construido con gran esfuerzo por esta pobre gente. Diría que el camino medía por lo menos 6 millas y atravesaba una rica selva, con muchos árboles de caucho, la mayoría brotes jóvenes, y algunas excelentes palmeras; el canto de los pájaros, tucanes y papagayos, así como el despliegue de alas de mariposa fue el más variado que yo haya encontrado hasta ahora.

A modo de comentario para los que estaban a mi lado, señalé en más de una ocasión que no sabía cómo podían pagarse todos los pesados esfuerzos que implicaba que nos prepararan este sendero. Estaba claro que no había ninguna intención de pagar a estas personas, ya que no había nada en el almacén con lo que hacerlo, y ni siquiera podía decirse que pretendieran «alimentarlos», puesto que la falta de comida era visible por doquier. Quizás supondrían que se pagaría a estas mujeres trabajadoras con las recámaras de hierro esmaltado con tapa que habíamos visto en el almacén, pero incluso en ese caso sería evidente que habría que dividir cada unidad entre una docena de mujeres. Seguramente he sido malo hoy y he manejado mis armas con agresividad; los utensilios de hierro esmaltado destacaban tanto en el pequeño almacén, que estaban muy a mano. Crichlow, Sealy y Chase también vinieron con nosotros armados con *win-*

chesters; son el personal, el cocinero y el desfile general de sinvergüenzas que nos precede en cualquier sitio. Crichlow dijo: «Esta sección solía tener muchos indios, pero ahora sólo quedan unos pocos: han asesinado a la mayoría de ellos». Lo dijo bastante alto, para lo que es normal, pero creo que sólo Barnes y yo, que íbamos a la cabeza del grupo, lo escuchamos.

De camino nos encontramos un pequeño grupo con su capitán que llevaba un mono muerto al que acababan de disparar y atar. De repente se lo pasaron a Jiménez, quien les dijo que lo llevaran a la estación junto al pan de yuca que llevaba una mujer. Los «regalos» de estos pobres fugitivos, que ellos mismos cazan en su propia selva salvaje o que sus pacientes mujeres hacen con la mandioca que obtienen de sus pequeños huertos, son uno más del sinfín de tributos que cada uno de estos baluartes del robo les obliga a pagar.

Lo que estamos haciendo está claro: tratamos de salvar lo que ocurre aquí —no ya en un remoto, digamos, 1907, sino justo ahora, en este mismo mes— del espantoso escándalo de la exposición pública, para salvar a la Compañía. Ni Tizón ni yo pensamos —ni nos importa— que la Compañía como tal deba salvarse, pero la Compañía es la garantía más segura de que podamos conseguir un trato más humano para los indios, para lo que quede de ellos. La destrucción de los últimos años ha sido anómala. Esta región, fronteriza con el Japurá, ha sido siempre —o lo ha sido por un largo periodo— el feliz coto de caza de los portugueses y de los demás esclavizadores de indios. Sobre este asunto puede consultarse el relato del teniente Maw²³ acerca de lo que escuchó en 1827, en su descenso del Amazonas desde el Perú. Entonces, incluso los grupos de incursión portugueses ascendían el Japurá para capturar esclavos y los métodos que Maw describió hace casi un siglo son exactamente los que hoy, en 1910, utilizan Jiménez y esta Compañía inglesa. Pero si continúa como una Compañía inglesa real y no simplemente como Casa Arana, empresa registrada en Londres, entonces podrían efectuarse cambios radicales y esta vergonzosa situación terminaría tarde o temprano. La dificultad estribaría en conservar el grupo y evitar que la junta dimita de golpe. Toda presión que pueda pesar sobre ella debería proceder del Foreign Office y de otras influencias que la induzcan a aguantar incluso con pérdidas, de manera que pueda reparar hasta cierto punto el mal que, sin querer, ha contribuido a infligir a estos infelices, perseguidos sin piedad. Ahora debemos pedir —u obligar— a los que han ganado dinero con la esclavitud de los indios que, si

²³ Henry Lister Maw fue un teniente de navío británico que descendió el Amazonas en 1827.

fuera posible, estén dispuestos incluso a perder dinero para compensar a los indios que quedan. Esto es lo que estamos intentando todos, creo que Tizón más que nadie —aparte de mí mismo—, mientras Gielgud, aunque reconoce nuestra reivindicación moral y su extrema necesidad, teme que los accionistas se quejen. Yo también lo temo. ¡Además hay que tener en cuenta al propio Julio Arana! Él es el foco de peligro. Si piensa que ya no puede seguir engañando a la Compañía, entonces él la destruirá y reanudará la piratería de siempre en términos aún peores, con el Gobierno peruano apoyándole, para exprimir la última libra de caucho mientras quede un indio vivo que pueda proporcionársela en esta sofocante jungla. Dios ampare a estos pobres; sólo Él puede ayudarles. Tengo la intención de llevarme a un chico para intentar despertar el interés de los círculos anti-esclavistas, etc., etc., y las misiones, de manera que posiblemente alguien entre la gente adinerada, que también es buena gente, pueda comprar acciones de la Compañía, no para conseguir caucho, sino, ¿quién sabe?, para salvar indios. Es un pensamiento a la desesperada. Si la Compañía desaparece, como será el caso según me temo, entonces todo está perdido. La última esperanza de estos pobres desaparecerá para siempre y harán mejor en volver a la selva y contemplar una vez más, para siempre, sus verdes árboles, su cielo azul, la corriente de sus ríos, la espesura ilimitada y, después, pausada y tiernamente, darse muerte unos a otros. ¡Mucho mejor así! Morir de una vez y acabar con todo. No sólo se terminaría con todo, sino que también sería una forma de venganza —la única que queda— hacia estos carroñeros del crimen y del trato atroz. Con los indios muertos y enterrados, estas selvas carecerán de provecho; estas miles de millas de los afluentes del alto Amazonas volverán a ser para las bestias salvajes, mientras que las bestias humanas que las han infestado durante estos 20 años tendrán que volver a sus vidas sórdidas y mezquinas en las calles de las ciudades peruanas y colombianas, donde no hay caucho ni riquezas que adquirir indebidamente, y puede que se vean obligadas a trabajar para mantenerse. [...]

Vimos un montón de indios en la orilla opuesta del río, hombres con cajas de provisiones a la espalda, cargadas con la habitual cinta de fibras para la frente. Los pobres avanzaban con dificultad y se sentaban a esperar la canoa. Nos dijeron que habían venido de Occidente cargados con la comida que nos habíamos dejado allí, ya que el peso era excesivo para la barca. Había unas tres canoas cargadas con ellas e iban a seguir llegando hasta las 18:00 o las 19:00. Cuando ya habían llegado una docena o más, llamé a Bishop y descubrimos que habían empleado 2 días en el camino; como parecían hambrientos, le pedí que averiguara qué víveres habían recibido en Occidente para el viaje. Bishop dijo: «No les han dado

nada, señor, ¿no ha notado que estos indios están hambrientos? Nunca reciben comida ni nada para ningún viaje —ni para los que hacen cuando van a conseguir caucho ni para las expediciones—. Tienen que buscarla como pueden o conseguirla de sus amigos. Por eso mastican coca: dicen que pueden pasar dos días sin comer gracias a la coca». Le respondí: «No importa, pregúntaselo igualmente». Así lo hizo, en huitoto. Se produjo un alarido en toda regla. Un «¡Ay!», y dos hombres giraron sus traseros escarificados, un chico también, y vimos los verdugones y las cicatrices más enormes que hayamos visto hasta ahora. Llamé a Fox y a Gielgud y uno de los hombres, un capitán, que estaba sentado en el muro, nos dijo —más bien se lo dijo a Bishop—, con gestos que se ajustaban a sus palabras: «Le pedimos una lata de sardinas a Velarde para el camino y nos dijo que nos comiéramos nuestras partes íntimas», y puso sus manos ahí abajo fingiendo hacer lo que Velarde le había dicho. Me alegré de que Fox y Gielgud fueran testigos de este espectáculo.

Les di a estos pobres infelices hambrientos una lata de carne o pescado por cada dos hombres. Había más de 20, lo que provocó un agujero en mis provisiones, pero nunca he dado comida con más placer en mi vida. Ellos la devoraron literalmente con los más altos «begorrahs» que me hayan ofrecido hasta ahora y con sonrisas de deleite. Se pusieron de cuclillas aquí y allá, a lo largo de toda la galería, en la puerta de mi habitación, de dos en dos en cualquier sitio, y abrieron las latas y engulleron agitados lenguas de oveja, arenques, salmón y otras carnes en conserva. Todos disfrutamos del espectáculo, casi tanto como ellos. Un chico se comió el papel grasiento que rodeaba una de las lenguas de oveja dentro de la lata y otro abrió la lata con los dientes. Los «begorrahs» eran un simpático flujo único de eructos. Tan sólo era un tentempié, pero para ellos bienvenido e inesperado. El portavoz, un joven capitán, formuló el resto de acusaciones que tenían contra Velarde: le «habíamos asustado» (según sus propias palabras) mientras estuvimos allí, pero ahora volvería a darles latigazos y a hacer lo que quisiera con ellos, los metería bajo el agua y los ahogaría. Estos hombres pronunciaban de nuevo las mismas acusaciones y Tizón sólo estaba a dos pasos. Yo estaba encantado y Bishop hizo de intérprete para todos nosotros con el mismo placer. Fox dijo que verles casi le hizo llorar: estos pobres lacerados y consumidos son como niños en muchos aspectos, dóciles y mansos, y son los esclavos de estos malditos sinvergüenzas absoluta y completamente. La indignación también invadió a Gielgud y fue la primera vez que tuve el placer de escucharle un verdadero y absoluto reproche. Dijo que Velarde debería ser ahorcado o entregado a estos hombres y azotado por ellos hasta la muerte. Le dije que me gustaría azotar a este animal yo mismo, pero

que él era uno de los muchos que lo merecían, y que el sistema que la Casa Arana había implantado sobre estos pobres siervos era el que había introducido a estos rufianes y durante años les había empleado —tanto a ellos como sus métodos— a cambio de remuneraciones muy elevadas. No tenía sentido denunciar a Velarde individualmente; el sistema de esclavitud por entero debía desaparecer y reemplazarse por un trato a los indios racional y ligeramente legal. [...]

Por la tarde, Bishop trajo un papel en el que había escrito que un indio le había dicho la noche anterior que a otro, que había estado encadenado y en el cepo aquí el pasado enero, le habían disparado por orden de Montt y el verdugo había sido un tal Velásquez. El nombre de Velásquez figura en las listas de los trabajadores de las estaciones, pero por supuesto ahora no está aquí, como Aquileo Torres, quien está «de un lado para otro». Ninguno de estos *racionales* tiene ni una pizca de trabajo útil o normal que hacer, si fuera por su utilidad como hombres, absolutamente todo podría desaparecer. Son simples instrumentos de tortura que sirven para intimidar, oprimir y presionar a los pacíficos y tímidos hijos de la selva.

Aquí Jiménez saca un buen porcentaje de beneficios sobre sus 25 toneladas (*más o menos*) de caucho que le proporcionan los «260 trabajadores» de su distrito. Me pregunto si los 21 indios traídos de más allá de Japurá, en Colombia, están entre ellos.

Lunes, 10 de octubre de 1910

Último Retiro

Me he levantado a las 5:00. Mi ojo (el izquierdo) está muy irritado e hinchado otra vez, así que tengo que vendármelo. Salí a las 5:30 y ¡vi a los pobres indios de anoche barriendo la estación! Anoche les dieron arroz por orden de Gielgud. Dudo que alguien hubiera pensado en ellos si mis latas y la escena que provocaron no hubiera causado tanto escándalo. Si yo, un extranjero, les he dado toda mi comida, valorada aquí en unas 2 libras (ya que les di unas quince latas), entonces las personas que los habían reclutado por la fuerza y usado como bestias de carga sin pensar en pagarles tendrían que ofrecerles al menos una comida.

Todos cruzaron el río para volver a sus casas a las 19:00. Les di al capitán y a los otros algunos cigarrillos; a él le di también un par de

frascos de pólvora y una bolsa de balas. Su alegría fue como la de un niño, casi abrazó los regalos. Vi a un chico y pensé realmente en intentar llevármelo conmigo para despertar el interés de las misiones y los círculos antiesclavistas en la suerte de esta pobre gente. Si una misión empezara a interesarse, eso podría ayudar mucho, pero sólo puede suceder bajo dos condiciones: que la Compañía (me refiero a la parte inglesa de la misma) sea lo suficientemente fuerte como para aplastar a Arana, despedir a su banda de asesinos y sustituirlos por hombres decentes, y que la propia Compañía acceda a continuar aún a riesgo de perder dinero, como sucederá durante algunos años. Entonces aquí una misión sería algo excelente, pero una misión con el sistema actual sólo podría significar más víctimas. [...]

Martes, 11 de octubre de 1910

[...] Fox está bastante convencido ahora. Esta mañana he estado tratando de sacarle de su error acerca de otra cuestión. Le han dicho que el malvado sistema que aquí ve en su apogeo era una especie de tumor natural e inevitable que se basaba en que los primeros «colonos» tenían que defenderse contra los indios a través del terror. Estos últimos habrían tenido que matarlos y así, paso a paso, esta abominación armada creció como «una necesidad cruel de autodefensa». Le llevé a mi habitación y leímos el informe de Arana a los accionistas, donde se esgrime este mentiroso pretexto, y le pregunté si él le daba crédito; él dijo: «No, es falso». Lo mismo le dije yo sobre el resto de este cuento chino. Estos hombres no llegaron aquí como colonos «para comerciar» con los indios, sino para apropiarse de ellos. Lo que querían —y quieren— no es tanto el caucho como a los indios. Los árboles carecen de valor sin los indios, quienes, además de conseguir el caucho para ellos, hacen todo lo que estas personas quieren: les proporcionan comida, levantan construcciones para ellos, transportan lo que sea y les proporcionan «esposas» y concubinas.

No podrían haber conseguido todo esto sólo a través de la persuasión, por lo que asesinaron, masacraron y esclavizaron con terror; ésta es la base del sistema. Lo que vemos hoy es simplemente una secuencia lógica de acontecimientos: los indios intimidados y completamente pasivos, ven cómo se reduce su número, desesperadamente obedientes, sin refugio ni retiro ni compensación. En este lugar, este mismo año, el propio

Jiménez dirigió a una gran banda armada de «criados de la Compañía» hacia la República de Colombia, a muchos días del Caquetá, la disputada frontera de este Estado; puso a 3 colombianos en el cepo en su propia patria durante 21 días y los trajo aquí como prisioneros junto a 21 indios. Estos 21 indios han emprendido un viaje de muchos días para escapar de este régimen y no están fuera de peligro ni siquiera huyendo a otro país supuestamente civilizado. Por todos lados impera la esclavitud sin leyes. La ley ha desaparecido hasta un punto difícil de creer en este estadio del progreso humano, pues estos agentes no son salvajes, sino que reciben buenos sueldos por servir a una gran Compañía inglesa; son ciudadanos de un Estado civilizado que, según se dice, está sujeto a una «administración competente de la justicia».

Si puedo, pretendo llevarme a casa a algunos indios a los que se ha azotado para convencer a hombres y mujeres compasivos de la imperiosa necesidad de ayudar a esta pobre gente, lo que por cierto debe significar ayudar a la Compañía.

[...] Nos marchamos de Último Retiro hacia las 13:15, una vez que la lluvia había escampado. Antes de irnos llamé a Crichlow de nuevo para preguntarle si todavía existía el doble *cepo* que Aurelio Rodríguez había usado en Santa Catalina para azotar a las víctimas levantándolas del suelo con el «cepo para piernas», que también se ajustaba a los niños. Si todavía existía, podríamos sacar una foto. Gielgud y yo nos habíamos arrepentido de no haber fotografiado el *cepo* de aquí, pues se trata de uno muy grande. Crichlow dijo que Rodríguez había destruido ese cepo «antes de que el capitán Whiffen llegara» y después añadió que fue él (Crichlow) quien lo hizo «según el plan de Aurelio Rodríguez». Yo dije: «Entonces debes ser un carpintero bastante bueno»; él sonrió y respondió: «Yo hago todos los muebles aquí, señor», y señaló los fuertes bancos de madera con respaldos móviles en los que nos habíamos estado sentando durante las comidas todos los días. Por este trabajo extra Jiménez le da 20 soles (2 £) al mes además de su paga normal de 50 soles mensuales. Después, cuando nos íbamos, le dije a Crichlow en voz alta, para que todos pudieran oírlo: «Recuerda que no debes realizar ninguna tarea ilegal, como azotar a los indios, pegarles o maltratarles. Es ilegal tanto que te lo pidan como que lo hagas y se trata de un delito que se castiga; si te lo ordenan, debes negarte e informarme enseguida si todavía estoy aquí, y si no al señor Tizón, y escribir al cónsul a Iquitos». Todos escucharon esto, sin duda lo hicieron los *empleados* y Jiménez, pues se encontraban muy cerca.

Jiménez nos acompañó a la playa y agitó afectuosamente su gorra militar blanca para decirnos adiós. ¡Yo también alcé la mía ante este ase-

sino por partida triple! ¡Y también estreché su mano! Su rostro no es tan malo, es el de alguien robusto, un rufián bastante apacible, fuerte, sano, bronceado y corajudo con un cuerpo grueso muy fuerte y robusto. No parece que llegue a los 30 años.

No sé lo que deben pensar los barbadenses de mí —de todos nosotros— cuando nos ven estrechar afablemente la mano de este hombre al que han visto cometer los crímenes más atroces, pero a estos simples subalternos les quedará claro con el tiempo que nosotros no somos tan malos como parece.

Navegamos bien corriente abajo hasta Puerto Peruano y llegamos allí a las 16:34. Nos encontramos con unos 40 indios —niños y hombres— que O'Donnell había enviado de Entre Ríos para que llevaran nuestro equipaje. Creo que, como me dice Bruce, tenemos unos 60 bultos, por lo que tendremos que dejar aquí algunas posesiones. Estos pobres estaban muriéndose de hambre, literalmente muriéndose de hambre; mientras nos veían cenar, unos 7 se sentaron a nuestro alrededor sobre las desnudas caderas, con los ojos brillantes y relucientes y las bocas sonrientes: lanzaban a cada bocado las miradas más hambrientas que se pueda imaginar. Yo no podía soportarlo y, furtivamente, escabullía comida de mi plato según me ofrecían cada bandeja; lo ponía a mi lado y se lo iba dando a dos chiquillos del grupo, que compartieron cada bocado con sus amigos. Tizón pidió que les dieran arroz y frijoles, y así se cocieron para ellos.

Me fui a dormir muy pronto en la casa donde me había alojado antes, la casa de palmera de dos habitaciones, y comenzó a llover a cántaros. Los 40 indios y todos los demás durmieron simplemente en el suelo, bajo estas habitaciones, o sobre los zoquetes de leña que se almacenan para la lancha. Acumular leña constantemente es otra de las tareas que recae en esta gente desgraciada sin que por ello reciban nada.

Mi ojo sigue muy mal y lo llevo estrechamente cubierto con una venda, así que sólo puedo ver por el ojo derecho. Dormí bastante bien a pesar de los zancudos, iguales que los jejenes o las típulas. No picaban, pero sí que zumbaban.

Miércoles, 12 de octubre

[...] Como estaba enfermo y tenía muy mal el ojo, no fui a cenar, sino que me eché directamente en el cuarto de invitados.

Bishop vino por la noche para decirme que el bruto de Barbolini, quien ha sido el jefe en dar latigazos a los indios, se había emborrachado después de la cena y le estaba armando una bronca. Barbolini le acusaba de «delatarles» ante mí y de que ahora queríamos echar a los peruanos por las cosas que les habían hecho a los indios, cuando él, el propio Bishop, había sido tan malo como ellos y había hecho exactamente las mismas cosas malas. Bishop dijo que él venía a decírmelo, pero que él le había advertido a Barbolini de que no hablaría con él mientras estuviera borracho.

Añadió que todo lo que había hecho era bajo coacción, tal y como ya había confesado, pero que no me había ocultado nada de sus propias fechorías, aunque ni siquiera había matado nunca deliberadamente a un indio. Barbolini sí lo había hecho: él le había visto hacía tiempo cortar la cabeza de un indio en Urania (esta estación ahora está abandonada). Hubiera querido que lo hiciera Bishop —quien se negó—, por lo que llamó a un *muchacho*, pero el pulso le había fallado cuando comenzó a degollarle; así, Barbolini le quitó el *machete* y terminó el trabajo. Esto había sucedido hacía tiempo, probablemente en 1906, poco después de que él, Bishop, se hubiera unido a la banda de Arana.

Entre los miembros del personal de aquí hay un hombre que se llama Martín Arana que, según Bishop, es «hermano de Julio Arana»; creo que es sólo medio hermano (de una madre soltera), aunque es posible que sólo sea su primo. Es una especie de criado, que cuida de la tienda, reparte comida, limpia las lámparas, etc. Y también hace cócteles. Desde luego tiene un aire a Lizardo Arana, aunque es mucho más joven.

Hay un círculo de excelentes palmeras *popuñas* alrededor de la casa y algunos plataneros magníficos.

O'Donnell lleva siete años en Entre Ríos. Dice que ahora tiene 27 y que se marchó de Lucía en 1901, cuando no podía tener más de 17. Habla huitoto con fluidez, según dicen Gielgud y Tizón, mejor que cualquier otro que esté al servicio de la Compañía. Esta tarde bosquejó un mapa de su sección que es interesante y que me gustaría mucho copiar. Lo preparó en 1908 y muestra las «casas» de cada sub-tribu india (o «nación») de su sección, con los caminos y arroyos principales. El Cahuniarí nace bastante cerca, al norte de la estación, y fluye a una distancia de 250 yardas al este

de la casa, a través de un terreno despejado. El lugar en el que los *blancos* se bañan está allí abajo —hay un camerino junto al río—, donde tiene una profundidad de 4 pies. ¡Incluso para bajar al río todo el mundo lleva el rifle! Dice O'Donnell que se trata de una «costumbre» que se remonta a la época en la que los indios solían atacarles. «Antes de que aprendieran a trabajar; ahora están tranquilos y muy contentos, ¡*muy contentos!*». No le dije que lo dudaba. En el mapa ha colocado cuatro cruces que muestran dónde habían quemado *los indios* las «casas de los colombianos», una marca roja que señala dónde tuvo lugar el «último levantamiento» contra él y otra cerca de la casa —unas millas al norte nada más— donde «había caído en una emboscada». Yo dije simplemente: «Más poder a los indios», pero como, a pesar de su nombre, no es irlandés, no me entendió.

Mientras se aseaba en el edificio del baño, le dispararon, pero esto sucedió en los malos tiempos, antes de que los indios se adaptasen a *trabajar*. Desde que habían accedido a trabajar el caucho, están muy felices y contentos y ya no disparan a su Gran Jefe patriarcal de importación.

A Bell le agrada O'Donnell y así me lo ha dicho. Yo le respondí que parecía el mejor de esta gente malvada.

Aquí hay un gran número de mujeres, «esposas» indias y porteadoras de agua como las de Occidente. El lugar es más «decente» que Último Retiro, que era un perfecto barco pirata sin ningún disimulo.

Las plantaciones, los bananeros cerca de las casas, la evidencia de que aquí se cultiva, así como la superioridad en el aspecto y atenciones de O'Donnell, sin duda producen una impresión favorable tras los horrores a los que nos hemos enfrentado: Velarde, también conocido como el «Serpiente», y Jiménez, el «Quemadlos vivos».

Entre ríos, viernes,

14 de octubre de 1910

[...] Veo que a los peruanos no les gustan los careos entre acusadores y acusados. A nosotros, gente del Norte, sí nos gustan. Es la única forma de lavar los trapos sucios y llegar a la verdad. Ellos prefieren cartas e intrigas secretas a espaldas de los interesados. Los mestizos peruanos de clase baja son unos bellacos; los de clase alta son buenos, como Tizón o el prefecto,

y los de clase más baja —indios y *cholos*— son buenos compañeros. Ellos son el verdadero Perú, la columna vertebral del país. Son esa clase de *blancos* los que tiran abajo la nación, aquellos que de blanco sólo tienen la piel, y que desde luego carecen del corazón blanco de los indios. Los zulúes estaban orgullosos de su color, honraban el negro, sus jefes eran «los grandes, grandes negros» —un hombre tenía corazón negro— y nosotros nos referimos al «hombre blanco» para designar con ello a un hombre respetable. Aquí un *blanco* sólo puede ser un sinvergüenza y, para los indios, un asesino. Estos tres barbadenses me han demostrado que son más rectos, honestos y valientes que todos los peruanos que hemos visto. Ellos han confesado la verdad sometidos a una enorme tensión provocada por el miedo (y espero que también por la vergüenza), se han acusado a sí mismos y, valientemente, no han renegado de sus armas. Por el contrario, el único «hombre blanco» en el que la Comisión iba a confiar (Garrido), al que pagan 20 £ al mes por ello, puso pies en polvorosa en cuanto se produjo el primer careo, demostrando que era un cobarde y un mentiroso.

Sealy acaba de venir para decirme que el tal Pinedo, que es del personal de aquí, estaba con él en Último Retiro y era uno de los miembros de la última incursión al Caquetá, cuando Crichlow fue con Jiménez. Crichlow me expuso que no se había matado a nadie en esta redada, pero Sealy dice que Pinedo le ha contado dos veces —una ayer por la noche y otra esta mañana— que Aquileo Torres mató a un chico indio en el camino de vuelta y que tanto Jiménez como Crichlow, Reuben Phillips (otro barbadense de la expedición) y el resto de ellos habían visto cómo lo hacía. El chico estaba cansado y Torres lo llamó y, mientras le apuntaba con la boca de su *winchester*, le dijo, como si fuera una broma, que soplara por el cañón y cuando éste estuvo en la boca del chico, apretó el gatillo y lo mató. [...] El joven Rodríguez (que pertenece a esta sección aunque lo han cedido temporalmente a Occidente) tiene tres mujeres. Las toma a todas por la fuerza, o bajo amenaza de muerte, o bien se las apropia simplemente de las «naciones» indias de los alrededores. Por lo general, no se toma una esposa india de esta manera, aunque me han contado muchos casos —como el de Jiménez, Fonseca o Montt— en los que se ha tomado a las esposas por la fuerza y se ha asesinado a los maridos que oponían resistencia; pero, en general, deduzco que la esposa de un indio mayor no es que se respete, pero a éste no se le priva de ella. La razón no es solamente el respeto benévolo hacia los derechos conyugales de los indios. Sealy lo explicó de manera lacónica esta tarde, cuando me contó que Agüero de Abisinia tenía nueve «esposas» cuando estaba en esa estación y tomaba tantas mujeres como quería, tal y como Whiffen describía en su carta al Foreign Office. «¿Tomaba a las esposas de los indios?», le pregunté. «No

señor, a sus esposas no». «¿Por qué no?», inquirí. «Bueno —replicó— si tomas la esposa de un indio, éste no trabajará el caucho». «Pues le azotas con el látigo; puedes conseguir que trabaje azotándole». «No si tomas a su esposa, en ese caso no trabajará el caucho, puedes pegarle y pegarle, morirá... Algunos indios quieren mucho a sus esposas». ¡Qué pena da pensar en esta gente! La única medida que salva incluso a sus mujeres de la lujuria de estos sádicos es la codicia de sus hombres, pues no consiguen el caucho, o todo el caucho que se puede, si al pobre indio atormentado no le dejan a su esposa, la compañera de todas sus miserias, pero a la postre madre de sus hijos.

Durante la cena estuvimos con el jefe de los naimenes y el *capitán* de los inonokomas, quienes vinieron a la galería. Este último tiene ojos penetrantes y brillantes, y parece un hombre muy inteligente. Se sentaron antes de cenar al lado de O'Donnell y éste obligó al capitán a quitarse la camisa y los pantalones sucios y espantosos porque dijo que olían después de la danza. (En realidad, la piel de los indios no desprende ningún aroma ofensivo. Tienen el cuerpo más maravillosamente limpio del mundo teniendo en cuenta su situación y, cuando están desnudos, uno puede estar con ellos en medio de una multitud durante la hora más calurosa del día sin percibir el más ligero olor. Su piel es extraordinariamente seca, no he visto que transpire ni uno solo, aunque porten una pesada carga a través de la selva por una carretera atroz. Sus piernas son visiblemente débiles y endeblen bajo las cargas pesadas, pero se las apañan alegre y silenciosamente sin una sola palabra de queja. Aunque quizás sea lógico que no suden, pues apenas reciben comida y se les envía días enteros de marcha sin nada absolutamente, aparte de lo que puedan coger por ahí. Es un milagro que sobrevivan, se muevan y carguen semejante peso. No tienen nada que sudar por los poros, son astillas de esta vieja selva, parecen hechos de materia vegetal más que de carne y hueso). Esto le dio al *capitán* de los inonikoma su oportunidad. Intuyó vagamente quiénes éramos todos nosotros y que estábamos allí para «cambiar las cosas». Se ha corrido la voz. Así que se desvistió enseguida y permaneció de pie con su *fono* y sus piernas bronceadas y pintadas —una estampa mucho más delicada—, pero se dirigió a O'Donnell, quien estaba sentado en el banco, y vendió su alma. Yo le dije a Tizón: «Éste parece un indio muy inteligente, puede hablar rápido y es evidente que está diciendo muchas cosas». Ninguno de nosotros, aparte de O'Donnell, comprendió una palabra de su rápido parlamento. Éste intentó detenerlo, y alzó su mano, pero el capitán continuó hablando con ojos chispeantes y después se señaló las nalgas, ahora desnudas, pero pintadas, extendiendo la mano. Estaba claro que estaba hablando más de lo que O'Donnell hubiera querido. Comentó

que era «muy *conversador*», un gran hablador, y nos reímos mostrando nuestro acuerdo, pues las palabras del huitoto, cortantes y duras, surgían en un flujo ininterrumpido. Tuve la certeza de que por fin éste era un «testigo» indio, uno que había tenido a toda la Comisión ante él; todos estábamos cenando en ese momento y él estaba decidido a que nosotros nos pronunciáramos delante de O'Donnell. Estaba claro que este último se encontraba incómodo; afirmaba que el indio decía que estaba contento de vernos (¡no lo parecía en absoluto!) y que en su día había sido el gran enemigo de O'Donnell y había intentado matarle, pero que ahora eran amigos y trabajaba el caucho para él y, como veríamos, conseguía cosas bonitas a cambio. De hecho, él era otro ejemplo locuaz de los «muchos indios *contentos*». En cuanto pude, me escabullí de la mesa con el pretexto de ir a por un cigarrillo y le dije a Bishop que fuera, le echara un vistazo al hombre y después le sonsacara información que pudiera interesarnos sobre lo que verdaderamente había estado diciendo. Bishop vino a enseñarme un collar de dientes de leopardo como excusa para mirar al hombre y yo accedí a comprarlo —otra excusa—, y cuando terminó la cena, esperé para escuchar el resultado de mi estratagema.

Sucedió lo que esperaba. Él era el portavoz de todos. Dijo que O'Donnell estaba haciendo trabajar a su gente hasta morir y que muchos habían muerto; ahora azotaba a todos por no traer el caucho que exigía, aunque no podían trabajar más duro de lo que ya lo hacían: el hombre quería acabar con los latigazos para salvar a su gente. En esto consistió fundamentalmente su largo discurso. [...]

Me doy cuenta de que Bishop no siente respeto ni consideración por O'Donnell: dice que no es el peor —quizás es el mejor de la banda infernal— pero ha azotado, aterrorizado a los indios y ha sido el causante de la muerte de muchos de ellos por pura avaricia de caucho. Le dije que en mi opinión Julio Arana era el que tenía más culpa de todos. Me asombró ver cómo, de golpe, su cara áspera y negra enrojecía; dijo con vehemencia: «En efecto lo es, señor, ésa es mi opinión y siempre lo he pensado. Sabía perfectamente lo que se hacía aquí y cómo se conseguía el caucho; estos hombres no son tan malvados como él». Dijo que Fonseca era un maniaco de instintos asesinos. Cuenta cómo le vio mandar sacar del *cepo* a 2 indios, los tuvo corriendo a las 6:00 durante dos mañanas y ordenó que un hombre llamado Luiz Silva les disparara por simple entretenimiento. Dijo que Fonseca gritó que se hiciera todo esto como quien pide el café de la mañana, sin que hubiera ninguna razón para ello. Los pobres y desdichados indios se morían de hambre en el *cepo* y ordenó que los mataran por pura diversión o, como dijo Bishop, «sólo por vanidad». Este tal Luiz Silva está

muerto ahora, o más bien fue asesinado muy justamente por los andokes, junto con Bucelli, en el Caquetá. Según Bishop, había matado a muchos indios, que él supiera. El fusilamiento de los dos desgraciados en Último Retiro ordenado por Fonseca sucedió en 1906 y poco después él, Bishop, llegó allí. Llegó de Urania (hoy abandonada), donde había estado a las órdenes de Martinengui. El tal Silva era uno de los verdugos de Último Retiro y, más tarde, lo fue nuevamente en Occidente bajo las órdenes de Fonseca: Bishop dice que en ambos lugares le vio azotar a indios muy despiadadamente y que los dejó hechos trizas.

[...] O'Donnell dice que el padre de mi jefe muinane fue un «esclavo conocido que comerciaba con los brasileños», pero lo dudo. Sospechosamente, suena como la acusación de que los boras y otras tribus fuertes que «no trabajan» son «caníbales». Son como los abuelos de los que habla Mark Twain: «Los abuelos siempre se equivocan». El indio que es lo suficientemente robusto como para oponerse a la esclavitud siempre se equivoca y por lo tanto es un «caníbal».

Le he asegurado a Gielgud que algunas de las personas más simpáticas que encontré en el Congo eran caníbales.

O'Donnell conoce muchas tradiciones populares indias y nos ha contado muchas cosas sobre los hábitos y las creencias de los indios. Me gustaría poder tomar notas, pero no entiendo gran parte de su español. Dijo que su abuelo fue a España desde Irlanda y su padre de España al Perú. Dudo que fuera su abuelo; probablemente se remonte más atrás. Aun así, este hombre es de lejos el mejor de los representantes de la Compañía que hemos conocido, desde luego, y con siete años de esta violencia cruel a sus espaldas es sorprendente que aparentemente haya permanecido tan intacto y con una mirada limpia y directa. Su actitud hacia los indios es mucho mejor, también, y ellos casi parecen sentir afecto hacia él. Es extraño que se maltrate tanto a unas personas de tan buen corazón; no es extraño, mejor dicho, sino la naturaleza humana, supongo. Si estos pobres salvajes fueran como los africanos, este puñado de míseros filibusteros y piratas —la banda al completo apenas suman 150— habrían sido borrados del mapa tras los primeros asesinatos. Pero la sencillez de los indios y su fatal obediencia han sido su ruina y sus infantiles armas, cerbatanas y lanzas de juguete, que se tiraban de tres en tres con los dedos, son un pobre sustituto de las lanzas de lucha y las hachas de los africanos. Los africanos nunca han temido la sangre; les gusta que fluya. Estas criaturas aniñadas, incluso en las guerras, han quitado la vida secretamente y en silencio, tratando de que corriera la menor cantidad de sangre posible. Aquí un rifle Winchester en las manos

de un *desperado* puede intimidar y someter a una tribu entera, aunque no son unos cobardes. Su modesta sencillez y humildad son más peligrosas para ellos que las armas de quienes los esclavizan.

Entre Ríos, sábado,

15 de octubre

[...] Han retenido a las mujeres en la estación para desbrozar la plantación o ampliar el área de maíz, caña de azúcar, etc., etc. que se cultiva, mientras los hombres que volvían a sus propias casas han sido forzados a trabajar sus huertos de mandioca bajo la supervisión del personal *racional* (mestizos que ganan su salario con los pies descalzos, el rifle al hombro y el revólver en la cadera). Es algo que los hombres indios no harían por sí mismos. Es una tarea de la mujer y ellos deberían estar cazando o pescando o haciendo las labores más pesadas.

Pero la Compañía se opone a los hábitos y las costumbres de los indios. Ellos no están civilizados y además no producirían caucho. De esta manera se tiene a la mujer de los hogares indios en Entre Ríos, Occidente o Atenas, según el caso, cultivando los campos de la Compañía por un periodo de una semana o diez días, para que su personal obtenga comida barata, mientras se obliga a su marido a cavar y plantar yuca, bajo la «dirección» de un mestizo que sabe mucho menos de agricultura que el indio más salvaje del mundo, para que su cuerpo se fortalezca con vistas al próximo *fábrico*, que empieza inmediatamente después. Si esta desagradable tarea no se realiza de acuerdo con los deseos del empleado *racional* que ha sido enviado a su aldea para perseguirle y darle caza, no recibirá su «remuneración» (o «adelanto»: los términos son sinónimos e intercambiables) por el siguiente *fábrico* de 40, 50, 60 o 70 kilos de caucho que haya entregado a la Compañía. No, hasta que no satisfaga los deseos de este experto en agricultura. Esto me parece el colmo de la sofisticación en este sistema de crueldad totalmente diabólico. Es difícil que venzamos todo esto; ha estado sucediendo así durante años, más de los que me gustaría pensar, y continuará, me temo, hasta que el último indio haya entregado la última *puesta*²⁴ y con ella ceda su pobre alma, hambrienta y azotada, al

²⁴ Remesa de caucho.

Dios que mandó al Viracucha²⁵ para ser su guía moral y amigo. ¡Ay! ¡Pobre indio peruano y sudamericano! ¡El mundo piensa que se acabó con el comercio de esclavos hace un siglo! La peor forma de comercio de esclavos y esclavitud —peor en muchos aspectos, como mostraré, que cualquier violencia que África haya podido dar a luz— ha estado aquí desde hace 300 años a pleno rendimiento; así ha sido hasta ahora que, a las puertas de una Compañía inglesa, lo que queda de una menguante población que antes contaba con millones muere bajo el látigo, las cadenas, las balas y el machete para dar beneficios a sus accionistas. [...]

Ahora no hay ancianos: desde que llegamos a La Chorrera no he visto a ningún viejo y ni siquiera a un hombre o mujer mayor, y eso que he visto a más de 1000 huitotos hasta ahora, probablemente la décima o la quinceava parte de la población total. El rostro más anciano que he visto es el de un hombre de la tribu de los muinanes, que viene con nosotros como porteador el domingo, y no tiene más de 54 años. La razón de esto se encuentra en la historia que Labadie me contó en Iquitos sobre Carlos Miranda (que ahora está en la sección Sur, a sólo dos horas de La Chorrera), el que le cortó la cabeza a «la anciana» y la sujetó en el aire como «un ejemplo» para el resto. El motivo fue que era «una mala mujer», es decir, daba un mal ejemplo a los más jóvenes. Mal ejemplo quiere decir que no recogía caucho. Así, los primeros a los que se señala son los ancianos. Bishop dice que en Andokes, adonde iremos a continuación, se asesinó a los hombres y las mujeres ancianos hace mucho, a todos los que Normand pudo pillar. Lo mismo sucede con los boras, pero ellos son los indios más audaces y fuertes con los que los peruanos han tenido que tratar en esta parte de la *montaña*. Los boras devuelven los golpes. «No quieren trabajar» es el lamento que escucho constantemente, como si fuera un incienso acusador que ascendiese ante el Moloch de esta selva. [...]

Entrevisté a Pinedo más tarde; le vi merodeando y mirándome, así que salí y, como no estaba seguro de quién era, pregunté en español: «¿Es usted Pinedo?», y cuando asintió, le pedí que me siguiera. Le había dicho a Bell que viniera y juntos escuchamos su historia. Era contra Aquileo Torres, a quien evidentemente odiaba. Incluyó, para nuestro interés, unas cuantas moralejas sobre tratar bien a los indios, imagino que para darnos la impresión de que desaprobaba el látigo y el sable de los *racionales* normales. De todos modos, según él, Torres no sólo había matado al «chico» indio invitándole a soplar en la boca de su *winchester* y después

²⁵ Dios andino e inca.

volándole la cabeza, sino que había matado también a dos mujeres, por pura brutalidad o diversión, hacía bastante poco. Jiménez le había echado de Último Retiro por imposible (usó la palabra «botar» para expresarlo), de ahí que pasara por Occidente después. Resulta obvio que está resentido con Torres y que intenta matar dos pájaros de un tiro. Le hice saber por intermediación de Bell que debería contárselo al señor Tizón y que debía repetirle a él lo que nos había dicho, a lo que accedió. Lo dejamos ahí y seguimos caminos diferentes, ya que yo no deseaba, por el bien de Pinedo, que sus compañeros sospecharan que nos había estado dando información a nosotros, unos intrusos que claramente estamos aquí para alterar tradiciones consagradas.

Bell se lo contó a Tizón, quien dijo que hablaría con Pinedo. El jefe de los muinanes vino a almorzar otra vez. Después del baile, les habían disuadido, a él y a muchos de sus hombres y otros indios, de volver a sus casas para que llevaran mañana nuestros bultos a Matanzas. El jefe de los muinanes, llamado Hatima, ha mirado con los prismáticos de Fox y le ha gustado especialmente el extremo que hace que los objetos parezcan más pequeños. Ha dicho que ése es el aspecto que tienen las cosas «cuando hemos tomado *Una*: ¡muy claras y alejadas!». O'Donnell nos lo tradujo. Es algo que revela perspicacia y una mente capaz de establecer comparaciones. Un minuto más tarde nos salió con un comentario mucho más oportuno que causó un terrible silencio.

Tocando con afecto los prismáticos, dijo: «Supongo que los ha comprado con el caucho que nosotros producimos» —O'Donnell también lo tradujo—, lo que hizo que yo casi estallara en una carcajada. Tenía en la punta de la lengua la respuesta: «Sí, en efecto, y también la comida que estamos comiendo y que tú ni tocas», pero no podía decirlo por respeto a Tizón, que parecía muy angustiado.

Creo que es muy infeliz por todo lo que ahora ve tan claramente y lo siento sinceramente por él, aunque me gusta pensar que hay un caballero peruano que se preocupará seriamente por intentar corregir toda esta injusticia a la que han contribuido sus propios compatriotas.

Han venido un montón de indios a verme escribir esta tarde. Vinieron a mi habitación como los hombres del Congo de hace tiempo, y me hablaban y sonreían. Incluso trajeron sus panecillos, o algo que les habían dado, para comerlos tranquilamente. Les di montones de cigarrillos, que les gustan muchísimo, y todo lo que puedo dar de mis propias latas. Pobre gente hambrienta, azotada y asesinada. ¡Cómo los compadezco!

La simple idea de retener a estas 40 o 50 personas con vistas a nuestra larga marcha a Matanzas demuestra lo absolutamente esclavizados que están. Vinieron específicamente como invitados a «un baile» y ahora están esperando aquí, sin apenas comida, para llevar nuestros pesados bultos durante 10 horas a través de esta ciénaga espantosa y llena de árboles; tienen muy poca comida para el trayecto y, cuando éste acabe, no recibirán ni un penique como paga o recompensa.

Esperamos salir pronto mañana. Es la primera vez (a excepción del camino de Puerto Peruano hasta aquí) que viajo con una caravana de hombres a los que no se les va a pagar nada; en todos mis años en África, malos como fueron, jamás vi algo parecido. [...]

Lunes, 17 de octubre

En el camino de Entre Ríos a Matanzas

[...] Después de almorzar en el gran río, me adelanté con Bishop y Sealy y algunos de los indios más rápidos. Estalló una gran tormenta eléctrica sobre nosotros —una tormenta de lluvia, más bien—, y nos empapamos. Un diluvio en toda regla, pero era fresco y delicioso; el camino mejoró también. Inmediatamente los indios arrancaron frondas de palmera y grandes hojas para hacer paraguas bastante ingeniosos —tanto para cubrir los bultos como para protegerse ellos mismos—, aunque puedo imaginar fácilmente que no les gustaba sentir el chorro de agua fría sobre la piel desnuda y especialmente seca y suave. Pero ni las hojas, ni tampoco los verdaderos paraguas sirvieron de nada, y yo me mojé bajo un paraguas de Dublín; apostaría a que es el primero que se ha visto en esta selva. Iba muy adelantado respecto al resto y después de trepar por un árbol caído que cruzaba una corriente de agua —que fluía, estoy seguro, hasta el río Caquetá—, que se había formado con el agua de la tormenta, me encontré al borde de un claro y vi el tejado de Matanzas o la estación de Andokes, sobre la que ondeaba la bandera peruana. Decidí esperar a los demás en vez de continuar y encontrarme yo solo con este hombre de malísima reputación, Armando Normand, y verme obligado a ser educado con él, pues deseo tener el menor y más breve trato posible con él. La Comisión y Tizón llegaron, totalmente calados, sobre las 15:30 de la tarde y todos juntos continuamos por una loma hacia la estación en medio de la cola

de la tormenta. Nos encontramos con que Normand está fuera, en la otra estación donde vive, La China, llamada de forma caprichosa «Indostán» o Abisinia; ésta se encuentra a 10 horas, más o menos a unas 30 millas.

Dicen que está en una *correría*²⁶ tras los indios. Al personal de aquí les ha disgustado nuestra llegada —hasta ayer no se enteraron de que veníamos— y enseguida mandaron llamar a Normand. Nos recibió un tal *señor* Bustamante, el segundo en el mando, un hombre de ojos pálidos que da una impresión repugnante. No obstante, tiene un atuendo aseado y esto ya es algo después de los especímenes que hemos visto en Último Retiro. La banda de sinvergüenzas habitual escudriña a la vuelta de cada esquina y por aquí he podido ver la cara de un barbadense negro, Leavine o Lane, uno de estos dos. Por lo que me han dicho, Leavine ha estado aquí con Normand desde el principio; de eso va a hacer unos seis años, si es que no los ha hecho ya. ¡Qué de cosas ha tenido que ver y qué cosas diabólicas habrá hecho también él durante este tiempo! Junto con Abisinia, este lugar es el que aparece con más frecuencia en el espantoso documento de crimen y horror que elaboró Hardenburg; el nombre de Normand es a su vez el que probablemente aparece en más ocasiones que ningún otro. Desde hace tiempo, tanto la Comisión como yo mismo hemos llegado a la conclusión de que este documento de Hardenburg es cierto. La parte escrita por él mismo desde luego lo es y creo que también lo son muchas de las declaraciones. Aunque hay exageraciones evidentes así como errores y —seguro que a menudo— auténticas falsedades, creemos que en conjunto ofrece una versión bastante fiel del tipo de crímenes y maldades en los que estos hombres han estado envueltos. Nada en el libro de Hardenburg sobrepasa en horror las explicaciones que dieron los dos hombres barbadenses sobre cómo Jiménez había quemado vivos a la anciana y al joven boras en junio de 1903; o la horrible serie de asesinatos perpetrados por Vásquez sólo hace cinco meses junto al río Pama. Bishop me dice que él cree firmemente las historias que cuentan sobre cómo Normand estrellaba cabezas de niños contra los tocones de los árboles y los quemaba vivos. Sostiene que Donald Francis, que estuvo aquí al principio con Normand durante casi dos años, le ha hablado de estas cosas más de una vez así como de los perros que desgarraban los cuerpos de los muertos y se llevaban un brazo o una pierna hasta la casa para roerlo.

²⁶ Expediciones que hacían los caucheros en las que capturaban violentamente a hombres y mujeres para que trabajaran el caucho. Invadían los poblados y mataban a los ancianos y enfermos.

Cuando interrogué a Donald Francis ante Tizón y Barnes, éste dijo que lo único que había hecho era ¡«plantar yuca y caña de azúcar» durante un año y ocho meses!

Bishop dice que después de esta entrevista le reprochó que hubiera sido un cobarde tan malvado como estos asesinos por haberme mentido a cambio de un soborno, un «sucio soborno». Ahora, por fin, estoy en Matanzas —centro de acontecimientos tan horribles— con uno de estos barbadenses que ha pasado por ellos aguantando el chaparrón. Me imagino que va a mentir, igual que Donald Francis.

Me han dado el salón de Normand; está empapelado con ilustraciones del *Graphic* que tratan en gran parte sobre la guerra ruso-japonesa de 1904. También hay muchas *cocottes*²⁷ sacadas de un periódico parisino de poca categoría y varias fotografías de gente sudamericana con unos rostros brutales. Creo que una de ellas en concreto retrata al propio Normand «cuando era un niño»; parece un obrero judío de clase baja, con gordos labios grasientos y ojos redondos. También hay diplomas de la Escuela de Contabilidad de Londres de 1904, que le certifican como «contable», así como un título con fecha anterior de alguna institución de enseñanza.

Hacia las 17:30 oímos el disparo de un rifle en el bosque del Sur y pudimos escuchar que los chicos y criados murmuraban: «Normand, Normand». ¡Fue como la llegada de un gran guerrero!

Llegó unos minutos después, pero yo no le vi hasta la cena. Escuché que hablaba en inglés con Gielgud en la habitación de al lado y se quejaba de que Chase había sido «descarado» con él. Yo había oído la conversación entre él y Chase unos minutos antes a través del tabique. Normand había llamado a Chase para que le llevara una vela y, lógicamente, éste se la había dado a uno de los portadores indios, o a uno de los chicos, para que se la llevaran. Normand le dijo: «Tráela tú mismo, tráela tú mismo; ¿acaso no eres un criado?»; Chase fue con paso pesado y voz lenta y oí que le decía: «Soy un criado, pero...». Estaba claro que estaba punto de añadir «no de usted», pero se detuvo en ese punto. Esperé a que Tizón enviara a un criado para que me llamara para la cena y, entonces, tal y como estaba previsto, me presentaron al tipo. He de decir que todo lo que uno haya leído o pensado sobre él se queda corto; se trata de un hombre pequeño, esbelto, delgado y bastante bajo, digamos que mide unos 5' 7"; sin duda,

²⁷ Término francés que hace referencia a una prostituta de lujo. Una *cocotte* era especialmente conocida por arruinar a sus ricos amantes por la cantidad de regalos que recibían.

creo que tiene la cara más repulsiva que he visto en mi vida. Totalmente diabólica en su crueldad y maldad. Me sentí como si me presentaran a una serpiente. Durante toda la cena sólo habló en español, pero cuando por casualidad me dirigía la palabra, yo le respondía en inglés.

En matanzas

[...] Fui a acostarme pronto, pues estaba cansado y no deseaba ver a Normand más que lo justo y necesario. Ya he decidido que en cuanto Leavine, el otro barbadense, llegue de La China, debo volver a Entre Ríos.

A las 2:30 me despertó el ruido de pisadas en la galería y unas voces quedas que decían «Normand, Normand» en la puerta de la habitación de al lado. Salté de la cama y salí fuera. Había un hombre con una linterna y un rifle que vigilaba a un grupo de figuras femeninas, cinco o seis de ellas con maletas y artículos de viaje. Algunas voces en el pasillo gritaron que se callaran y todas ellas salieron disparadas hacia la habitación en la que Normand duerme. Era el harén que llegaba a la habitación en la que suponían que su amo durmiente yacía. También habían despertado a Barnes y los dos salimos y las vimos, riéndonos de corazón. Por lo que pude ver, parecen muy chiquitas. Pobres pequeñas criaturas que deben patearse la selva día y noche detrás de esta bestia. Supongo que se puso en camino enseguida, en cuanto el mensajero llegó a La China con noticias sobre nuestra esperada llegada a Matanzas, y dejó a las criadas al cuidado de uno de los *muchachos* de la guardia para que le siguieran. [...]

En matanzas, martes, 18 de octubre de 1910

Le dije a Tizón que tendré que irme de Matanzas mañana. Volveré directamente a Entre Ríos, después de haber entrevistado a los dos barbadenses. Lane está aquí y lo llamaré enseguida, y si Leavine no vuelve de La China a tiempo, puede seguirme a Entre Ríos. Tizón lo aprobó enseguida y le dije a Bishop que lo preparara todo para la larga caminata de mañana,

ya que deseaba salir pronto con Sealy, él mismo y siete indios que llevarán todos nuestros bultos, y hacer las 30 millas hasta Entre Ríos antes de que se haga de noche. Les dije a Barnes y a Bell que no aguantaría a Normand ni una hora más, pues me ponía enfermo verle. Se mostraron completamente de acuerdo y Bell dijo que era un «monstruo redomado» que, a decir por la cara que tiene, parece capaz de cualquier crimen. A las 9:00 van a entrevistar oficialmente a Normand, que dará el informe habitual sobre la administración de su distrito —se ve a la legua que es mentira— y yo llamaré a James Lane a la misma hora para interrogarlo. El desarrollo paralelo de estos dos interrogatorios, que podrán oírse pues sólo estarán separados por estos finos biombos de corteza de palmera, será interesante.

La entrevista con Lane ha sido fructífera. No la prolongué, pues el hombre dijo muy pronto que deseaba marcharse y que me estaría muy agradecido si conseguía que le dieran permiso para hacerlo. Normand se había negado tres veces a concedérselo. Su discurso era lento y vacilante y creo que no estaba muy dispuesto a hablar. Una vez le acusé de falsedad y llamé a Bishop para que le advirtiera de las consecuencias. Dijo que tan sólo trataba de responder con la verdad a mis preguntas. En general, creo que así lo hizo, pero es obvio que mis preguntas sólo pueden cubrir un área pequeña, y lo ideal sería conseguir que más adelante haga una declaración completa de lo que ha estado haciendo y de lo que ha visto desde su llegada. Vino de Iquitos con Sealy y Chase, según parece, y llegaron a La Chorrera el 12 de mayo de 1908, desde donde vinieron directamente a Matanzas, donde han estado desde entonces. Según dice, no ha sido testigo de crímenes graves ni ha participado en asesinatos o dado latigazos. Sostiene que nunca ha azotado a nadie, pues le habían eximido de hacerlo ya que no tiene unos «brazos» adecuados. Tiene unos excelentes brazos musculosos de negro, tan grandes como dos de los míos, y es un joven sano y robusto de unos 22 o 23 años de edad; por lo tanto, esto de que sus «brazos» no son adecuados para azotar puede significar que, a pesar de su fuerza, su mano era tan reacia a descargar el látigo sobre un cuerpo desnudo que lo relevaron de esta tarea degradante. La explicación de Chase sobre su propia exoneración en Abisinia es prácticamente la misma. Él también es el típico negro fuerte y grande y sin embargo dice que sólo azotó una vez. Lo jura una y otra vez y dice que era porque «él no sabía cómo se azotaba».

Stanley Lewis jura que, después de Simona, nunca volvió a azotar a nadie. En su caso, él sufrió por haberse negado. Fonseca le pegó y le puso en el *cepo*, y si no hubiera sido por Juan Castaños se podría haber muerto

de hambre. Y mira por dónde que este chico grande y fuerte, James Chase, ha expuesto algo muy parecido. Dice que Leavine se encarga de muchos de los azotes. Él sólo ha golpeado a los indios con palos. Sin embargo, ha visto a tres indios morir a latigazos, dos de ellos aquí en Matanzas y uno en La China; su relato sobre la muerte de este último —un hombre llamado Kodihinka— es una de las cosas más atroces que he escuchado hasta ahora. Me pone enfermo pensarlo... ¡y sucedió sólo hace un mes! Cuando nosotros estábamos en Iquitos o La Chorrera. A este hombre desafortunado, al que capturaron con otros cinco (su mujer y su hijo entre ellos) más allá del Caquetá, en Colombia, lo trajeron hasta La China atado de muñecas y codos durante un viaje de varios días. Este hombre era el más viejo, el cabecilla de estos pobres fugitivos que habían huido durante muchos días para escapar de los «adelantos» de esta encantadora Compañía inglesa. Preferían huir y ser libres a los regalos que generosamente les ofrecen a cambio del caucho que —tal y como nos dicen— ellos trabajan encantadísimos para poder adquirir esas cosas bonitas.

Así que se persiguió a estos fugitivos. La banda fue detrás de ellos, liderada por este asesino de Normand, y estuvo 21 días realizando esta proeza; seis de ellos transcurrieron en el territorio de otro Estado, violando abiertamente el derecho internacional.

Los latigazos que les dieron a estos «trabajadores» de la Compañía al llegar a casa de Normand mataron a este hombre. Le pusieron en el *cepo* junto con los otros cinco, todos tenían la espalda y las extremidades sangrando, y murió a los tres días de haber recibido esos latigazos. Según lo que dijo Lane, la carne estaba podrida y despedía un olor hediondo; su mujer y su hijo estaban junto a él, inmovilizados como viles animales con los pies atrapados en agarres de hierro y madera. ¡Dios! ¡Qué situación! Y, en la habitación de al lado, la bestia humana que hizo esto le está contando a la Comisión que durante tres años no ha pegado a nadie, que todo lo que hace ahora es dar unos golpes pertinaces en la mano con un artilugio de madera redondo con agujeros. ¡Mi vieja amiga —la «palmatoria» del Congo— por fin te vemos! Mientras Normand estaba exponiendo todo esto, Lane declaraba a regañadientes que en el último mes había visto golpear a un hombre hasta la muerte, además de a otros cinco, tres de ellos mujeres, siguiendo las propias órdenes de este hombre, y me dio el nombre del empleado, José Córdoba, que se había hecho cargo del látigo.

En cuanto dejaron salir a Normand, le dije a la Comisión lo que Lane había declarado. En medio del interrogatorio que le hice, había oído que Leavine había llegado de La China. Durante la comida le dije a Tizón que

tenía la idea fija de irme al amanecer a Entre Ríos, ya que, si podía evitarlo, no quería quedarme ni una hora más en compañía de estos hombres. Por la tarde mandé llamar a Westerman Leavine; Leavine es su nombre barbadense completo. Es un hombre pequeño, un negro de cara mezquina con sonrisita, una cara que enseguida despierta desconfianza y disgusto —siempre con esa sonrisa oculta en los ojos— y una débil boca babosa. No me gustó y muy pronto quedó claro que no sólo estaba escondiendo cosas, sino que directamente contestaba con respuestas falsas. Él se fue de La Chorrera con Normand el 17 de noviembre de 1904, así que lleva aquí casi seis años. No intenté obtener una declaración suya sobre este periodo, sino que me limité a hacerle preguntas y pedirle respuestas concluyentes.

[...] Después de que admitiera haber mentido sobre los latigazos e incluso haber disparado él mismo a un indio, «por órdenes del director», le pedí detalles sobre los latigazos y la muerte de Kodihinka que había tenido lugar el último mes en La China. En este punto, su respuesta estaba en directa contradicción con la declaración de Lane. Cuando declaró que Kodihinka no había muerto en el *cepo*, ni por los latigazos que le dieron en La China, sino por los golpes que había recibido durante el camino de vuelta, cuando estaba bajo la custodia de James Lane y dos *muchachos*, llamé a Lane y les puse frente a frente. Dije que uno de los dos estaba mintiendo y que debía averiguar quién. Leí las respuesta de Lane a mis preguntas sobre Kodihinka y después las de Leavine; los dos hombres se enfrentaron, pero sólo durante un momento. Lane mantuvo todo lo que había dicho y acusó abiertamente a Leavine de ser un mentiroso. Yo le acusé de serlo y le pregunté si ahora diría la verdad. Fue incapaz de reconocerlo y salió con otra mentira: que no se acordaba. «¿Qué? —le dije—. ¿Cómo vas a haberlo olvidado si sólo fue hace un mes?». Reconoció que José Córdoba le había dado 30 latigazos a Kodihinka. Él mismo le había dado «3 latigazos»; había muerto en el *cepo* junto con los otros hombres, tal y como Lane había descrito. Le pedí al señor Tizón que viniera y estuviera presente en este careo y escuchara las acusaciones —que ambos hombres reconocían—, cosa que hizo muy angustiado. Entonces, al responder a mis siguientes preguntas, Leavine admitió que esto es lo que había hecho durante seis años: salir con un rifle a cazar indios, pegarles y maltratarles por no traer caucho, o por haberse «escapado», y que, además de hacer guardia por la noche, no había hecho nada más durante todo este tiempo. «Y todo por orden expresa del director».

Tizón dijo que no valía la pena preguntar a Normand. Yo dije que al parecer así era. El asunto estaba ya bastante claro; parecía imposible que obtuviéramos una evidencia más completa. Aquí estábamos en el lugar

de los hechos, con Normand en la habitación de al lado (y podía oír lo que yo decía) y estos dos empleados de la Compañía le estaban acusando directamente, delante de su jefe, de haber ordenado que se cometieran dichos crímenes. Dejé que se marcharan los dos barbadenses, no sin antes haberles dejado claro que tenían que abandonar enseguida Matanzas. Lane me acompañará por la mañana y Leavine nos seguirá con la Comisión al día siguiente. No le consentí que viniera conmigo, pues le dije que le veía no sólo como un mentiroso, sino como un cobarde sinvergüenza. Había dicho que le había dado «3 latigazos» a Kodihinka cuando los prisioneros llegaron a La China atados. Según lo que dijo cuando reconoció que le había dado esos «tres latigazos», en ese momento Kodihinka ya estaba medio muerto. Estaba atado, su espalda tenía cortes y magulladuras, y sangraba por los golpes que, siguiendo las órdenes de Lane, los *muchachos* le habían dado en el camino. En este estado él le había dado tres latigazos a este desdichado hombre. «Señor, le di los latigazos porque él no pagar a mí por caja de cerillas que le di en el camino».

«Ya veo —dije—. ¿Le diste los tres latigazos cuando tenía las manos atadas, la espalda y las piernas heridas y sangrando, y él mismo se encontraba, como decías antes, moribundo?». «Sí, señor, pero no es por los tres latigazos por lo que murió; murió porque le pegaron durante el camino».

Le dije que era un cobarde y un sinvergüenza y que si estuviera en Barbados podrían colgarlo por un acto así o por uno de los numerosos crímenes que ahora estaba seguro que él había cometido; alegar que eran órdenes de Normand no era una excusa y tenía decidido entregarlo al prefecto de Iquitos para que le juzgasen allí. Dije todo esto delante de Tizón, Lane y Bishop —esto y mucho más— a lo que añadí: «Aunque eres culpable y despreciable, no lo eres tanto como el animal que te ha utilizado para que hagas estas cosas en su beneficio». Una vez que se fueron, Tizón parecía aturdido y dijo que no podía permanecer ni seguir en la Compañía. «Pensar que estoy involucrado en esto...», se lamentaba. Le dije que estaba honrosamente mezclado en esto y que debía quedarse para cumplir con su deber. El deber que tenía hacia su país y estos indios era más importante que el que tenía hacia la Compañía, por lo que debía mantener una actitud valiente y superarlo: no podía darle más apoyo moral que ése. Siempre que estuviera en mis manos afianzar su posición, podía contar conmigo. A continuación me dijo que él siempre le había dicho a Normand que iba a irse y que él había esperado que lo hiciera pronto, en el mismo barco de vapor en el que yo llegué o seguramente en el siguiente, a finales de noviembre. Añadió que la estación de Matanzas debería clausurarse inmediatamente y que a la larga esperaba que se pudiera incitar

a los indios a que trabajaran en Entre Ríos voluntariamente y vendieran el caucho a un precio fijo.

Le dije que era lo único que se podía hacer. Era imposible que un ser humano fuera por el camino hacia Puerto Peruano con unos bultos como los que estos desgraciados se veían obligados a cargar y con esta espantosa situación de crimen y atrocidad que tenían a sus espaldas, aun antes de empezar. Me volvió a prometer que todo el personal de Matanzas y La China tendría que irse lo antes posible y que lo mismo debería hacerse con Abisinia y Morelia y también lo pensaba de Sabana y Santa Catalina. Él restringiría las secciones (salvo Entre Ríos) a la vía fluvial del Igaraparaná, aboliría los terribles puestos del interior que no pudieran inspeccionarse o controlarse y conseguiría mulas para el transporte de Entre Ríos a Puerto Peruano.

Elogié calurosamente estas iniciativas y señalé que al final podrían reportar incluso beneficios económicos, pues los indios, liberados de la presión espantosa de estas largas marchas con enormes cargas y sin comida, tendrían más tiempo, fuerza y satisfacciones para recoger caucho; bien dirigida, Entre Ríos podría convertirse en un centro de recogida para todo Andokes y buena parte de la zona norte de los boras. Le dije que la tarea que tenía ante él era muy dura, ya que temía que pudiera encontrar oposición por parte del personal y los jefes de sección, cuando se dieran cuenta de que el cambio implicaba la supresión de sus lucrativos puestos. ¡Este Normand consigue un 20% del rendimiento bruto de su distrito!

¡Por sí solo esto es ya un gran incentivo para el crimen! Tiene la mayor plantilla de todas las secciones, compuesta por rufianes bien pagados y armados que están aquí solamente para aterrorizar y esclavizar. Tizón dice que Matanzas no está simplemente mal, sino que es una «locura económica»: ¡no había producido ningún beneficio, sino que generaba pérdidas! Las comisiones que se llevaba Normand y los cuantiosos salarios y gastos de mantenimiento (como también otros gastos administrativos, pues también Macedo entra en la cuenta de comisiones) se cepillan todos los «beneficios» y la estación ha funcionado como un completo desastre durante algún tiempo.

Deduzco que Normand consigue solamente unas 8 toneladas de caucho al año —es lo que él dice, según me cuentan—, pero aún no he obtenido las cifras exactas de ningún miembro de la Comisión. Están convencidos de que él no hizo más que mentirles. Por la tarde, mientras se estaba tomando declaración a Leavine, un montón de indios boras y andokes llegaron con pesadas cargas de caucho. Era el *fábrico* de Normand,

la primera parte del mismo. Se lo están trayendo ahora para llevarlo a Puerto Peruano, donde se enviará a La Chorrera en el Veloz en unos pocos días. Cuando terminé con Leavine, salí para ver cómo llegaba el caucho. Subían la colina hombres, mujeres y niños, sobre todo mujeres y niños, tambaleándose bajo cargas extraordinarias. Jamás he visto en África o en ninguna otra parte que se llevaran tales cargas por los caminos —¡y qué caminos!—. Muchos de los hombres eran boras, unos tipos grandes y espléndidos, con rostros anchos, una piel muy pálida —de hecho eran casi hombres blancos, simplemente bronceada por el sol y el aire libre, y con una actitud sincera. Sus cuerpos eran esbeltos y elegantes y su fuerza física muy notable. Intenté cargar con uno de los montones de caucho. Hice que Chase lo levantara y lo pusiera sobre mis hombros, con Normand presente. No pude dar —literal y verdaderamente— ni tres pasos con él. Me fallaban las rodillas y no creo que hubiera podido caminar 50 yardas para salvar mi vida. Sin embargo ahí estaban los indios; habían hecho un camino de entre 8 y 10 horas —entre 25 y 30 millas— y tenían por delante un camino espantoso de 45 millas, a través de la selva, hasta llegar a Puerto Peruano; su única comida era la que hubieran podido llevar consigo, hecha por sus pobres mujeres que ahora se tambaleaban bajo pesos de 50, 60, 70 y 80 libras. También llegaban niños pequeños con 30 libras o más sobre la pequeña espalda, algunos de ellos de 5 o 6 años; no llevaban ni siquiera un *fono*: esas pequeñas criaturas de mirada suave y dulce y largas pestañas estaban totalmente desnudas. Vi a un muchacho, que parecía tener unos 15 años, con una voz sincera de chico, que cargaba un peso de al menos 75 u 80 libras. Le pedí a Normand su balanza para pesar alguna de las cargas. Me dijo que no tenía y que el caucho se pesaba o en La China o en una casa de la selva, donde los indios lo recogían.

Reconoció que varias cargas no habían llegado porque los porteadores estaban enfermos. Seis estaban enfermos y él había enviado de vuelta a algunos boras más fuertes que ya habían llegado para que trajeran esas otras cargas. Admitió que nadie recibía ni una migaja de pan. ¡Tuvo el atrevimiento de decirnos que los nativos «preferían su propia comida»! Era muy nutritiva y «alimentaba mucho más» que el arroz o las alubias. Consistía en rollos de pan de tapioca, a medio cocer, enrollados en hojas con el caucho y transportados con él en las cestas de palma en las que llevan sus enormes *chorizos*.²⁸ Yo no podía levantar muchas de esas cargas. Podía despegarlas del suelo y ya. Los hombres boras son los mejores indios que

²⁸ El caucho sin tratar se enrollaba y adquiría una forma alargada, similar a la del chorizo; de ahí la alusión.

he visto hasta ahora. No son altos ni grandes en realidad, pero sin embargo resultan maravillosamente elegantes y bien proporcionados. Caminaban a un ritmo tan constante que parecían máquinas. Con pasos cortos y rápidos, pero la pierna nunca se movía ni la articulación de la rodilla se relajaba. Con un gran suspiro, cada hombre dejaba caer la carga y la deslizaba desde su espalda hasta el suelo, desatando la cinta de fibra de su frente; se levantaba de un salto, recto como una flecha, y se iba caminando con firmeza y fuerza. Muchos de ellos tenían magníficas extremidades, brazos fuertes y bellos muslos y piernas, aunque sin un desarrollo notable de los músculos. Simplemente eran niños de la selva perfectamente formados en todas sus partes, que habían heredado siglos de la vida libre y salvaje del bosque, hasta el punto de que su cuerpo se había desarrollado como los mismísimos árboles, como si formara parte de la tierra. Sobre ella dormían desnudos, caminaban o corrían todo el día, pero nunca sudaban con una carga de 100 o 150 libras sobre ellos. Muchas de estas cargas deben pesar al menos 150-170 libras, de eso estoy seguro. Espero poder pesar alguna en Entre Ríos; mañana emprenderé el camino hacia el sur con estos primeros frutos del último *fábrico* de Normand.

Esta noche van a bailar, eso nos ha dicho, pero lo harán por iniciativa propia totalmente, ya que no obtendrán ni una migaja de pan o bebida de Normand. Tizón dice que ni siquiera hay comida para nosotros. Tuvo que enviar mensajes a Entre Ríos para pedir abastecimiento, parte del cual ha llegado esta tarde a través de un mensajero especial, uno de los *muchachos* de O'Donnell, que llegó a las 16:30 con un cargamento de algo para comer y beber. Azotaron a gran parte de los hombres, que mostraban feas huellas de ello. Un niño pequeño de no más de 8 años, tan pequeño que no llevaba *fono*, sino que estaba desnudo, tenía la pequeña espalda y los muslos cubiertos de cicatrices y anchos verdugones y latigazos. Era una visión abominable. También tenía una carga de caucho más grande de lo normal. Al menos había 30 chicos y niños transportando caucho, algunos de ellos verdaderamente pequeños, de 5 o 6 años. Estos últimos llevaban sólo cestas de comida; diría que el más joven de los porteadores de caucho tendría unos 7 años y la edad de éstos iba de los 7 hasta los 10 o 12. Bustamante nos ocultó, o trató de hacerlo, a uno de los grandes hombres boras, que tenía marcas rojas sin cicatrizar de unos latigazos recientes. Se lo llevaron al piso de arriba con un pañuelo sobre las nalgas desnudas. Hablé con varios hombres y jóvenes, pero todos parecían medio aturcidos y totalmente asustados y, cuando logré que algunos posaran para tomarles fotografías, parecía que estaban condenados a muerte. Era imposible tranquilizarlos, ya que ni Sealy ni Bishop hablaban boras ni andokes.

Normand pasó toda la tarde bajo la casa, ordenando los montones de caucho para el día siguiente y llamándolos por lista. Lane me había contado que habían escondido el *cepo* la mañana en que llegamos y que se encontraba detrás de la casa y la cocina de los nativos, cubierto de hojas. Fuimos a verlo y lo encontramos cubierto por una techumbre de paja; tenía dos grandes partes, parecía un *cepo* doble, ya que ambas partes estaban bastante separadas. Lane había dicho también que la tarde antes, cuando llegó la noticia de que estábamos de camino, el propio Bustamante había liberado apresuradamente a los dos prisioneros que estaban en el cepo. Los había enviado a alguna casa de la selva y luego, custodiados por dos *muchachos*, seguramente a La China.

Se lo conté a la Comisión ciñéndome a los hechos de los testimonios de Lane y Leavine y, junto con Tizón, les llevé a ver el *cepo* escondido.

Esa tarde, durante la cena, tuvo lugar una farsa. Tizón dijo que ahora ni «Andokes» ni «Lincoln», los dos chicos locales que había llevado consigo, querían quedarse en su tierra. Les había preguntado por qué no querían seguir en Matanzas y estar cerca de su familia y ambos habían protestado. Normand estuvo a la altura de las circunstancias: «Eso es lo que me gusta oír —dijo—, muestra que la civilización funciona». Le dije a Barnes en voz alta: «Esto casi me atraganta», y me metí un pedazo de pan en la boca. Todos nosotros estuvimos en silencio durante un minuto y yo temía estar a punto de estallar a reír. [...]

Sealy vino tarde para decirme que dos *muchachos* que el año pasado habían disparado a Bucelli, Luiz Silva, etc., habían sido detenidos aquí con largas cadenas alrededor del cuello y habían escapado recientemente. Estaba muy agitado: «Los tenían allí abajo —dijo señalando la casa de los nativos—, se libraron de las cadenas y Leavine no se lo contó, señor. Mandaron a buscarles pero no los han capturado».

Dije que esperaba que no lo hicieran. Le pregunté si los indios tenían algún medio para romper las cadenas, ya que no tenían ni martillos ni escoplos, y Bishop, que estaba presente, dijo: «Nunca ha existido un indio que se preocupe mucho tiempo por una cadena una vez que ha escapado. Si tienen una hachuela o un hacha, conseguirán librarse pronto de ellas».

Al parecer, éste es el final de la gran rebelión de Caquetá. He oído hablar varias veces de los «cuatro blancos asesinados por los caníbales». Espero que los dos supervivientes de la matanza estén sanos y salvos en alguna parte, pobres. Cuando mataron a ese grupo de granujas, sólo hicieron lo que debería hacerse a cualquier representante y empleado de este maldito sindicato de asesinos, con la sola excepción de Tizón, quien aquí

está claramente fuera de lugar. No obstante, tendrá que quedarse y tratar de acabar con todos ellos. Espero que estos dos *muchachos* se mantengan alejados. Sin embargo, deduzco que no son andokes ni boras, sino huitotos.

Viernes, 21 de octubre de 1910

En Entre Ríos

[...] Partí antes que Bishop y Sealy y pronto adelanté a los porteadores de caucho. Los pobrecillos me daban la mano mientras pasaba y una desdichada mujer que lloraba y gemía me habló en andokes, señalándose las piernas temblorosas y la gran carga de caucho que llevaba. Algunos de los chicos eran tipos terriblemente amables y ahora que estábamos allí a solas, lejos de la sombra de Matanzas y de la vista de Normand, estaban bastante risueños y se rieron cuando les di palmaditas y me dieron la mano una y otra vez. Muchos de ellos me llamaron «*Capitán, capitán*» y se señalaban los azotes y las cicatrices de las caderas y los muslos.

Bishop y Sealy me alcanzaron aproximadamente una hora después y me adelantaron rápidamente, dejando atrás a todos los porteadores de caucho y a mis propios porteadores, que habían salido antes que yo. A unas 7 millas de Matanzas, escuché gemidos en el camino que teníamos ante nosotros y vi una pálida columna de humo. Me adelanté rápidamente y encontré a un chico tendido en el suelo, claramente un *muchacho*, como podía deducirse por el *winchester* que estaba a su lado. Tenía fiebre alta y gemía y temblaba de arriba a abajo. Cuando Bishop llegó, lo interrogamos. Dijo que era uno de los *muchachos* de Matanzas. Hacía 12 días le habían enviado sin nada de comida en busca de la «mujer» de uno de los *empleados*, llamado Negretti, que había escapado. No la había encontrado y había estado sin comer durante días; ahora estaba totalmente acabado y era incapaz de caminar. En ese momento me detuve, traje algo de brandy y se lo di; después mis porteadores llegaron, cogí la «caja de provisiones» y saqué una lata de sopa y algunos panecillos; calenté la sopa al fuego y le hice beber un poco. No quería hacerlo, pero se la dimos poco a poco. Bebió una gran cantidad de té para apagar la fiebre alta. Pocas veces he visto una escena más lastimosa. Tiempo después, una hora o más, le pregunté si podría caminar un poco; si así fuera, trataría de ayudarle hasta la casa de los muinanes, donde yo había decidido que dormiríamos y le

daríamos de comer y beber en abundancia durante la noche y la mañana, de manera que después pudiera o volver a Matanzas o, si lo prefería, venir a Entre Ríos, donde tenía intención de ponerlo en manos de Tizón. Dijo que trataría de andar, así que comenzamos el camino. Desgraciadamente había dejado que todos mis porteadores continuaran, ya que tenían prisa por salir. El chico avanzó unos pocos pasos a trompicones y cayó dejando escapar un quejido. Esta escena se repitió una y otra vez y me di cuenta de que era inútil tratar de ir más allá con él.

Así que mandé a Bishop para que alcanzara a mis porteadores en el primer río que pudiera e hiciera que se detuvieran, encendieran un fuego y esperaran. Después, intenté ayudar a caminar al hambriento junto a Lane y Sealy. Decía una y otra vez que lo que tenía era hambre, que cuando intentaba caminar, el sendero desaparecía bajo sus pies y se caía. Por fin conseguí que un boras grande, que nos había alcanzado con una enorme carga de caucho, la dejara a un lado y cargara con el chico. Así lo hizo; lo subió a una empinada colina y lo tendió sobre una cama que hizo cortando hojas grandes. Después, pobrecillo, tuvo que volver atrás penosamente para recoger su gran carga de caucho. Por fin, sobre las 12:00 del mediodía, conseguí llevar al chico a la corriente de agua donde se había detenido Bishop con los dos porteadores perdidos, quienes afortunadamente tenían mis reservas de comida, así que desayunamos. Traté de que el chico enfermo bebiera más sopa, pero tuve que forzarle para que abriera los labios. No podía hacer otra cosa que gemir. Poco después de que hubiera empezado a intentar andar por sí mismo y levantáramos el campamento, vi que se había caído en el camino, justo encima de la colina, que va hacia la casa muinanes que —según nos había dicho «Andokes» cuando llegamos— había quemado Normand. En ese momento me vi obligado, en contra de mi voluntad, a dejarlo allí, pues mis porteadores ya estaban muy lejos. Se avecinaba la tormenta, así que instalamos un refugio para él con hojas de palma y plátano salvaje, y luego coloqué mi paraguas dentro de éste para cubrirlo. Le prometimos que enviaríamos de regreso a tres de mis indios de la casa de los muinanes para que lo ayudaran. Bishop y Lane dijeron que el *empleado* que venía detrás de nosotros al final de la caravana de caucho —era Negretti, el mismo que había enviado al chico para que buscara a su «esposa»— sin duda lo llevaría de vuelta a Matanzas. Cuando mencionaron esto, me asusté. Así que escribí mi nombre en un trozo de papel dirigido a Entre Ríos; después, al pensarlo dos veces, escribí un papelito en mal portugués en el que decía que el portador, llamado Ramón, debía a seguirme a Entre Ríos. Quería que pudiera servirle como protección si Negretti interrogaba a la pobre criatura. Lo dejé con este papel, algunas galletas y

carne; sus últimas palabras fueron para decirme que enviara rápido a los indios, ya que habría luna llena e intentaría llegar a casa muinanes esta noche. Entonces me apresuré, pues habíamos perdido muchas horas y toda esperanza de alcanzar Entre Ríos se había esfumado. De todos modos, no habíamos avanzado mucho cuando tuvo lugar un segundo suceso todavía peor. La mujer que había despertado mi interés esta mañana era incapaz de seguir adelante. Estaba llorando amargamente y temblaba toda entera; cuando me acerqué, la criatura profería los sonidos más lastimosos. Me arrodillé a su lado, le quité de los hombros la carga de caucho, así como la cinta de la cabeza, y le dije a Bishop que la pusiera a un lado del camino y que marcara con una cruz el árbol donde la dejara apoyada. La mujer lloró todavía más y no paraba de decir que Normand la mataría, Normand la mataría. Ella era una andokes, por lo que tuvieron que traducirme —o intentarlo— aquello que decía. Le pedí que le dijeran que no tuviera miedo —Normand no le haría nada— y que yo sería responsable de haberle quitado la carga; ella se iba a venir conmigo a la casa muinanes donde le daría alimentos, medicinas y comida. Como la mayoría de ellos, estaba completamente desnuda y le habían pegado y maltratado la pobre espalda. Señaló los muslos y las piernas y nos enseñó los moratones y las marcas. Parecía que tenía también un fuerte ataque de reumatismo y no poseía ni una migaja de pan. Cuando finalmente entendió que realmente iba a estar a salvo conmigo se puso a llorar aún más amargamente y, cogiéndome la mano, la apretó contra su frente una y otra vez. Le di té de mi botella para que bebiera; para entonces otros muchos porteadores habían llegado y estaban de cuclillas alrededor de nosotros, observándonos con una mirada como de resignada desesperación. Sólo los niños pequeños —niños al fin y al cabo— sonreían abiertamente y reían.

La mujer apenas podía caminar y tardamos mucho en conseguir que lo hiciera. Se cayó varias veces y le di mi bastón para que ayudara sus temblorosas piernas. Las rodillas le fallaban constantemente y caía. Reconozco que lloré mucho. Pensaba en la señora Green y la señora Morel, y en qué dirían si hubieran estado aquí y vieran a este ser lastimero, esta mujer de voz dulce —esposa y madre— en un estado como en el que se encuentra. Su carga diría que pesaba entre 50 y 60 libras, unos tres buenos *chorizos*. Su «comida» para este viaje de unas 70 millas (venía desde 25 millas más allá de Matanzas) hasta Puerto Peruano consistía en un pequeño fajo de hojas de palma en las que estaban envueltas menos de 2 libras de harina de yuca con un pequeño bote de *ají* o chile. Lo sacamos de su carga y se lo llevamos. Al acercarnos a la casa de los muinanes, escuché golpear el *manguaré* —un sonido de bienvenida— y poco después se oyó un disparo. Uno o dos minutos más tarde encontramos a cuatro de los

simpáticos *muchachos* de Entre Ríos que iban a Matanzas con provisiones y dos cartas para Tizón, una de La Chorrera y otra enviada con los chicos por O'Donnell esa mañana a las 6:00. Le detuve y cogí dos botellas de *ginger ale*, dos latas de salchichas y una lata de gambas; le escribí una nota a Tizón en la que le expliqué que mi retraso se debía a la gente que había caído enferma en el camino. Nos alegró mucho llegar a las 16:00 a la casa de los muinanes; sin dejar de quejarse, la mujer cayó junto al fuego. La instalé en pijama en mi saco de dormir y le puse una chaqueta abrigada por encima; Sealy dio de comer varias veces a la «ansiana», tal y como la llamaba insistentemente, con sopa de rabo de buey, salchichas y galletas. Ella comió protestando, pero, de todos modos, se lo comió todo; ayudaría a que su pobre cuerpo magullado reviviera. Era una mujer de unos 40 o 45 años y su marido era uno de los hombres que había observado sentado cómo le di té en el camino. Los boras y andokes, así como los niños y las mujeres —algunos de ellos también enfermos— siguieron llegando en grupos de dos o tres y hasta de 7. Entonces, mis tres indios —los que Sealy había enviado de vuelta para que cogieran al chico enfermo y las tres cargas de caucho que había dejado la «ansiana»— regresaron con las manos vacías y dijeron que, antes de que llegaran donde estaba el chico, se habían encontrado con Negretti, quien hizo que se dieran la vuelta. Dijo que él ya había enviado de vuelta al joven a Andokes. Pobre chico; permanecí tumbado y despierto, pensando que él estaría fuera en la selva toda la noche. Me dijeron que el animal de Negretti les había dicho que el chico pertenecía a Matanzas y no iba a ir a Entre Ríos, así que mi estratagema de la nota dirigida a mí mismo no había servido para nada. Me sentía entristecido y desdichado. Por lo que sabía, no llegaría vivo a Andokes, seguramente no, a menos que la comida que le di le sirviera más tarde como reconstituyente.

La mujer enferma se quejó durante toda la noche y otras mujeres también vinieron a por medicinas y ayuda. Les di lo que tenía para aliviarlas; más tarde, al ver esto, un hombre grande se acercó con las nalgas magulladas y las extremidades con cicatrices. Un joven boras, grande y de espléndido aspecto, con la cara ancha y de buen humor como la de un irlandés, tenía un corte tremendo en la nalga izquierda. Era la última costra de lo que había sido un latigazo muy grave. La herida, del tamaño de una salsera, estaba ennegrecida y cicatrizada, y su centro, en carne viva, tenía el tamaño de un florín. Le puse lanolina y una compresa de algodón encima de la herida. Vinieron otros muchos para recibir el mismo tratamiento. Un joven en el que yo ya me había fijado en el camino y que tenía un corte grave en la espalda, dijo que José Córdoba era quien se lo había hecho. En el camino le di mi pañuelo para intentar

que la fuerte madera de la cesta de palma en la que llevaba el caucho no presionara muy fuerte. Él se mostró agradecido, pobre criatura; me pareció un chico andokes muy delgado. Por la tarde vino y me enseñó otros muchos cortes que tenía frescos y en carne viva; uno de ellos en el omóplato. Le puse lanolina en todos ellos y, al verle cubierto de hilos de algodón por todas partes, tanto él como los demás se rieron a carcajadas. Algunos tenían cortes en los pies y en las espinillas que se habían hecho con palos y troncos. Se los emplasté lo mejor que pude. Negretti no vino. Yací despierto durante mucho tiempo con mi revólver cargado, pues pensaba que podría venir y empezar a pegar a la pobre mujer a la que hice que dejara la carga en el bosque, cosa que pensaba impedir como fuera. Llegó su hamaca y algunos de sus *muchachos* con rifles, pero él no apareció. Me tranquilizó, pero no pude dormir. Escuché a la pobre mujer quejándose y llorando toda la noche. A las 2:00 de la madrugada la luna penetró a través del lado roto del tejado de la casa y vi a mi alrededor las siluetas desdichadas de estos pobres hombres y mujeres. Algunas de éstas estaban despiertas y lloraban suavemente; de vez en cuando un hombre soltaba una especie de queja de cansancio mientras se movía en sueños. Algunos de ellos se despertaban y levantaban de tanto en tanto para remover el fuego y se ponían en cuclillas para calentar la espalda o los pies. Agradecía tener una manta y había puesto dos de mis chaquetas sobre la mujer enferma para mantenerla caliente, pero estas siluetas robustas yacían desnudas y casi blancas a la luz de la luna y del fuego. Los boras son los indios de piel más clara que he visto por ahora; algunos de ellos son casi de color blanco, son un grupo muy hermoso, y los niños son especialmente encantadores y de formas extremadamente elegantes. A menudo, un muchacho de unos 15 años no se separa de mí durante todo el día. Siempre que me acerco, corre hacia mí y me coge la mano y la agarra. De hecho, esto lo hacen todos —hombres y niños— del modo más encantador siempre que paso cerca de ellos. El niño me dijo que se llamaba Doi. Lo anoté en mi cuaderno y él lo repitió despacio un par de veces, riéndose todo el tiempo. Después intenté descubrir cuál era su tribu, pero no estoy seguro de si entendí la respuesta. Era «Otaniko» y luego añadió *capitán* golpeándose el pecho. Comprendí que pertenecía a la familia del *capitán* boras, o cacique, cuyo nombre era Otaniko, aunque también podía haber querido decir que su tribu era la Otaniko y él su capitán. Me han dicho que varios *capitanes* son niños. El oficio es hereditario, como la jefatura de un clan, aunque puede intervenir también algún tipo de elección. O'Donnell y otros me han hablado de varios casos de niños que son *capitanes*; a su vez, durante la marcha de ayer de la casa de los muinanes hacia Entre Ríos, Bishop me habló de una

mujer mayor que era *capitán* con la que él y Robuchon²⁹ habían estado en Caquetá en 1906; ésta había sido muy buena con ellos y les había dado comida. Estoy anotando el relato de Bishop de su viaje por el Caquetá; es de lo más interesante y trataré de hacerlo con sus propias palabras.

Estaba agradecido de que la noche hubiera pasado sin que Negretti diera problemas. Bishop y Lane me dijeron que, cuando la Comisión había estado interrogando a Normand en Matanzas, éste se había vanagloriado de ellos: les había dicho que deseaba que le enviaran a «el inglés» para que le interrogase y que disfrutaría injuriándoles.

Así que pasé algo nervioso la noche del 19 al 20, pues no quería pelearme con un animal de esa calaña —estaba seguro que este *empleado* lo era— y al mismo tiempo estaba decidido a proteger a la mujer.

A las 5:00 de la mañana del 20, se levantaron los hombres, los niños y las mujeres boras; tras calentarse en torno al buen fuego y tomar un poco de pan de yuca, salieron de la casa sin decir una palabra y cada uno de ellos cogió su enorme carga. A las 5:15 se habían marchado. Yo me quedé y tomé un poco de café. Les di un poco a las dos mujeres enfermas después de darles sal de frutas Eno de una de las botellas que Bishop había comprado en Iquitos. Todavía no había decidido qué hacer. En un principio pensé en enviar a alguien de vuelta para que cuidara al chico famélico, pero finalmente decidí ir a Entre Ríos y dejar a Lane con una nota para Barnes y Tizón explicándoles lo referente al chico y las mujeres enfermas, pues ahora había dos de ellas. Escribí una nota a Barnes en la que le dije lo que quería hacer; y entonces llegó Negretti con los últimos porteadores de caucho. Había más de 40, en su mayoría mujeres y niños. Al margen de las 47 personas del caucho y los *muchachos* que había entonces en la casa, sólo conté 12 hombres y chavales, el resto eran mujeres y niños. Negretti trajo las tres piezas de caucho que la mujer enferma había dejado, las tiró al suelo con un gruñido agresivo y luego vino hacia mí violentamente y me pidió el rifle del *muchacho* que había cogido del chico famélico del camino. Se lo di y después le pregunté dónde estaba el chico, a lo que respondió enseguida con una mentira deliberada: «Ah, ahora está en Matanzas» y añadió, para mi información, que había enviado a otro chico para que lo ayudara. (Después descubrí que esto era una mentira como la copa de un

²⁹ Eugène Robuchon (desaparecido misteriosamente en el río Caquetá en 1906) fue un explorador francés a quien el Gobierno peruano comisionó un estudio del Putumayo. Su libro, cuya intención era mostrar que el Putumayo pertenecía al Perú, fue completado por Carlos Rey de Castro, un antiguo cónsul peruano en Manaos y amigo íntimo de Julio Arana.

pino). Entonces le pregunté si había visto mi paraguas y respondió que lo había enviado a Matanzas. (Esto también descubrí que era una mentira premeditada, pues Gielgud encontró la sombrilla donde yo la había dejado). Después le pregunté si no había visto la carta que había dejado con el chico y respondió que no la había visto. «Nunca la vi».

La mujer enferma yacía junto al fuego y la otra mujer enferma al lado de otro fuego; otras dos más, que no eran más que unas niñas, cayeron a su lado quejándose. Mandó llamar a Lane, pues entendió que yo iba a adelantarle, para que le hablara al *señor* Normand —que estaba llegando con el resto del caucho— de estas cuatro mujeres y de las piezas de caucho que él iba a dejar. Después se apresuró con el rifle al hombro detrás del resto de desventurados a los que se estaba persiguiendo en este horrible camino a Puerto Peruano. Lo que aquí se necesita es una Comisión de la Horca con un patíbulo y no una Comisión de botánicos y expertos comerciales. Tras darle a Lane la nota para Barnes así como un mensaje verbal para que se lo transmitiera a Normand en el caso de que intentara maltratar a la mujer o reprenderla por haber dejado su carga, hacia las 7:45 u 8:00 me marché. Le dije a Lane que le hiciese saber a Normand que la mujer no era responsable de haber dejado la carga, sino que había sido yo mismo quien se la había quitado al verla enferma e incapaz de avanzar; si quería una explicación, tenía que ser yo quien se la diera. Lane me prometió fielmente que cuidaría de las mujeres y las alimentaría durante todo el día y que permanecería allí con ellas hasta que Tizón y la Comisión llegaran de Matanzas, lo que yo esperaba que ocurriera hacia las 16:00. Después me apresuré y pronto dejé atrás al «animal humano», nombre por el que llamo a Negretti. Tiene un aspecto muy violento; diría que es un mestizo delgado de Moyobamba. Tiene un rostro mezquino de hurón, dientes de animal salvaje y una mirada de enfado feroz en los ojos. Una cara casi tan malvada como la de Normand.

[...] Durante todo el camino, me crucé con los porteadores boras y andokes, que iban con paso lento y constante. Frecuentemente se paraban para descansar apoyados en un árbol o se agachaban durante un momento en este horrible camino empantanado, con árboles caídos, raíces, corrientes profundas que tienen que atravesar por un simple tronco o por un árbol caído, así como todos los obstáculos que una selva apabullante como ésta puede poner en el camino. Para mí, antaño célebre caminante y todavía hoy con muy buenas piernas, la ruta era excesivamente tediosa. Sólo media hora después de haber empezado ya me encontraba bañado en sudor; la necesidad constante de agachar la cabeza y mantener el equilibrio en un palo resbaladizo o verme hundido hasta los tobillos en el fango

consumían mi mente y mi atención incluso más que mi cuerpo. Estos hombres, muchos de ellos con cargas muy superiores a un *cwt*³⁰ y con la alimentación más ligera con la que haya vivido nunca un hombre, tenían que cruzar esta senda sin esperanza de alivio ni delante ni detrás de ellos, y tenían que hacerlo con este demonio humano y sus *muchachos* armados tras ellos para dar latigazos a los rezagados. Cada vez que aparecía se oía «Hiti, Hiti» —vamos, vamos— y una retahíla en boras y andokes que no podía entender. Esta visión me ponía tan enfermo que me fui a gran velocidad y no aflojé hasta que los porteadores de caucho quedaron muy atrás.

Estaba furioso por todo esto: estoy seguro de que se trata de la forma más desgraciada de esclavitud que queda en la humanidad. Esclavitud por el interés, además, de esta miserable banda de asesinos. Cuando caminamos más despacio y estuvimos bastante avanzados, Bishop y Sealy me contaron muchas cosas que habían visto o sabían. Bishop dijo de Normand que nada de lo que Hardenburg había relatado era falso. Lo creía totalmente. No había visto que Normand matara a nadie durante las seis semanas que pasó con él en Matanzas, pero Donald Francis le había contado cosas espantosas que había presenciado en esa sección: gente a la que habían quemado viva y perros que se comían a los muertos... Bishop dice que el joven Rodríguez será el sucesor de Normand; se lo había dicho Lincoln, el chico. Lincoln, que habla español y es el hombre de confianza de Torrico en Occidente, dijo que Normand iba a hacer dos *fábricas* más y después «Juanito» (nombre por el que todo el mundo conoce a Rodríguez) iba a ser nombrado sucesor de Normand en Matanzas.

Bishop añadió que estos hombres son tan falsos incluso entre ellos, que Normand, creyendo que Juanito iba a sucederle, había estado contándoles a los indios que éste iba a maltratarlos espantosamente, de manera que una «nación» ya había emprendido la huida. Todo esto para arruinar las oportunidades de Rodríguez de conseguir una buena cantidad de caucho. Evidentemente estos ladrones no se rigen por el honor. Dije que, por lo que había visto de Rodríguez en Occidente, pensaba que era un canalla tan grande como Normand, si es que esto era posible. Bishop serio y entonces me contó lo siguiente acerca de la conducta de Rodríguez una vez en Sabana, mientras él estaba allí. Ocurrió en abril de este año: Rodríguez había ido a «visitar» a Fonseca y cada mañana al levantarse visitaba a los prisioneros en el *cepo*. Les hacía varios cortes con un látigo a

³⁰ *Centum Weight* o *Hundredweight* (*cwt*) es una unidad de medida británica que corresponde a 112 libras o 50,8 kg.

estos pobres indios, mientras reía todo el tiempo. Lo hizo como diversión matutina. Mientras los azotaba, gritaba: «¡Aquí están sus té y cafés! ¡Les gusta el té y el café! ¡Aquí los tienen!»; Bishop dijo que mientras les daba latigazos, un perro grande y negro que estaba allí saltaba sobre el hombre o la mujer al que azotaban y los molestaba. Bishop afirmaba que el perro «les arrancó carne a mordiscos». Es demasiado atroz y, sin embargo, para imaginarlo basta con mirar a estos hombres y los rostros, anonadados y aterrorizados, de los indios cuando se les dirige la palabra.

[...] Por fin, subí hasta tener una vista casi completa de Entre Ríos. Cayó un chaparrón y me empapé, pero el ambiente no se refrescó. El camino estaba en unas condiciones inenarrables y yo estaba cansado. Cuando llegué cerca de la casa de los indios, «Huáscar», el chico favorito de O'Donnell, y otros dos, aparecieron con té, café y comida; O'Donnell les había enviado al saber de mi llegada. Fue muy agradable y lo agradecí. Después nos dimos prisa y me lancé al Cahuinarí, donde envié a Sealy a por ropa seca y, mientras tanto, en el río, Fox y O'Donnell bajaron a verme. Sealy había llegado a las 12:50 y yo subí a la casa sobre las 13:20, creo. Podría haber estado en casa a las 12:30 si no me hubiera quedado a tomar el té y a bañarme en el río.

Le conté a Fox todo lo que había ocurrido en Matanzas y en el viaje, así como el profundo disgusto que me invadió al ver al grupo de esclavos que el bruto de Negretti conducía y las condiciones lamentables en las que estaban muchos de esos desdichados, especialmente las mujeres. Me eché a descansar. A las 17:15 la larga fila de porteadores boras y andokes —hombres, mujeres y niños— apareció en el sendero que viene del Cahuinarí, con Negretti, ese salteador de caminos, rifle al hombro, haciendo avanzar a la retaguardia. Le pedí a Fox que los observara de cerca y que tomara algunas fotografías de los niños con mi cámara. Lo intentó en cuanto llegaron, pero Negretti apareció y gritó «Hi-ti, hi-ti» —continuad— y los pobres tuvieron que atravesar la plantación tambaleándose y arrastrando los pies para continuar el camino hacia Puerto Peruano. Habían pasado 12 horas desde que les había visto dejar la casa muinanes por la mañana y habían sufrido una marcha de 12 horas bajo tales pesos y por tales caminos, con escasa comida; ¡sólo Dios sabe cómo lo consiguen y sobreviven! Estaba furioso de ira e indignado y le dije a O'Donnell que me parecía de una brutalidad gratuita. Había una gran casa india vacía, con espacio para varios cientos de personas, en la que podrían haber pasado la noche cómodamente, y sin embargo los llevaban hacia adelante sin tregua, en dirección a la selva, después de una marcha como aquella. En cierto sentido, creo que fue la exhibición de brutalidad más vergonzosa que he visto

hasta ahora. Me daba cuenta de que Negretti estaba rabioso por ver a Fox tomando fotografías de los niños; sólo dos de ellos posaron para él bajo la luz del atardecer. Temo que haya fracasado mi intento de conseguir una foto que muestre cómo se tambalean los niños, pequeños y ágiles, bajo el peso de 30 o 40 libras de caucho. No he visto nada igual en el Congo y es inenarrable. Me pone enfermo.

[...] Me fui a dormir muy pronto, muy enfadado y muy triste. Ahora, con la tranquilidad de un día libre, estoy intentando escribir los acontecimientos de los últimos tres días. Entre apuntar las declaraciones de los barbadenses —no es una tarea menor en términos de tiempo—, interrogarles, tratar de contrastar sus respuestas y mirar a mi alrededor para encontrar o no una confirmación cada día, me quedan poco tiempo y energía; además sólo puedo escribir por la noche. Por la noche estoy muy cansado y cuando viajo es casi imposible escribir; en Muinanes, hasta aproximadamente las 18:00, hubo una plaga espantosa de tábanos y luego estaban los indios enfermos y me sentí preocupado por el pobre chico famélico de la selva y la mujer enferma que estaba junto a mí. Si pudiera taquigrafiar... Nunca me había hecho tanta falta como ahora. Para muchas cosas es importante tomar nota y escribir en ese preciso instante, dejando lo mínimo posible en manos de la memoria y de la remota posibilidad de recordarlas correctamente o de no recordarlas para nada. En cualquier caso, muchas cosas se pierden y todo lo que puedo hacer es intentar apuntarlas en cuanto esté en mi mano y con la claridad que me permitan mis pensamientos, mi percepción de las cosas y los hechos mismos.

Ahora estoy bastante agotado. He estado escribiendo casi todo el día, excepto cuando he estado ocupado con Fox y O'Donnell y después con la llegada de los porteadores de caucho, quienes llegaron entre las 11:00 y las 13:00, con retraso y con los pies cansados y doloridos, y la posterior aparición de Normand. Llegó aproximadamente a las 13:00; le vimos cruzando la plantación, en un intento por evitar la estación, a $\frac{1}{4}$ de milla de distancia, pero, al darse cuenta de que habíamos reparado en él, dejó que los porteadores avanzaran a través de la selva y vino hacia nosotros por el camino de Atenas, que él estaba atajando, para llegar al camino de Puerto Peruano que está más allá.

[...] Tengo que salir para hablar con Tizón, Barnes y los demás, quienes han llegado empapados por una fuerte lluvia que cayó entre las 15:00 y las 15:30 de la tarde. También Normand espera poder hablar conmigo. Ya ha empezado a contarme una sarta de mentiras, en cierto sentido muy infantiles, pero que constituyen una ilustración asombrosa de descaro y aplomo.

Me recuerda a Leopoldo en su palacio de Bruselas en 1900, antes de que yo hubiera escrito *How I found Leopold*. Pero esta hiena es un pobre Leopoldo: este infeliz sólo sirve para el triángulo de azotes y la horca y sin embargo hoy se ha atrevido a buscarme para garantizarme su consideración y preocupación por los indios. [...]

**Entre Ríos,
sábado, 22 de octubre de 1910**

Mi entrevista de ayer con Normand fue realmente entretenida, pero le pone bajo una nueva luz, una peligrosa. La mayoría de los criminales que he conocido aquí son idiotas. Este hombre no lo es. Tiene valor —una clase horrible de valor— y astucia. Me doy cuenta de que comprende al máximo la situación en la que se encuentra. Se crio en parte en Inglaterra y, sin duda, desea volver. Sabe perfectamente qué consideración reciben los crímenes como los que ha cometido durante estos seis años en Andokes y cómo se castigan en Inglaterra. También sabe perfectamente que los barbadenses han sido empleados ilegalmente y que puede atribuírsele parte de la responsabilidad por contratarlos como «trabajadores» y convertirlos en delincuentes. No será legalmente, pero entonces, de una manera u otra, ninguno de estos hombres está muy seguro de la ley. Todo lo que sabe es que yo estoy aquí en viaje oficial, con un propósito desconocido, y que estoy obteniendo pruebas muy incriminadoras, tanto del sistema de esclavitud de los indios como de los crímenes concretos de quienes los esclavizan, entre los cuales él es el peor. Sabe perfectamente que primero le delató Lane y que después obligué a Leavine a confesarlo todo y a acusarle en presencia de Tizón. Sin duda, está muy preocupado por lo que le pueda pasar. Incluso ahora —con una conciencia como la que debe de tener, con los crímenes que ha cometido y que ahora teme que el Gobierno británico haga públicos, como también, posiblemente, verse denunciado él mismo (porque lo será, teme serlo)— está tratando de protegerse de las consecuencias. De una manera u otra, el soborno de Leavine es el pretexto que ayer utilizó al dirigirse a mí para «sacarme de mi error», por decirlo con sus palabras, y no dejarme llevar a engaño, para que así pudiera modificar mis «afirmaciones». No obstante, dejaré que los sucesos de ayer hablen por sí mismos.

Me levanté tarde y todavía cansado. Las últimas 4 o 5 millas del camino a partir del cruce de Jiménez y Entre Ríos eran tan malas que mis pies estaban hinchados y tenían cortes producidos por las raíces y los pinchos de los numerosos árboles y tocones; los tenía muy arañados, pese a los calcetines gruesos y el buen calzado que llevaba. También las picaduras de los tábanos habían sido especialmente malas y me picaban mucho los tobillos y las pantorrillas y también las muñecas y los nudillos. La irritación que provocan los tábanos es peor que la de los mosquitos. En Muinanes, en la noche del 19, durante el camino de vuelta, encontré una nigua³¹ en un dedo del pie derecho y también se me irritó y se puso en carne viva cuando hice un corte para extraer el parásito. Es la primera nigua que tengo desde que dejé el Congo. Es extraño que no haya visto ni sentido ninguna durante mi estancia en Brasil, de donde proviene la plaga que no llegó a África hasta 1868. Estoy seguro de haber cogido este insecto en la casa de los muinanes cuando íbamos de camino a Matanzas. [...] Ahora esa casa es una especie de casa de descanso para las caravanas. La familia muinanes de Hatima —el jefe que estaba conmigo—, de quien era la casa, se había alejado del camino debido al ir y venir de la gente de Normand desde Puerto Peruano. La mandioca y las plantaciones todavía rodean la casa, pero a todos los efectos la casa está vacía (y en parte sin techar). Como las caravanas de andokes y boras duermen allí, no hay duda de que dejan algunas niguas (y otros bichos).

Ayer pasé la mañana bañándome en el Cahuinarí y hablando con Fox. Le conté todo lo que habíamos observado en Matanzas y mis experiencias del viaje. Vio por sí mismo el tipo de persona que se contrata allí, encarnada en el canalla de Negretti. Esta bestia, después de haber cazado a estas criaturas cansadas, se quedó aquí durante la noche y comió y descansó bien. Se fue hacia las 8:00 de la mañana para seguir a los hombres del caucho, que tuvieron que continuar muy pronto su marcha extenuante hacia Puerto Peruano. Fox y yo estábamos hablando de muchas cosas cuando de repente él abordó un tema que ha estado a menudo rondando mis pensamientos: la manera en que la Comisión realiza su investigación. Dijo que no estaban procediendo correctamente en absoluto y que lamentaba amargamente la ausencia del coronel Bertie.³² Necesitaban un presidente, alguien de más experiencia, que los mantuviera unidos y diera coherencia a su trabajo. Barnes no tenía capacidad para ello y no

³¹ Pulga tropical que se introduce bajo la piel y produce hinchazones muy dolorosas.

³² El coronel Reginald Bertie estaba originalmente al mando de la Comisión. Al caer enfermo de disentería, tuvo que abandonar al llegar a Manaos.

hacía nada. Ya que él mismo había mencionado el asunto, le dije que yo lo había notado hacía tiempo y que lamentaba la ausencia del coronel Bertie por lo menos tanto como él. Le dije que en Occidente yo les había sugerido a Tizón, Barnes y Bell que deberían mandar un telegrama para que él u otra persona viniera. Tal y como estaban las cosas, no eran para nada una comisión y en las pocas ocasiones en que se reunieron durante una hora, más o menos, en cada casa de sección para interrogar al jefe a solas, yo había notado que prácticamente todas las preguntas, y desde luego las respuestas que se ajustaban al tema, salían de Fox. Me parecía que no había ni acción conjunta, ni un secretario que levantara acta de los procedimientos, ni un método en las indagaciones. Fox sentía vivamente todas las cosas que dijo y ya había decidido que tendría que escribir un informe por separado. Discutimos estas cuestiones en privado y confidencialmente y estábamos totalmente de acuerdo. Le recomendé que viera al coronel en cuanto llegaran a Inglaterra y siguiera su consejo y ayuda al recopilar sus informes. Ésa era también su idea, según me dijo. Barnes le había dicho que no se le daba bien escribir y además a mí Barnes me había dicho que estaba tan indignado, que no quiere formar parte de esto en absoluto. Puede ser, pero entonces no debería quedarse. Todo este asunto es demasiado incoherente, cada uno sigue su propio camino y, si no fuera por Fox, las notas conjuntas del grupo (Barnes, Bell y Gielgud) carecerían de cualquier valor. Le dije a Fox que no puedo considerar a Gielgud un miembro de la Comisión, ya que representa únicamente a la Compañía. Fox se mostró de acuerdo, ¡y añadió: «¿Acaso no se lo dijo el propio coronel en Manaos?»! Lo único que resulta alentador es que, como Fox reconoce, ya no tiene la más mínima duda sobre el sistema de esclavitud que hay aquí. En esto están de acuerdo. Le dije que eso esperaba, que ya no podía pensar que ninguno de ellos, ni siquiera Gielgud, pudiera defenderlo en nada. Dijo que ni por un instante lo harían y que si la Compañía se mostraba incapaz de emprender una reforma, entonces él denunciaría la situación que reina aquí con todos los medios a su alcance.

Todavía estábamos discutiendo sobre estos temas cuando algunos porteadores de caucho rezagados subieron el camino desde el Cahuinari. Me lancé a intentar tomarles una fotografía mientras pasaban, pero los pobres estaban tan asustados que casi salieron corriendo y yo perdí una buena oportunidad de fotografiar a uno de los diminutos niños con una carga de caucho. El pequeño no tendría más de 6 años, creo, y era un mestizo; prácticamente salió huyendo con pasos cortos antes de que pudiera enfocarle. Sin embargo, conseguí fotografiar a uno o dos chicos más mayores, de un grupo de tres, pero eran chavales bastante grandes, y dos de ellos además estaban gordos. Después, un chico de unos 16 años, que

había visto en Matanzas sentado encima de la carga con aspecto cansado durante casi toda una tarde, vino por sí mismo; le llamamos e hicimos que se detuviera. Con ayuda de Bishop, conseguí sacarle una buena fotografía y después decidí pesar su carga. Pareció caer presa del pánico cuando pusimos nuestras manos sobre él y la carga y, como no hablábamos boras, no tuvimos la oportunidad de tranquilizarle. Le llevamos al almacén de O'Donnell, que bajó a acompañarme junto a Fox. La carga de este chico pesaba 37,5 kg. No llevaba comida en su cesta, ni una migaja. Bishop dijo que en el viaje mis porteadores se habían llevado mis latas, todo el alimento que nos quedaba, y los enfermos se las habían acabado. Sólo quedaba una lata de espárragos Libby's, la última de las que había obtenido de Cazes en Iquitos. Dije que se trataba de comida de todos modos y le pedí a Bishop que fuera a buscarla y se la diera al chico. O'Donnell dijo que le habrían venido mejor unas sardinas. Asentí y le dije que si quería darle al chico dos latas de sardinas, yo le daría a él los espárragos. El pobre chico miraba todo el rato con unos enormes ojos tristes y dejó los espárragos cuando Martín Arana trajo las sardinas. Le di también una cajetilla de cigarrillos. Se alejó corriendo casi al trote cuando dejamos que se fuera. Los demás, al adelantarnos, dijeron que Normand y algunos más venían detrás.

Entonces, justo cuando íbamos a tomar el desayuno, vi a un hombre desfallecido y muy encorvado subiendo la pendiente de la carretera. Observé cómo se aproximaba despacio y llamé a Fox. El hombre subía pasito a pasito y, cuando llegó a la sombra de la casa, se desplomó como si estuviera muerto junto a su carga de caucho y permaneció en el suelo entre gemidos. Envié abajo a Bishop, quien regresó diciendo: «Dice que se está muriendo». Bajé rápidamente. Yacía inerte, casi sin sentido, y de sus labios blancos sólo salían quejidos. Cogí un poco de *whiskey* irlandés y se lo hice tragar. De este modo conseguí que se levantara, ayudado por Bishop, y que entrara en el almacén y se tumbara sobre una de las mantas de mula de O'Donnell que estaban allí colgadas. Fox bajó y ambos, junto con O'Donnell, contemplamos el lastimoso espectáculo. El hombre también era un andokes y O'Donnell dijo que no podía entenderle. Mientras tanto, Bishop y Sealy trajeron la carga y la pesamos. Pesaba justo 50 kilos, unas 111 libras, y dentro no había ni una migaja de comida. Se la había comido toda en el camino hasta aquí y ahora estaba medio muerto por el hambre y el peso aplastante que llevaba. ¡Qué infame crueldad! Tanto Fox como yo estábamos furiosos y lloramos. Durante el desayuno sentí que no podía comer; al final me disculpé ante O'Donnell y envié mi sopa con Huáscar, su chico, para que se la diera al desfallecido hombre. O'Donnell dijo que él mismo le daría comida y que él nunca maltrataba así a «sus indios»: cuando los enviaba a Puerto Peruano sólo los cargaba con 30 kilos a lo sumo

y toda la gente del distrito les ayudaba a llevarlos. No me cabe la menor duda de que toda la población de esta sección está obligada a transportar el caucho, pero no me creo que limite las cargas a 30 kilos. Bishop me dijo que había visto a O'Donnell mandar cargas igual de grandes que éstas y que los indios se tambaleaban bajo su peso exactamente igual. O'Donnell tiene una *chácara* mejor cultivada (no olvidemos que todo lo hacen los indios) y por eso tiene más comida para darles. En relación con el porte de caucho, debe tenerse en mente que no se remunera en absoluto. No se paga nada ni se les da comida a cambio de este trabajo extra, que entraña tremendas penurias y les obliga a estar a la intemperie y ausentarse de sus casas y de su trabajo de forma prolongada. No es de extrañar que los indios no tengan comida ni tiempo para cultivar la tierra. Lo que no entiendo es cómo es posible que los boras tengan unos cuerpos tan tersos, a no ser que haya más caucho —lo que es probable— y que el tiempo que lleva recogerlo sea menor que en la zona huitoto, que tiene más población y está menos arbolada.

Mientras estábamos desayunando —después de haber visto cómo le daban algo de comer a este pobre miserable—, apareció otro indio rezagado que subía la colina con una carga enorme. No estaba tan mal como el último y fue capaz de superar el obstáculo a paso de tortuga. Estuve por ir fuera y llamarle también, pero no quise parecer demasiado entrometido y tuve miedo por lo que pudiera pasarle a él mismo cuando Normand lo descubriera. Todavía había que tener en cuenta a ese tipejo. Terminamos el desayuno y hacia las 12:30 pude ver un sombrero blanco y algunos indios al otro lado de la *chácara*, dando un rodeo para así sortear la casa. Llamé a Bishop y me dijo que era Normand. Vinieron O'Donnell, Fox y la estación al completo para mirar e intentar entender qué pasaba. O'Donnell cogió sus lentes. Las siluetas aparecían y desaparecían en el margen quemado de la selva; por esta razón, tendrían que cruzar nuestro campo de visión por una franja de la plantación de mandioca. O'Donnell dijo que se trataba de Normand, quien estaba dando un rodeo para cruzar el camino hacia Puerto Peruano más abajo, por la selva. Dijo que Normand y él no eran buenos amigos y que no habían tenido trato en los últimos 6 meses. Aun así, ésta era la primera vez que Normand había atravesado Entre Ríos de esta manera, abandonando la carretera y dando un rodeo alrededor de los tocones de los árboles y a través de la selva. Se podían ver *muchachos* —como era de esperar— y al final, cerrando la marcha, los trajes azules y rojos —cómo no— del harén. Parece que las señoritas Normand estaban viajando rápido pues corrían a toda prisa. Vimos elevarse una y otra vez el sombrero blanco y, finalmente, el grupo desapareció en la profundidad de la selva que está detrás del camino de Atenas. Lo que había ocurrido

era un misterio, y sólo entendí la razón por la que nos había evitado cuando reflexioné sobre ello en la cama. Justo cuando pensábamos que ya no veríamos más a Normand y que éste andaría a trompicones por la selva hasta que alcanzara la carretera a Puerto Peruano en la retaguardia, vimos el sombrero blanco otra vez, sin compañía, en la carretera de Atenas, y a continuación también pudimos ver cómo la silueta se apresuraba hacia nosotros. Enseguida un par de disparos de rifle anunciaron la llegada del palatino, a los que O'Donnell respondió con una descarga de revólver. Todos estos caballeros de las carreteras se saludan unos a otros de esta manera. Esperaba que sólo se quedara un par de minutos, así que no permanecí en la galería. Lane había aparecido poco antes, pues había estado haciendo guardia en Muinanes. Dijo que Normand había llegado primero, antes que la Comisión, le había quitado los dos abrigos a la anciana y le había ordenado que fuera a la casa india vecina. Había repartido sus cargas de caucho entre los rezagados para que las llevaran. Normand había continuado el camino y había dormido en la selva. Después, la Comisión y Tizón habían llegado y le habían entregado mi nota a Barnes. Habían buscado al chico y a la anciana —que aún estaba allí, incapaz como era de andar—, y le habían dado comida y medicinas. Habían hecho lo mismo con la otra mujer enferma.

Supe que Normand se quedaría aquí, así que no quedaba más remedio que verlo de nuevo. La Comisión llegó escalonadamente —primero Gielgud y después el resto— entre las 15:30 y las 16:00. Todos estaban empapados, pues una tormenta —de la que nosotros sólo habíamos padecido el final— les había caído encima en la selva. Normand salió vestido y acicalado para el té y enseguida vino a compensarme con una reverencia histriónica. Comenzó agradeciéndome exageradamente que fuera tan amable con la gente del camino y dijo que querría explicarme por qué había visto estos casos, pues creía que podía haberme llevado una impresión equivocada sobre su manera de tratar a sus indios. Después hizo unas declaraciones muy contradictorias, tanto por lo que dijo del famélico *muchacho* y la anciana como por la explicación que dio sobre su paso reciente a través de la *chácara*. Bishop dijo que había vuelto para hacernos frente sólo porque se dio cuenta de que le habíamos visto desde la galería. Pero, mientras el hombre me hablaba, reveló otras intenciones. Insistió en que quería «sacarme de mi error», que debía cambiar mis «aseveraciones» (le respondí tranquilamente que yo no hacía «aseveraciones») e hizo referencias frecuentes a la anciana, lamentándose de que yo hubiera podido creer que era capaz de maltratarla. Al decirme que Lane le había dicho que yo había dejado un mensaje en el que decía que él no «debía pegarla» entendí claramente que había gato encerrado. Me animó insistentemente a que

le planteara todas las preguntas que quisiera y dijo que él respondería y explicaría todo lo que pudiera. «Nosotros no gustamos a mucha gente» —dijo sin que quedara claro a quién hacía referencia este “nosotros”— y no querría que un caballero de su posición se marchara sin que le corrigieran declaraciones falsas. Hay personas malvadas, ya lo sé, que dicen mentiras sobre nosotros, y, por el mensaje que usted me escribió y que Lane me hizo llegar, temo que las crea». Le dije que Lane no tenía ningún mensaje mío de ese tipo, sino que sólo yo era responsable de haberle quitado la carga a la mujer, y no ella; en relación con la posibilidad de que la agrediera, en realidad había sido ella, pobre criatura, quien, en mi presencia, había expresado en repetidas ocasiones su miedo hacia él, el señor Normand. Dije que la mujer estaba claramente aterrorizada así como muy enferma. «Ah, no, no, se lo aseguro —respondió él— no tenía miedo en absoluto. Ella sabía perfectamente que yo no la tocaría; no podría hacerlo. Nunca maltrato a mi gente. Verá usted, mi sistema es bastante diferente. Cuando están enfermos, salgo a visitarlos y les llevo las medicinas. Cuando están porteando el caucho, por supuesto que algunos se caen porque se hieren los pies o se ponen enfermos —según él, la anciana se “había dado un golpe”, nada más— y por eso voy el último, tal y como usted ve, pues tengo que atender a los que están enfermos. Llevo medicinas y comida de reserva conmigo. Siempre me hago acompañar por algunas mujeres que llevan comida —¡el harán! ¡Cielo santo!— y cuando me encuentro con gente como el hombre que hoy se ha desplomado, ve usted, le doy comida, le hago descansar y ayudo a dividir su carga entre los más fuertes. He dejado atrás diversas cargas de caucho en el camino; más tarde, cuando se envíe de vuelta a casa a los más fuertes que ya hayan llegado a Puerto Peruano, una vez que ya hayan pasado un buen rato en ella —de hecho utilizó estas mismas palabras: “un buen rato”—, entonces, verá usted, se les enviará, a cambio de regalos por supuesto, a que recojan esas otras cargas; pero más tarde, más tarde...».

Dijo esto y otras muchas cosas. Empezó con el chico famélico de la selva. Esto había ocurrido sin su conocimiento. Se había enviado al chico para que buscara a la mujer de uno de los hombres sin que él lo supiera (yo dije que sí, que eso lo sabía, ya que el chico me lo había dicho) y que el chico no había encontrado a la mujer y se había perdido al volver a Occidente. Se perdió y «tuvo hambre». Dije que más bien se estaba «muriendo de hambre», total y literalmente, y que tenía bastante mermada la capacidad de moverse. «Sí, sí —dijo él—, ya lo había oído: sabía que él estaba de camino, y que estaba enfermo, y cuando usted lo encontró tan amablemente y se ocupó de él, justo me disponía a enviar a alguien a por él». Ahora el chico está «bastante bien» y se ha ido a su «hogar» en Andokes.

Su último comentario quizás fue el más gracioso de todos, pues era una explicación, que no le había pedido, sobre por qué no había subido directamente a la casa de Entre Ríos, sino que había intentado pasar desapercibido a través de la *chácara*. Al parecer sus hombres del caucho siempre robaban en los campos del señor O'Donnell, así que había dado órdenes de que ninguno de sus hombres debía pasar nunca a través de esta estación, sino que tenían que rodearla sin saquear nada. Comenté que la tarde anterior habían pasado por lo menos 150 sin robar nada, haciendo caso omiso a sus órdenes de que nadie debía venir por este camino. «Sí, sí —continuó él sin darse por aludido—, nunca les permito que vengan por este camino... Ésa es la razón, ve usted, por la que fui con toda mi gente dando un rodeo, para que así no pudieran hacer daño, hasta que, al ver cómo pasaban por los campos de O'Donnell, vine aquí».

El harén había llegado y ahora cinco mujeres, una de ellas es una niña, verdaderamente una niña, se dirigían resueltamente hacia los aposentos de las señoritas O'Donnell, donde fueron recibidas multitudinariamente por una familia de bellezas parecidas. Estuve a punto de decir: «Pues no veo que lleven la comida de la que usted hablaba, señor Normand», pero realmente no merecía la pena. Había escuchado prácticamente en silencio esta sarta de mentiras y estupideces. Lo único que estaba claro era que estaba intentado ponerme en un aprieto. Si le pedía explicaciones, tendría un sinfín de ellas, y si no lo hacía y persistía en mis «aseveraciones», él siempre podría decir que se ofreció voluntariamente a corregir las «falsas declaraciones» en las que me basaba. Fox vino y escuchó el final de nuestra charla, o mejor dicho de su charla, y me fui.

Domingo, 23 de octubre de 1910

En Entre Ríos

Me levanté a las 5:15 de nuevo. Ha llovido casi toda la noche y prácticamente todo el día. No he ido a bañarme al Cahunarí esta mañana, pero los demás sí y han dicho que estaba lleno. Mi ojo derecho se está hinchando y no pienso ir mañana a Atenas con Tizón y la Comisión. Llamé a James Lane a las 8:00 y le hice nuevas preguntas acerca del intento de Normand de sobornarlo para que guarde silencio ante mí. En el transcurso de la conversación, se le escapó que Solar también había ido a Andokes con

cartas de Macedo en las que les avisaba de mi visita y que Normand había declarado delante de todos los empleados que recompensaría a Donald Francis por no haberme dicho nada en La Chorrera. Lane dijo que esto «aparecía en las cartas», y Normand había hablado abiertamente sobre el tema sólo unos pocos días antes de nuestra llegada elogiando a Francis. Llamé a Barnes y Gielgud para que escucharan la nueva confirmación del soborno descarado que estaba teniendo lugar para intentar forzar a los barbadenses.

A las 14:00 todavía no hay noticias de Leavine. Aún llueve y puede que haya buscado refugio en la casa de los muinanes, aunque me parece más probable que Normand haya decidido llevárselo a La Chorrera, en su huida de todo esto, a pesar de la orden de Tizón de que lo mandara de vuelta. Preveía algo así y le dije a Bishop que estaba bastante seguro de que Leavine no iba a volver y de que se habría unido a Normand. [...]

Creo que lo único que puede redimir este sistema en comparación con el leopoldiano es que, mientras que la tiranía legalizada de Leopoldo afectaba a muchos millones de personas y desbarataba el corazón de un continente, esta tiranía, que es ajena a la legalidad, afecta sólo a unos pocos miles. Es cierto que reinan unas condiciones sumamente malvadas en la *montaña* peruana y también en los distritos caucheros bolivianos, según lo describe el barón Nordenskjöld³³ (y otros escritores), pero la suma total de la pobre humanidad ultrajada que sufre por su causa es menor que dos o tres tribus nativas africanas de buen tamaño. La población total de los indios de las selvas de caucho peruanas y bolivianas asciende probablemente a no más de 250 000 personas (como máximo).

En la región del Putumayo, que sin duda sufre la peor de las tiranías, hay 40 000 indios según Arana, pero Tizón afirma que son sólo 14 000 en total y creo que debe de haber aún menos. Aun así, este cuarto de millón de indios y estos 14 000 esclavos del Putumayo son un gran peso sobre la conciencia de la humanidad civilizada. La esclavitud a la que están sometidos es abominable y atroz. Aunque hoy queden pocos, son los supervivientes de un pueblo que una vez fue mucho más grande. Es horroroso pensar en todo el dolor gratuito que la supuesta civilización española y portuguesa ha causado a estos pueblos. Digo que es gratuito porque sus esclavizadores y exterminadores no podían alegar ningún

³³ Erland Nordenskjöld (1877-1932) fue un etnógrafo sueco que investigó la cultura de los nativos sudamericanos.

pretexto que justificara su necesidad —como, por ejemplo, en el caso de los indios norteamericanos—. Las condiciones son, o más bien eran, totalmente diferentes.

La desaparición inevitable de los indios norteamericanos ante una oleada de colonizadores que avanzaba para poseer el territorio, cultivarlo y fundar familias, grandes ciudades y un pueblo poderoso, difiere de la invasión de explotadores latinos, simples esclavizadores que no vinieron a labrar el terreno ni a adueñarse de él o fundar un gran pueblo civilizado, sino tan sólo a enriquecerse individualmente con el trabajo forzado de los indios —a los que capturaron y han mantenido durante siglos como siervos perpetuos y hereditarios—, cuyo número decrece rápidamente. Como suele decirme Tizón, «el Perú tiene muchos habitantes, pero muy pocos ciudadanos».

Hoy han traído varias plantas, entre ellas la «Una», que O'Donnell dice que es una trepadora. Es la planta de la que los indios extraen el extraño narcótico que les hace entrar en trance cuando quieren descubrir quién les ha embrujado. O'Donnell nos lo describió una de las primeras tardes tras nuestra llegada a Entre Ríos y mañana tomaré notas de lo que dice sobre algunas de las costumbres indias. Robuchon no lo menciona y creo que la narración de Hardenburg de las costumbres, etc. de los huitotos es en gran parte una traducción —a veces palabra por palabra— de la de Robuchon.

Los primeros porteadores de caucho andokes y boras acaban de aparecer a su vuelta de Puerto Peruano, pero no hay noticias de Leavine. Me apresuré a salir para verles, pero ya habían pasado la casa y avanzaban por el camino hacia el Cahuinarí. ¡Pobres criaturas! Están bajo la lluvia, aunque ya está escampando. Veo a Lane cuidando de los hombres. Les dije esta mañana que los vigilaran y trajeran algunos individuos; espero poder conseguir dos testigos nuevos esta tarde, aunque puede que Normand se lleve a los hombres a La Chorrera. Veremos. Veo que Bishop no puede enviarme ningún artículo, pues, según me dice Tizón, el Veloz está en Occidente a la espera de nuestra llegada a Puerto Peruano.

En la carta que justo me trajeron a las 14:35, Bishop me cuenta cómo escuchó que Normand y Leavine conspiraban juntos y que Normand le dijo a él (Bishop) que Leavine estaba «demasiado enfermo» para regresar a Entre Ríos y que «el cónsul» debía arreglárselas sin él. Bishop añadió que los dos iban a ir a La Chorrera por tierra; que él iba a seguirles y que se quedaría allí hasta que yo llegara, para advertir a los barbadenses que quedaban —que estaban siendo convocados para que yo los interrogase— de que lo mejor que podían hacer era decir la verdad y nada más que la verdad.

Se la leí a Tizón, Gielgud y Fox. El primero (que está enfadado) va a enviar enseguida a un *muchacho* a Puerto Peruano para que traiga de vuelta a Leavine y lleve una carta para Normand. Dije que, por mi parte, no hacía falta que lo hiciera. No necesitaba a Leavine. Sólo deseaba demostrarle la total falta de honestidad de estos hombres, y entonces le conté que Solar había ido primero a Matanzas con cartas de Macedo y luego a Último Retiro, y que Normand había recibido con placer la confirmación de que Donald Francis no respondería a mis preguntas. También le hablé del intento de sobornar al propio Lane la noche que llegamos a Matanzas. Le dije que lo había sospechado desde el principio, cuando vi que Lane lo había tolerado sin mostrar que Normand se lo estaba llevando para sobornarle, y que ésta había sido la explicación de que hubieran dado un rodeo a la estación a través de la plantación, en lugar de venir por la carretera que pasa por la casa: era para llevarse a Lane sin que yo lo detuviera. Estaba bastante claro que estaba sobornando a Lane para que se retractara de todo lo que me había declarado en su presencia (de Tizón). A continuación, en La Chorrera, él y Macedo sobornarían además a Donald Francis, y sobornarían o intimidarían a los barbadenses que pudieran haber llegado ya allí para aguardar mi regreso. Le dije que había enviado a Bishop para que con su presencia contrarrestara, tanto como pudiera, este intento de sobornar a súbditos británicos. Añadí que era una medida muy reprehensible que estos altos cargos de la Compañía intentaran algo así. «Sí —dijo él— pero es la naturaleza humana». «La naturaleza humana más baja», le contesté. «Es poca cosa —respondió él—. Unos hombres que son asesinos no le darán mucha importancia al hecho de ser simplemente deshonestos y mentirosos». Le dije que, en cierto sentido, daba igual, pues estaba seguro de que él ya estaba tan convencido como yo de los terribles males que existían aquí. Él respondió: «Sí, estaba convencido antes que usted: no por usted, sino por mis propias fuentes de información». Se despachó al mensajero con una orden escrita por Tizón para Normand para que enviara de vuelta a Leavine. También envié una nota para Bishop en la que le decía que había recibido sus cartas y le decía que tenía que continuar hasta La Chorrera y seguir mis instrucciones; añadí que debía decirle a Donald Francis que fuera un hombre y dijera la verdad cuando yo fuera. Le pregunté a Tizón si Normand abriría esta carta. Él dijo: «No, no es posible, la mandaré de manera totalmente segura». Yo tenía mis dudas —dudas muy serias— así que cerré la carta con tres sellos, la envolví en papel encerado y le pedí a O'Donnell que se la diera al *muchacho* con instrucciones de que debía dársela únicamente al propio Bishop. Veremos si le llega. Ahora estoy totalmente convencido de que Normand significa peligro. Casi puedo suponer qué eran esas «otras cosas» que le dijo a Bishop, especialmente después de

algo que Lane contó esta mañana tras haber respondido a mis preguntas. Dijo que, cuando la mañana de mi partida de Matanzas Normand le había hablado, después de que yo hubiera dejado la estación, una de las cosas que dijo fue la siguiente (traduzco el inglés imperfecto de Lane):

«¿Confías en estos hombres ingleses? Recuerda al que vino antes y cómo te falló. Le confiaste tus quejas y mira lo que pasó». Éste era el quid de la cuestión. Le pregunté a Lane: «¿Qué quería decir?». Él respondió: «No lo sé, señor, eso es lo que dijo». Esto, me imagino, remite a Whiffen. Normand quería que el chico pensara que, como Whiffen había fracasado en su encuentro con Arana y, pese a su denuncia, las cosas habían seguido tal y como les había dado la gana a estos granujas, lo mismo ocurriría conmigo. Me imagino que su intención era que los barbadenses que confiaban en mí pensaran que yo carecía de poder y que no era una persona de fiar.

Lo he estado pensando desde que escribí lo de arriba y estoy seguro de que Macedo y Normand no se andarán con miramientos para salvar el pellejo. Tienen miedo de que yo informe al prefecto de Iquitos de las cosas que he visto, etc. y de que cuente con los barbadenses como prueba. Por consiguiente, tratarán de adelantarse quejándose de mí o haciendo que la casa Arana de Iquitos acuse a los barbadenses (cualquier pretexto bastará para su propósito) y los meta en la cárcel. Una vez que estén encarcelados, confiarán en su capacidad para forzar a cada uno de ellos a retractarse de sus afirmaciones e incluso a decir muchas cosas más que cuadren con las necesidades de estos sinvergüenzas. También podrán acusar a los barbadenses de haber cometido crímenes contra los indios. Nada sería más fácil y los propios jefes de sección que les obligaron a cometer esos actos servirían como testigos.

Es perfectamente posible. Arrestarían a Gibbs y Cresset (con este último todavía no he hablado) como desertores del Liberal el día de nuestra marcha e incluso como «ladrones», pues habían recibido dinero por adelantado del capitán. Podrían encerrar con el pretexto de cualquier cargo inventado al pobre Stanley Lewis, el chico del granuja de Reigado, el práctico. Podrían hacer lo mismo también con Dyall, que ahora está en Encanto con [Miguel] Loayza, sin duda uno de los granujas más listos del grupo. Posiblemente Dyall ya haya sido sobornado o aterrorizado hasta que se retracte; es una posibilidad que preví cuando dejé que fuera a Encanto a esperar mi regreso.

Entonces le dije a la Comisión que me estaba deshaciendo de muchas de mis pruebas. Sólo me quedarían Bishop, Sealy, Chase y el tonto de Lane,

que debido a su juicio y fiabilidad, no cuenta mucho. A estos hombres no los podrían sobornar ni aterrorizar; serían fieles a mí tanto como los negros lo son a su «massa». Además, Bishop es muy inteligente y me será más que fiel. Sabe muy bien por qué estoy luchando. Puede que los arresten a todos y los acusen probablemente de calumniar a Macedo y Normand. Puede incluso que lleguen al punto de imputarme a mí por ello; harán cualquier cosa por desacreditarme. Hace mucho, en Iquitos, ya le dije a Barnes que sucedería: nos han acusado a todos de ser unos borrachos. Así lo hizo el capitán Reigado en el Liberal. Lewis le dijo a Bishop que había escuchado más de una vez que Reigado y el ingeniero lo comentaban entre ellos en la proa y de nuevo lo hicieron en La Chorrera. Bishop me lo contó cuando hacíamos juntos el camino desde la casa de los muinanes, el pasado miércoles. Él estaba hablando de la hipocresía de estos hombres, incluso entre ellos, y entonces me contó esto de Reigado, a quien le dijo: «Ustedes, caballeros, piensan de una manera muy agradable y honrada a bordo de un barco».

Les hablé de mis miedos a Bell y a Barnes y también de la trama que se está urdiendo en La Chorrera y les dije que, en realidad, ya suponía que tarde o temprano ocurriría algo así. Es más, estoy sorprendido de que no haya sucedido antes. Les dije que ya en Iquitos había discutido esta posibilidad con Cazes y le había comentado que era muy probable que no volviera a Iquitos, sino que me marcharía a algún sitio de Brasil con todos los barbadenses que pudiera llevar conmigo y esperaría a la orilla del Solimões un barco de vapor que bajara a Manaos. Entonces le dije que, en el momento en que sospechase que pudiese violarse la libertad de los barbadenses que habían testificado ante mí con sinceridad, yo no arriesgaría su seguridad volviendo a Iquitos con ellos, sino que bajaría directamente a Manaos en cualquier vapor que pasara. Les dije a Bell y a Barnes que no volvería a Iquitos si, al ir a La Chorrera, me pareciera que se estaba jugando a un juego como éste.

A pesar de los problemas y de que nos haría vulnerables, bajaría el Putumayo en una balsa si fuera necesario. No expondría a estos hombres, que han permanecido fieles a su sentido del deber, al riesgo evidente que puede estarles esperando en Iquitos. Soy yo quien los ha puesto en peligro. Al principio, Bishop me preguntó en Iquitos si había algún problema «político», ya que él era «un pobre hombre». Le dije que si confiaba en mí, no tendría ningún problema, pero que, si se diera el caso, éste recaería primero sobre mí.

Tanto Barnes como Bell se mostraron de acuerdo conmigo. Les pedí que no dijeran nada sobre este asunto: quizás era demasiado pronto para

anticipar el mal, pero ellos sabían tan bien como yo que estos sinvergüenzas, que ahora estaban muy inquietos, no se detendrían ante nada. Si hubiera ido a Matanzas solo, estoy bastante seguro de que me habrían liquidado. Yo podría haber «muerto de fiebre» y ¿quién iba a saber la verdad? Incluso Gielgud admitió que esto podría haber ocurrido. Claramente Normand no se achicaría ante ningún crimen que pudiera salvarle u ocultar sus infamias. Pero no soy yo quien tiene problemas, sino toda la causa contra este injusto sistema y la esperanza de poder reformarlo que hemos planeado juntos.

Si se arrestara a los barbadenses en Iquitos, yo tendría que defenderlos. Mi primer paso sería telegrafiar a casa y pedir consejo y ayuda jurídica. En todo caso, un «juicio» o encarcelamiento de los barbadenses alteraría los planes que, con mucho esfuerzo, hemos estado arrastrando por los senderos de estas selvas enfangadas. La cuestión de si la Compañía británica podría sobrevivir a un juicio tal y hacer frente a los gastos ni siquiera es planteable. Se pondría fin a nuestro trabajo aquí y a la Compañía con él; todo caería de nuevo en manos de la banda de Arana y sus sicarios del Putumayo. Además, el Gobierno británico se vería envuelto en cuestiones repugnantes con el Gobierno del Perú acerca del encarcelamiento y el juicio de los barbadenses. Si el Gobierno peruano se viera obligado a llevar a cabo estos arrestos y acciones judiciales debido a las intrigas en Iquitos, entonces, para guardar las apariencias, se aseguraría de que estos hombres fueran condenados por ser culpables de graves crímenes contra los indios, fueran o no ciertos. Los auténticos criminales escaparían, los culpables sobrevivirían y, con la Compañía fuera de combate, resucitarían las peores formas de pillaje y asesinato hasta conseguir la última pizca de caucho de estas selvas.

Preveía que esta situación surgiría tras mi vuelta a La Chorrera y quería que ellos comprendieran el peligro y me concedieran su apoyo total en el caso de que, como podía llegar a ser necesario, yo decidiera no volver a Iquitos, sino bajar el Putumayo con los barbadenses y tratara de lograr una «reforma dándonos a la fuga». Como Sir Peter Teazle, dejaría atrás mi personaje y contaría con ellos, los miembros de la Comisión, para que más adelante aclararan las razones por las que yo había preferido esta opción, que ellos habían apoyado totalmente, pues era lo mejor que podía hacerse dadas las circunstancias.

No se trata de sacarse de la manga todos estos peligros. Por poner sólo tres casos de los que tengo conocimiento: el de Cyril Atkins, a quien el propio Normand envió a Iquitos, donde murió en la cárcel sin haber tenido un juicio; el de E. Crichlow, confinado en la cárcel de Iquitos

durante 15 meses por las simples cartas de Loayza sin que hubiera ni siquiera un testigo o una evidencia que lo inculpara; y finalmente el caso de Braithwaite, que sucedió mientras yo estaba en Iquitos, en el que toda la influencia de Cazes resultó inútil para conseguir un juicio, aunque los cargos de los que se le acusaba eran extremadamente endebles; le imputaban sólo uno por alteración del orden público a bordo de una de las lanchas del río y, en el peor de los casos, de amenazar al capitán aunque el hombre alegara que el capitán había hecho algo más que amenazarle a él. El propio Tizón me confesó, hace sólo unos cuantos días, en el viaje de Puerto Peruano a aquí, que en el Perú «tienen muchas leyes, pero muy poca justicia».

Probablemente el prefecto carecería de poder para intervenir. La Casa Arana podría conseguir órdenes de arresto del tribunal con cualquier excusa siempre que estuviera suficientemente respaldada por un soborno, y en consecuencia el prefecto sería impotente de cara a la ley. ¿Por qué, incluso para los asuntos civiles, el tribunal de Iquitos actúa de manera complaciente? El caso de Cazes es un buen ejemplo: su casa está rodeada por las tropas, el consulado británico es tan cauteloso que el cónsul no se atreve a salir de sus muros para hacer negocios. El prefecto confesó que no podía hacer nada y eso en un caso en el que los Arana eran la otra parte en el juicio y el asunto era meramente civil, un caso de simple conflicto comercial. Por último, como afirmó Cazes, ¡el tribunal supremo de Lima falló a su favor y el tribunal de Iquitos ha anulado la decisión! El tribunal de Iquitos, con una jurisdicción bastante inferior, deja de lado la orden del tribunal más importante de la República y se empeña en mantener una sentencia que ya ha sido anulada por la ley. Está claro que ningún proceso a los barbadenses acusados podría ser justo en un ambiente como éste. Los testigos que se presenten en su contra serían los propios criminales que los obligaron a realizar los mismos actos de los que se les acusa. Debo impedirlo a toda costa, incluso huyendo por el Putumayo y el Amazonas hasta que pueda ponerlos a salvo en territorio brasileño y telegrafiar a casa para pedir consejo.

Si el Foreign Office así lo aprueba, mi plan sería volver solo a Iquitos en ese momento, donde, respaldado por Tizón y la Comisión, convencería al prefecto de cuál es la situación real que se vive aquí y de la necesidad imperiosa de que el Gobierno del Perú intervenga sin demora y contundentemente para acabar con esta guarida de asesinos. Estoy seguro de que la Comisión me apoyaría y espero que Tizón también. Esperaré hasta que lleguemos a La Chorrera y entonces le hablaré de mis temores, si veo que Normand, Macedo, etc. tienen intención de llevar a cabo el

plan que les atribuyo; le contaré mi plan de contraataque y reclamaré su apoyo incondicional.

Por la tarde, uno de los *muchachos* trajo un puma excelente al que había disparado a unas dos horas de distancia. Le había cortado el morro o la quijada por los dientes y las patas por las garras. Era un espécimen excelente. Los «chicos» lo llevaron a su casa y se lo comieron: es un buen plato para ellos, pobres indigentes. Hay abundante caza en la selva de los alrededores, tanta que O'Donnell dice que no puede plantar judías ya que los ciervos salen de la selva y se comen los brotes jóvenes. Las judías que se comen en todas las secciones vienen del Ucayali.

Lunes, 24 de octubre de 1910

Entre Ríos

La Comisión iba a marcharse hoy a Atenas. Yo he decidido no ir, sino quedarme aquí con O'Donnell hasta que llegue el momento de marcharnos a Puerto Peruano para coger el Veloz hacia La Chorrera. Está previsto que sea el día 27 o el 28. El Liberal dejará Iquitos un día de estos y debería llegar a La Chorrera antes del 5 de noviembre. He sabido que Tizón ya ha despedido a Velarde, o quizá haya sido Macedo cumpliendo órdenes de Tizón. Volverá a Iquitos en el Liberal conmigo. Qué buena compañía. Si también se va Normand, con Leavine, su condenado secuaz, estaré rodeado de una compañía encantadora durante los diez días del viaje —suponiendo que vaya a Iquitos en el Liberal— hacia el centro de las intrigas. Ésa había sido mi intención hasta ayer, aunque puede que cambie ahora. Ya veremos cuando llegemos a La Chorrera.

Durante la comida, un gran tántalo americano apareció de repente volando desde el Norte —O'Donnell dijo que venía del Caquetá— y se posó cerca de la casa. Se produjo un alboroto y blancos e indios se apresuraron a coger sus armas. Fox y yo intervenimos indignados para salvar su vida. Estuvo unos veinte minutos, acicalándose las plumas con el pico, bastante cerca, a no más de veinte yardas del harén de O'Donnell. Fox y yo lo protegimos hasta que, finalmente, una vez que hubo descansado y se hubo refrescado, salió volando con sus grandes alas blancas y negras y planeó en el aire a gran altura. Parecía una cigüeña y era casi igual de grande que éstas. Trataré de verificarlo en el zoológico de Pará a mi regreso.

Más tarde, el mismo *muchacho* que había disparado al puma trajo tres pájaros excelentes de la selva: uno era una gran perdiz, tan grande como un faisán, que me gustó, aunque sólo tenía una suave mata de plumas moteadas en lugar de cola; y una espléndida paloma moteada, con un plumaje bastante diferente, más parecido al de un halcón, pero con unos tonos amatista y ópalo en las plumas del pecho.

[...] Alrededor de las 17:00, Tizón vino con una carta que había recibido de Normand y que le trajo el «chico» que había mandado a transmitirle la orden de que Leavine volviera. Tizón estaba pálido y enojado.

«Empiezan los problemas —dijo mientras me daba la carta—. Le escribí apenas cuatro o cinco palabras para que enviara de vuelta a este hombre y él me desobedece».

La carta decía que Leavine estaba enfermo; esta vez le dolía una pierna (nunca antes le había pasado) y no podía obligar a un enfermo a irse. Es una mentira evidente y ahora Tizón lo reconoce totalmente. Hablamos largo y tendido sobre el asunto y le conté mis miedos acerca de la actitud que probablemente tome Normand. Señalé que este hombre está muy inquieto y que un criminal asustado es un hombre desesperado. Estaba conspirando para salvar el cuello y el pellejo y obtendría el apoyo de toda la Compañía, incluso el de Tizón, para inventar una historia que contar en Iquitos y que, al implicar a los barbadenses, a él le serviría como escudo. Le dije que sin duda Zumaeta y Dublé —por no hablar de Macedo, Velarde, etc.— le apoyarían. Tizón lo vio con claridad, así como el peligro, tal y como se lo había planteado anteriormente. Prometió que nos apoyaría a mí y a los barbadenses hasta el final y cuando sugerí que viniera a Iquitos conmigo —o desde luego a tiempo para llegar antes que Arana en diciembre y convencerle (y al prefecto) antes que Dublé y compañía— reconoció que tenía razón.

«Si Normand va a Iquitos —dijo—, iré con usted. Escucharé a la Comisión y le acompañaré cuando vaya a ver al prefecto, para aclararle y explicarle todo. Puede contar conmigo hasta el final».

[...] Otra de las amenazas de las que hablamos fue que estos piratas no aceptarían el despido cuando les llegue, sino que se irán en el acto a *conquistar* por cuenta propia más indios y a alterar a los agentes reformistas; de hecho irán a librar guerras privadas con la Compañía, como llevan años haciendo entre ellos y Colombia. Tizón dijo que era un peligro real que requeriría tropas. Preveo algo así desde que estuve en Occidente, cuando calé a «Juanito» y al jo... granuja del joven Rodríguez.

Creo que Tizón sobrevalora la influencia de estos hombres sobre los indios. Teme que puedan «volver a los indios contra nosotros», puesto que los conocen muy bien y los indios son «como niños» y además saben su idioma. Le dije que eso era cierto, pero que cualquier oficial peruano aceptable podría desembarazarse de todo el grupo con, digamos, 150 buenos soldados.

Dije que una vez que los indios hayan visto ahorcado a uno de sus asesinos y les digan que se hizo por su bien y para salvarles, ellos se unirán a los soldados como guías, aliados y rastreadores. Unos pocos boras armados con rifles, seguidos por las fuerzas militares del Perú y un juez militar, acabarían muy pronto con las *correrías* y los cometidos de los Juanitos, los Velardes, los Montts y compañía. Le dije que debería hacerse algo así y él lo ve bien, de corazón. Hace tres semanas, cuando tuvimos nuestra última charla sin rodeos en Occidente, le dije que yo debería exhortarle enérgicamente a que les escribiera pidiéndoles tropas y un juez militar —lo que en África occidental se llamaría un comisario del distrito. Me temo que no será posible ahorcar a estos sinvergüenzas, pues intervendrán los tribunales peruanos y los abogados, pero sí será bastante fácil fusilar a unos cuantos. Tizón dice que le gustaría fusilar él mismo a algunos. Hicimos esperar a la Comisión para cenar al entretenernos con nuestra prolongada conversación, pero por dentro estoy mucho más contento. Mi situación es muy difícil. Oficialmente aquí estoy bastante solo y además llevo sobre mis espaldas la pesada responsabilidad oficial de actuar de manera que no se produzcan problemas ni fricciones con el Gobierno peruano. Eso puedo conseguirlo, pero la situación es extraordinariamente difícil, pues en cualquier momento puedo acabar viéndome envuelto en una riña, cuyo final nadie puede prever, con cualquiera de estos culpables, que ahora están tan en guardia. Soy el «Enemigo» porque temen que la verdad pueda salir a la luz sólo a través de mí y de los barbadenses. Tizón dice que ellos habían «construido un muro a su alrededor para que no viera la verdad», pero él la ha visto igualmente. «Y ahora —añadí—, todos juntos hemos tirado abajo el muro y puede ver con claridad, pero todos ellos estarán contra usted». Venceremos, no sólo contra los Normands y los Macedos, que son seres despreciables, sino contra todos los intrigantes más grandes de Iquitos o donde quiera que estén. [...]

Martes, 25 de octubre de 1910

Entre Ríos

La Comisión y Tizón emprendieron el viaje hacia Atenas a las 8:30 o las 9:00. Yo me quedo con O'Donnell. Qué extraño; este hombre de nombre irlandés tiene un historial que le enviaría cien veces a la horca en cualquier país civilizado y, sin embargo, me gusta de verdad. Todos coincidimos en que es el mejor y estamos preparados para perdonar sus crímenes por ser parte del «Sistema» que se había comprometido a administrar. Es el sistema de esclavitud más bajo del mundo y probablemente este hombre, que llegó aquí siendo un joven de 20 años —hace 7—, se ha degradado menos que los demás y ha obtenido su caucho manteniendo sus manos más limpias que las de cualquiera de sus vecinos. No ha caído tan bajo como el sistema en el que ha trabajado: ésa es la apología que le dedico y mi disposición de ánimo hacia él. La noche pasada, escuché cómo Tizón le preguntaba a Gielgud cómo se escribe «galeote». Todos sonreímos y mentalmente identificamos la palabra con los representantes de esta gran compañía británica. Tengo un nombre mejor, pues hoy los he llamado «los excrementos de las cárceles del Perú».

Lo lamento por O'Donnell, todos lo lamentamos, y realmente pienso que ni de lejos ha caído tan bajo como los demás; sin embargo, si los crímenes cometidos aquí en Entre Ríos, en la que es la mejor estación con diferencia, salieran a la luz, menudo historial se descubriría.

Los latigazos en las extremidades de los indios son demasiado evidentes y narran un cuento terrible. Aun así, aquí estoy, quedándome con O'Donnell en vez de con Montt, y profeso una suerte de sentimiento de bondad hacia este hombre y la creencia de que lo habría hecho hasta bien bajo otras directrices. Dada la situación, él lo ha hecho bien en comparación con los que lo rodean y su estación es modélica entre estas detestables prisiones. ¡Qué barbaridad: una cárcel en la que los carceleros fueran criminales y los prisioneros inocentes y agraviados!

Durante el almuerzo, en el que estaba presente Martín Arana, el supuesto hermano de Julio Arana, O'Donnell me contó algo sobre unos indios que mataban colombianos en los alrededores. Le dije que sentía «una gran simpatía por los indios», y él sólo pudo sonreír.

Siento algo más que simpatía: me encantaría armarles, adiestrarles e inculcarles que deben defenderse de estos rufianes. La otra noche le dije a Tizón que sólo desearía que esto fuera territorio inglés durante un año y

para mí sería un placer peinar la zona con 100 hombres hasta dejarla limpia. ¡Pobre! Él estuvo de acuerdo y dijo: «¡Ay! Su Gobierno es poderoso, pero el mío no». Coincidimos en que obtendríamos un placer enorme ahorcando a muchos de los integrantes del personal de la Compañía, con nuestras propias manos si fuera necesario. Tizón también dijo algo que he afirmado ante Fox y otros miembros de la Comisión en privado muchas veces, a saber, que si por casualidad él sorprendiera a alguno de ellos en el acto de azotar a un indio, le dispararía sin dudarle un segundo. Le dije que ésa había sido mi intención desde hacía algún tiempo. No añadí que había cargado mi revólver y que el miércoles pasado ya lo tenía en la casa de los muinanes, en el camino desde Andokes, por si Negretti hubiese llegado durante la noche y hubiera comenzado a maltratar a la mujer enferma. Quizás es algo extraño que la única vez que haya pensado siquiera en usar mi revólver haya sido contra un empleado *racional* de la Compañía. Si no, nunca lo habría tenido conmigo; lo ha llevado siempre uno de los criados o ha estado guardado bajo llave. Nunca llevé un revólver para protegerme de los nativos africanos y desde luego no empezaré a hacerlo contra estos indios sudamericanos, que son muy humanos, mucho más amables y menos capaces de defenderse a sí mismos. [...] Los *muchachos* se han embrutecido y son capaces de decapitar y disparar, de azotar y ultrajar. Constituyen simplemente otro ejemplo de la obediencia desesperada de esta gente. Están demasiado dispuestos a realizar lo que ordene el hombre blanco. Sus mismas armas dan fe de la falta de vivacidad de sus mentes y costumbres: los aguijones infantiles y las cerbatanas mortíferas, que no hacen ruido, atontan y no derraman sangre. Un arma como ésa contrasta con el hacha de guerra, la lanza de seis pies con su hoja de 18'' o los cuchillos para cortar cabezas de las tribus africanas del interior. Como el heroico zulú que veía algo rojo y le faltaba poco para bañarse en él, esos salvajes enérgicos se recreaban en el derramamiento de sangre. Esta gente de voz y ojos suaves y boca discreta nunca ha masacrado, ha matado. Como contó Robuchon en 1906 o el teniente Maw en 1827, incluso en sus banquetes caníbales nunca han hecho orgías con derramamiento de sangre y parece que se han realizado con la menor crueldad posible hacia la víctima, dentro de lo que se puede esperar de una ceremonia como ésta. Además, lo cierto es que estos festines no parecen haber sido en absoluto banquetes y dudo mucho que la ejecución y la masticación de un enemigo, tal y como las describe Robuchon, tenga nada que ver con alimentar el cuerpo a su costa. Se trata más bien de alimentar el espíritu con su espíritu, el corazón con su corazón, el alma con su alma. El subsiguiente vómito, provocado deliberadamente, parece apoyar enérgicamente mi teoría de que no mataban tanto para comer como para sobrevivir.

[...] Si los Estados Unidos no pueden iluminar los lugares oscuros de Sudamérica, entonces deben mantenerse al margen o ser apartados. La doctrina Monroe³⁴ es un escollo en el camino de la humanidad. En lugar de ser la piedra angular de la independencia americana, es la losa en la que estos criminales decapitan a sus víctimas. Si la única gran potencia de América no puede cumplir con su obligación en un asunto que afecta de una manera tan vital al honor americano, entonces, las grandes potencias del mundo deben intervenir. La doctrina Monroe ha cumplido con creces su propósito. Hoy en día no es sino el instrumento egoísta de una diplomacia avara que, al negarse a intervenir, evita que otros que pueden actuar hagan su trabajo. Cuanto antes se desafíe la doctrina Monroe y Europa proteste con disparos y proyectiles contra esta glotona afirmación de las ambiciones yanquis, mejor para la humanidad. La plaga que asola las selvas del Perú y Bolivia terminaría mañana si no fuera por la doctrina Monroe.

He escrito en mis notas indias lo que O'Donnell me contó hoy sobre los indios de su distrito. Escribí una nota a John Gordon con el registro de las partidas de *bridge* de la última noche.

Hoy es un día caluroso.

Cuatro indios boras llegaron hoy, vigilados como siempre por uno de los asaltantes de caminos de la sección de Andokes. En este caso, era un robusto mestizo llamado Villota. Los boras tenían la piel muy clara; había un joven hermoso y un niño de unos 12 o 13 años, cada uno con su carga de caucho, y dos mujeres —una de ellas es sin duda la «esposa» de Villota—. Estas dos mujeres tenían un aspecto desesperado. Les di una lata de carne. El niño tiene marcas de latigazos por todas sus partes íntimas. ¡Pobrecito! Tomé fotografías de los dos. El hombre joven sonrió y estrechamos las manos.

³⁴ Redactada en 1823, cuando Europa estaba desarrollando una política imperialista y colonialista, la doctrina Monroe pretendía mantener la independencia del continente americano. Suele resumirse con la frase «América para los americanos».

Miércoles, 26 de octubre, 1910

[...] En Atenas, al caucho se le da la forma de unos *chorizos* bastante finos, como si fueran largos embutidos de la carnicería. Me han dicho que es la verdadera «salchicha del Putumayo». En realidad lo son: son las entrañas de su pueblo.

Volví a Entre Ríos con bastante placer, a pesar del terrible chaparrón; me fui a la cama prontísimo. Cenamos filetes de venado y yuca, realmente estaba muy bueno, pero después me fui a dormir demasiado pronto: no pegué ojo hasta medianoche y luego estuve despierto la mayor parte de la noche, presa de venenosísimos tábanos. Tengo las piernas, las muñecas y las manos irritadas de tanto rascarme.

Jueves, 27 de octubre

Hoy me marché de Entre Ríos. [...] Me siento bastante descorazonado, pues no creo que pueda establecerse ningún control que resulte humano y efectivo. Sin duda se harán esfuerzos para implantarlo y Tizón hará todo lo que un hombre puede hacer; pero es el único peruano honesto que he encontrado además del prefecto. Un solo hombre no puede limpiar este lugar y la Compañía inglesa no tiene de inglesa más que el nombre. [...]

[...] Estoy buscando a un chico que se llama Doi. Si lo encuentro lo intentaré llevar a casa. Tengo casi decidido llevarme a La Chorrera a algunas de estas pobres criaturas hambrientas de la gente de Atenas. Si tuviera autoridad para hacerlo, sin duda lo haría; me llevaría de aquí a toda esta gente y los alimentaría.



El niño con cicatrices (PRO FO 371/1455). Sir Roger Casement.
The Amazon Journal of Roger Casement. Introducción y notas
adicionales Angus Mitchell. London: Anaconda Editions Ltd, 1997



Mujer indígena muerta de hambre en hamaca. (PRO FO 371/1452)

Viernes, 28 de octubre de 1910

[...] Después de cenar, Bishop vino con una especie de diario que recoge las actividades que ha hecho desde que se fue de Puerto Peruano. No está mal para un hombre negro y lo ha escrito todo por iniciativa propia. Se lo leí a Tizón después de cenar [...]. Dice que muy pronto acabará con el juego de Normand —si éste quiere pelea, la tendrá—, ¡puede que para él se acabe convirtiendo en el juego del ahorcado!

Domingo, 30 de octubre de 1910

[...] Normand partió a las 14:30 hacia Andokes en el Veloz y se despidió efusivamente de mí: vino a mi cuarto para darme un apretón de manos. También va a enviar para allá a Doi, el chico que vi portando una carga muy pesada en el camino y al que deseaba llevarme a casa si el chaval quería. No se lo pedí a Normand. Hablé sobre el niño con Tizón, quien se lo dijo a Macedo y éste a su vez le dio órdenes a Normand para que lo encontrara y lo enviara a La Chorrera, pues ¡quería regalárselo a alguien! Éstas fueron las palabras textuales de Normand. De forma inocente —si es que tal cosa puede decirse de un hombre como éste— estas palabras muestran la actitud que estos rufianes tienen hacia los indios. «Un hombre como regalo». ¡Qué barbaridad!

Le dije a Normand que ni hablar; sólo me lo llevaría si el chico quería acompañarme. Pero la situación es vergonzosa. Aquí hay una población entera, nominalmente hombres libres según la ley peruana y a los ojos de la civilización, a quienes —sin preguntarles siquiera— pueden enviar a 100 millas de distancia al sur del país para ser entregados «como regalo». ¡Si supieran por qué me llevo a los indios a casa no estarían tan dispuestos a agasajarme! Piensan que me hacen un servicio, que puede que modifique la opinión que tengo de ellos o incluso que podrán mantenerme bajo control diciendo que yo también trafico con esclavos. Quizás no tendrían tantas ganas de convertir a estas personas en «regalos» si supieran que albergo la esperanza de ser de utilidad a los indios escogiendo dos o tres buenos ejemplares para llevármelos y presentarlos en Europa en los círculos adecuados, donde espero que despierten simpatías y así obtener ayuda para esta gente. [...]

Uno de los jóvenes boras de las lanchas tenía hoy una magnífica figura. Me gustaría llevármelo a casa, o a uno como él, para Herbert Ward³⁵ en París. Es una buena idea, ¿por qué no? Herbert Ward puede ayudar considerablemente a la causa. Este mundo indio de Sudamérica es desconocido en Europa. Herbert Ward puede ayudar mucho haciendo una figura de bronce del desnudo de un «indio del Putumayo».

Veré si puedo conseguir algún chico u hombre joven que desee marcharse. Bishop me dijo que todos los de Entre Ríos se habrían venido conmigo si me hubiera sido posible llevármelos. Se lo dijeron varios porteadores de mi equipaje. No hay duda de que los indios se irían encantados, la cuestión es que los agentes de la Compañía no les dejarán. Cada chico representa unos 120-140 kilogramos de caucho al año y suponen el coste de una hamaca, una camisa y unos pantalones, o digámoslo así: unas 300 libras de caucho a 4/- por libra = 60 £ *versus* prendas de algodón que cuestan 6 o 7 d. ¡Los beneficios son altos! [...]

No debe olvidarse que el indio no constituye una de las partes del contrato. El ejercicio de la fuerza bruta e incontrolada —cuando primero se le da caza y se le atrapa y luego con latigazos, cadenas, largos periodos en prisión o sin comida— le obliga a acceder a «trabajar» para la Compañía y, después, cuando se ven liberados de este proceso de doma y obtienen a cambio una basura que vale 5/-, entonces, los atormentan, acosan, vigilan y les azotan; les roban la comida y violan a sus mujeres hasta que entregan caucho por un valor 200 o 300 veces superior al de los artículos que les obligan a aceptar.

Si el indio intenta escapar de esta obligación comercial, él y su familia son perseguidos como si fueran deudores morosos durante días y semanas; la frontera del estado vecino no les protegerá y cuando los encuentren serán afortunados si escapan con vida. Lo menos que puede esperar es que le den latigazos hasta despellejarle, que lo encadenen y priven de comida otra vez y que le pongan en el cepo, en una posición que es una tortura, durante días, semanas o incluso meses. Muchos indios han estado así durante meses.

[...] ¿Una protesta internacional y una intervención podrían ser efectivas para obligar al Perú, Bolivia (y también a Brasil) a que protejan a sus pueblos indígenas?

³⁵ Herbert Ward (1862-1919) fue un explorador inglés que trabajó en el Estado Libre del Congo. Se convirtió en escultor y es conocido por sus esculturas en bronce de tema africano.

Me temo que no. No obstante, se puede intentar y con la ayuda de Dios así lo haré.

Lunes, 31 de octubre, 1910

En La Chorrera

Me desperté pronto, a las 5:30. El precioso amanecer se extendía por encima del gran remanso, inundándolo con una luz de color salmón. Le dije a Bishop que trajera a Evelyn Batson para que me viera a las 7:30. Llegó antes de las 8:00. Ahora es bombero en la lancha Huitota, que hoy baja a Santa Julia para llevar el *fábrico* de Abisinia. Imagino que Agüero vendrá. El testimonio de Batson es espantoso. El tipo contestó a todas las preguntas que le planteé de forma simple y tranquila y dando muestras de estar diciendo la verdad. Es un documento horroroso y casualmente confirma la verdad de las declaraciones de Crichlow y Chase sobre el trato que le dio Aurelio Rodríguez al primero en Santa Catalina en 1898 y lo que el segundo contó sobre la captura de la mujer de Katenere, así como de otra gente, en el Pumá este año, hace unos meses. La situación en Abisinia debe ser tan mala como siempre; los crímenes cometidos por Agüero y su subordinado, Juan Sellar,³⁶ que Batson conoce, creo que son los más horribles que he registrado. Incluyen un caso espeluznante de canibalismo: los *muchachos*, bajo las órdenes de Agüero, acuchillaron a un hombre, lo llevaron por delante de la casa y le quitaron las extremidades para comérselas. También se asesinó cruelmente a un grupo de prisioneros del Pumá: a tres de ellos los mataron de hambre premeditadamente y al cuarto lo disparó Sellar.

Además Armando Blondel mató a una mujer en Morelia golpeándola con el puño y otro caso es el asesinato a tiros del propio Katenere en Abisinia por los *muchachos*. Este último incidente es como de novela. Katenere era el héroe de los boras, el valiente capitán que resistió e intentó devolver golpe por golpe. Bishop —quien lo vio una vez hace un año cuando estaba

³⁶ Nota de R. C.: Lo escribí mal. Más tarde descubrí que su nombre era Juan Celada, aunque los negros lo pronuncian siempre como si fuera «Sellar».

bajo las órdenes de Normand en Andokes— dice que Katenere era un joven *cacique* boras, excelente, alto y delgado, que al principio trabajaba el caucho pero que huyó de Normand porque lo maltrataba. Fue él quien mató al sinvergüenza de Bartolomé Zumaeta en mayo de 1908 en un arroyo en la zona boras, mientras el villano dirigía el lavado del caucho.

Desde entonces Katenere había permanecido «en sus dominios» de las colinas —como se dice en Irlanda— y todos los esfuerzos que se hicieron para matarlo o capturarlo habían fallado hasta este último ataque que él mismo llevó a cabo en la propia estación de Abisinia. Qué lástima que no tuviera éxito [...]

Podría pensarse que los supuestos «hombres blancos» de aquí se parecen a un *negro*, y sin embargo, el *negro* tiene mejor corazón y conciencia de la que tienen éstos: en el fondo, él es más propiamente un «hombre blanco». Le dije esto a Tizón y creo que se sorprendió secretamente. Justo antes del almuerzo, empezó a llegar el *fábrico* de Sur bajo las órdenes de Carlos Miranda. Primero llegó él con un perro enorme. Macedo nos lo presentó a todos formalmente. Es un hombre blanco gordo, de aspecto asqueroso y tez clara. Mientras me estrechaba la mano, pensé en la anciana de la declaración de Labadie en Iquitos. Tras los horrores más recientes que he conocido de primera mano, ahora parece un incidente trivial, pero fue un acto atroz. La anciana había dado un «mal consejo» a los indios: era una «mujer sensata» que les había aconsejado que no trabajaran el caucho ni fueran esclavos, así que le cortaron su anciana cabeza con un machete y este hombre blanco —que acaba de estrecharnos la mano y se sienta a nuestro lado durante el almuerzo— la había levantado cogiéndola por los cabellos ante los indios allí reunidos y les había dicho que ése sería su destino si no le obedecían y no trabajaban el *caucho*. Qué maldición se esconde en estas palabras: trabajar el *caucho*.

Fox y yo fuimos al almacén y observamos cómo entraba el caucho. Cargas enormes, hombres, mujeres y niños. Adorables niños pequeños de ojos radiantes, niñas pequeñas, madres con niños, dos mujeres bastante mayores e incluso dos hombres ancianos. Casi son los primeros ancianos de verdad que veo. Además, tres hombres indios tenían barba —pelillos sueltos, es cierto, pero barba al fin y al cabo— una de ellas medía 2" de largo. Son los primeros hombres con pelo en la cara a los que he visto. Pesamos varias cargas; una de ellas pesaba 50 kilos y la portaba un hombre bastante enjuto y delgado. Busqué algo mejor y le eché el guante a dos niños pequeños con las cargas; primero pesé éstas y luego a los propios niños.

Un chiquitín llevaba una carga de 22 kilos de caucho en la pequeña espalda; luego, cuando lo puse a él en la balanza, ésta sólo marcó 25 kilos. El siguiente, un niño que me dijo que se llamaba Kaimeni, pesaba 29 ½ y ¡acarrea 30 ½ kilos de caucho! Un kilo más que su propio peso. Y los había transportado durante muchas millas. La estación de Sur no está más que a 2 horas, pero nos dijeron que este caucho venía de Kaimenes, que está de camino a Encanto, lo que constituye una distancia mucho mayor. Vinieron por lo menos 100 personas —e incluso diría que más— y cuando depositaban las enormes cargas de caucho en el gran almacén de caucho, los pillaban por banda y los obligaban a llevar cajas de cosas y bolsas para la Huitota. ¡Dos pájaros matados de un tiro! No tenían tiempo para sentarse o beber algo antes de que les asignaran la siguiente tarea: cargar la lancha de vapor que partía con bienes para Abisinia. Fox y yo observamos esta confirmación de tantas cosas: creo que los hechos hablan por sí solos con una especie de sombría alegría.

Mandé que trajeran del almacén una caja de salmón y distribuí latas en abundancia entre hombres, mujeres, niños y chiquitines, así como algunas de mis propias latas, que todavía me quedaban de Iquitos. Los pobres chasquearon la lengua y los labios con alegría y fotografié a un buen número de ellos. Son una gente simpática y parecen llenos de vida. Elegí a un chico adorable y pequeño y le pregunté si se vendría conmigo. Él me estrechó las dos manos, se apoyó en mí, se acurrucó entre mis piernas y dijo: «Sí». Después de mucho hablar y de que los indios se aglomeraran a mi alrededor, estuvimos totalmente de acuerdo en que se vendrá a casa conmigo. Su padre y su madre han muerto, ambos fueron asesinados por esta maldición del caucho, como también su hermano mayor, un hombre joven a quien disparó Montt. Me contaron esta historia enseguida y el chico del *capitán* se quedó para explicarla. El *capitán* pidió una camisa y un par de pantalones como regalo por el acuerdo —prácticamente era la venta de este chico—, se los di y Macedo me hizo entrega del niño con gran ornato. El nombre del chico es Omarino y viene de la aldea naimenes, cerca de El Encanto. Él también había bajado una enorme carga de caucho. Pesaré a ambos mañana. El pequeño chico se aferraba a mí a menudo con ambas manos y le di varias latas de salmón para que se las diera a sus amigos como regalo de despedida. También me pidió salmón para regalar y le observé mientras corría por ahí y repartía esas latas de alegría —es lo que son para esta gente que muere de hambre. Varias de esas latas fueron para una mujer mayor, que tenía a un niño mestizo totalmente desnudo, sin ni siquiera un *fono*.

[...] Por la tarde me bañé y un joven vino y se sentó en la orilla, mientras «Andokes» y otros chicos nadaban como si fueran peces. Este

joven es un *muchacho* de Sur al que yo había fotografiado junto a otros mientras traían caucho. Noté que me miraba con una especie de timidez férrea y mientras les daba salmón a él y a otros, su cara se ruborizó. Ahora había venido y fijaba su vista en mí de la misma manera; cuando salí del agua, me siguió hasta la casa y me suplicó que lo llevara conmigo. Por enésima vez, llamé a Bishop y él dijo que ¡nada le impediría escaparse! Bishop dijo que toda la región escaparía si pudiera. ¡Además este joven está casado! Dice que, no obstante, su esposa está con su «familia» y que él renunciaría con gusto a todo con tal de escapar. Es un joven excelente, bastante fuerte y con un hermoso rostro auténticamente indio. Con mucho gusto me lo llevaría, pero ya tengo a Omarino y Doi está pedido a Matanzas y Tizón dice que vendrá. Este joven es más grande que cualquiera de ellos: un hombre casado de 19 o 20 años que le iría bien a Herbert Ward en el grupo que tengo pensado para Sudamérica. He estado pensando en esto durante algún tiempo: conseguir el apoyo de Ward (y de Francia) para estos pobres indios y conseguirlo a través de su sensibilidad artística. Me llevaría con mucho gusto a este chico si Macedo y compañía no armaran tanto alboroto. Por supuesto, no podrían negarse legalmente y yo podría plantearlo así si quisiera, ¡pero eso constituiría un desafío!

Sería falso declarar que un indio del Putumayo era libre de ir y venir como quisiera, o como cualquier hombre civilizado, *ruat coelum*.³⁷ El nombre de este joven es Arédomi, ¡pero estos caballeros tan civilizados le llaman «Pedro»! Tiene un pelo magnífico, largo y fuerte como todos los indios, y lleva una ramita en el cartílago de las aletas de la nariz, su rostro es hermoso y su cuerpo proporcionado. Le di un par de pantalones y él se quitó los viejos, quedándose sólo con el *fono*: tiene una espléndida figura bronceada y yo pensaba en Herbert todo el tiempo y en cómo le llenaría de alegría tener el vaciado de esas proporcionadas extremidades en genuino bronce. Le dije a Arédomi que esperara hasta la mañana siguiente y yo ya vería si podía llevármelo conmigo; Bishop pareció alegrarse mucho. Él ya había vestido al pequeño Omarino con la ropa, hecha para él, que llevaría a Iquitos y va a dormir en la hamaca de Bishop esta noche, mientras que Bishop ocupará su catre.

Jugué cuatro partidas de *bridge*, de las que gané dos y perdí dos. Como el abate Swift, yo estaba jugándome a Arédomi porque no tenía

³⁷ Pase lo que pase.

claro que pudiera llevármelo; tuve que luchar muchísimo para conseguir este simple empate, así que el *bridge* no decidió la suerte de Arédomi. Se trata realmente de comprar la libertad de un esclavo. No iba a pagar dinero o bienes por él, aunque en cierto sentido incluso podrían pedirme que hiciera esto, pero los gastos de transporte, etc., son cuantiosos. Mi esperanza es que, al llevarme a algunos de estos indios desconocidos a Europa, pueda conseguir que gente poderosa se interese por ellos y por el destino de toda una raza que aquí tiene dificultades. Si alguna vez se plantea la cuestión contra esta esclavitud y exterminio infernales en una campaña pública, la Harley House y la Sociedad para la Protección de los Aborígenes ayudarán a publicitar a los chicos como merecen. [...]

Martes, 1 de noviembre de 1910

En La Chorrera

Me levanté pronto y vi a Arédomi esperando. ¡Pobre chico! [...]

Hoy no he tenido tiempo para escribir en el diario. Nadé hasta la isla a primera hora de la mañana, a las 7:00, e inmediatamente después los barbadenses empezaron a prestar declaración. También ha venido Allan Davis desde Abisinia, así que los tengo a todos aquí; entrevisto a seis más y habré acabado. Le hablé a Tizón sobre los testimonios de Batson y Morris. [...] Le conté cómo Normand prendía fuego a la gente y la quemaba viva, tal y como Morris testificó. Totalmente atroz. Tizón me contó que todos se estaban yendo. Velarde ha bajado de Occidente para irse conmigo y con Normand en el próximo vapor, y Agüero y Fonseca se irán muy pronto.

[...] Uno de los barbadenses que ha hablado hoy, Augustus Walcott, fue maltratado vergonzosamente por Normand a finales de 1904 o principios de 1905, justo después de su llegada. Le ataron los brazos a la espalda, le colgaron de ellos durante mucho tiempo y le golpearon con espadas o *machetes*. Perdió el conocimiento y cuando lo bajaron estaba enfermo. Estuvo enfermo durante mucho tiempo y tuvieron que llevarle en una hamaca hasta La Chorrera. No pudo mover los brazos en dos meses. [...]

Miércoles, 2 de noviembre de 1910

El río ha crecido sin parar. Ya ha subido 5 pies por lo menos y los bancos de arena se están cubriendo rápidamente. No me he bañado. Vi a Arédomi cortando leña y estoy decidido completamente a llevarme al pobre chico conmigo. Se lo dije a Bishop. Carlos Miranda vino a despedirme antes de volver a Sur. Después llamé a James Mapp y tuve una larga conversación con él que duró hasta las 11:00. Fue uno de los primeros en llegar aquí. Vio cómo Velarde ahogaba al indio en Occidente este año, tal y como lo describió Francisco el *capitán*. Lo vio con sus propios ojos: hicieron que los cuatro desdichados bajaran al río con las manos atadas a la espalda, y un indio, que obedecía órdenes directas de Acosta, los mantuvo bajo el agua hasta que tragaron tanta agua que casi se ahogan. Uno de ellos, forcejeando para tratar de escapar, consiguió liberarse del indio y nunca más se le volvió a ver. El pobre estaba desahuciado, con las manos atadas y las «entrañas llenas de agua», como lo describió Mapp. Se encontró su cuerpo el 24 de junio, en la desembocadura del río, al sur de la estación.

Llevé a Tizón a escuchar cómo James Mapp repetía su declaración y cuando comprendió que, en efecto, esto había sucedido el mismo día que él dejó Occidente para ir a Entre Ríos, palideció de ira. Yo me alegré por esta sorprendente confirmación de la veracidad de cuanto le había contado durante las últimas cuatro semanas. [...] Las mismas historias —los mismos crímenes todo el tiempo— se confirman unas a otras. Normand ató a Quintin y le azotó —le dieron 50 latigazos y ahora también él está muy enfermo— y después Normand y Bucelli lo golpearon. Las marcas de los primeros latigazos —;de hace 6 años!— permanecen en su cuerpo, una espantosa cicatriz cruza sus costillas.

[...] Además del maltrato exagerado al que le sometió Normand, en Santa Catalina, Rodolfo Rodríguez —que ahora es el segundo al mando de esa estación— obligó al pobre Quintin a cortarle la cabeza a un indio.

[...] Hoy le he tomado medidas a un excelente joven boras que vino con Agüero: el pecho desnudo —sin que lo sacara— medía 37 ½ pulgadas de contorno; el bíceps —sin tensar— 12 ½ y 23'' el contorno de la cabeza a la altura de la frente. Su piel era muy blanca y era alto y muy robusto. Según me dicen, muchos de los boras son casi blancos. Algunos de los que he visto lo son tanto como un español o un portugués.

Hoy también pesé a mi pequeño Omarino; ¡pesa 25 kilos y la carga de caucho que trajo pesaba 29 kilos!

Bishop dice que Arédomi está merodeando. Quieren llevárselo mañana para transportar la *tula*³⁸ de uno de los *empleados* de Sur en su camino de vuelta.

Ya veremos. Le preguntaré a Macedo por la mañana. El pobrecillo ha saboreado la esperanza de la libertad. Intentaré que pueda venir.

Jueves, 3 de noviembre de 1910

Esta mañana hemos acordado que Arédomi vendrá conmigo. Envié a Bishop con el chaval a ver a Macedo, quien por fin dio su consentimiento, así que todo se ha resuelto felizmente.

[...] Bishop me dice que la otra noche tuvo lugar otra cruel atrocidad ante nuestros propios ojos. La Huitota no partió, con Agüero y Acosta, hasta las 8:00 o más tarde. Agüero cogió a una de las pobres mujeres trabajadoras de aquí. Macedo se la dio para aumentar su harén. Chase me cuenta que siempre tiene 11 en Abisinia. Esta pobre mujer es una de las esclavas huitotas que conforman el personal local. Solía barrer la galería todas las mañanas y Fox y yo nos habíamos fijado en su rostro dulce y paciente. Bishop dice que ella lloró amargamente y suplicó que la dejaran quedarse. Ha estado trabajando aquí durante años, desde que su pobre marido indio «desapareció».

Por supuesto, ha sido entregada como esposa a algunos de los *empleados*, pero éstos también se han ido o han muerto. Ha estado trabajando durante algún tiempo aquí, cosiendo, confeccionando pantalones, etc., bajo la dirección de la señora Macedo y realizando tareas domésticas; ahora se la entrega a ese desgraciado infame y degenerado para engrosar el número de desventuradas que tiene cautivas.

Bishop dice que suplicó que la dejaran quedarse e incluso preguntó por qué Agüero, que ya tiene tantas esposas, la quería a ella. Les hablé a Fox, Bell y los demás sobre esta nueva atrocidad y cuando esté suficientemente enterado de los hechos, hablaré con Tizón.

³⁸ Estructura tejida para llevar el caucho.

Mandé buscar a Donald Francis por fin y vino a hacer su declaración completa.

[...] Le eché un sermón y él se disculpó humildemente; le dije que no quería su historial de fechorías, puesto que estaba al corriente del mismo y ya había obtenido toda la información necesaria para mi misión. Lo lamenta de verdad y está deseando quedar en paz conmigo y con su propia conciencia.

La «opinión pública» de todos los demás barbadenses ha sido demasiado para él. Quiere «mantener la cabeza alta» con ellos. Ahora no puede hacerlo. No quiero pruebas criminales que inculpen a Macedo, ya que sólo añadirían a las enormes dificultades de Tizón la de incorporar a Macedo inmediatamente a la lista negra.

Él es probablemente el peor del grupo, pues ha estado en una posición de control y ha permitido y fomentado todo este espantoso crimen, aparte de las cosas que sé o sospecho que ha cometido él mismo, entre las que se cuentan los 45 indios ocainas quemados vivos aquí en La Chorrera. Pero Tizón me asegura que Macedo también se va, así que dejemos que se vaya en paz, por el bien del trabajo de limpieza y reforma que Tizón va a emprender. [...]

Viernes, 4 de noviembre de 1910

De La Chorrera a Sur

La Comisión partió hacia Sur a las 7:30. Yo les seguí a las 8:00, acompañado sólo por Sealy y Arédomi, y les alcancé justo cuando llegaban a Sur —una caminata fácil de una hora y media, unas 4 ½ millas, creo—. Habían talado muchos árboles jóvenes del camino —al menos 30 000 pimpollos y árboles jóvenes— y atravesaban el sendero a lo largo de unas buenas dos millas. Vi una extraña orquídea —preciosa palmera de bambú—, una cosa exquisita.

Sur es un sitio horrible, sin plantaciones y sin comida a la vista, pero Miranda dice que el terreno es malo y que trasladará la estación a una nueva *chácara* a 40 minutos de distancia; él, o más bien «sus» indios, ya están manos a la obra. La casa es pobre, aunque mejor amueblada que la mayoría; también este hombre es más civilizado que el resto. James

Mapp dice que tiene buen carácter, mucho mejor que el de la mayoría de los otros, y la única cosa grave que tengo contra él es que Labadie afirma que fue él quien le cortó la cabeza a la «anciana». Me temo que no cabe duda de que es verdad.

Me bañé en el riachuelo y a las 16:00, después de comer, emprendí el camino de vuelta con Sealy y Arédomi, pero cuando estábamos de camino, cayó un gran chaparrón y hacia las 17:30 llegamos empapados a La Chorrera. El río crece continuamente, lo que nos asegura que cada hora el Liberal está más cerca.

Sábado, 5 de noviembre de 1910

La situación de la Compañía inglesa parece desesperada. Está claro que, antes de emprender cualquier reforma, deben hacer pedazos la guarida de los ladrones de Iquitos; sin embargo estos hombres son los dueños y señores del Putumayo y de sus indios y cuando vean amenazado su reino de saqueo a gran escala, ellos acabarán con la Compañía y dejarán que los accionistas ingleses esperen sentados su dinero. [...]

Me sorprende lo que Gielgud podría haber estado haciendo al pasar tales registros y tales cuentas a una empresa de auditores de Londres. Es increíble. [...]

Domingo, 6 de noviembre de 1910

Los tres barbadenses, Sydney Morris, Augustus Walcott y Preston Johnson, que habían ido a Sabana para coger sus cosas, han regresado junto con Fonseca. Vinieron por la carretera de Atenas la pasada noche, los vi y les envié una canoa para que los trajera [...]

Ayer examiné detenidamente las declaraciones de Sealy, Chase, Quintin y James Lane, leyéndolas despacio; luego hice que los hombres las firmaran. Esto me llevó un buen rato.

Hoy he repetido la operación con los tres hombres de Santa Catalina, Preston Johnson, Sydney Morris y Augustus Walcott. Después hice que me trajeran sus cuentas y me adentré en ellas más concienzudamente de lo que hasta ahora me había sido posible. He comparado los precios que cobran con los que figuran en las facturas de Iquitos de la Compañía que copié ayer, así como con mis propias facturas de casa de Cazes en Iquitos; cuanto más miro las cifras, menos me gusta la propuesta de Macedo de que borremos el 25%.

Algo no encaja. Además, la rapidez de su propuesta —que salió de él instantáneamente sin que yo le hubiese hecho la más mínima insinuación de que debería hacerse algo de este estilo— me hace sospechar. Si está tan dispuesto a regalar su dinero es porque teme que la cuestión se plantee de nuevo en casa. [...]

He pedido una señal, y hete aquí que he obtenido una manifestación de lo más extraordinaria. He estado dudando seriamente toda la tarde, sintiendo que, al comprar este alivio para los negros, podría estar vendiendo a los indios y renunciando a un juego que, hasta cierto punto, está en mis manos. Subí de cenar con esta idea pesarosa en la cabeza. Dejé a Fonseca, a los asesinos y a la Comisión y caminé hasta el final de la galería —lejos de ellos, yo solo—, dándole vueltas al asunto y a qué debería decirle a Tizón y Macedo mañana, cuando me trajeran las cuentas de los barbadenses con todas las reducciones. Mientras caminaba por la galería me dije a mí mismo: ¿cómo debo hacerlo? ¿Debería aceptarlo o no? Y si no aceptara, ¿cómo decirlo? En mi cabeza la respuesta era la siguiente: di «No». Y añade después: «Agradezco su oferta y le agradezco atentamente que la haga. La aprecio mucho y en beneficio de los hombres la aceptaría con mucho gusto, pero tomando todo en consideración, creo que la Comisión del Gobierno de Su Majestad no me ha autorizado para aceptar una proposición como ésta sin consultarla. En consecuencia, se la haré llegar a ellos, dada la buena voluntad que la anima, y mientras tanto dejaremos las cosas como están; señalaré especialmente que ustedes la ofrecen libremente en nombre de la Compañía. Agradeciéndoselo en nombre de los súbditos británicos a quien usted se la hace, le ruego que me permita consultar la oferta con el Gobierno de Su Majestad».

Justo cuando tuve esta idea, miré desde la galería hacia la parte oriental del cielo y, para mi sorpresa, vi un arco de luz que iba de lado a lado del cielo oscuro y sin estrellas. Por un momento no me di cuenta de lo que era; luego vi que era un arco iris lunar: un arco perfecto de luz en la noche. La luna estaba al oeste, rodeada de estrellas y un límpido cielo, y al este se veía un cielo oscuro, que anunciaba lluvia, y este arco perfecto,

maravilloso y blanco, que se extendía en la oscuridad. Llamé a Fox, Bell y a todos los demás —vinieron todos— y ninguno de ellos había presenciado nunca una visión como ésta. Eran las 19:30 —aproximadamente— y mientras mirábamos el arco perfecto, que cruzaba de una colina arbolada a la otra a través de los cielos orientales, la lluvia comenzó a caer sobre él. Fue disipándose despacio, ampliándose y desvaneciéndose. Lo miramos durante casi diez minutos. Yo lo interpreté como un presagio, un presagio de paz y un augurio de bondad: Dios todavía está aquí, contempla los pecados y crímenes de los hijos del hombre, odia el pecado y ama al pecador. Él vendrá por estas pobres criaturas; en medio de la noche una voz habla. No venderé el importante problema de los indios ni sus esperanzas por un plato de lentejas para un puñado de negros. Éstos también deben tener sus derechos, pero deben llegarles como derechos concedidos libremente. Yo no seré el representante del silencio, sino que espero ser la voz de la libertad.

Estoy decidido. O, mejor dicho, siento que esta extraordinaria visión que ha llegado como lo ha hecho —en un momento en que mi alma entera busca el sendero correcto— señala el camino. Ha sido una respuesta directa a mi pregunta. Creo que sólo puede leerse de una manera. Superstición, me imagino. Pero, ¿no somos todos nosotros hijos de una mente humana muy antigua que ha buscado en los cielos a su dios y ha leído su voluntad en las nubes?

Me volqué en el *bridge* con mi mente aclarada y mañana ¡ay! en lugar de paz y unos sonrientes Macedo y Tizón, volverán las viejas incertidumbres, las sospechas y los problemas potenciales en Iquitos. Sacrifico mi propio descanso y los bienes presentes de los barbadenses, pero así debe ser. ¡Es por una buena causa!

Lunes, 7 de noviembre de 1910

[...] Debido al largo periodo de trabajo con los barbadenses, hoy es la primera jornada en que he tenido tiempo libre para poner al día el diario. Se me han pasado algunos incidentes de los últimos días. Por ejemplo, la mujer de Arédomi —una chica joven— ha venido y ruega que le permitamos marcharse con él. Arédomi está muy dispuesto a dejarla para poder marcharse. No sé qué hacer. No quiero llevarme a la mujer —es un engorro horrible que añadir a la colección que me llevo río abajo— pero lo siento

por ella. Arédomi dice que si la dejo «estará bien» con su madre. Yo me atrevería a decir que lo estará, pero me parece inhumano. Si dejo al chico con ella, entonces volverá a la esclavitud. Bishop dice que iría nadando si hiciera falta para venirse conmigo: la puerta de la libertad se ha abierto y le ha dado la oportunidad de echar un vistazo a la vida que le ofrece; yo no tengo el coraje de cerrarla. Me atrevería a decir que al final la chica vendrá también, en cuyo caso tendré que dejarlos a los dos en Pará para que consigan trabajo allí y se conviertan en ciudadanos brasileños libres. De hecho, para ellos sería un paso adelante. Aprenderán pronto portugués y Arédomi podría ganarse la vida sin miedo al látigo, las balas, el machete y el *cepo*.

Los indios de Sur, los naimenes y otras tribus, son gente de aspecto excelente, los mejores huitotos que he visto. Todos me sonrían: Arédomi y Omarino me han creado una buena reputación como el «*mare capitán*», el buen jefe [...]

Hoy hemos tenido una tarde de horrible calor. Me llevé a Arédomi hasta la colina, a la catarata, y lo fotografié con el collar de dientes de «tigre», los brazaletes de plumas y el *fono*. También hice fotografías de las cascadas desde los empinados precipicios a través de los densos arbustos. Seguimos río arriba, hasta el embarcadero, y nos sentamos allí y charlamos, o lo intentamos; yo le preguntaba cómo se decían en huitoto los nombres de algunas cosas y él me los decía lo mejor que podía. En realidad me parece que se aferra a mí, ¡pobre chico! Vimos pasar volando 14 espléndidas *araras* o guacamayos, una se posó en un árbol bastante cerca de nosotros, con un destello carmesí bajo sus alas. Omarino dice que quiere aprender a escribir y vino a mi cuarto, cogió un lápiz azul y llenó una hoja de papel con extraños signos. [...]

Martes, 8 de noviembre de 1910

[...] Arédomi me trajo un tocado de plumas de su casa; pobre chico, es un regalo de agradecimiento y hoy se fue a casa sólo para cogerlo.

El río decrece rápido, ha bajado bastante, pero todavía está muy alto. Muy cansado de esta larga estancia en La Chorrera sin hacer nada.

No me encuentro muy bien.

Miércoles, 9 de noviembre de 1910

El río sigue bajando. El banco de arena muestra que al menos ha decrecido un par de pies. Ayer por la tarde llovió y hoy amenaza con hacerlo; han caído algunas gotas, pero creo que no tantas como para modificar la subida o la bajada del río. No he hecho nada en todo el día —no me encuentro muy bien—; este horrible ambiente criminal me pone enfermo. [...]

Salí a las 16:00 y observé cómo traían las mulas las cargas de caucho. Se maltrata a todos los animales. Había una pobre criatura que tenía el hocico y la boca destrozados por las correas de cuero que les meten debajo de la quijada con un nudo corredizo; el corte casi llegaba hasta el hueso. Llamé a Barnes y a Tizón y les dimos una reprimenda. Echamos al hombre de la mula (se llama Pelayo) y le dije a Tizón que hiciera que la cosa cambiase.

Cuando terminamos con esto, escuché que la gente decía que el Liberal estaba llegando. Apareció a las 17:45 lanzando vapor; el mástil blanco y la chimenea surgieron sobre el terreno cubierto de arbustos del cabo. Estuvimos a punto de aplaudir y alguna gente lo hizo. El Liberal lanzó un gran proyectil en el cielo al que siguió un sonido que era como el estallido de un volcán. Vi a varios pasajeros. Echó el ancla a las 18:00 en punto y Bishop vino a decirme que John Brown de Montserrat —el antiguo «chico» de Whiffen— estaba a bordo; luego lo trajo hasta mí con una carta del Gobierno de Barbados en la que explicaban por qué lo habían enviado. Es un fastidio —una pérdida de dinero— pero supongo que no puede evitarse. En estos momentos, este hombre no es de ninguna utilidad y supone solamente un estorbo. Le dije que había llegado demasiado tarde y que tendría que volver enseguida en el Liberal. También estaba a bordo el capitán Delgado con una fila de soldados peruanos —creo que van a Encanto— y dos «representantes» nuevos (¡Dios nos libre!) para la Compañía. Todavía no he conocido a ninguna de estas personas. Los soldados, pobres jóvenes, son gente del monte andino del Perú, los *cholos* de las cordilleras: una raza demasiado buena y selecta para tener como jefes a estos desgraciados. Si al menos Alemania pudiera desafiar la doctrina Monroe con éxito, habría esperanza para los indios perseguidos y las nobles criaturas de este continente que han tenido que rumiar 400 años de «civilización latina».

He recibido muchas cartas de casa, pero ninguna de ellas me interesa aquí, en este entorno. ¡Crippen ha sido capturado! ¡Pero qué farsa! Todo el mundo está impresionado por la persecución de un hombre que mató

a su mujer, cuando aquí hay montones y montones de caballeros a los que veo diariamente que no sólo matan a sus mujeres, sino que queman vivas a las mujeres de otros, o les cortan brazos y piernas y les quitan a los bebés de los brazos para tirarlos al río o dejar que se mueran de hambre en la selva. O les golpean la cabeza contra los árboles. ¿Por qué la civilización ha de aterrarse ante el crimen de un Crippen y en cambio da la espalda perezosamente cuando los pobres indios del Putumayo, o los bantúes del Congo, vuelven las manos manchadas de sangre atroz y los ojos aterrorizados hacia los únicos que pueden ayudarlos?

Me gustaría que hubiera algún rayo de esperanza. Leí un poco las cartas, perezosamente y sin ningún interés por ninguna noticia de casa, excepto por la señorita Green, Bill Moule y algunas buenas noticias de Irlanda [...]

Jueves, 10 de noviembre de 1910

Me desperté a las 4:30

[...] Estuve ocupado escribiendo a primera hora de la mañana. Va a ser un día muy largo. Allan Davis, A. King (los asesinos de Justino Hernández en Encanto) y J. Dyall llegaron de Encanto ayer por la tarde. Debo interrogarlos lo antes posible.

Allí también vi la Huitota, que estaba zarpando. Llegó por la noche desde Providencia y traía de vuelta a los tres barbadenses, Mapp, R. Phillips y A. Hoyte; pero en ella no venían sus cosas ni sus mujeres. No habían ido a Santa Catalina. ¡Tenían miedo de ir! Al llamarles e interrogar a Mapp, descubrí la siguiente razón: declararon que Agüero, Armando Blondel (Bruce también estaba implicado) y los demás habían urdido una trama y que, de vuelta a Abisinia, algunos indios boras o *muchachos* les iban a tender una emboscada en el camino. ¡Agüero no les permitía ir a Santa Catalina a la luz del día! Les ordenaron que esperaran en el puerto hasta que llegaran allí Rodolfo Rodríguez y el caucho de Santa Catalina, y que entonces fueran cuando se hiciera de noche. ¡Bruce les daría una linterna! Iban a volver por el mismo camino por orden de Agüero, quien, según dicen, hizo comentarios desdeñosos sobre la «Comisión inglesa» que tenían que ver conmigo.

Un *negro* brasileño en Providencia, llamado Pinheiro, vino a contarles lo que había oído decir a Agüero, Blondel, Bruce, etc. en la casa y les avisó de que no fueran por ese camino. Armando Blondel intentó tirarles de la barca a la fuerza y hacer que se fueran, pero ellos se negaron a moverse y volvieron a subir. Dicen que Solar (el ex-oficial de policía de Iquitos al que Tizón despidió y que ahora es el lugarteniente de Macedo) también hizo comentarios de menosprecio hacia la Comisión (y hacia mí mismo) y dijo que si alguno de los barbadenses se quedaba cuando yo me fuera sería muy malo para él. ¡El que se quedara pagaría por el resto! Burke, el ingeniero, llegó a decir luego —Greenidge y Bishop lo oyeron— que si él fuera el jefe de sección, haría que dispararan a estos jo... ingleses y que conocía a un jefe, Agüero, que podría hacerlo.

Previne a la Comisión, especialmente por Chase y Sealy, que estarán con ellos cuando vayan a Abisinia y Morelia. Un boras o dos podrían muy bien cargárselos y después dejarlos en manos de los «caníbales».

He estado muy ocupado todo el día, repasando las declaraciones de los demás barbadenses y haciendo que las firmaran. También recogí los testimonios frescos de Joseph Mingg y Armando King. Este último es un mulato con una cara totalmente malvada. Es un rufián con pinta de asesino. Admitió haber disparado a Justino Hernández, pero fingió diciendo que fue en defensa propia. Después de tomarle testimonio, no le he hecho más preguntas sobre sus servicios, ya que este hombre es claramente un maleante y en las cartas de Loayza aparece como «agente confidencial».

Dyall reafirmó categóricamente las acusaciones contra Normand según las cuales éste aplastó los testículos de dos hombres desventurados. Por casualidad, también nos admitió a Tizón y a mí que Macedo y otros jefes le habían dado nueve mujeres indias diferentes durante su estancia aquí.

Tiene un hijo, un chico de tres años, pero la mujer que ahora está con él no es su madre. Pobre mujer huitota. Vaya destino: pasar de mano en mano entre estos horribles desgraciados sin voz ni voto, como le ocurrió a la desventurada mujer que Macedo le dio a Agüero hace una semana. ¡Todo este asunto es apestoso!

Tizón me dijo que el prefecto le había escrito para decirle que tenía noticias seguras: ¡el Gobierno colombiano iba a invadir el Putumayo!

Estaban haciendo una carretera desde Puerto Peruano hasta la parte alta del río y pronto invadirían esta región. Creo que parecía contento y que piensa que es una buena noticia para el prestigio político. ¡También

dijo que no cree que a la Compañía le quede mucho tiempo de vida! Le dije que había dudado sobre mi capacidad para intervenir en el acuerdo sobre el pago que se había propuesto de las cuentas de los barbadenses, pues yo no creía estar autorizado para hacer un acuerdo, sino que eran el Gobierno y la *Peruvian Amazon Company* quienes debían hacerlo. Dijo que si los hombres no aceptaban esta oferta, se quedarían sin nada seguro, pues ¡la Compañía puede que se haga pedazos mucho antes! Esto es bastante posible.

Más tarde me mostró un poder notarial que había recibido de Iquitos en el que le daban poderes totales sobre todo el negocio de aquí, para despedir a cualquier empleado del rango que fuera, para designar a otros, para liquidar asuntos, considerarlos terminados y dar los pasos que quisiera.

Su posición se ha fortalecido enormemente. Por otro lado, no me gusta su forma de ver el futuro. Él ya está perdiendo de vista a los indios y su porvenir, así como el de la Compañía (creo), pues —desde una visión más amplia— piensa que puede haber un conflicto con Colombia en el que él podría desempeñar un papel fundamental para el Perú. Una eventual «victoria», una «ampliación del territorio nacional» y cosas de ese tipo, por las que se está dispuesto a luchar, colocarían a los indios entre la espada y la pared.

También me enseñó un ejemplar del 10 de octubre de *El Comercio* de Lima que incluía un artículo sobre los «indios del Putumayo» y la investigación que próximamente emprenderán los tribunales de Iquitos (!) por orden del fiscal general peruano.

El artículo afirma que las autoridades limeñas actúan basándose en las pruebas aportadas por E. Deschamps en la carta dirigida a la prensa de Barcelona y en los hechos alegados por la Sociedad contra la Esclavitud de Londres [...]. Si hubiera alguna esperanza de que ésta fuera una investigación real, que deseara averiguar la verdad y castigar a los culpables, entonces sería bienvenida. No albergo tal esperanza. Tizón cree, o finge creer, que se trata de un intento sincero de proteger a los indios. Desde luego, yo no lo creo. Si existiera un deseo como ése entre la clase gobernante del Perú, ya lo habrían expresado hace mucho tiempo en lugares más cercanos que el Putumayo: ¿acaso no hay indios oprimidos en la *montaña*, además de en este trágico río? ¿Por qué no investigaron el asunto cuando se presentaron los cargos por primera vez en Iquitos, hace ahora tres años? ¿Es que no tenían un honor nacional que salvaguardar hasta que se mencionó en la prensa internacional y cuando un Gobierno muy poderoso ya ha comenzado a tomar cartas en el asunto para descubrir la

verdad? Lo que buscan ahora no es la verdad, sino acallar la verdad que otros están demostrando para su vergüenza.

He recibido montones de cartas de E.D. Morel, Moule y muchos otros. Conan Doyle me escribe que la suscripción nacional que Morel ha recibido ascendía a la cantidad de 1300 £ a principios de octubre y cree que podrá aumentar mucho, antes de finales de año. Moule ha zarpado hacia el Níger en el barco de John Holt. Dios le bendiga y al viejo Holt también. Subí a bordo del *Liberal* y vi al capitán Reigado y a los dos «expertos en agricultura» enviados por la *Peruvian Amazon Company*. [...]

He leído el artículo de *El Comercio* de Lima del 9 de agosto sobre los indios del Putumayo. El *fiscal* del tribunal supremo del Perú, la figura que corresponde a nuestro fiscal general del Estado, ha ordenado que el tribunal de Iquitos abra urgentemente una investigación sobre los cargos presentados contra la *Peruvian Amazon Company* por la Sociedad contra la Esclavitud. Exige que envíen a un juez con el mismo propósito. Afirma que se basa en la carta que Enrique Deschamps escribió a *El Comercio* desde Barcelona y que ese mismo periódico publicó el 7 de agosto. Tizón también me la ha enseñado. Es una buena carta, una carta excelente. En privado, Tizón me dice que ha escrito al editor o al propietario de *El Comercio* de Lima, que es su primo, diciéndole que el Gobierno tiene que pasar a la acción. También le está escribiendo al prefecto de Iquitos para rogarle que venga aquí en cuanto pueda. Me cuenta que el prefecto también le ha escrito a él; Tizón me pide que vaya a verle y le hable con sinceridad. Le he dicho que eso lo haré en privado. Dice que será una prueba de amistad, un acto de buena voluntad y amabilidad. Nuestra conversación fue larga y muy cordial, como, en efecto, lo son todas mis conversaciones con Tizón. Ha repetido enfáticamente todas sus antiguas garantías, que la banda de Iquitos debe disolverse, Arana desaparecer y la junta de Londres tomar el control por completo. Dice que los criminales huirán a Brasil en cuanto aparezca el juez y que ésa será la mejor solución. Allí se dejarán arrastrar por la corriente del Purús y otros ríos... ¡para repetir sus crímenes! [...]

Ha sido un día muy caluroso y una tarde abrasadora. Caminé hasta el arroyo junto a la ladera y me bañé en sus aguas suaves y terrosas. Es delicioso. Hablé con algunos indios de Sur que estaban allí. Son buenos chicos y varios hablan español o más bien lo chapurrean. Los demás jugaron al *bridge* después de cenar. Caminé arriba y abajo a la luz de la luna hasta casi las 21:30 y luego me fui a mi habitación, donde estuve leyendo los últimos *Daily Mail* y sus escandalosos gritos contra Alemania. Es un periodicucho espantoso, un charlatán profesional. Están reparando el eje de la hélice del *Liberal*. Han venido de Sur más de 40 indios —casi

50, diría— para ayudar a cargarlo y también los hombres de O'Donnell, muchos de los cuales vinieron a hablar conmigo para decirme que estaban en nuestra caravana hacia Matanzas.

Me dicen que el Liberal zarpará el martes, es decir, el 15, y que debería llegar a Iquitos el 24. Está previsto que el Atahualpa deje Iquitos el 27, pero estoy seguro de que llegará el 30 antes de que eso ocurra, así que puede que llegue a Manaos el 4 o el 5 y a Pará quizás el 9 de diciembre.

Después es difícil saber qué ocurrirá, pues tengo pensado ir a Barbados por muchas razones y tratar de concretar algunas cosas allí. Es muy poco probable que llegue a casa antes de finales de enero.

Domingo, 13 de noviembre de 1910

[...] Teniendo en cuenta que lo han despedido por culpa mía y de los barbadenses, Barbolini sería un buen compañero de viaje a bordo del Liberal. Felizmente habrá 16 de ellos a bordo: suficientes para cuidar de sí mismos. Más tarde, Gielgud nos fotografió a Tizón y a mí, para que cada uno tenga una fotografía del otro.

Bishop ya me ha contado que Barbolini mató a dos personas en Urania hace tiempo, cuando él estaba allí: disparó a un indio y le cortó la cabeza a otro. Sólo Dios sabe a cuántos más ha matado. Según nos contaron los indios en Puerto Peruano, hasta la fecha de nuestra llegada, en octubre, era el principal encargado de azotar en Entre Ríos.

Hoy, durante nuestra conversación, Tizón me ha contado que ha decidido visitar Abisinia y quedarse allí mucho tiempo cuando empiece una verdadera «actividad comercial» con los boras. Dice que los colombianos están de nuevo en el Cahuinarí —en su desembocadura—, que el camino que se está haciendo desde Pasto hasta la cabecera del Putumayo es algo serio y la amenaza de una invasión puede convertirse en realidad. Varios barbadenses tienen esposas indias e hijos y quieren llevárselos consigo. Yo digo que pueden hacerlo si se casan con ellas, de otra manera no. John Brown es uno de ellos. Le expliqué la situación. De nuevo ha sido un día muy caluroso y el río decrece constantemente: creo que ahora estará unos 7 u 8 pies por debajo del nivel más alto que alcanzaron las aguas el domingo pasado. Ése fue también el día (o la noche) del arco iris lunar.

Le he dicho a Tizón que mañana le pediré que les reparta las cuentas a los barbadenses y que le pediré a Gielgud que esté presente. Le dije (a Tizón) que yo estaré allí, pero no aconsejaré a los hombres ni una cosa ni otra, ya que no estoy aquí para arbitrar las relaciones entre ellos y la Compañía; la Compañía les hizo libremente esta oferta y yo les dejaré libertad para decidir lo que crean que es mejor para ellos mismos. Miranda vino ayer y está aquí hoy. Le dije a Arédomi que no podré llevarme a su mujer, pobre india. Hablé con Miranda sobre ella. Arédomi está bastante dispuesto a dejarla aquí, pero es algo que desde luego le preocupa. Son sólo unos chiquillos y a él en realidad no le importa. Ella teme que se la lleve uno de los *empleados* de Sur, un hombre llamado Zárate, que ya le ha dicho a su *capitán* que se la llevará. Arédomi me lo explicó a través de Bishop. Le pedí a Miranda que prometiera (a través de Bell) que la chica estaría a salvo y prometió por su honor que no permitiría que nadie se la llevara en contra de su voluntad. Arédomi «mandará a por ella», si elige convertirse en europeo, o volverá si así lo desea.

Bishop ha hecho de intérprete de la chica y dice que es muy infeliz. No es que le importe Arédomi, ¡simplemente es que también ella quiere escapar del Putumayo! Bishop dice que ha estado hablando con su hermano y que también le ha hecho saber cuánto le gustaría huir.

Me pregunto si han tenido éxito en su huida los 6 hombres de Occidente y el indio boras alto, quienes, según se cree, son los que entraron en almacén hace 10 días, «robaron» 2 paquetes de arroz y otras cosas y se escaparon por la noche en el barco de Greenidge, el panadero. Quizá hayan conseguido llegar al Putumayo y puedan llegar a Brasil. Ojalá el Cielo se lo conceda, pobres. ¡Fox y yo rezamos por ellos!

Hace un calor excesivo. No quiero ni pensar en que mañana es mi último día ni tampoco en el acuerdo sobre las cuentas de los barbadenses. ¡Puedo equivocarme dejando que se lleve a cabo!, aunque no sé en qué. Si me quedo al margen y dejo que la Compañía y los hombres lo negocien juntos, el Foreign Office no se vería con las manos atadas si luego quisiera elevar una protesta sobre el asunto del maltrato generalizado de los hombres.

Me quedarán unos cuantos días en Iquitos, donde tendré que estar en guardia en todo momento. No me sentiré a salvo ni alegre hasta que haya visto Tabatinga y la bandera brasileña ondeando sobre las tropas de soldados mulatos. Aquí, en esta región cubierta por la oscuridad, Brasil es sinónimo de libertad.

Las cartas de Iquitos me cuentan que ha habido una «revolución» en Manaos entre los Neri y los Bettencourt y que los buques cañoneros han bombardeado la ciudad. Además de eso, la revolución de Portugal y la huida del rey Manuel y su madre a Gibraltar no son precisamente buenas noticias. Pobres portugueses; van de mal en peor. Un puñado de granujas cultos robará a 6 000 000 de campesinos de manera más inteligente y a mayor escala que cualquier hombre-espectáculo del mundo. La monarquía portuguesa no era un espectáculo de un solo hombre, y ésa ha sido su debilidad. Si los esfuerzos absolutistas de *Dom* Carlos hubieran tenido éxito y João Franco no hubiera fracasado al proteger a su rey, quizás hoy Portugal estaría en el camino del éxito hacia la seguridad económica. Ahora perderá no sólo sus rentas públicas —que se han extraviado por extraños canales—, sino también sus colonias en África, que hasta ahora sólo se han salvado por su amistad con Inglaterra. Si Inglaterra y Alemania se hubieran puesto de acuerdo para mostrarse indiferentes hacia Portugal, podrían haberse repartido el botín. La influencia de la Corona portuguesa reforzaba la unión de Europa; a todo el mundo le «gustaba» la monarquía Braganza: era antigua e ilustre. Monarquía y pueblo habían nacido juntos y, mientras mantuviera a su rey, Portugal habría tenido más posibilidades de conservar sus territorios de ultramar. Hoy todos estos sentimientos amistosos se desvanecerán. Nadie albergará el menor sentimiento de benevolencia ni reverenciará una república portuguesa en manos de una banda de medio asesinos y medio tahúres. La primera disputa sería sobre los nativos o cualquier otra que afecte al este o al oeste africano supondrá el principio del fin.

Subí la colina con Arédomi y me bañé en el rápido del río. Allí había un *batalón* y una *balsa* o plataforma. Muchos de estos árboles del Amazonas flotan incluso cuando están casi verdes, pues la balsa parecía de madera joven y todavía tenía la jugosa corteza adherida al tronco. Arédomi y yo nadamos hasta ella y la remolcamos hasta la orilla, donde la usamos como una especie de tabla de lavar para enjabonarnos. Volvimos por el pantano y las colinas que están detrás de la casa y encontramos una extraordinaria oruga, con pelos de color amarillo pálido y una corona de mechones como la de una cacatúa. Arédomi dijo que era venenosa, me imagino que lo serían las púas irritantes de pelusa amarilla. Barbolini, el cobarde que golpeó al chico indio de Sur, ha sido despedido en el acto (he escuchado que fue Macedo, todo hay que decirlo), pero no se irá conmigo en el Liberal el martes. Vuelve a recoger a sus «esposas» (¡el muy animal tiene dos!) y sus cosas y después irá a Encanto, donde tomará la siguiente salida del Liberal cuando el barco vaya allí a por el caucho del Cara Paraná. Esto me ahorrará el disgusto de tenerlo a bordo.

El día está siendo agradable, aunque muy caluroso y el pobre Fox padece asma. La Comisión se irá conmigo hasta el puerto de Tarma, desde donde irán a Oriente, el territorio de Alcorta. Creo que después continuarán hasta Sabana y las secciones de Santa Catalina y Abisinia. Barnes me cuenta que la última está funcionando con pérdidas de 36 000 soles al año = ¡3600 £! Y este dinero se despilfarra en un distrito que se mantiene gracias al asesinato, la masacre, el canibalismo y todos los crímenes que estos depravados puedan concebir. Jugamos al *bridge* (Tizón y yo éramos pareja) y gané con facilidad dos partidas de tres, contra Barnes y Gielgud.

Lunes, 14 de noviembre de 1910

Me levanté muy temprano, a las 5:20, y salí a la galería. Amenazaba con ser una mañana espléndida, así que salí con todos los perros: Duquesa, la adorable y vieja lebrél escocés; Boff, que encuentra nuevos rastros; Blackie, al que le gusta escarbar; y la versátil Ladybird, la perra que se nos pegó en Entre Ríos y ahora trata de hacer lo mismo con cada perro que ve. Correteé con deleite vestido con mi pijama y mis zapatillas de fieltro para el baño —que se empaparon— a través de la hierba cubierta de rocío y subí la colina de Sur, donde el lebrél y los perros persiguieron a la Compañía encabezados por Ladybird, por supuesto. Aquí vuelvo a mi último «día de campo» en La Chorrera. Tengo que hacer que Tizón y Gielgud distribuyan las cuentas de los hombres entre ellos. Estaré en la galería con todo preparado para explicarles con exactitud mi postura: la de un espectador muy interesado, nada más.

El día en el campo duró desde las 8:20 hasta la hora del desayuno, a las 11:15; toda la mañana. Los hombres eran 20 en total, pues Philip Lawrence, el cocinero jamaicano, un chico de 19 años, vino a verme esta mañana ¡y dijo que también se iba! Según entendí, tenía la intención de quedarse unos meses, junto a Donald Francis y S. Greenidge, pero me imagino que él y Macedo han discutido. Según la copia de su cuenta que me trajo ayer, a él no se le ha hecho ningún descuento del 25%. Todas sus compras tienen la misma tarifa que las del resto de los hombres, a saber, ¡desde el 200% al 400% sobre su precio en Iquitos! No iba a disfrutar del descuento de gracia que iba a hacerse a los demás. Supongo que el maldito canalla de Macedo pensó que yo olvidaría preguntar a

este chico sobre su cuenta y que así, después de que yo me fuera, esperarí­a sentado a que llegara su compensación. No obstante, el sá­bado le dije a Philip Lawrence que pidiera una copia de su cuenta tal y como estaba a 31 de octubre y cuando me la trajo vi enseguida que estaba «zanjada». No se lo dije, sino que simplemente le sugerí­ que volviera a verme el lunes, ya que tenía la intención de preguntarles a Tizón y Gielgud por qué estaba excluido de la *bonificación* general. Evidentemente, entretanto él decidió irse y creo que es lo correcto. De los 20 hombres, sólo 2 se quedan, Donald Francis y S. Greenidge; los demás se vienen conmigo en el Liberal. Crichlow llegó pronto de Último Retiro, en el séquito de Jiménez, quien llegó de Último Retiro a las 7:00 en el Veloz, acompañado de algunos de sus salteadores y varios indios que traían el caucho de esa sección.

Todos los hombres aceptaron la *bonificación* y les sugerí­ que les dieran las gracias a Tizón y Macedo. Había un montón de componendas por todas partes, de las que tampoco se libraba Tizón (lamento decirlo). Por ejemplo, las cuentas de estos hombres se cerraron el 31 de octubre, pero muchos de ellos han seguido trabajando hasta hoy. E. Batson, J. Mí­nggs y Crichlow han estado trabajando en las lanchas y en Último Retiro y la mayoría de los demás han estado trayendo el caucho de Victoria. Sin vacilar, todos se han quedado sin la paga de medio mes. De nuevo, Jiménez no le dijo nada a Crichlow de que era yo quien le había mandado buscar, tan sólo le dijo que necesitaba que cuidara del transporte del caucho, así que Crichlow había dejado allí toda la ropa y también a su «mujer». Lo dijo enseguida, además de hacer varias objeciones al estado de su cuenta. Mi actitud fue muy distante. Les expliqué a los hombres que no podían reclamar legalmente (Bishop en primer lugar), pues habían comprado estas cosas a precios abusivos a sabiendas, es decir, sabían que les estaban timando. El representante local de la Compañía les había hecho libremente la oferta de un descuento de $\frac{1}{4}$ sobre esos precios y dependía de ellos aceptarla o no, según lo que prefirieran. Los hombres sabían que tenían pocas probabilidades de conseguir más y habían aceptado, así que, en lo que a ellos se refiere, el asunto está cerrado.

Sydney Morris ya tenía el cheque por la suma en sus manos antes de aparecer en la habitación. ¡Menudo método! Antes de interrogar a los hombres para ver si estaban de acuerdo con este arreglo, habían intentado manipular a los más débiles, dándoles el cheque de una cuenta que estaba *sub judice*.³⁹ Para mí, Tizón ha caído bastante bajo.

³⁹ Pendiente de decisión final.

Se les ha estafado sistemáticamente durante años, se les ha maltratado terriblemente y los han convertido en criminales para que esta asociación criminal de salteadores de caminos y vagabundos pueda enriquecerse asesinando y robando a los indios y timando a los menos culpables de entre sus empleados.

Estaba indignado por esta actuación: Gielgud y Tizón fingían que era una «concesión notable» que se había hecho por mí; que los precios en Iquitos eran muy altos, pero que si hubieran comprado cosas, por ejemplo, en el Purús o «en el Amazonas», habrían tenido que pagar casi lo mismo. Simplemente señalé que estos hombres eran empleados de la Compañía y que lo lógico era que no compraran cosas en otros almacenes, sino que adquirieran todo lo necesario de sus propios empleadores y que los precios normales de venta al público de un almacén del Amazonas no tenían nada que ver. Además, mi propia cuenta por las cosas que he comprado desde que llegué a La Chorrera se ha calculado, de la manera más descarada, según «los precios de Iquitos, más un 25% de transporte». Mi factura por un montón de cosas, desde el 23 de septiembre al 12 de noviembre, asciende sólo a 261,52 soles peruanos + 25% = 65,38 soles peruanos = 326,90 soles peruanos. Lo mismo les saldría a los barbadenses por 1000 soles como mínimo, es decir, ¡36 £ para mí y 100 £ para ellos! Revisaré las cuentas de los hombres y compararé en columnas paralelas los precios que han pagado ellos con los precios que me han cobrado a mí.

Después del acuerdo sobre las cuentas de los barbadenses, tuve una larga conversación con Gielgud, justo antes de comer. Su disposición de ánimo (¿o moral?) es extraña. Francamente, creo de corazón que es tan malo como cualquiera de estos sinvergüenzas peruanos. Es un gorrón egoísta de sangre fría que siempre piensa en sí mismo en primer lugar. Claramente piensa que, puesto que estos hombres han aceptado esta *bonificación*, sus labios están sellados, o los del Foreign Office, en lo que respecta a la Compañía.

Después de desayunar, le dije que no había ningún cambio, ni en lo que a mí se refería ni en las protestas que elevaría ante el Foreign Office sobre el trato al que se sometía a estos hombres. Estoy contento de abandonar este horrible agujero.

Después de desayunar, ocurrió algo extraordinario. Jiménez vino con Bruce —para que le hiciera de intérprete— a pedirme que habláramos. Estaba sentado junto a Barnes en la galería y le dije que por supuesto que podíamos hablar en ese mismo momento. Se sentó y comenzó a decir, por intermediación de Bruce, que se había enterado de que en el *Truth* le

acusaban de atrocidades, etc., y que quería sacarme de mi error para que cambiara mi opinión sobre él.

Le dije que yo no tenía nada que ver con lo que habían publicado los periódicos y que si un periódico inglés le había difamado, tendría que acudir a los tribunales. Dijo que así lo haría, pero que quería hacerme cambiar de opinión sobre él. Yo era un «*caballero distinguido*», etc., y no quería que pensara mal de él. Barnes estaba sentado, escuchando. O'Donnell, Adolfo Castro Pol y un joven peruano (medirá unos 6' o más) de Sabana vinieron y se sentaron a escuchar.

Jiménez no paraba de hablar, con la clara intención de que yo dijera que no creía las acusaciones de [João Baptista] Braga y *Truth* contra él y que aceptaba su desmentido. Me abstuve totalmente de decir esto. Señalé que yo no tenía nada que ver con estas cuestiones, que le incumbían a él, a *Truth* y al Gobierno del Perú, y que, aunque personalmente pudiera tener una buena opinión sobre él, no era yo quien debía tratar las acusaciones de *Truth* en uno u otro sentido. Como se empeñaba en que diera mi opinión, yo le dije: «Muy bien, ya que me pregunta, le diré de forma bastante franca que no puedo llevarme una buena opinión sobre usted. No se trata de *Truth* simplemente, sino de que en muchos sectores he oído cosas que usted hizo y, aunque algunas puedan ser exageraciones, no creo que todas lo sean. Pero lo dejo en manos de su conciencia: sabe perfectamente lo que ha hecho; si ha hecho el mal, ahora podría intentar hacer el bien».

Le sugerí que tomara medidas contra *Truth* por difamación si pensaba que lo habían perjudicado. ¡Dijo que lo haría!

Tanto él como los demás parecían estupefactos y, después de unos cuantos comentarios más del mismo estilo, nos dio un apretón de manos y se marchó. Bruce se quedó para hablar conmigo y destapó todo el tinglado. Admitió que todo el sistema de trato con los indios era infame y que si los indios habían disparado a un hombre blanco, hacían bien. Dijo que todos los jefes habían azotado y que, si lo negaban, estaban mintiendo. Yo le dije que ya lo sabía, que el sistema había sido malo desde el principio y que algunos hombres eran mejores que otros. Fue un intento extraordinario de sonsacarme. Jiménez sabe que vendrá un juez peruano y quiere que yo haga declaraciones en presencia de testigos. Esto lo encubriría. Hay miedo por todas partes. Me gustaría poder pensar que la investigación del Perú es sincera y honesta, pero creo que todo es para tapar el asunto. Tizón está encantado ¡porque dice que demostrará que el Perú ha actuado por

sí mismo antes de que le impusieran una presión extranjera! Una bonita idea: después de esperar 3 años, cuando las cosas se ponen feas y se ha destapado el asunto, el Perú reacciona tarde.

La realidad es que toda esta gente es mentirosa. No confiaría en ninguno de ellos y, mientras escribo estas páginas tarde en la noche del lunes, siento que todos los problemas que he temido pueden aparecer de nuevo en Iquitos. Tizón me tiene mucho miedo a mí y al testimonio de los barbadenses. Se da cuenta bastante bien de que sus pruebas, que tengo por escrito, sellan no sólo el destino de la Compañía, lo que le da bastante igual, sino también el honor y el buen nombre del Perú, lo que sí le importa mucho. Parece bastante posible que esté escribiendo al prefecto para pedirle con insistencia que, cuando yo llegue a Iquitos con estos 18 negrísimos testigos en contra del Perú, los interroguen, es decir, que los interroguen este juez de instrucción. El método para hacerlo será el suyo, el suyo propio. El propósito también sería el suyo: perjudicar a estos únicos testigos, obtener discrepancias, desmentidos, retractaciones y demás, para que la única prueba que el Perú teme esté en su poder antes de que llegue a Inglaterra, donde podría hacer estragos. Estoy muy perturbado. Esta prisa por liquidar las cuentas de los barbadenses ha estado animada por motivos indignos. Le dije a Tizón que no deseaba ese acuerdo. Comenzó a sacudir la pierna —señal sudamericana de inquietud— y le dije lo mismo a Gielgud —ese zopenco incomprendible—; él dijo que creía que la Compañía debía decidirlo. Ellos habían forzado prácticamente un acuerdo sobre estos hombres, involucrándome como parte conforme hasta donde habían podido. El propósito estaba claro: si se llegaba a un acuerdo sobre las demandas de los hombres en mi presencia, no habría ninguna razón para que tuvieran una representación en su nombre ante la Compañía o al Perú. Paso n° 1: logrado en La Chorrera (así lo creen). Paso n° 2: robar todas las pruebas de los barbadenses en Iquitos, de modo que el señor Casement y sus 18 negrísimos testigos se vayan del país. Estoy en un aprieto constante.

Muy tarde en la noche conversé con Barnes y le hablé de mis miedos o, más bien, de mis temores renovados. Se da bastante cuenta de lo apremiantes que son. Dice que no puedo interrumpir el viaje en el Yavari ni en ningún otro lugar, a no ser que el «pasajero» esté registrado allí. Reigado, el capitán del Liberal, se lo dijo en el último viaje. Así que si me marcho de La Chorrera con todos mis barbadenses con destino a Iquitos, todos deben ir. Yo quiero dejarlos en algún lugar de Brasil y recogerlos a la vuelta cuando descendamos el río. Esto no puedo hacerlo a menos que lo anuncie aquí y diga que, por ejemplo, van a desembarcar en la

desembocadura del Yavarí. Entonces sabré cómo están las cosas para mí o cuáles son las intenciones que tienen respecto a los barbadenses. Debo decirlo y ponerles a prueba, y si veo que existe la intención premeditada de obligarme a que me lleve a los hombres a Iquitos, entonces al menos habré desenmascarado al enemigo y podré luchar abiertamente. ¡Me negaré totalmente a ir en el Liberal! ¡La balsa puede aparecer de nuevo flotando en las aguas de Igaraparaná! No puedo llegar al Amazonas si esta gente no me ayuda. Está a 650 millas y ni siquiera tendría comida. No me dejarían la Huitota ni ningún otro medio de transporte hasta el Amazonas.

Incluso los barbadenses (¡alguno de ellos!) podrían unirse al enemigo. La crisis del viaje por este río maldito ha llegado con esta panda de infames rufianes. Ahora la llegada del Liberal se ha retrasado hasta el miércoles 6, así que mañana tendré que prepararme para la batalla.

Martes, 15 de noviembre de 1910

En La Chorrera

[...] Burke, el ingeniero de la Huitota habló conmigo después de cenar. Una historia increíble, merecedora de la «bondad» de Alcorta en Oriente. Dijo que eso de que Normand le había «abierto la cabeza a los niños» era algo que Alcorta nunca había hecho. ¡Tampoco había dejado que sus *muchachos* se comieran un hombre! Asimismo, cuando una de sus «esposas» le fue infiel con un indio, él no la disparó, como haría Agüero, sino que hizo que el hombre se la llevara. Zumarán destrozó a latigazos a una mujer en la estación de Indostán. Burke la vio: tenía golpes de una pulgada de profundidad. Velarde hizo lo mismo con 2 hombres. Alcorta se los está guardando para «enseñárselos al cónsul». Al igual que los barbadenses, Burke lo admitió todo: una declaración voluntaria para estar a bien conmigo. Sabía que Jiménez había hablado y dijo: «Por supuesto, todo el mundo sabe que Jiménez ha matado indios». De hecho, ayer Bruce dijo que, con el sistema actual, los indios no durarían más de 6 años. Yo dije que 10 años y él respondió: «No, ni siquiera 6. Cuando yo llegué aquí, la Compañía tenía 10 000 indios y ahora no tiene nada parecido».

Dos extrañas confesiones que llegan al final de mi estancia. Las ratas abandonan el barco antes de que se hunda. Al ver que he ganado y que sé todo, intentan quedar bien conmigo. Bruce también me dijo que Bartolomé

Zumaeta había ultrajado a la mujer de Katenere delante de él cuando el propio Katenere estaba en el *cepo* y que por eso le disparó.

Miércoles, 16 de noviembre de 1910

¡Gracias a Dios! Hoy me he ido de La Chorrera y de la «propiedad» de la *Peruvian Amazon Company*. Todavía soy su involuntario huésped en el vapor Liberal junto con los dieciocho barbadenses, cuatro esposas indias de éstos y los hijos de John Brown, Allan Davis, James Mapp y J. Dyall. Dyall peleó mucho para llevarse a una mujer india, su décima «esposa». Vino a las 8:00 para decir que Loayza, la mujer que le habían dado en Encanto, no quería que la dejase e insistía en ir con él. Fui a ver a Tizón, quien, por razones que creo justificadas, se niega a dejarla venir. Aunque por supuesto que este rechazo de Tizón es ilegal. La Compañía no posee a la gente y sólo una autoridad gubernamental podría negarse a permitir que esta india, o el indio que sea, se marche. Tizón dice que Dyall no tiene recursos para mantenerla, lo que es cierto; que se niega a casarse con ella, lo que es cierto; y que no es la madre de su hijo, lo que es cierto también. Dyall admite todo esto, pero dice que Velarde le quitó a la madre de su hijo en Occidente y que no tiene a ninguna mujer para que cuide de su hijo. Por último, hay una razón todavía mejor: la propia mujer quiere acompañarle. La mujer vino llorando, se quejó por tener que quedarse y montó una verdadera escena. Tizón siguió en sus trece y yo le dije a Dyall que no intervendría, pues creía que las razones de Tizón eran buenas. La mujer incluso intentó subirse en el barco, pero la pararon en la plataforma y la obligaron a desembarcar. [...]

Me despedí especialmente de Miranda y O'Donnell y después de estrechar por última vez la mano de Tizón, Gielgud, Barnes y Fox, desatamos las cuerdas y nos movimos hacia la corriente. Dos tremendas explosiones dieron la señal acústica y nos marchamos. Sealy y Chase habían venido para darme un adiós especial y los vi por última vez tanto a ellos como a Francis y Greenidge, quienes estaban en lo alto de la escalera diciéndonos adiós con la mano. Enseguida nos deslizamos por las aguas tranquilas que hay entre el banco de arena y la orilla y, dirigida la proa río abajo, en un momento los perdimos de vista. Lo último que atisé fue, al mirar hacia arriba, la gran catarata blanca derramándose en el extremo superior del remanso. Fue mi última visión del escenario de la que creo que es la tragedia más nefasta que existe hoy en la tierra.

[...] ¡He visto que Garrido, Guzmán y el otro empleado también están en la mesa con nosotros! En las secciones, se obliga a estos «perus» a que coman ellos solos; cuando estuvimos río arriba, Garrido comió con Bishop. Éste y John Brown están en la mesa auxiliar en la cubierta superior, donde antes comían los criados en el viaje río arriba; por último, Arédomi y Omarino también están en la cubierta superior así como una *chiviclis*⁴⁰ pequeña que Macedo me dio.

[...] La luna apareció brillante tras un espléndido atardecer, uno de los más hermosos que he visto nunca. Cuando salía vimos el reflejo brillante en las copas de los árboles: luna llena, además. Cuando su imagen se distinguió entre los árboles vimos que había un eclipse y, cuando finalmente salió, tuvimos una vista magnífica de éste. Era un eclipse total según el almanaque de Reigado. La faz de la luna estaba totalmente oscura a las 20:00; después aparecieron nubes, que ocultaron las fases siguientes.

Me acosté pronto, pero me desperté a las 2:30; había una luna llena espléndida y la preciosa selva de palmeras desfilaba silenciosa y suavemente, recortándose sobre un cielo nocturno azul pálido. Lo miré prolongadamente y pensé en el destino de las pobres tribus indias que de forma tan vergonzosa habían sido capturadas, esclavizadas y asesinadas en estas hermosas regiones por esta pandilla de rufianes infernales. Pensé en Katenerne —el valiente jefe boras—, en todos los indios asesinados de esta selva y en todos los crímenes increíbles y bestiales que estos hombres infames habían cometido; y me maravilló la paz que Dios emitía sobre los árboles. La selva, con sus criaturas salvajes, es mucho más feliz que los «núcleos de civilización» que han creado y puesto en marcha estos bellacos peruanos y colombianos de una gran Compañía londinense.

Jueves, 17 de noviembre de 1910

La otra noche me llevé a la *chiviclis* a mi camarote y jugó mucho conmigo, se acurrucaba y emitía ruiditos. Después la puse en su caja y la cubrí para calentarla. Esta mañana hice que Arédomi la sacase para jugar con ella y alimentarla. Tanto él como Omarino y Bishop duermen en la cubierta

⁴⁰ Probablemente se refiere a una chinchilla.

superior. Una mañana preciosa. Ahora el río es ancho y profundo y los bancos de arena son cada vez más bajos. Cualquier atisbo de tierra alta se ha desvanecido y ahora nos encontramos en la región pantanosa cerca de las costas bajas y planas del Putumayo. El capitán me dice que lleva 66 toneladas de caucho y 35 de leña a bordo. [...]

16:30 - Llegamos a Pescaria. Aquí está el canalla de Cerrón del que me habló Quintín. Me parece que el río está más bajo que cuando vinimos el último septiembre. La corriente es noble y Arédomi y Omarino están viendo un mundo nuevo. Arédomi dice que el nombre que le dan al Igaraparaná es Cottué y Harmia al Putumayo. Es difícil saber de dónde viene el nombre de Putumayo. En 1827, el teniente Maw no sabía que ese nombre se utilizaba para el río, pero había oído que era un lugar y una tribu india. Probablemente es quechua y sin duda se refería primero a los indios de las aguas altas, pues me parece que «mayo» significa en quechua «agua» o «río». [...]

Viernes, 18 de noviembre

[...] Navegamos hasta Triunfo, a una milla de distancia. Allí también hay, en la ribera derecha, en un espacio despejado, una cocina —incluso un buey—, lo que queda de un antiguo molino de caña de azúcar para hacer *cachaça*, y varios árboles de lima, y un cítrico lleno de fruta madura. También había un montón de palmeras *popuña*, con fruta madura. Había algunas personas: tres hombres (supuestos *blancos* peruanos) y muchas mujeres de piel parecida, hermanas, primas y tías, varios huitotos y otros *muchachos* indios. La casa era una auténtica pocilga. Los barbadenses bajaron a tierra y compraron panecillos y cigarrillos con dinero suelto; supongo que sería la cantidad extra que algunos de ellos consiguieron trabajando después del 31 de octubre, fecha en la que se cerraron sus cuentas.

Desembarqué con Bishop y Arédomi, y tomé una fotografía del lugar así como de las hermanas, las primas y las tías; prometí que les enviaría copias, lo que les encantó. Aquí también compramos leña y estuvimos bastante tiempo hasta que la cargamos a bordo. El capitán dice que en Brasil apenas se puede obtener leña —incluso nada en absoluto— y que está contento de haber venido hasta el Yaguas para cogerla.

El tal Fonseca, al que dispararon en las cercanías hace poco, era pariente de «nuestro» Fonseca de Sabana. Bishop había oído hablar de él. Uno de los chicos de aquí le contó a Bishop que dispararon a Fonseca después de que se pasara tres o cuatro días «observando cómo los indios recogían caucho», así que creo que aquí debe suceder lo mismo pero a menor escala. El prisionero está ahora en Iquitos —el «chico» de Fonseca— y supongo que era uno de los huitotos que trajeron cautivos. El capitán dice que aquí no hay indios yaguas ni de otra tribu a menos de tres días río arriba. El propietario de Recreio me contó que hay un *varadero* al otro lado del país, a diez días hacia Caballococha, a siete días río arriba en canoa, y también un *varadero* en Pebas a 2 o 3 días. Bishop dice que, cuando vino en el Liberal el pasado agosto, [...] trajeron varios esclavos huitotos y los dejaron en Pebas.

También dice que el chico al que Simón Angulo y Celada mataron hace tan sólo unas semanas era un indio ricagaros, cuya esposa había sido ultrajada por uno de los peruanos, razón por la que se alzó en pie de guerra como Katenere y durante dos años disparó a todos los trabajadores de caucho y a otros. Entonces se rindió en Abisinia, cansado de una vida de huida, y su final fue que lo asesinaran hace un mes esos dos sinvergüenzas.

Río abajo, pasamos Recreio a las 16:27; está una milla larga más abajo de Triunfo. El agua del Yaguas es como la del Igaraparaná, bastante cristalina, aunque tiene un color amarillento turbio desde la cubierta. Cerca de Recreio y Triunfo entran varias corrientes de aguas más oscuras. El capitán dice que no hay más ríos afluentes desde Recreio hasta la desembocadura. Calculo que Triunfo está a unas 28 millas río arriba en el Yaguas y siete días en canoa equivaldrían a 160 millas más arriba, donde está el *varadero* a Pebas. El río tendrá unas 250 millas a lo sumo, de las cuales probablemente 60 (incluso con un nivel bajo de las aguas, como aquí) son navegables por el Liberal y al menos 120 por lanchas más pequeñas. Hay una crecida evidente de las aguas de 8 a 12 pies. 8 pies más serían un nivel alto; 12 serían el máximo en caso de crecida. [...]

Cuando esta tarde entré en la casa, los tres peruanos *blancos* de Triunfo tenían una mirada bastante asustada. Todos sabían quién era yo porque el hombre de Recreio se dirigió a mí como «*señor* *cónsul*»; no puedo dejar de pensar que hay algo más en el asesinato a tiros de Fonseca que la historia que contó Reigado sobre el chico que le disparó porque «alguien le dijo que lo hiciera». Aquí también han ocurrido algunas maldades habituales y —en su ignorancia (son todos mestizos)— estos granujas creen que en cierto modo es eso lo que me ha traído aquí. Toda esta gente me

ve como si fuera una especie de asombroso investigador que ha llegado al fondo de las cosas.

El capitán me cuenta que el Fonseca al que mataron aquí era el tío del villano que está ahora en Sabana. Su viuda, que está en Iquitos, le vendió «el negocio» del Yaguas al hombre que he visto en la casa. Se llama Azambriga, un nombre portugués.

El patrón me cuenta cosas extrañas. Ahora tiene a un marinero huitoto, un tipo de fuertes extremidades, muy robusto, de unos 22 o 23 años. Este joven «pertenece» a un hombre de Iquitos llamado Grosso, pero el chico no quiere quedarse con él. La última vez, entró a trabajar a bordo para poder marcharse como marinero, pero Grosso vino y ¡quería que el capitán le diera un pagaré de 50 £ a cambio del chico! Reigado se negó y le dijo que podía llevar al chico a la policía si así lo deseaba. Dijo que Grosso no se atrevió, porque no habrían podido retenerle. Después también le dijo a Grosso que pagaría al chico él mismo, en vez de darle su sueldo a él, su Amo, así que a Grosso no le quedó otra que aguantarse.

Reigado reconoce que en Iquitos se han vendido muchas mujeres y chicos huitotos y que siempre hay mucha demanda. Le pregunté que cómo era posible, pues ellos siempre podrían exigir su libertad, y él simplemente se rio. Dice que los hombres pagaban 40 £ por un chico o una chica. Entonces quiso hablarme de los dos marineros huitoto que tenía en el último viaje, cuando llegué. Ninguno de ellos sigue con él: uno está en Punchana con el viejo piloto, Manuel Lomas. Cuando Reigado le pagó un finiquito de 6 £ en el último viaje, le preguntó qué iba a hacer con el dinero y el chico dijo que se compraría «una gorra y un par de pantalones». Entonces el patrón le dijo que era dinero suficiente para comprar 20 gorras y pantalones y él simplemente se rio y dijo que él daría esa cantidad a cambio de uno de cada. Así que Reigado le dio el dinero a Manuel y le pidió que cuidara del chico, que se llama «Julio», y vigilara que no le robaran. Dijo que «los judíos» de Iquitos no le robarían como roban a todos los indios. El otro chico «pertenece» al actual capitán del puerto de Iquitos, que de alguna manera se hizo con él en el Putumayo, pero el chico no quiso quedarse con él y «se hizo a la mar». Ahora ha vuelto con el capitán del puerto, ya que está enfermo. Se llama Bolívar, lo pregunté después. Lo llevaron a Iquitos y se escapó nada más llegar. Reigado dice que él quiere ser libre y no volver al Putumayo. Pablo Zumaeta trató de localizarlo, pero —como aclaró inmediatamente— fracasó. Bien hecho, Bolívar.

El práctico más joven, Simón Pisango, ha cambiado su nombre a Pérez, no a Pizarro.

Al pobre Arédomi le han picado mucho los tábanos y ha venido a que le diera la crema Colonel's que me dio el anciano en Manaos antes de irme. Se la extendí sobre el pecho y los hombros. Ahora está lavando platos a bordo y echando una mano; sonrío muy contento constantemente. [...]

Tengo la intención de preguntarle a Reigado por qué Zubiaur dejó la Compañía. Whiffen afirmó ante el Foreign Office que fue por trapichear con las reservas desde La Chorrera y sisar de los depósitos especiales y privados de Pablo Zumaeta y Macedo. No me cabe ninguna duda de que así fue y creo que, dada su buena disposición para las confidencias en este momento, Reigado me lo confirmará. Este juego está llegando a su fin y todos lo saben; si presiono, me lo contarán casi todo, incluso perjudicándose los unos a los otros. Son una pandilla de sinvergüenzas.

Hemos vuelto a entrar en el Putumayo a las 19:35. Hemos perdido 9 ½ horas subiendo y bajando el Yaguas, pero estoy contento de haber podido verlo. Parece que hay más palmeras en las riberas de los afluentes que en el río principal. La noche estaba cerca y la luna se oscureció. Mi pequeña *chiviclis* es bastante alegre. La dejo correr casi todo el día y sólo por la noche la pongo en su triste y pequeña jaula de hojalata. Vi algunas mariposas espléndidas hoy —diferentes de cualquiera de las que vimos en el alto Igaraparaná—, una variedad pequeña con puntos redondos, naranjas y negros, que era excelente. Mientras estábamos en Recreio y Triunfo, un ser alado y grande, de color amarillo ocre y siena quemado, revoloteó a lo largo de la cubierta.

Sábado, 19 de noviembre de 1910

Llegamos al puesto fronterizo brasileño a las 2:00; estuvimos allí algún tiempo y luego continuamos hasta el siguiente —así llamado— puesto militar brasileño, donde sufrimos un nuevo retraso. Me levanté y me di cuenta de que el río parecía considerablemente más bajo que cuando pasamos por aquí en septiembre. El capitán dice que el nivel del Amazonas es mucho más alto. Calcula 15 horas desde la frontera brasileña hasta el Amazonas yendo en vapor, o unas 120-130 millas. Según el cálculo de Reigado del trayecto río abajo, la distancia entre La Chorrera y el Amazonas es de unas 570 millas. Calcula ir a 8 nudos río abajo, pero creo que la embarcación va a más, especialmente en el mismo Putumayo,

donde la corriente es mayor que en el Igaraparaná. El capitán dice que en total ha perdido 3 horas en estos dos sitios, pues tuvo que comprar leña en el puesto militar.

Hemos pasado por varios asentamientos de *seringueiros*⁴¹ brasileños: cabañas entre los árboles de la orilla, en la ribera derecha casi todos. A las 11:00 pasamos por un río excelente y grande, llamado Uruté, y después navegamos por un tramo largo del río para ir a buscar leña a la casa de un colombiano, una cabaña en un claro. Esta es la zona de los indios ticuna, pero el capitán dice que trabajan el caucho ellos mismos. Pasamos por un lugar en la desembocadura que era propiedad privada suya: el habitual sinsentido de la «propiedad». Por donde pasamos, todos son ocupantes ilegales. Dos vapores de Manaus atienden este lugar. El capitán dice que río arriba tienen indios ticuna que son la mano de obra de este lugar. A las 13:00 hicimos otra parada en la orilla derecha para conseguir leña. El práctico paga 3 £ por 1000 zoquetes, según él tonelada y media. En este último lugar —un calvero de unas 30 yardas cuadradas— había una pequeña cabaña abierta en un huerto de maíz que era más alto que su propio tejado. Los hombres compraron fruta y caña de azúcar. El capitán dice que el viejo, que tiene una mujer medio india y dos hijos ya mayores, antes era un peruano de Tarapoto, pero que ahora habla portugués, como hacen muchos de los ocupantes ilegales peruanos y colombianos que viven aquí. Han perdido su español, o eso dice él. No hay vida en el Putumayo peruano, pero aquí, en el Putumayo brasileño, pasamos por cabañas y calveros cada pocas millas. También nos cruzamos con varias canoas; una bastante grande iba río arriba con las velas desplegadas y otra que bajaba llevaba a un negro de mediana edad, a su mujer y un niño. Nos saludaron mucho rato con la mano. La selva es más majestuosa que en el alto Igaraparaná, aunque «no hay indios» y aquí debe haber una buena cantidad de caucho.

A las 15:00 nos acercamos a una excelente hilera de árboles.

Llamé a Leavine y confirmó sencillamente las peores historias de Normand, las quemadas, las cabezas destrozadas y todo lo demás. Este hombre es un completo desalmado. Descubro que nuestro amigo, Vásquez Torres según creíamos —el animal de Atenas que tanto nos desagradaba a Barnes, Gielgud y a mí—, es en realidad Alejandro Vásquez, uno de

⁴¹ Caucheros.

los rufianes más infames a los que se hace referencia en el documento de Hardenburg. Collantes le acusa de asesinatos repugnantes.

¡Bishop dice que Velarde le dio a Arístides Rodríguez 7000 soles peruanos a cambio de quedarse con Sabana cuando él se vaya! Arístides ha sacado de Sabana 30 000 kilos en un solo *fábrico*; Velarde piensa conseguir lo mismo, así que le ha dado una propina de 700 £ a cambio de la estación. ¡Es un método verdaderamente interesante para una Compañía inglesa! La tierra de altas selvas resulta ser, mirándola mejor, una alta colina en pendiente, cubierta de casas desde la orilla hasta casi la cumbre: el primer asentamiento brasileño real que haya visto. El humo que salía de varias de las cabañas por las que pasamos mostraba dónde se estaba ahumando el caucho.

15:30. Pasamos el terreno alto. Es un lugar bastante civilizado, con escaleras y una empalizada junto a una pequeña casa muy cuidada, que tiene la galería pintada de azul y blanco y las figuras de un hombre y una mujer en su interior. La colina está desarbolada hasta la cumbre, a unos 100 pies sobre el río, y está plantada con plátanos. Más abajo, a 50 yardas, hay un segundo claro plantado con mandioca y una cabaña abierta para los trabajadores.

Navegamos bien, diría que casi a 10 nudos con la corriente a nuestro favor. Esta noche, sobre las 21:00 o las 22:00, deberíamos llegar al Amazonas y tener por delante la deprimente distancia de 600 millas hasta Iquitos, adonde no deseo ir en absoluto. Hoy he interrogado a Leavine, P. Lawrence, Batson y Crichlow de nuevo acerca de algunos detalles que he estado leyendo en el documento de Hardenburg. Sobre este tema, Lawrence, que ha estado en La Chorrera desde 1904, confirma que se golpea y azota a los indios cuando cargan y descargan los barcos de vapor.

El asesinato de los indios ocainas y su posterior quema, cuando algunos aún no estaban muertos, tuvo lugar allí en 1903. Bishop dice que oye hablar de ello a menudo. Rafael Larrañaga desempeñó un papel destacado. Se acusaba a los ocainas de matar colombianos. No hay duda de que los papeles de Hardenburg son ciertos en su mayor parte, aunque aquí y allá se den detalles equivocados. Incluye mentiras y exageraciones, pero los hechos principales y las acusaciones son sustancialmente correctos. Además, han tenido lugar cientos de crímenes que no se han registrado en ellos. Normand, Agüero, Fonseca, Montt, Jiménez, los dos hermanos Rodríguez y Martinengui han asesinado entre ellos a varios miles de estos infelices. No hay duda de ello. La semana pasada, en La

Chorrera, Tizón me reconoció que los dos Rodríguez «han matado cientos de indios» y que Arana les da el 50% de la producción de dos secciones, Santa Catalina y Sabana. Los barbadenses acusan a Normand una y otra vez de haber matado muchos cientos. Hoy Leavine dijo que «más de 500», que él había visto matar a 20 indios en cinco días sólo en Matanzas y a los perros comerse los cadáveres; apestaban tanto los alrededores de la casa, que él no podía comer. Estos siete monstruos han matado unos 5000 indios en los últimos siete años disparándoles, azotándoles, cortándoles la cabeza, quemándoles y matándoles de hambre. Barnes dijo que los indios de la Compañía eran 10 000 cuando Normand llegó y que «no había nada parecido ahora»; él ha estado aquí durante dos o tres años a lo sumo. Fonseca ha matado a cientos también y lo mismo Martinengui. Los menos criminales son probablemente O'Donnell, Miranda y Alcorta; entre los demás es difícil elegir, a excepción de que Montt carecía probablemente del valor de los otros monstruos. ¡Y esto se hace en nombre de la civilización y del desarrollo industrial!

Lunes, 21 de noviembre de 1910

Durante la noche, nos detuvimos largo rato en Boa Vista para conseguir leña y no nos fuimos hasta las 6:00, cuando lloviznaba como ayer por la mañana. El capitán se queja del aumento del precio de las cosas aquí en Brasil. No contentos con la subida del valor del milréis,⁴² ahora esta gente pide los precios más absurdos por todo lo que posee. Aquí tienen la mayor cantidad de leña que existe —una selva literalmente sin límite— y consiguen madera seca simplemente talando la que encuentran en la puerta de sus casas, y sin embargo ayer nos pidieron 72 milréis por 1000 zoquetes, aproximadamente 1 ½ toneladas de combustible. A 12 500, esto representa casi exactamente 6 o 4 £ por tonelada, ¡bastante más de lo que cuesta el carbón en Iquitos! El patrón se negó a pagarlo y consiguió la madera más barata. [...]

Está mañana pregunté a quién le gustaría quedarse en el Yavarí y quién continuaría hasta Iquitos. Descubro que todos, salvo Philip Lawrence,

⁴² Moneda brasileña.

desean quedarse en el Yavarí e ir a Manaos en el primer barco. Sólo Bishop y John Brown, con su mujer e hijo, continuarán conmigo, y Philip Lawrence, el ex-cocinero de La Chorrera. [...]

Aquí está la lista, tal como se la he dado al patrón para sus listas de desembarco en el Yavarí y en Iquitos:

LISTA DE LOS PASAJEROS
QUE DESEMBARCARÁN EN ESPERANZA

21 de noviembre de 1910

James Mapp — esposa e hijo
Allan Davis — esposa e hijo
Alfred Hoyte — esposa e hijo
Reuben Phillips y esposa
James Lane
Clifford Quintin
Joshua Dyall e hijo
Sydney Morris
Evelyn Batson
Augustus Walcott
Preston Johnson
Edward Crichlow
Westerman Leavine
Joseph Minggs

14 hombres - 4 mujeres - 4 niños

Los siguientes continuarán hasta Iquitos:

F. Bishop
John Brown — esposa e hijo
P. Lawrence
También 2 chicos indios: Arédomi y Omarino

El principal problema es la cuestión de la comida, pues deduzco que no hay comida en Esperanza. Se lo mencioné al capitán y descubrí que tiene abundantes provisiones de sobra que puede vender. Dice que compró de más y no las dejó en La Chorrera. He calculado las cantidades con Bishop,

Allan Davis y James Mapp y hemos decidido comprar aproximadamente lo siguiente:

140 libras de arroz
80 libras de alubias
70 latas de carne
100 latas de sardinas
1 tonel de galletas
Sal, azúcar, té y 10 latas de leche para los niños.

Dejaré a Davis y Mapp a cargo del grupo. He escrito cartas a los capitanes de los barcos de vapor para que lleven a los hombres a Manaos y recuperen el dinero de los billetes del vicecónsul británico en Manaos, y le he escrito a este último para pedirle que cuide de ellos hasta mi llegada. Así que todo está listo. [...]

16:00 - Hemos tenido un día bastante interesante. A las 10:00, hicimos una parada en un elevado montículo en la orilla izquierda del río, empinado y que sobresalía más de 35 pies por encima del nivel del agua; había pisadas en la parte de arriba. Es Palmares: una hilera de cabañas cerca de Belém. Conseguimos leña y yo me fui a la orilla. En este momento las dos casas resultaban muy acogedoras, como hechas a medida, y las más cómodas que se podía imaginar en esta localidad; también la gente. El terreno era asombrosamente rico, todo lo que habían plantado parecía gigantesco: la caña de azúcar tenía casi el grosor del brazo de un hombre, había una gran variedad de frutas y también flores de hibisco. Había un estanque con muchas tortugas; uno de los hombres dijo que ha comprado 25 esta mañana. También hay excelentes papayas y deliciosos pimientos rosas y piñas tan buenas como las de Pernambuco. La yuca o mandioca también es muy buena y hay abundantes gallinas y pollos, de los que compramos algunos. Vi una pareja de preciosos papagayos verdes de cabeza azul y, por supuesto, con las alas bastante intactas. Estaban posados sobre una de las casa y eran muy mansos. ¡El dueño pedía 4 £ por cada uno! Entonces me ofreció un paujil piquirrojo por 2 £, una belleza, pero decliné la oferta. Al final, el *donno da casa*⁴³ lo bajó a 1 £, pero rehusé de nuevo, no tanto por el precio como por la distancia por la que había que transportarlo y porque estaba seguro de poder conseguir uno más barato en Pará.

⁴³ El hombre de la casa.

Todo el mundo estaba cerca de la orilla, disfrutando de este hermoso museo de historia natural. La selva que nos rodeaba era preciosa, sólo ocupaba un pequeño claro, pero cada yarda de él era fértil. Cerca del borde del acantilado, la hierba crecía exuberante y había una parcela suficiente para alimentar una vaca y una oveja o cabras. Estas personas podrían vivir a lo grande si trabajaran. No hacen sino trabajar el caucho. «El caucho lo paga todo», como dicen en el sur «el café lo paga todo». Allí compran todo lo que necesitan con el dinero que ganan con el café; aquí sucede más o menos lo mismo, con la salvedad de que ni siquiera pueden comprar las cosas que necesitan, de manera que el dinero va a parar a payasadas absurdas o se desperdicia. Justo sobre nosotros podemos ver Belém, con su famosísima iglesia que cuesta 3000 £. Equivale a la capilla privada de la casa de un noble, aunque sin capellán. No hay curas en 1000 millas y la misma Belém es simplemente el lugar de un solo hombre, lo que en África occidental llamaríamos «fábrica». Sin embargo, no le pongo ninguna objeción a la iglesia, pues pone de manifiesto la existencia de una mente y un alma fuera de lo común en este melancólico río; sin embargo, la mayoría de estas personas, cuando tienen dinero, lo malgastan en excursiones a Manaos o en cosas tontas y bastante innecesarias. Las casas no tienen camas y no verás un libro ni en cien millas a la redonda ni tampoco a un maestro de escuela, pero sí acordeones que cuestan 10 £ y un anillo de diamantes o un reloj con cadena de oro para exhibirse ostentosamente en las pretenciosas aceras de Manaos; a menudo se paga mucho más por cosas peores: damas de Polonia. En este lugar, la naturaleza proporciona generosamente comida a esta gente. Nunca vi semejante profusión de verduras, al lado mismo de las casas; si no, estarían muriendo de hambre, pues no es el sudor de su frente lo que se las proporciona. [...]

Abandonamos Palmares a las 11:00 y dejamos atrás Belém al mediodía. Es un claro excelente que pertenece a un hombre, llamado Mafra, de ascendencia italiana, aunque es peruano, como muchos de los magnates del Solimões. Una excelente casa embaldosada, algunos almacenes grandes con tejado de hierro y una hilera de cabañas con tejados de palmera para los trabajadores; más allá, la desembocadura de un río. Aquí cada propietario tiene su propio río, con una lancha de vapor guardada cómodamente. El claro que rodea a estas casas es grande y la famosa iglesia tiene dos torres. El patrón dice que cuando viene el cura hace de ella algo bueno, pues Mafra es muy devoto, y a menudo su fe se reaviva durante estas ocasiones bianuales. Trabaja el caucho en este río y en otro que está más allá, al que llegaremos a las 12:30. Este río es más ancho, mide más de 160 yardas en su desembocadura, y tiene una *alvarenga* o barcaza anclada en mitad de la misma, que sirve para recibir o entregar *cargos* —bienes o caucho— a los

barcos de vapor que pasan, así como para vigilar la desembocadura de la principal *quebrada*.⁴⁴ Cada «finca» tiene su propio río y pobre del forastero o del pirata del caucho al que sorprendan en ella. Nuestro práctico jefe, Manuel Lomas, dice que ha remontado el río durante 6 horas, unas 50 millas, en una gran lancha de vapor. Dice que Mafra es el dueño de los indios ticuna de allí arriba y que ellos trabajan el caucho. Supongo que, desde el principio de los tiempos, ninguna lancha del Gobierno brasileño ha ascendido por este río y sólo Dios sabe lo que puede estar sucediendo allí, a pesar de la presencia en las elevadas orillas del Solimões de la iglesia y sus dos torres. El propio Mafra puede que sea un hombre devoto, pero cuando se trata de la posesión de los indios de estas selvas amazónicas, temo por el cuerpo de los indios, más que por el alma de su propietario. El gran banco de arena se extiende hasta más allá de Belém, envolviendo la vista del río a nuestra izquierda a lo largo de millas. Un terreno como el del banco —pues no se compone de arena, sino de rica tierra negruzca— podría alimentar a todo un reino si un millar de chinos lo trabajara. No es necesario talar árboles ni despejarlo, pues ya lo hace el gran río. El río acumula millones de toneladas de limo brillante, que el movimiento del agua, al bajar desde la cresta, lava, arrastra y deja reluciente y después lo deposita a lo largo de millas, dejándolo extendido bajo el sol y la lluvia anualmente durante el tiempo suficiente para conseguir dos cosechas al año. Antes de que el agua vuelva a cubrirlo, se reviste de rico cereal y, como cada crecida del río deposita gradualmente más limo, las zonas centrales crecen cada año y después nace el primer *embaúba* o yagrumo, al que poco a poco sigue el crecimiento de toda una selva hasta que el banco de arena se convierte en una isla poblada de árboles. Algún día esa isla volverá a desaparecer, milla a milla, cayendo en remolinos de árboles desmochados y leguas de selva destrozadas en dirección a un nuevo abismo abierto en la fortísima corriente del agua. Se cerrarán canales que este año tienen 60 pies de agua y que son la ruta principal de los barcos de vapor de Liverpool; acabarán convirtiéndose en islas al año siguiente. Ahora, mientras escribo, un tramo del río de más de 4 millas de ancho se abre a izquierda y derecha entre las islas. Estoy seguro de que, en una Sudamérica reorganizada, cuando Alemania haya puesto en cuestión la doctrina Monroe y la haya despachado felizmente con fusilería nutrida y proyectiles, el valle del Amazonas se convertirá en uno de los graneros más grandes del mundo. También creo que sus pobladores serán una raza de

⁴⁴ Afluente de un río.

hombres felices. Satisface prácticamente todas las necesidades esenciales de la existencia humana y lo hace en un clima que es el mejor del mundo, por su latitud ecuatorial. Todo lo que necesita es el toque de una mano invisible. De una manera vergonzosa y cobarde, los portugueses (y los peruanos y otros) han exterminado a los indios aborígenes, que podrían contarse por millones si los jesuitas hubieran triunfado contra Pombal y los colonizadores. Los asesinos no han reemplazado con nada a aquellos a quienes destruyeron: ni la civilización ha sustituido a lo salvaje, ni los hombres blancos han reemplazado a los cobrizos; todo lo que podían hacer y han hecho es no derribar, ni construir, ni crear. Este poderoso río, y más allá las orillas de este gran continente, esperan la mano de la civilización: cuatrocientos años con los españoles en su nacimiento y trescientos con los portugueses en su desembocadura lo han convertido primero en un infierno y después en un desierto. Ninguna visión sería más agradable que la bandera de la civilización teutona avanzando a través de su selva. Los americanos han conseguido su parte de América y les costará todo su tiempo civilizarse a sí mismos. Alemania, con sus 70 000 000 de hombres vigorosos, tiene mucho que hacer por la humanidad aparte de proporcionarnos música y espectáculos militares. Dejémosla desatar sus energías reprimidas en este continente y que Dios se apiade de las ratas que lo han roído durante tanto tiempo. En ese momento, la ley y el orden encontrarán un sentido y la justicia y el trabajo, en su avance por este poderoso río, dominarán la selva, fundarán ciudades y harán realidad en este glorioso continente desaprovechado las brillantes palabras con las que Bates cierra su libro: «Soy de la opinión de que, aunque la humanidad sólo pueda alcanzar un estadio cultural avanzado luchando contra las inclemencias de la naturaleza en las latitudes altas, la raza perfecta del futuro únicamente logrará bajo el Ecuador que el hermoso patrimonio del hombre, la tierra, rinda sus frutos plenamente».

Comparto la creencia de Bates y pienso que las personas adecuadas para esa tarea no son «ni los sajones ni los italianos», sino nuestros amigos los alemanes. Tampoco los americanos o los canadienses, ni ningún pueblo latino o latinizado. La maldición de este continente ha sido su latinización. Con todo a su favor —incomparablemente por delante de las desoladas praderas de América del norte— poblada ya por millones de personas suaves, dóciles y laboriosas, ¿qué han hecho por él 400 años de «civilización latina»? Han reducido a una décima parte los muchos millones de habitantes de las mesetas andinas, los han rebajado a una condición de esclavitud que es única entre las razas blancas que gobiernan el Este y han asesinado a los salvajes moradores de la selva con todos los métodos

bárbaros que puedan concebirse, no para reemplazarlos por colonos y agricultores blancos, sino simplemente para esclavizar a los supervivientes por el interés de un puñado de usurpadores miserables, malvados e ignorantes. A continuación ha tenido lugar el pillaje de las selvas y la piratería vegetal ha sustituido a la humana, para que el populacho ignorante de Pará, Manaus e Iquitos pueda visitar Pará o Lima y satisfacer sus apetitos sensuales con los vicios de ambas ciudades.

Martes, 22 de noviembre de 1910

No llegamos a Esperanza hasta la 1:00 de la madrugada. Hacía tiempo que no dormía y esperaba que descansáramos allí hasta que se hiciera de día y pudiéramos organizar el desembarco de los hombres. Sin embargo, el capitán me llamó para decirme que el joven oficial de aduanas que estaba a cargo había permitido de buen grado que los hombres bajaran a tierra y colgaran sus hamacas bajo la casa. Este joven subió a bordo. [...] Fue un placer ver el rostro moreno y sincero de un afectuoso brasileño de aspecto decente después del típico asesino puro al que me he acostumbrado en el Putumayo peruano. Me pidió si podía dar indicaciones a los hombres para que no hicieran *barulho*⁴⁵ ni se emborracharan. Desembarcamos con mucha comida para ellos y escribí órdenes para todos los barcos que fuesen río abajo dirigidas al señor Dening, el vicecónsul de Manaus, para que cuidase de estos hombres a su llegada y pagasen el barco de transporte.

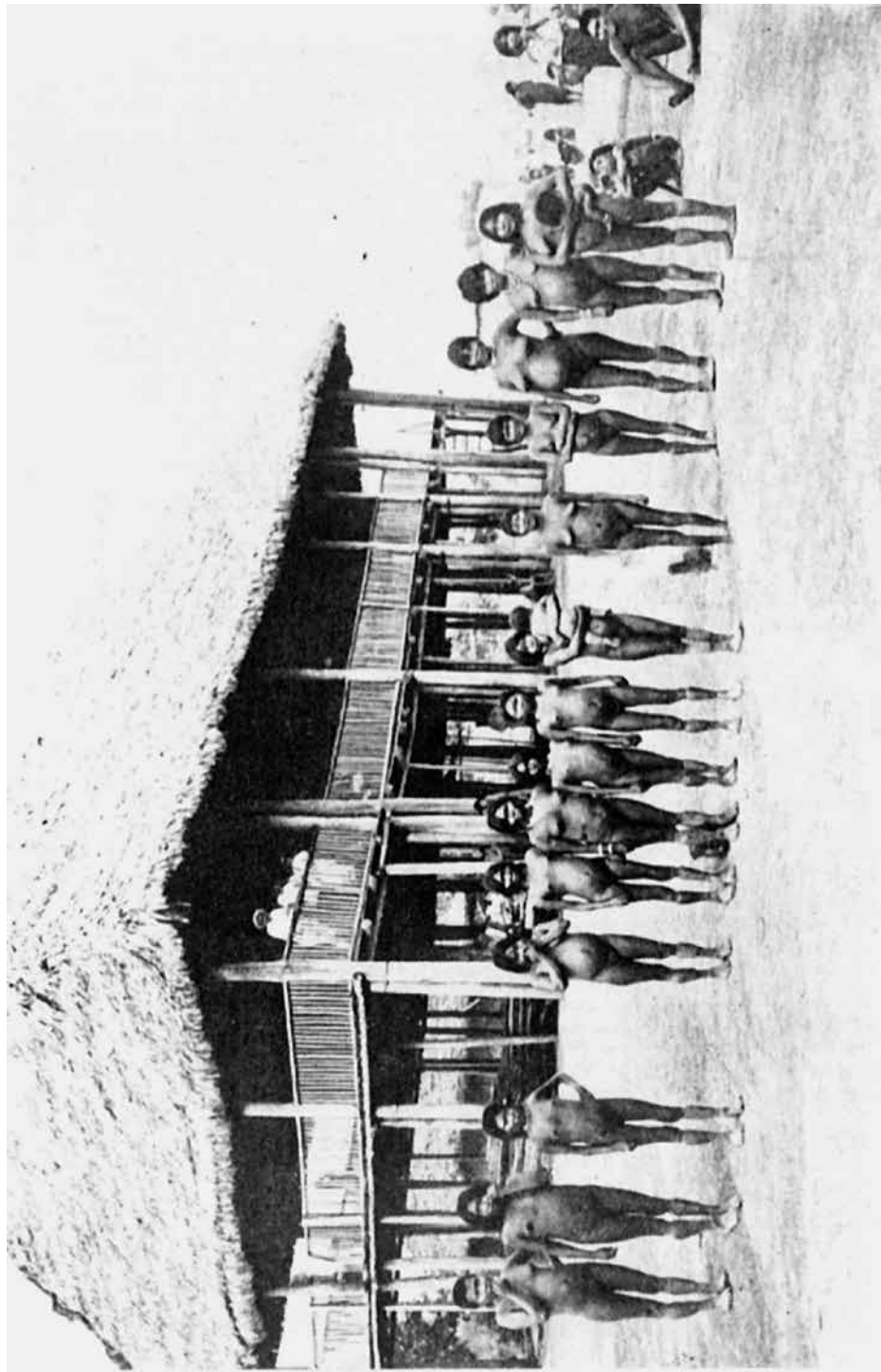
[...] Paramos en un lugar donde había madera en la orilla norte, en medio del antiguo Loreto, y compramos 1500 zoquetes de leña a un español a 25 soles/- cada 1000. Ésta cuesta 2,10 £ frente a las 3 £ (la más barata) que cuesta en Brasil, aunque el capitán diga que la madera brasileña está mejor de precio. El calvero en el que nos detuvimos es claramente viejo, tiene el pasto bajo y está recortado por 4 cabezas de ganado. No hay plantaciones, pero sí muchas palmeras *popuña* con fruta madura. Conseguimos muchas de éstas, pues mi pequeño Omarino escaló una palmera de tronco liso de la que habían quitado los salientes. Se ató mi pañuelo

⁴⁵ Barullo.

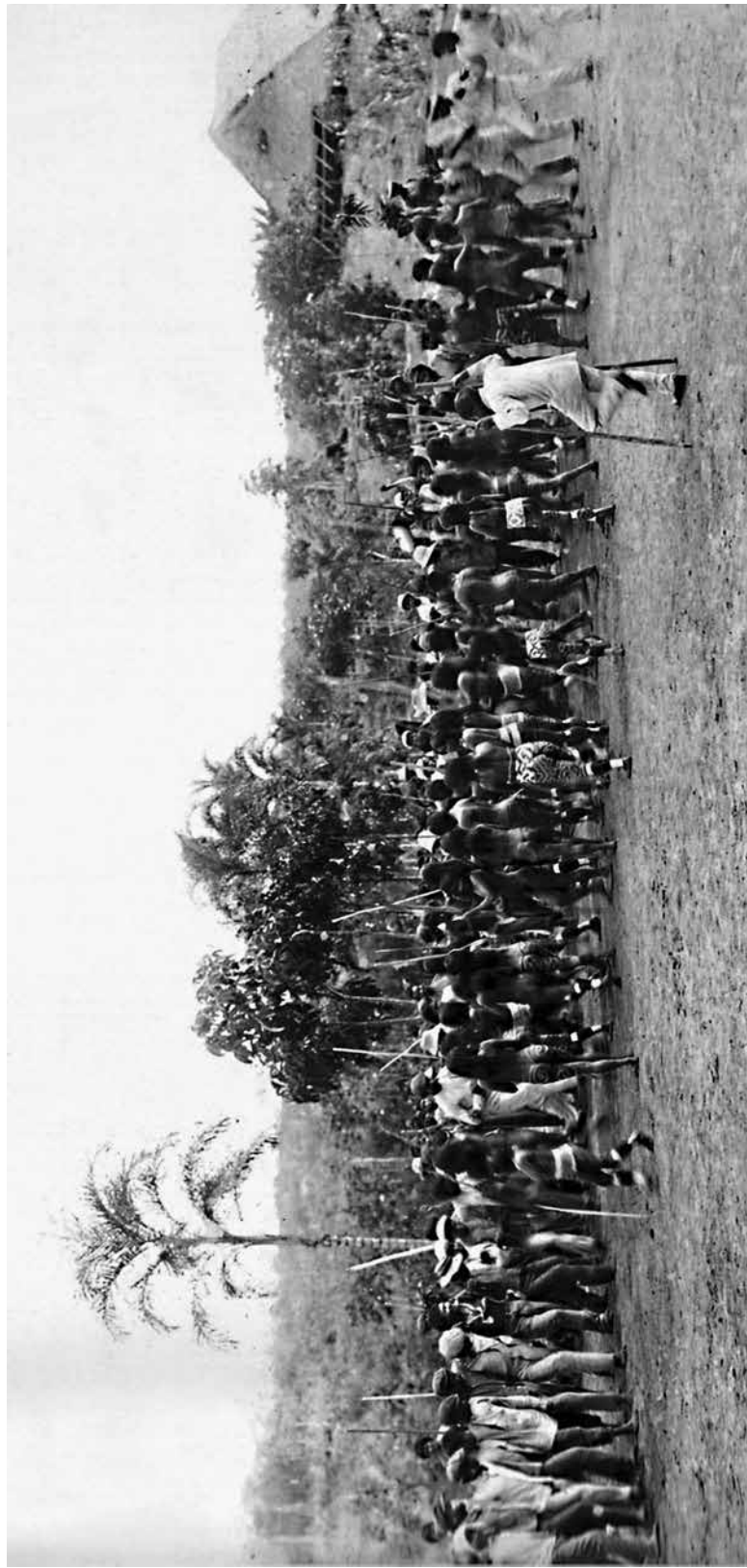
alrededor del tobillo y subió en un segundo. El *negro* brasileño —que estaba en Providencia cuando Mapp y los barbadenses sufrieron la emboscada de los *muchachos* caníbales de Agüero— se encuentra a bordo, ya que se marcha tras cinco años al servicio de la Compañía. Estuvo muy atareado haciendo que cayera la fruta de una de las palmeras más cercanas con un palo largo que le alcancé.

Cuando estaban cargando la leña a bordo, le di a los marineros *cholos* algunos cigarrillos; mejor dicho, le di un paquete a uno de ellos y éste lo distribuyó enseguida con los demás y se quedó sólo uno para él. Son unos *muchachos* excelentes —siempre están sonriendo y se muestran serviciales— y si unos hombres blancos decentes los manejaran adecuadamente, serían una espléndida raza. El dueño de la casa no estaba cuando llegamos, pero regresó a tiempo para cobrar la leña; dice el capitán que es un español. Me imagino que vive aquí ilegalmente, como hacen todos en las riberas del río. El antiguo pueblo de Loreto prácticamente ha desaparecido, sólo quedan dos o tres cabañas dispersas como ésta en la selva, y aquí y allá hay alguna palmera u otro árbol plantado. Este español tiene dos pequeñas canoas, las piraguas corrientes en este río, y una piragua bastante más grande —con forma de barco— con borda y un *pamalcarí*⁴⁶ hecho de palmera en la popa. Por curiosidad pregunté cuánto costaba. Dijo que la había construido él mismo y que no estaba a la venta. No obstante, cuando le pregunté por su valor actual, dijo que era de 30 £ y añadió que había rechazado 25 £ en oro que le habían ofrecido por ella. En Europa se habría considerado caro que la vendiera por 4 £. Aquí su valor intrínseco era mucho menor, pues todo lo que se necesitaba para hacerla era un hacha, un serrucho y una azuela. La selva ofrecía la madera gratis para cortarla y la palmera para el tejado; todos los materiales se podían tener totalmente gratis y sólo era necesario el trabajo humano con algunas herramientas necesarias. Hoy he visto una parte del banco de arena plantada con yuca o mandioca. La planta había brotado de manera espléndida y había crecido recientemente, ocupando tan sólo una pequeña parcela. Muestra lo que podría hacerse con esta tierra provechosa, pues estoy seguro que la mandioca no tenía ni dos meses.

⁴⁶ Tejado.



Indias de la etnia huitoto, preponderante en la región del imperio de Arana. Foto: Silvino Santos



Estereotipo de los huitotos y de los indígenas del Putumayo en general. Foto: Silvino Santos

Miércoles, 23 de noviembre de 1910

[...] En Iquitos, que no tiene iglesia, vive una gran colonia de judíos. También hay una colonia grande de chinos mestizos, es decir, el resultado de la mezcla entre chinos e indios *cholos*; es un tipo físico bastante bueno. El motor comercial de Iquitos son principalmente los judíos. Desde que he llegado al Amazonas peruano he resuelto un enigma que a menudo me dejaba perplejo. En Johannesburgo, antes de la guerra y probablemente a partir de ella, en la prensa que escribía sobre los judíos se les llamaba de forma coloquial «peruanos». Nunca escuché la explicación o la razón, pero ahora veo de dónde viene.

Hemos parado una vez para buscar madera sin éxito. Nos quedamos en una playa bastante bonita con una preciosa casita rodeada por un hermoso jardín con una valla alta alrededor. Todos los hombres desembarcaron para conseguir naranjas, pues el patrón dijo que había a montones. Omarino y yo acechamos algunas maravillosas mariposas, con lunares negros y verdes, y una con rayas y negras y carmesí o escarlata. Omarino capturó una —una blanca y roja— pero dejé que se fuera enseguida y voló sin que le hiciéramos daño. Fui incapaz de aplastar el pequeño cuerpo palpitante entre mis dedos.

Hubo una tormenta fuerte por la tarde, sin mucho viento, pero con una lluvia sofocante. Según me han dicho, en algún momento de la noche debemos llegar a Pebas, donde tenemos que parar por leña. Dice el capitán que aquí los indios yaguas van completamente vestidos con su atuendo nativo original. Se trata de un vestido de fibra de *chumbira* trenzada en una voluminosa prenda que les cubre todo el cuerpo. Tizón me ha dado una, pero todavía no he visto llevarla. No llegaremos a Pebas con luz, así que me temo que habrá pocas oportunidades de ver a estos indios. Lo extraño es cómo habrán sobrevivido y preservado sus costumbres nativas y sus trajes cuando, en las otras 2000 millas de río, los indios se han pasado a las filas de sus supuestos civilizadores en atuendo y aspecto externo. En general, este atuendo consiste en una camisa y un mono o pantalones de algodón con un sombrero de paja ancho y tosco. Es especialmente poco favorecedor y las piernas bronceadas y bonitas de estos hombres tienen un aspecto tan pintoresco que es un crimen sustituir el *fono* o el taparrabos de corteza blanqueada por esta ropa miserable. [...]

Estoy leyendo *Negro in the New World*, de Harry Johnston, y me gusta mucho. Él me envió la «primera copia» (así lo dice) y me parece muy

interesante y bien hecho. Hoy le escribí una larga carta sobre el moderno comercio de esclavos aquí en Sudamérica, del que el ancho mundo no sospecha nada. [...]

Vi dos indios yaguas con sus imaginativos trajes en la playa a través de la luz tenue de la linterna. Estaban ayudando a nuestra tripulación con los escantillones⁴⁷ y llevaban enormes vigas a bordo con la mayor tranquilidad. Hice que los subieran a bordo, con luz eléctrica, y me quedé asombrado. El traje no tiene ni punto de comparación con nada de lo que he visto en mi vida. Tienen la frente rodeada de enormes cintas y están completamente vestidos con esta suave fibra crujiente. Está todo teñido de una rica y suave terracota roja y los rasgos pálidos y hermosos de estos dos hombres, que se intuyen tras estos filamentos, fueron una revelación. Uno era alto, el otro más bajo, los dos jóvenes y atractivos. Sus rostros eran sumamente agradables, tímidos y modestos. Los dos bajaron su mirada hacia la cubierta cuando los examinamos. La piel la llevan pintada también, creo que de rosa con achiote. Se parece al polvo de sándalo africano. El joven alto podría pasar por un príncipe inca: tiene facciones armoniosas, ojos suaves y delicados, hermosa boca y mirada baja y meditabunda. Alcé su rostro en dos ocasiones e intenté que nos miráramos a los ojos, pero él sonrió amablemente y bajó de nuevo la mirada. Tenía dos manojos de plumas de papagayo encima de las orejas. Sus esposas estaban en la playa y fui a verlas, pero las dos bajaron la cabeza y se taparon la cara con los brazos; así que no pude hacer más que mirarlas con la linterna; el anciano Ruiz me presentó en yaguas. El capitán dice que estos yaguas son «libres», pero aquí esta palabra necesita una definición. Imagino que todos están «en deuda» con el viejo de Ruiz. Parece que tiene 68 o 70 por lo menos y el capitán dice que nació aquí en Pebas, y que es el «jefe de todos los yaguas». También es el «gobernador» de Pebas. Cuando pregunté cómo era que estos indios no habían desaparecido o se habían convertido, como los ticunas y otros a lo largo del río, en el tipo del ocupante «civilizado», Reigado me dijo que no lo sabía, pero un minuto después obtuve la explicación. Aquí hay sacerdotes: una misión de agustinos, que en parte paga y mantiene el Gobierno del Perú, tiene a dos sacerdotes en la zona donde viven los yaguas y, al parecer, así ha sido durante mucho tiempo. Creo que esto explica la salvación de esta noble y grácil tribu. [...] Está claro que los han salvado los misioneros.

⁴⁷ Sección transversal de la madera.

[...] Reigado dice que Ruiz es el gobernador y que los indios «trabajan el caucho para él».

Es como el viejo negocio de zarzaparrilla en la época de Maw y Herndon. Si la tribu está intacta, el método peruano de «administración» también lo está. En un siglo no se ha mejorado el método, mientras que en el Putumayo tenemos a Pizarro y los crímenes del siglo quince están en pleno auge. ¡Qué país! Me temo que voy a tener un ataque de gastritis como en Pará en julio de 1908. Todavía tengo presente este recuerdo horrible y los síntomas que he tenido hoy me recuerdan el comienzo de aquel ataque. Tengo un sabor de boca amargo y repugnante después de todo lo que como o bebo. No importa lo que sea —comida, bebida, carne, pan, té o vino—, pues, en cuanto lo trago, me viene un sabor agrio y desagradable, como si tuviera la boca llena de quinina. A esto se le añade que cuando nos fuimos del Putumayo me salió una irritación en la piel, lo que me hace temer que, en efecto, voy a tener de nuevo la enfermedad horrible del estómago que me mantuvo postrado durante tres meses en 1908. Tendré que ir al doctor del Atahualpa en cuanto lleguemos y dejar la carne y demás a partir de mañana.

Jueves, 24 de noviembre de 1910

Lluvias fuertes y nubes tronadoras en todo el cielo. La corriente arrastra enormes cantidades de algas, etc. y sin duda el río ha crecido mucho en los últimos días. Tendría que estar muy contento de llegar a Iquitos ahora, especialmente porque hoy me encuentro peor y tengo mucho miedo de que se trate de un ataque de gastritis. El ataque de Pará era gastritis aguda, y no quiero tener otro como ése. Sería el colmo ponerme también enfermo aquí arriba en el Atahualpa —y desembarcar en Manaos preocupado por los barbadenses— con el largo viaje que me espera antes de disponer de cuidados o comodidades. Si llegamos a Iquitos a tiempo iré directamente a ver al doctor del Atahualpa.

Hoy hace fresco. Los marineros *cholos* están recogiendo todo y preparando muy bien el barco para la llegada a la capital local. Le he echado un vistazo a las cartas del Congo y a otras que me llegaron el 9 de noviembre y las he preparado para responderlas cuando emprenda el camino río abajo, espero que el domingo próximo, día 27, en el Atahualpa.

He pasado un día perezoso, sin escribir mucho y sin hacer nada. He jugado con mi pequeña *chiviclis* por la mañana; es una pequeña criaturita y pronto será una mascota tan grande como la que tuvimos en el río Madeira en mayo de 1908, la que salió volando por la borda cuando, una tarde, el tremendo tornado barrió la cubierta mientras descendíamos el río. La mantengo caliente y cómoda en mi camarote todas las noches y Arédomi y Omarino vienen por la mañana temprano y la cogen. La mayor parte del día la dejo libre para que juegue, corra, emita ruiditos y coma.

Pasamos por muchas más casas —*chácaras*, como las llaman aquí—, la mayoría de indios, en pequeños claros. Cerca de las 14:00, vimos la desembocadura del Napo a nuestra derecha, y echamos anclas junto al banco principal, en la orilla opuesta —la ribera sur del Marañón—, en un asentamiento rodeado por árboles, llamado Murupa. Conseguimos madera en abundancia y aves de corral, patos, huevos, etc. Es un asentamiento de indios y mestizos de rostros agradables, todos vestidos como los habitantes normales del Perú o Brasil. Bajé a la orilla con Omarino y el joven piloto Pisango, un tipo joven y elegante con un atractivo rostro puramente indio. Compró patos para su casa de Iquitos. Yo simplemente miré las casas, tres o cuatro dispersas a lo largo de la ribera, a unas 100 yardas las unas de las otras, con un agradable terreno de jardín entre ellas que las rodeaba. Vi fruta del árbol del pan, guayabas, cacao, mandioca, plátano macho en grandes cantidades, pimientos, azúcar de caña y otros árboles frutales que no conocía, todos ellos dispersos en desorden y mezclados «entre sí», como decimos en Irlanda. También, por supuesto, un bonito árbol *popuña*, aquí llamado *pifá*, y en Colombia *chontaduro*. [...]

El viejo Ruiz dice que uno de los jóvenes indios viene de un lugar que se encuentra a seis días de viaje y el otro, que es más alto y más atractivo, de un sitio que sólo está a cuatro horas. No he visto nunca rostros más dulces, o expresiones más agradables de la cara, que las que tienen estos hombres vestidos con este atuendo imaginativo de verdad. ¡Debería pintar y vestir así a Arédomi en casa, tomarle fotografías y enseñárselo a Dilke y a la gente antiesclavista en una reunión importante! Sería una idea para conseguir simpatías. [...]

Viernes, 25 de noviembre de 1910

Llegamos a Iquitos al levantarnos. Pasamos Nanai y a las 7:00 estábamos al lado de Punchana, el pueblo indio que está más abajo de Iquitos, donde vive Simón Pisango. ¡La iglesia también está en ruinas! El Atahualpa está perfectamente a la vista, atado al embarcadero de *Booth & Co.* ¡Bravo! Bienvenida sea la visión de la bandera inglesa. ¡Yo dándole la bienvenida! En fin, sólo porque —aún— no existe una bandera irlandesa. Estoy encantado de pensar que existe una bandera —roja y todo— que hoy simboliza un trato justo y cierta caballerosidad de pensamiento y obra con los hombres débiles.

He empaquetado las cosas y todo está listo para desembarcar; hoy tendrá lugar mi última batalla en relación con el problema del Putumayo. Llamaré al prefecto a las 14:30 y tendremos una conversación franca —si es confidencial— en la que le explicaré la situación y le dejaré claro que el Perú tiene que hacer algo con esta maldad horrible o atenerse a las consecuencias de pérdida de prestigio y reputación, por no hablar de que se le cortará todo apoyo económico.

Ahora debo dejar el diario e ir al castillo de proa para hablar con el patrón.

Sábado, 26 de noviembre de 1910

Ayer desembarcamos en Iquitos y traje todas las cosas a la casa de Cazes. El señor y la señora Cazes están muy bien y me alojaron en la misma habitación calurosa que la última vez; Bishop, Arédomi y Omarino se quedan en las habitaciones que he alquilado en la ciudad para ellos. La señora Cazes olfatea al verles aquí y sugiere que tomen un baño. Le dije que, en general, los indios mantienen mucho más limpio el cuerpo que los blancos. Me llevé a los dos chicos al barbero —un español— para que les cortara el cabello y para que me acertara mi propia mata de pelo. Estaba encantado con su cabello indio, hermoso, largo y fuerte. Recibí una visita muy pronto del ayudante del prefecto, un joven mestizo que no pudo mirarme a los ojos, pero que se dio un golpe en las rodillas con su fusta de montar. El prefecto mandó un mensaje de cortesía interesándose por mi salud, etc., y mi estancia en el Putumayo, etc. Dije que lo visitaría en

persona mañana o al día siguiente. Pablo Zumaeta también vino, pero por suerte yo estaba fuera en ese momento. Visité *Booth & Co.* y, al llegar al Atahualpa, averigüé indignado que, como pronto, no zarpará hasta el viernes (2 de diciembre), o probablemente el domingo 4. Está previsto que el vapor Clement deje Manaos el 9 para ir a Nueva York vía Barbados y espero organizarlo para que Bishop, Brown y los demás lo cojan, y que así se vayan los que no piensan quedarse en Brasil. Visité a Reigado en el muelle; él estaba supervisando la descarga de los *chorizos* del Putumayo, el embutido de infame caucho. Me dijo que todos los pobres chicos *cholos* que hoy componían su equipo habían llegado borrachos y que lo remedió metiéndolos en la bodega, con la escotilla cerrada y bloqueada con una barra, «para que la sudaran», dijo. Es un método bárbaro e infame de tratar a seres humanos del que estos patrones de los ríos peruanos son un buen ejemplo. Bishop me cuenta que Zubiaur, el bruto al que se menciona a menudo en el testimonio de Hardenburg y que ahora es el capitán de la lancha de Cazes, la Beatriz, una vez metió a un peruano «en la bodega» del Liberal y el hombre murió asfixiado. Zubiaur no recibió ningún castigo. Me puedo imaginar que cualquiera moriría después de pasar incluso $\frac{1}{2}$ hora en la bodega de una pequeña lancha como ésa: no mide más de 4 pies y, una vez que la escotilla está cerrada, no hay aire en absoluto ni orificio de ventilación de ningún tipo, ¡y estar rodeado de paredes de acero, en este clima! Los pobres chicos *cholos* estaban trabajando el caucho cuando los vi, después de «haberla sudado», y algunos de ellos estaban francamente pálidos. Le dije a Reigado que la gente que no teme emborracharse había conquistado el mundo: ingleses, irlandeses, escoceses, teutones y las gentes del norte en general, ¡Pero las razas sobrias habían fracasado! El hombre que no tema «mostrarse tal como es» tendrá un carácter destinado a alcanzar la grandeza del que carecen aquellos más discretos que temen *in vino veritas*.⁴⁸ Cuando los caballeros ingleses se retiraban a dormir sobre la espalda de sus criados, ¡un gabinete de ingleses borrachos había derrotado a Francia y conquistado el mundo! Aquí termina mi apología de las virtudes de la bebida *vs.* la sobriedad (lo dije a propósito, pues Reigado había acusado a «estos ingleses» —la Comisión y yo mismo— de ser «bebedores de *whiskey*» y pensaba sólo en eso).

Volví a *Booth's* y tomé un cóctel.

Tuve una larga charla con Cazes sobre el Putumayo y su disposición de ánimo no es la que convendría. Cada vez que abre la boca para hablar

⁴⁸ En el vino está la verdad.

sobre el tema, demuestra que sabía muchísimo más de lo que reconoció ante el Foreign Office cuando le pidieron información. En Londres, en aquel momento, él y Arana eran uña y carne. Sabía montones y montones de cosas y, sin embargo, en su carta al Foreign Office fingió no saber prácticamente nada, ni siquiera que los esclavos huitotos se compraban y vendían aquí en Iquitos. ¿Por qué? Ya han llegado a mis oídos varios casos. En este viaje, Julio —el chico marinero que ahora es propiedad del capitán del puerto de la ciudad, quien intentó que Reigado firmara una factura de 50 £ cuando contrataron al chico en el Liberal el 1 de octubre— estará en el Liberal.

Ayer Bishop me dijo que la mujer de la casa en la que han alquilado una habitación él y John Brown tiene una joven criada huitota y ayer por la mañana oyó que le decía a John Brown que la chica le había costado 500 soles. Brown había conocido a la chica en algún lugar del Igaraparaná y por eso le preguntaba por ella a la mujer, que le contestó: «Sí, pagué 50 £ por ella».

Por la tarde (viernes) tuve otra larga conversación con Cazes. He de decir que no me inspira mucha confianza. Por ejemplo, tiene la desfachatez de intentar hacerme creer que con frecuencia vendió bienes en Iquitos por debajo de su precio de coste. Esto lo dijo a propósito de la reforma que propondrá la Comisión para que en el futuro todos los bienes deban comprarse en Inglaterra y no en Iquitos. Piensa que con ella puede lograrse un «ahorro del 10% o como mucho del 15%», ¡no más! Añade que la Casa de Iquitos (Zumaeta & Co.) no compra aquí, ni siquiera a las tarifas locales más baratas. No hacen ningún esfuerzo por obtener los mejores precios, que pueden conseguirse comprando localmente. Yo lo suponía desde hace tiempo: compran a sus amigos. Reconoce que hay mucho amiguismo en este asunto y en otros, y que los accionistas de Londres no sacan ni un penique del caucho. Aquí, cada centavo se esfuma o va para aquellos que adelantaron dinero de una forma u otra.

En cuanto a los indios yaguas, Cazes los conoce. Dice que son «bien parecidos, pero estúpidos».

El viejo gobernador, Ruiz, es un cliente comercial suyo y él es el padrino de dos de sus hijos. Cazes no piensa que los yaguas estén esclavizados, pero evidentemente sabe poco sobre el tema y le importa menos. Por ejemplo, aunque mantenga un trato tan estrecho con su padre, no sabía que el hijo de Ruiz se había establecido en el nacimiento del río Yaguas, a seis días de Pebas. Dice que la presente organización del caucho está muy bien en su opinión; sí, y tanto. [...]

A las 10:15 fui a ver al prefecto, con Cazes como intérprete, y nos quedamos hasta las 11:40; fue una entrevista muy larga, le conté muchas cosas: en primer lugar, sobre los barbadenses y su maltrato; a continuación, por petición suya, le hablé de los cargos presentados por estos hombres contra los representantes de la Compañía y sus nombres, y mencioné particularmente a Normand, Agüero, José Inocente Fonseca, Alfredo Montt y Jiménez. Olvidé darle su merecido a Velarde, pero eso puede arreglarse. Después le dije que, si lo deseaba, podría hacerle preguntas a Bishop y se alegró mucho; Bishop irá el lunes a las 10:00. Me dijo que el *fiscal* del tribunal, el doctor Cavero, es ahora el primer ministro del Perú y que la comisión de justicia que está a punto de navegar hasta el Putumayo estará compuesta por el doctor Valcárcel (¿o Balearce?) como juez, un funcionario público, tropas (fuerza pública), oficiales y un médico, y que zarpará en un barco de vapor del Gobierno y será totalmente independiente de la Compañía. Él estaba esperando sólo a que telegrafiaran las instrucciones desde Lima para enviar esta comisión; afirmó que telegrafiaría a Lima inmediatamente para decir que me había visto y que yo confirmaba sustancialmente los peores cargos que aparecían en *Truth*, que los presuntos crímenes eran repugnantes y que debía hacerse justicia. Me suplicó una y otra vez que no hiciera publicidad de esto, que no escribiera un informe para que se publicara, pues sería un «peso aplastante» sobre los «inocentes» hombros del Perú; dijo que la Compañía merecía un castigo por «negligencia criminal», que se protegería a los indios en el futuro y se eliminaría toda posibilidad de que estas cosas pudieran repetirse. Su miedo principal era la publicidad que podría resultar: si el Gobierno de Su Majestad divulgara los hechos, mi informe, y respondiera preguntas en el Parlamento, etc., se produciría una difamación del Perú a nivel internacional. ¿Podía evitarse? ¿Yo podía ocultar al Foreign Office la prueba condenatoria, los barbadenses? ¿Podía omitirlos en mi informe? Le dije que no, que no podía hacerlo, que estaba obligado a dar parte de todo, que tenía instrucciones de informar sobre el estado en que encontré a los barbadenses y la naturaleza de sus relaciones con la Compañía y que toda prueba que ellos me ofrecieran sería presentada a su vez ante el Secretario de Estado; hablando por mí mismo, dije que yo no podía asegurarle que no hubiera publicidad, pero que, hasta donde llegara mi influencia y mi modesto poder para opinar, pediría que los cargos que involucraban el buen nombre del Perú no se hicieran públicos en ningún caso y que mi idea y mi deseo era escribir dos informes —con el permiso del Secretario de Estado, por supuesto—: uno versaría sobre el tema, más limitado, del tratamiento general que la Compañía daba a los barbadenses y los motivos de queja que éstos pudieran tener contra ella; este informe no se enfrentaría ni implicaría al Gobierno

del Perú, pero podría ser —posiblemente lo sería— una lectura dolorosa para la Compañía. En este momento expresó su completa satisfacción y dijo: «Cierto, ¡la Compañía se merece todo lo que le va pasar!».

Después continué: «Pero yo debo registrar fielmente todos los hechos que me presenten los súbditos británicos, y, en este punto, cuando mi informe tenga que vérselas necesariamente con acusaciones que resulten muy perjudiciales para los ciudadanos peruanos y que impliquen a muchos individuos de esa nacionalidad, lo convertiré en un informe aparte y confidencial, con el permiso del Foreign Office; confío y tengo razones para suponer que el Gobierno de Su Majestad lo tratará de forma totalmente confidencial». Dije que, posiblemente, si el Gobierno peruano desease una copia de ese informe confidencial y de las pruebas en que se basa, el Gobierno de Su Majestad estaría encantado de transmitírselo al Gobierno de Lima, de manera amistosa y con voluntad de que le fuera de ayuda. Dije que no se planteaba siquiera la cuestión de que el Gobierno británico pudiera querer herir o enfrentarse de ninguna manera a un país amigo y que estaba profundamente convencido de que no tenía ninguna necesidad de temer una campaña de publicidad dirigida contra el Perú. Dije que, sin embargo, existía un peligro si, por ejemplo, esta comisión de justicia fracasara por falta de pruebas y testimonios por un motivo u otro; era una contingencia que había que tener en cuenta. Entonces habría que temer que, desde otros frentes —no de mí—, se hicieran declaraciones públicas. Aparte de mí mismo, había otros que conocían los hechos. Me aseguró una y otra vez que la comisión sería una auténtica comisión y que su objetivo era vengar el daño hecho, castigar a los culpables —lo repitió— y proteger a los indios. Iban a llevar intérpretes también (este es el punto crucial: ¿el juez será sincero? ¿La interpretación será adecuada?). Me agradeció que hubiera hablado con franqueza y yo le dije que lo hacía sólo para ayudarles a él y a su Gobierno a hacer el bien. Prometí enviarle a Bishop el lunes a las 10:00 para que pudiera plantearle a él todas las preguntas que quisiera. ¡La suerte está echada!

Intercedí una última vez a favor de la Compañía y en contra de Julio Arana. Dije que, admitiendo que la Compañía era culpable y yo, entre otros, pensaba sinceramente que así era, había dos cosas que había que tener en cuenta. La primera, que la presencia de una compañía fuerte era mejor para los indios y la región —mientras trabajara «en otra línea», humana y sensata—, y no que se abandonara el distrito o se cediera a comerciantes mezquinos y puertos «comerciales» aislados. Se mostró de acuerdo y entonces dije que esto tenía un corolario: que al *señor* Julio Arana no debía permitírsele dominar la región. Si la Compañía había actuado de

manera equivocada, era él quien la había fundado, con conocimiento de los hechos, y la Compañía había actuado bajo su consejo e incitada por él en todas sus declaraciones al Gobierno de Su Majestad y en sus creencias, por lo que él era más culpable que cualquiera de los otros miembros de su junta directiva. Por tanto, además de salvar a la Compañía, yo pensaba que, para hacer el bien, habría que imponer una limitación a la influencia suprema que él había ejercido personalmente en el Putumayo. Espero que el prefecto adivinara todo lo que yo quería decir. Creo que Cazes lo tradujo con suficiente fidelidad, aunque más de una vez lo sorprendí diciendo bastante más de lo que yo le había pedido que dijera, y, con seguridad, una vez tradujo erróneamente lo que yo había dicho, pero fue fácilmente corregible. Creo que Cazes habló por sí mismo en varias ocasiones cuando se suponía que debía hacerlo por mí. De todas maneras, es otro de los inconvenientes de tener que hacer por intermediación de otra persona lo que yo debería ser capaz de hacer por mí mismo. Sin embargo, esta entrevista sólo puede hacer bien. El prefecto comprenderá más claramente que antes que es necesario hacer de ésta una verdadera investigación y no una farsa, una verdadera comisión de justicia y no una tapadera.

Le conté a Cazes que el capitán de su lancha, Zubiaur, había matado a un hombre encerrándolo en la bodega ¡y descubrí que él ya lo sabía! Y sin embargo, el pasado septiembre, escuché cómo le decía a la Comisión que Zubiaur era «un tipo muy simpático» y que no tenía nada contra él. [...]

Le conté que Aurelio Rodríguez había matado a cientos de personas en Santa Catalina y le hablé del *cepo* móvil que hizo Crichlow bajo las órdenes de este bruto. Le dije que Normand había matado a otros cientos y los había quemado vivos y que Jiménez había matado y quemado a la anciana y al boras en junio de 1908. No mencioné los nombres de Sealy, Chase o Donald Francis. Pobres, ¡lamento que estén allí!, especialmente Francis. Le conté que Normand había azotado brutalmente a Clifford Quintin, que a A. Walcott lo habían colgado de los brazos hasta que perdió el conocimiento, que Montt había puesto en el *cepo* a J. Dyall en Último Retiro y le aseguré que los crímenes que se habían cometido eran atroces y una vergüenza para la humanidad. Estaba profundamente impresionado y una y otra vez dijo que debía hacerse justicia. Probablemente, la declaración más significativa que realizó (aparte de sus esfuerzos por hacerme prometer que no expondría todos los hechos al Foreign Office) tuvo lugar cuando me dijo que si el Gobierno peruano había permitido que la Comisión de Investigación fuera al Putumayo y, especialmente, que hubiera permitido que yo, un cónsul extranjero, fuera allí en misión oficial, era porque creían

que todos los cargos alegados por Hardenburg y *Truth* estaban dirigidos a hacer un «chantaje» y que toda la campaña les parecía una calumnia y una impostura y, por lo tanto, no le habían dado importancia. Si hubieran pensado que los cargos tenían algún fundamento, el Gobierno del Perú nunca habría permitido que yo fuera a investigar ni que fuera la Comisión de la *Peruvian Amazon Company*. Habrían actuado ellos mismos: ¡el Gobierno habría enviado esta comisión de justicia hace mucho tiempo! Que la enviaran ahora se debía a un acto espontáneo del señor Cavero con ocasión de la carta de E. Deschamps desde Barcelona. No pude decirle que era demasiado tarde para mantener una actitud como ésta con éxito. Ya se habían presentado cargos espantosos en Iquitos, con testigos de los hechos que marchaban por las calles pidiendo que los interrogaran, y no se había hecho nada. [...]

Domingo, 27 de noviembre de 1910

Partimos en el Manatí a las 9:40 bajo una fuerte lluvia. El prefecto, su hermano, Alejandro Paz Soldán, y un teniente de navío peruano llamado Bravo eran los invitados extranjeros y también estaban Brown, Harrison, Sibley y otra gente del *Booth's*, incluyendo el capitán Kaas del Atahualpa. Navegamos río arriba unas 25 o 30 millas hasta un lugar en la orilla derecha, llamado Tarnshiaka, donde bajamos a tierra; visitamos la iglesia (de adobe) y los aldeanos nos atendieron de manera hospitalaria, encantados de ver al prefecto. [...]

El hermano del prefecto me contó (en inglés) que había estado en la *Peruvian Corporation*⁴⁹ y que le gustaban los indios, especialmente los campos. También me preguntó sobre el Putumayo y si los cargos de *Truth* eran verdaderos; dije que en su mayor parte sí y le conté una o dos cosas de los testimonios que había recogido. También dije que, de principio a fin, el sistema consistía en una esclavitud sin disimulo y que los indios

⁴⁹ Constituida en 1890 por el empresario inglés Michael Grace, la *Peruvian Corporation* tenía como objetivo la reconstrucción de varias ferrovías peruanas, cuyo trazado no había logrado completar el Estado peruano debido a las deudas. Estuvo a cargo de la red ferroviaria del Perú hasta 1972.

sólo existían para conseguir caucho según las condiciones impuestas por los hombres blancos. Parecía incrédulo, pero me produjo una impresión mucho mejor que la que en principio deduje de su apariencia. [...]

He sabido que el señor y la señora Cazes también vieron aquí el arco iris lunar que vimos en La Chorrera el 6 de noviembre, el mismo día y a la misma hora —ella dice que «hacia las 20:00 de la tarde»—. ¡Qué cosa más curiosa! Cazes vio el arco nítido, de horizonte a horizonte, y dice que fue una visión muy vívida. Estoy completamente agotado. Me he ofrecido a enviar al prefecto también a John Brown y S. Lewis, lo que me agradeció mucho. Me rogó que le proporcionara todas las directrices que pudiera sobre los asuntos en los que la Comisión pudiera estar equivocándose, para que pudiera reconducirla.

Lunes, 28 de noviembre

[...] Mandé llamar a John Brown y Lewis y les dije que quería que se prepararan totalmente para ver al prefecto por la mañana. Ha caído una fuerte lluvia durante casi todo el día. Caminé hacia Punchana a última hora de la tarde, pero estaba demasiado empantanado. Manuel Lomas, el práctico, me habló: estaba un poco «embriagado», pero fue muy educado y me rogó que fuera a su casa a visitarlo.

Cazes me contó algo de la compañía franco-holandesa a la que las autoridades locales habían rechazado y me habló del vergonzoso personaje del artículo en *El Oriente* que les atacaba y amenazaba con lincharles. El propietario de *El Oriente* y autor de este artículo vergonzoso es el *señor* Paredes, ¡un juez del tribunal supremo de Iquitos! Por otro lado, Cazes dice que en la zona se habla bien del doctor Valcárcel, el juez que irá al Putumayo. No lleva mucho tiempo aquí y no conoce tan profundamente a esta gente; como dice el prefecto, es de esperar que tenga pocos lazos sociales o relaciones. Cazes me dijo después de la cena que, donde su abogado, vio un memorándum (hace como un año) que había sido enviado a Lima por uno de los sacerdotes locales —un español— que había estado en el Putumayo.

En el memorándum le pedía al Gobierno que hiciera algo. El sacerdote escribía que, dadas las condiciones de los indios y el trato inhumano que recibían, no podía continuar la evangelización ni rea-

lizar ningún trabajo cristiano en el Putumayo. Le pregunté a Cazes si podría darme una copia de este memorándum y dijo que lo haría, pero tendré que presionarle. Lo intentaré con Vatan, quien es un hombrecillo mucho más fiable que Cazes y una pieza mucho más valiosa en todo lo relacionado con este país y su gente. Está claro que, como tengo en mi posesión pruebas muy perjudiciales y también testigos, el juez peruano y la comisión tendrán que actuar. Temen sobre todo que se haga público. El prefecto me lo confirmó. Dijo que eso «aplastaría» al Perú, así que prácticamente tengo a esta gente en mis manos o, mejor dicho, la tiene el Foreign Office, que realmente puede, incluso de forma amistosa todavía, imponer sus condiciones, o al menos asegurarse de que cese el maltrato de los indios.

Martes, 29 de noviembre de 1910

Escribiré al señor Dening, es decir, al vicecónsul, para ver si aquellos a los que se va a repatriar se irán en el Clemente.

[...] De vuelta en la ciudad, me encontré con Vatan y nos sentamos juntos. Su conversación fue muy interesante, la primera que lo es en el Putumayo.

Me ha preguntado si creía que sus declaraciones de septiembre estaban bien fundadas. Le respondí que completamente, que las cosas eran como me había dicho, pero que no podía decirle nada más. Lo entendió muy bien. Dice que no cree que se haga nada; yo le dije que discrepaba y que creía que ahora se harían muchas cosas y que tenía firme confianza en una pronta mejora de la situación.

¡Me dijo que yo había salido con vida sólo porque fui allí en misión oficial! Me reí. Él añadió: «Es verdad. Si hubiera sido un simple viajero y hubiera visto estas cosas, habrían acabado con usted allí arriba y habrían culpado a los indios de su muerte. Sé de lo que hablo». Continuó diciendo que yo había llegado a la Comisión de la *Peruvian Amazon Company* en el momento adecuado. Mi llegada no sólo tendría una influencia benigna en el Putumayo, sino en todo el departamento. Todos se beneficiarían. Ahora que se había descubierto la verdad —como sabíamos que había sucedido— se podía tener esperanzas.

[...] Me contó con cierto detalle el fracaso de la Compañía Colonizadora Franco-Holandesa y las vergonzosas medidas que el prefecto había tomado contra ella, movido por el alboroto que se había apoderado de la zona. Se había amenazado a todo el mundo; también él, que era el representante del sindicato, había recibido amenazas. Le conté que (hasta hoy) no había leído el artículo de *El Oriente* en el que se hacía referencia a esa compañía y que me parecía que se trataba de un artículo vergonzoso.

Me dio muchos detalles sobre el sindicato, sobre sus objetivos y deseos así como sobre la hostilidad local. Redactaré por separado un memorándum sobre todo esto, pues creo que es útil y demuestra la poca fiabilidad de las autoridades peruanas así como la absoluta necesidad de que éstas sientan el peligro para que las cosas mejoren en el Putumayo. El honor no las hará reaccionar. Vatan me dijo: «¿No está siendo demasiado optimista al pensar que ahora se hará algo realmente? Esta gente hace promesas sin intención de cumplirlas y cuando se vaya...». Le contesté que ahora se conocían los hechos —otras personas los conocían, aparte de mí— y que esperaba y creía que se tomarían medidas reales. [...]

Después de cenar fui al *Booth's* y caminé con Brown alrededor de la plaza; fuimos al tiiovivo, donde había un montón de chavales indios y jóvenes pasándose bien. Allí vi a varios de la tripulación del Liberal.

Miércoles, 30 de noviembre de 1910

Cazes sigue haciendo como que el maltrato de indios en el Putumayo es bastante excepcional y no ocurre en otras partes del Perú. Le dije que no podía aceptar su punto de vista, sino que prefería creer en las pruebas de Nordenskjöld y otros, cuyos testimonios hacen referencia a la esclavitud (y cosas todavía peores) de los indios. Tenía la carta de Nordenskjöld a los antiesclavistas y le dejé que la leyera. Y entonces dijo: «Sí, ¡es cierto!». Increíble que lo dijera después de afirmar continuamente que sólo en el Putumayo —«el libro sellado», como él lo llamó— era posible que hubieran ocurrido estas cosas.

Admite que todas las afirmaciones de Nordenskjöld son ciertas: que se falsificaron las cuentas y «se decía que los indios recibían mucho a cambio, pero no se acreditaba lo que ellos aportaban». Le dije que la carta de Nordenskjöld no era la única, que otras habían atestiguado lo mismo —y volverían a hacerlo— y que si este juez peruano no hacía las cosas bien en el Putumayo, llegaría una avalancha de cartas. Creo que Cazes es un guía muy poco fiable para las cosas de aquí. Su principal preocupación es su negocio y, más allá de éste, hace como que no sabe nada. Después de pedirselo en numerosas ocasiones, el fotógrafo me envió de vuelta las películas reveladas, pero ha sustraído la primera, ¡la que tomé en Indostán donde aparecía «Bolívar» encadenado! El fotógrafo ha rechazado imprimirlas, pues dice que le habían causado muchos problemas. Ha tenido los carretes en su poder (diez películas de «postales») desde el 11 o el 12 de octubre y hasta el 30 de noviembre... ¡y éste es el resultado! Por supuesto que la Compañía está detrás de esto. Cazes dice que en la ciudad todo el mundo sabía que habíamos encontrado a Bolívar encadenado y que yo lo había fotografiado. Dublé le había dicho que era un «hecho lamentable que hubiéramos encontrado encadenado a ese hombre», pero también que «se habían dado las explicaciones necesarias». ¿Dónde? David Brown también me dijo que había oído hablar de ello en la calle.

Jueves, 1 de diciembre de 1910

[...] La última noche hubo lluvias fuertes y esta tarde llovió de nuevo. Caminé mucho; fui al Athualpa a las 16:30 y vi cómo el Adolfo salía hacia Yurimaguas con muchos pasajeros. Invité a cenar a Brown a Bella Vista y después fuimos al Alhambra, el cinematógrafo, donde había muchos indios. Muchos indios y pocos soldados. Brown me dijo dos cosas interesantes. Primero, que él también creía que los indios eran esclavos, incluso en ríos que estaban más cerca de Iquitos. Dijo que estaba seguro de ello y que, cuando los indios mataban o «asesinaban» a un blanco, era por el trato atroz que les daba. Hacía menos de un mes, dijo, 8 indios habían matado al *cauchero* más importante de Iquitos, Valdimiro Rodríguez, en el río Madre de Dios. Los indios de aquí lo sabían antes de que los periódicos lo publicasen y él escuchó cómo lo hablaban entre ellos en la *plaza* antes de que fuera público. Este Valdimiro era uno de

los hermanos Rodríguez que «trabajaban» a gran escala en el Ucayali y en el Marañón, así como en otros ríos. También me dijo que el teniente Bravo, el oficial naval peruano que estuvo con nosotros el domingo, le había dicho en extrema confidencialidad que el juez Valcárcel que va al Putumayo no era honesto y le podían comprar. Fueron las propias palabras de Brown. Una buena advertencia. Brown dijo que la comisión era una farsa y que la habían enviado únicamente porque nosotros habíamos ido. Estaban intentando salvar el tipo, pero tenía muy pocas esperanzas de que sirviera para algo. Dice que hay un cepto en Punchana. ¡El gobernador en esa época era la profesora del colegio! Metió en él a un indio durante un día por pegar a su mujer.

Era un día muy caluroso y la esposa agraviada fue y construyó con palmera una pantalla para proteger a su marido del sol. [...]

En *El Comercial* de Loreto de anoche apareció una carta de Simón Pisango, el joven práctico del Liberal, acusando gravemente a Reigado. Esto es de primera categoría. Estoy encantado. La verdad está saliendo a la luz. Haré que Simón Pisango venga a verme. Tengo fotos suyas —dos— en las películas que el fotógrafo reveló y se las he dado hoy a un fotógrafo alemán para que las imprima. En cuanto tenga las copias iré a ver a Simón para dárselas e informarme sobre D. Serrano y el asesinato en enero de 1908. David Brown dice que hay montones de esclavos huitotos aquí en Iquitos —cantidad de ellos— y se les vende. Ayer la señora del prefecto habló del gran número de criaturas «dulces y delicadas» que trabajan aquí como criados y de la obligación que tiene el Gobierno de protegerlas. Esta noche vi a muchos en el Alhambra: primero a «Julio» de Punchana y otro magnífico chaval grande y muchos jóvenes. Están por toda la ciudad, sobre todo chicas. *Wesche and Co.*,⁵⁰ en la puerta de al lado, tiene uno, un chico que ha estado en Alemania y habla español y alemán. Por supuesto, a él lo cuidan mucho. ¿Por qué no puede empezar la comisión de justicia peruana por preguntar a los huitotos que están aquí, en Iquitos, qué pasó para que los trajeran aquí y qué les ocurrió a sus padres, esposas, hijos, etc.? También deberían averiguar cuánto se pagó por ellos. Si hubiera alguna voluntad de descubrir la verdad, un interrogatorio preliminar que siguiera estos pasos podría resultar muy útil.

⁵⁰ Sucursal en Iquitos de una empresa alemana.

Viernes, 2 de diciembre de 1910

[...] La verdad es que en Iquitos no hay ningún hombre honesto y sincero ni en el servicio público ni en el comercial: son todos unos mentirosos, si no algo peor. Los más francos son el joven Vatan, David Brown y los indios.

[...] *El Comercial* de Loreto con fecha de 1 de diciembre incluye telegramas desde Lucía en los que se dice que los acorazados de la marina brasileña se han amotinado y, después de un infructuoso bombardeo de Río, en el que murieron una mujer y dos niños, se han hecho a la mar en dirección desconocida. ¡Qué noticias tan agradables! Me pregunto cómo le fue a mi consulado durante el bombardeo. Parece increíble. ¡Un mal comienzo para la presidencia de Marshal Hermes da Fonseca!

En *El Oriente* de esta noche hay un artículo sobre el robo constante de criados —chicos y chicas (menores), que son huitotos en 9 de cada 10 casos— a varias personas, y se mencionan dos casos recientes, los de Reigado y Zubiaur (ambos capitanes de barco del Putumayo). Menuda confesión, si uno lo piensa. Guardaré el artículo como prueba adicional.

Por la tarde caminé parte del camino que va a Punchana, tratando de pensar una manera de sacar a Julio del Liberal y llevármelo conmigo, pero la «carretera» estaba en condiciones demasiado malas, llena de barro y agua, así que me di la vuelta.

Por la tarde fuimos todos al Alhambra, al cinematógrafo, para celebrar la independencia de Portugal cuando la familia Braganza liberó al país de la dinastía española en 1640. Y los estúpidos exhibían su deplorable bandera roja y verde —colores vulgares en un algodón de mala calidad, sedientos de sangre como puede verse en Iquitos— para celebrar el aniversario y aclamaban cobardemente la caída de una dinastía que los había librado del cautiverio y les había proporcionado un nombre en la Historia y una «bandera nacional»; todo lo van a entregar a una banda de *políticos* mercenarios de Lisboa y Oporto. Portugal es menos adecuada que Irlanda para ser una república: incluso una república egipcia derrotaría a una portuguesa y seguramente una turca daría puntos para un liderazgo intelectual, un ánimo firme y un corazón valiente. Los dirigentes portugueses no son solamente ladrones, sino también unos holgazanes —su pobre gente es simple, pero amable y valiente— y tan

ignorantes como un *fellahin*⁵¹ egipcio. Una república irlandesa sería algo bueno —pero todavía mejor un Estado irlandés y no una república—, si pudiera persuadirse a los protestantes y las clases altas de que formaran parte; pero con el granjero arrendatario, el edil del condado y el ayuntamiento de Dublín... ¡En fin!

No había mucho gentío en el cinematógrafo. Conté 62 hombres de uniforme, incluyendo a la banda, la supuesta banda militar de los *cholos* andinos: atractivos a la vista, pero malísimos músicos. La cola era infernal, parecía el nacimiento del río Marañón, con el estrépito de las piedras que caen y los acantilados que se desmoronan. Tuve que esquivar todas las «oberturas» y empezaron y acabaron todas las piezas. Lo que se vio fue del estilo latinoamericano habitual: la escenificación de la seducción amorosa y el marido ultrajado; totalmente inmoral, asqueroso y la peor cosa que se pueda poner ante una audiencia compuesta en su mayor parte por jóvenes indios, soldados y trabajadores, cuya natural sencillez puede corromperse enseguida por lo que de esta manera les ofrecen en nombre de la alta cultura. ¡Alta cultura! Dios nos libre.

Un viaje a una aldea de la selva es mucho mejor y verdaderamente más civilizado que todo lo que he visto en Iquitos. [...]

Sábado, 3 de diciembre de 1910

[...] Cazes no es del todo optimista respecto a la comisión peruana. ¡La pasada noche me dijo que había escuchado en la ciudad que puede que no empiece nunca! Que era sólo una tapadera —urdida para engañar al Gobierno británico y evitar filtraciones— y que dudaba mucho que ni siquiera se encarcelara a alguno de los asesinos.

Reigado, el capitán del Liberal, me visitó esta tarde a las 14:30 para agradecerme una pequeña maleta de visita que le envié como *recuerdo* de nuestro viaje. Me dice que el Liberal volverá a Encanto el próximo miércoles, 7 de diciembre, con 15 *cholos* o peones —trabajadores— de aquí, para cubrir las vacantes. También dice que Zumaeta va a convocar a todos los

⁵¹ Campesino árabe.

jefes de sección —o todos los que Gielgud incluyó en la lista negra— y que cree que muchos de ellos volverán con él. El Liberal pasará mucho tiempo en Encanto y no espera volver hasta primeros de enero.

Elogió a la Comisión (nuestra comisión) y dijo que el señor Zumaeta estaba deseando llevar a cabo cualquier sugerencia que ésta propusiera. ¡Qué cambio!

Si se puede y el camino no está demasiado húmedo, daré ahora un paseo hasta Punchana. El juez Paredes, editor y escritor principal de *El Oriente*, es otro de los sinvergüenzas de aquí. Este periódico es el órgano de la banda de Arana. Ayer vi a Víctor Israel; parecía muy desdichado, la verdad. Tanto Cazes como David Brown dicen que teme que le procesen por su famosa *Pacaya Rubber Estate*. La compañía es un fraude absoluto. Dicen que él saca unas 70 000 £ de ella. Increíble.

Puede que el 16 de diciembre esté en Pará, si continúo en el Atahualpa en Manaus, aunque me temo que allí tendré que bajar a tierra.

[...] Escribí una larga carta a Barnes para información de nuestra Comisión, diciéndole lo que sabía y puntualizando cómo él y sus colegas podrían tener una influencia benigna sobre las cosas cuando el doctor Valcárcel llegara. También le envié de vuelta los documentos de Hardenburg, anotados y todo. Representa una gran pérdida para mí, pero creo que es justo que la Comisión haga uso de ellos dada la proximidad de esta supuesta visita judicial al Putumayo. También escribí un memorándum muy corto para el prefecto y le mandé una copia a Barnes para que le sirva de orientación. En este memorándum decía: hago particular hincapié en la necesidad de una correcta interpretación de lo que digan los indios. Por la noche cené con D. Brown y la gente del *Booth*; fue una reunión muy estúpida y sin conversación. Después me fui y caminé dando varias vueltas a la *plaza*. Estaba llena de la vida de Iquitos —de todas las clases.

Domingo, 4 de diciembre de 1910

Salí a caminar hasta el campo de tiro militar con Ignacio Torres como guía. Tomé varias fotografías del campo, los árboles y un arroyo que había tras él. Volví a las 11:00 —hacia mucho calor— y escribí un poco durante la

tarde, aunque hacía un calor sofocante. Por la noche, Cazes celebraba una pequeña reunión para jugar al *bridge* después de cenar, y duró hasta medianoche; el calor duró toda la noche. Era realmente espantoso: ni un soplo de aire fresco; estuve tumbado durante horas tratando de dormir, hasta que me levanté y me puse a escribir, pero los mosquitos me aguaron la fiesta.

Lunes, 5 de diciembre de 1910

Esta mañana salí a dar otro paseo, acompañado por el mismo guía, primero al campo de tiro y al bosque que está más allá, donde mucha gente —hombres, mujeres y niños— va a cortar leña. Casi todos son indios, algunos de un tipo excelente. Muchos soldados despejaban el camino y lo nivelaban. No había ningún oficial de guardia. Todos eran hombres de la parte de los Andes; Ignacio me dijo que algunos eran de su ciudad, Tarapoto. Llevaba 8 meses en el ejército cuando lo dejó el pasado agosto. Ahora tiene 19 años y medio, así que entró con 18 y medio, más o menos. Dice que es de «raza española», aunque a mí me parece que es un indio puro y su lengua materna es el quechua. Qué lástima que toda esta gente quiera quitarse de encima sus derechos de nacimiento como indios y finja pertenecer a la raza de sus opresores, una gente que, según Reigado, no ha dejado nada en el Perú, salvo sus vicios.

Algunos de estos soldados son unos tipos excelentes: robustos, fornidos, con rostros risueños y morenos y dientes blancos; siempre están riendo. Son muy diferentes del tipo brasileño, en el que todos los hombres son tan tímidos que no se atreverían a reír.

Ignacio y yo continuamos hasta la oficina de telégrafo inalámbrico que está junto a la orilla del Itaya, donde tomé una foto y también de los soldados *cholos* trabajando.

Por la tarde compré mis billetes para Pará. John Brown ha decidido quedarse; va a empezar a trabajar en la compañía de luz eléctrica por 15 £ al mes. Puede que esté disponible si el juez peruano requiere sus servicios como intérprete, pero me temo que la comisión del Gobierno peruano es un fraude.

Hoy Guzmán le dijo a Bishop que su segunda entrevista con el prefecto ha sido más larga y que no le ha ocultado nada. El prefecto desea que vuelva al Putumayo como intérprete. Él será mejor que Viacarra,

aunque no espero que estos tipos sean sinceros, especialmente después de la revelación de la maldad y la hipocresía que han manifestado en su trato con el grupo franco-holandés. Dos de los jefes de este grupo bajarán en el Atahualpa y podrán hablarme en privado sobre ello.

Estoy convencido de que la única oportunidad de mejorar la situación del Putumayo es que el Gobierno peruano se dé cuenta de que, si no lo hace, haremos que el mundo conozca la verdad.

Esta noche *El Oriente* incluye un artículo breve sobre un caballero, al que se refieren como ex-oficial, del que afirman que ha mantenido encadenado y maltratado terriblemente a un hombre en Iquitos. Cazes me dice que dicho ex-oficial es el antiguo *comisario* del Napo: ¡menudo juez! ¡Pablo Zumaeta me visitó a las 14:30 para pedirme una lista con todos los hombres malvados del Putumayo! Dijo que le enviaba el prefecto. Me negué a discutir el asunto con él.

Martes, 6 de diciembre de 1910

Me levanté pronto y empaqueté mis cosas para el viaje. A las 9:20 fui a ver al prefecto para despedirme y dejarle mi memorándum. Cazes vino conmigo. Fuimos a su vivienda privada, donde lo encontramos con su hermano y su mujer. Dijo que la Comisión partiría el 15 o el 20; estaría formada por el doctor Valcárcel, un secretario y un pequeño ejército de no más de 12 soldados y viajarían en una pequeña lancha del Gobierno. Mientras tanto, entendí que Dublé decía que mañana zarparía en el Liberal para encargarse del despido de los peores jefes de sección, y mencionó varios nombres, incluyendo los de Normand, Agüero, Fonseca y Montt. La idea de permitir que los jefes de la Compañía incriminada se presenten ante el juez para preparar el terreno y, si es necesario, atemorizar a los indios y otras lindezas es una buena noticia, ya lo creo: ¡será una farsa! No esperaba algo tan malo como esto. Evidentemente el prefecto se ha dejado persuadir por Pablo Zumaeta y Dublé y prácticamente está dejando en sus manos el control sobre los planes de eliminar a esos indeseables. ¡Es vergonzoso! En fin, esto me liberará de mantener la promesa que hice: dije que si esta comisión cumplía con su deber, no se produciría ningún escándalo; pero ni siquiera lo va a intentar. Me fui directamente al barco y allí encontré a Reigado, Zumaeta, el hermano del prefecto y su ayudante, que habían acudido a despedirme. ¡Zumaeta nos

dijo a Cazes y a mí que mañana él iba a ir a La Chorrera! Esto se pone cada vez más interesante.

Él y Dublé serían la mejor compañía imaginable en una isla desierta. Evidentemente tratarán de impedir el trabajo de la Comisión. ¡Qué pandilla de sinvergüenzas, todos ellos! La debilidad del prefecto también es espantosa. Pensaba que estaba realmente convencido de la necesidad de una acción independiente —independiente y libre—, a pesar de cómo pueda sentirse la Compañía o lo que pueda desear. Y he aquí que nos encontramos con que el prefecto ha permitido que estos dos hombres se adelanten a la Comisión en quince días y que prácticamente preparen a sus testigos. ¡Si al menos Barnes fuera más firme! Es muy débil y no hay nadie en La Chorrera con capacidad para tratar con estos granujas; Tizón se unirá a sus compatriotas. Empiezo a pensar que las revelaciones de Hardenburg no estarán junto a las que yo haré algún día o las que pediré a Barnes, Fox y compañía que hagan.

La verdad tendrá que salir a la luz: el Gobierno peruano es incluso más culpable que los hermanos Arana y lo único que puede hacerse es tratar que el mundo pase a la acción.

Después de muchos apretones de manos y *adieux*, el Atahualpa dejó Iquitos aproximadamente a las 11:00. El embarcadero estaba repleto de gente, así como la escalera, el muelle superior y la orilla de la barrera de la aduana. Es la última vista que tendré del Amazonas peruano, de los indios de Iquitos y sus agradables rostros sonrientes, de la línea de casas bajas que están frente a la curva amplia y acusada del Marañón en el descenso de su trono de los Andes. El río más poderoso de la tierra baña las orillas más malvadas. Si por lo menos hubiera llegado en primer lugar una buena raza de Europa con un mensaje de cambio para estas personas amables y largamente escondidas, en lugar de estas gentes maléficas y corruptas...

Hay muchos *cholos* que bajan a Manaos contratados por varios *caucheros* para ir al Purús, a los terrenos pantanosos de caucho. Todos son chicos y hombres jóvenes y sanos, algunos casi indios puros y otros *mestizos*. Hablé con varios. Uno, un chaval alto de casi seis pies de altura, dijo que se había comprometido él mismo con su *patrón*, «Don Mario», por tres años, y que en cualquier caso «iba a ganar mucho dinero».

Así que esta absurda fiebre por el dinero continúa; y luego, cuando lo ganan, no tienen ni idea de cómo gastarlo o de cómo construir hogares felices o vidas agradables. Iquitos es una pocilga y sin embargo proporciona al Gobierno peruano 300 000 £ al año en concepto de derechos de aduana, pero ni siquiera se gastan 2000 £ en cubrir necesidades públicas. Una de

las últimas cosas que he hecho ha sido fotografiar algo que ellos llaman hospital, para el que el Gobierno de Lima ha aprobado por unanimidad 30 000 £. Según me dicen, ya se ha invertido en él toda esa cantidad, pero el trabajo que hasta ahora han hecho no vale ni 1500 £.

Las únicas personas que compadezco aquí en Iquitos o en cualquier otro lugar del Amazonas peruano son los indios y aquellos en los que predomina el tipo indio. Cuando la casta española domina, toda decencia desaparece. Los indios aún conservan parte de su originalidad, la moralidad de su espíritu, la dulzura de su comportamiento y la sencillez de su alma. Mi trabajo en el Amazonas ha concluido. He librado un duro combate y he ganado, tanto como puede ganar un hombre, aunque nadie pueda ver lo que queda atrás. En todo caso, el grupo de ingleses y yo hemos dejado que entrara la luz en la perdición y, por mucho que conspiren, le hemos cortado el cuello a este demonio. Pero queda sin resolver una cuestión mucho más importante: el porvenir de los indios y de los pueblos nativos.

Este asunto aguarda que se desafíe la doctrina Monroe y se ponga en cuestión que tenga que ser la humanidad menos capaz la que explore esta fantástica y egoísta reserva del continente —de dos continentes—. Europa, madre de las naciones, debe derramarse y debe hacerlo aquí: éste es el campo que espera su flujo de vida fecunda.

Navegamos rápidamente río abajo, así que *adieu* al Amazonas peruano.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE
TAREA ASOCIACIÓN GRÁFICA EDUCATIVA
PASAJE MARÍA AUXILIADORA 156 - BREÑA
CORREO E.: tareagrafica@tareagrafica.com
PÁGINA WEB: www.tareagrafica.com
TELÉF. 332-3229 FAX: 424-1582
ABRIL 2014 LIMA - PERÚ

En noviembre de 2010, el Premio Nobel hispano-peruano, Mario Vargas Llosa, publicó *El Sueño del Celta*, novela basada en la vida de Roger Casement, diplomático británico y mártir de la independencia irlandesa que denunció los horrores del colonialismo y luchó contra la esclavitud de los pueblos indígenas. Por primera vez en castellano se recoge una selección de fragmentos del diario que Casement escribió durante el viaje que realizó al Amazonas en 1910 para investigar las atrocidades que se estaban cometiendo en las estaciones caucheras del Putumayo.

Este libro –además de complemento indispensable para la lectura de la novela de Vargas Llosa– ofrece un testimonio excepcional y desgarrador sobre los horrores cometidos contra los pueblos indígenas americanos y permite al lector bucear en las contradicciones de la ideología liberal que el propio Casement anota en su diario y que a él le gustaría instaurar en la selva.

Cristina Oñoro y Stella Ramos, autora de la introducción y de la traducción, se preguntan: «¿Quién era en realidad Roger Casement? ¿El cónsul británico o el nacionalista irlandés? ¿El defensor de los derechos humanos que fascina a Vargas Llosa o el liberal que deseaba convertir el Amazonas en uno de los “graneros más grandes del mundo”?», cuestiones todas ellas que muestran la riqueza y la complejidad tanto de su vida como de sus escritos.

«*No debe olvidarse que el indio no constituye una de las partes del contrato. El ejercicio de la fuerza bruta e incontrolada le obliga a acceder a “trabajar” para la Compañía...»*

ISBN: 978-612-45872-9-0



9 786124 587290